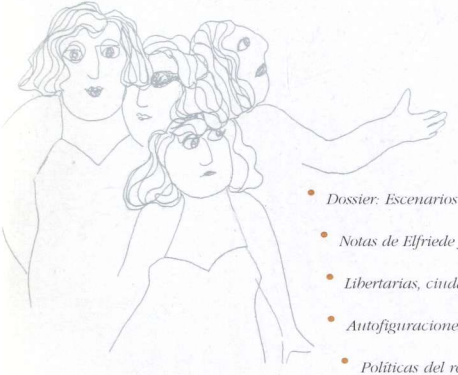
396
M

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
HEMEROTECA
U.B.A.

mora

Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires Nº 12 / Diciembre 2006



- *Dossier: Escenarios de violencia*
- *Notas de Elfriede Jelinek*
- *Libertarias, ciudadanas, periodistas*
- *Autofiguraciones de escritoras*
- *Políticas del reconocimiento*
- *Bioética y biopoder*

Literatura / Arte / Historia / Crítica Cultural / Filosofía / Antropología / Educación

Esta revista ha sido indizada en Nivel 1 por Latindex, Nro. de registro 3062, 2001.4.
Número ilustrado con la obra de Silvina Benguria (Buenos Aires)

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

Decano
Hugo Trinchero

Vicedecana
Ana María Zubieta

Secretaria Académica
Silvia Llomovatte

Secretario de Posgrado
Claudio Guevara

Secretario de Supervisión Administrativa
Enrique Zylberberg

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil
Reneé Girardi

Secretario General
Jorge Gugliotta

Subsecretario de Investigación
Alejandro Schneider

Consejo Editor
Alejandro Balazote - Susana Romanos de Tiratel - María Marta García Negroni
Susana Cella - Myriam Feldfeber
Diego Villarroel - Adriana Garat
Marta Gamarra de Bóbbola

Subsecretario de Publicaciones
Rubén Calmels
Prosecretario de Publicaciones
Jorge Winternitz
Coordinadora Editorial
Julia Zullo

Directora de Imprenta
Rosa Gómez
Diseño de Serie
Andrea Gergich
Adaptación de Diseño y Tapa
Mercedes Domínguez Valle
Composición
Graciela Palmas

©Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires. 2006
Puán 480. Buenos Aires. Argentina

SERIE: REVISTAS ESPECIALIZADAS
ISSN 0328-8773

Mora, *Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género,* se publica anualmente.

Es una revista abierta al debate y la producción de trabajos e ideas en el campo de los estudios de las mujeres, de género y del feminismo y busca la incorporación de metodologías y conceptos elaborados desde diferentes perspectivas disciplinarias. Publica traducciones inéditas y artículos originales.

Comité Editorial
Ana María Amado - Graciela Batticuore
Nora Domínguez - Ana Domínguez Mon
María Luisa Femenías - Mirta Zaida Lobato
(Todas las integrantes del Comité Editorial son miembros del *Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género - IIEGE)*

Auxiliares de Redacción
Cecilia Belej - Lucía María De Leone

Comité Asesor
Celia Amorós Puente
(Universidad Complutense de Madrid)
Ana María Barrenechea
(Universidad de Buenos Aires)
Susana Bianchi
(Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires)
Rosi Braidotti
(Universidad de Utrecht)
José Emilio Burucúa
(Universidad de Buenos Aires)
Paola Di Cori
(Universitá de Urbino)
Graciela Hierro
(Universidad Nacional Autónoma de México)
Francine Masiello
(Universidad de California en Berkeley)
Reyna Pastor
(Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, España)
Alba Romano
(Universidad de Buenos Aires)
Silvia Rozenberg
(The Israel Museum)
María Isabel Santa Cruz
(Universidad de Buenos Aires)
Beatriz Sarlo
(Universidad de Buenos Aires)
Ofelia Schutte
(University of South Florida)
Susana Zanetti (Universidad de La Plata)

Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE)
Dora Barrancos

Apoyo Secretarial
Ana Verónica Ferrari - Marlene Denise Russo

Corrección de Estilo
A cargo de pasantes de la Carrera de Edición, 1er cuatrimestre, 2006
María Luján Cosentino - Mariana Salinas Somoza

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
HEMEROTECA
U.B.A. - B.C.

sumario

Dossier: Escenarios de violencia
Ana Amado 4

Migración y discriminación de género en el nuevo orden económico global
Francesca Gargallo 8

¿Qué es un feminicidio? Notas para un debate emergente
Rita Laura Segato 21

Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma
Adriana Piscitelli 33

El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro
Ana Amado 57

Identidades textuales femeninas: estrategias de autofiguración
Sylvia Molloy 68

Elfriede Jelinek. Presentación 87

"El *Joker*. Peter Lorre"
Elfriede Jelinek 88

"Lost highway"
Elfriede Jelinek 92

Feminismo, filosofía y práctica política. Entrevista a Geneviève Fraisse
María Luisa Femenías y María Marta Herrera 95

Peligrosas libertarias o nobles ciudadanas. Representaciones de la militancia femenina en la gran huelga ferroviaria de 1917
Silvana A. Palermo 102

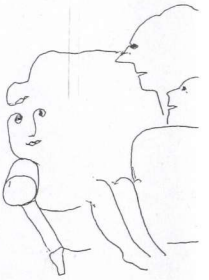
Identidad, cuerpo y mutación. Las columnas periodísticas de Alfonsina Storni en *La Nación*
Tania Diz 122

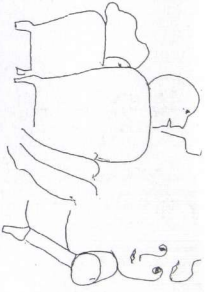
Du côté de Gomorrhe: androcentrismo y transposición en los signos amorosos lésbicos de *Sodoma y Gomorra* de Marcel Proust
Claudia Pérez 137

Género, sexualidad y política del reconocimiento. Notas críticas a la teoría de la justicia de Nancy Fraser
Aranzazu Hernández Piñero 154

Un aporte acerca de un caso de intersexualidad. En los bordes de la bioética y el biopoder
Marcelo Turdo 168

Reseñas 174





Escenarios de violencia

Ana María Amado*

La violencia es una dimensión de contenidos amplios, complejos y heterogéneos cuya estructura cambia con las relaciones históricas y sociales, aunque sus manifestaciones se mantengan como amenaza latente tanto en la escena privada como en la pública. Distintas formas de violencia (política, socio-económica, sexual) están inscriptas en las prácticas, los discursos y textos de la cultura y su extensión abarca todos los terrenos imaginables: la violencia en la familia, en las relaciones personales y sexuales, en los lazos públicos, en las instancias políticas, en las escenas laborales; la violencia del Estado, la de unos grupos sobre otros, la de unos países sobre otros; la de su ejercicio en la lengua y en las representaciones artísticas.

El que la violencia a-través de múltiples reveladores haya sido perpetrada de forma inhumana e irracional sobre las mujeres es un hecho incontestable que se mantiene invariable, a pesar de las mudanzas culturales e ideológicas. Por esta razón la producción crítica y teórica de género se ha ocupado de instalarla en un régimen específico de visibilidad, desde una amplia tradición de reflexión tanto sobre las agresiones y coacciones físicas de toda índole ejercida sobre las mujeres en territorio doméstico o público, como sobre los efectos más vastos y permanentes de su formulación simbólica, que hunde históricamente sus raíces en las desigualdades y la discriminación.

Si la violencia y sus efectos forman parte de los relatos más trágicos establecidos durante el siglo XX, en el mundo actual expande hasta límites insospechados sus múltiples formas de coacción en la producción de subjetividades, en la actuación de antagonismos, en el curso de trayectos físicos y simbólicos. En relación con estos últimos, puede decirse que el cuadro de destrucción interminable que trazan tanto las imágenes mediáticas como las ficcionales - ambas indistinguibles hoy en su afán de fidelidad a las expresiones más brutales de la realidad- ha superado con creces los umbrales tolerables para la representación de actos de intimidación y terror, a la vez que ha logrado neutralizar su impacto a fuerza de omnipresencia y reiteración. Posiblemente pocos fenómenos humanos sean hoy tan visibles y habituales, a escala local y planetaria, como el ejercicio de la violencia.

¿Cómo pensar las amenazas, las violaciones y atropellos que se ejercen contra los grupos de población más indefensos y desamparados o incluso contra poblaciones enteras? La pregunta -cuyas consecuencias podríamos rastrear a lo largo de toda la historia del siglo pasado- es de dominio universal, pero implica particularmente el mundo privado, allí donde estallan a escala individual las secuelas de la victimización. Aquel interrogante y sus derivaciones se encuentran formulados de manera directa o implícita en los aportes conceptuales del feminismo, cuya producción más

* Universidad de Buenos Aires - Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

reciente reflexiona obsesivamente sobre esta cuestión. Numerosos ensayos parten del género y entrecruzan las perspectivas histórica, cultural, política, estética y psicológica para examinar las distintas manifestaciones de violencia colectiva del presente y los diversos factores que contribuyen con fuerza causal en el desencadenamiento de estas prácticas. La situación de vulnerabilidad que se acrecentó a escala planetaria tras los atentados del 11 de setiembre de 2001 y las reacciones que éstos generaron -entre las más determinantes, la respuesta del gobierno norteamericano que provocó aún más muertes al replicar con una guerra que exacerbó las masacres hasta exceder todo lo conocido- constituyen, para las más influyentes filósofas y teóricas del género de aquel país, la materia central de sus intervenciones en los debates actuales y en la búsqueda por restaurar el sentido de nociones como solidaridad y justicia. A partir, precisamente, de los hechos que dislocaron la aparente seguridad del Primer Mundo, Judith Butler escribió una serie de ensayos donde expone la urgencia en considerar los razonamientos hegemónicos según los cuales hay vidas que merecen el luto y otras que no -entre los ejemplos, discute las implicancias políticas que encierra la existencia de los prisioneros iraquíes en Guantánamo-, como argumentos de una propuesta destinada a imaginar un mundo en el que esa violencia pueda ser minimizada y en el que la interdependencia de las naciones pueda ser concebida como la base para una comunidad política global de otro orden.[1]

Teresa de Lauretis se refiere también a las formas extremas y generalizadas de la violencia destructiva que irrumpió en el espacio geopolítico afectando a individuos y colectividades, para declararse en estado de alerta respecto a las teorías militantemente críticas que a lo largo de las últimas décadas ella contribuyó a articular. A la consulta que la revista *Critical Inquiry* realizó entre representantes destacados del campo académico e intelectual norteamericano para recoger sus opiniones sobre el presente de la teoría y la crítica, de Lauretis dejó sentada una actitud de alarma, que apoyó con una descripción pormenorizada del actual "estado de emergencia que tiene la capacidad de colapsar la historia" e incluso de "suspender la lógica de la linealidad temporal", sugiriendo que este puede ser un tiempo "en el que las ciencias humanas reabran las cuestiones de subjetividad, materialidad, discursividad, conocimiento para reflejar el post de la posthumanidad".[2]

La violencia que surge de la anomia, la alienación y la segmentación social; la que evocan los mitos, los ritos y el arte; la que se asocia estrechamente con las formas más discrecionales de gobierno; la que se expresa en los actos terroristas y la que de distintas formas difunden los medios de comunicación, son entre otras, algunas de las múltiples dimensiones presentes también en los análisis de Joan Copjec, autora que aúna el psicoanálisis y el feminismo para revisar en sus últimos escritos las consecuencias éticas de la inexistencia de la mujer en una cultura patriarcal que presenta aquellos rasgos. En esa dirección, dice, en el marco del capitalismo las naciones modernas "acumulan y consolidan su poder apropiándose de la herencia

1 *Precarious life The Powers of Mourning and Violence*, New York: Verso, 2004 (*Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires: Paidós, 2006)

2 *Critical Inquiry*, vol.30, Nº 2, 2005

racial de los pueblos, de su potencial reproductivo, de sus relaciones consanguíneas, de su expectativa de vida, más que adueñándose de territorios".[5]

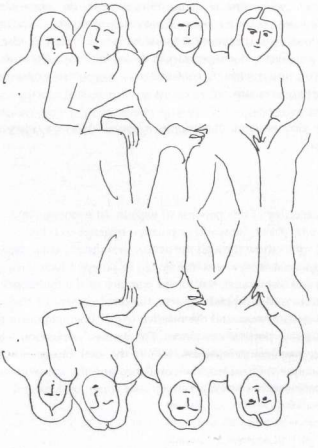
Los artículos que integran este *dossier* aluden a los modos de manifestación en nuestro continente -donde se ubican los pueblos arrasados que describen Copjec y Butler-, de esta abusiva escalada de intimidación planetaria con rasgos que en algunos casos reiteran sus características globales, pero que también exhiben modos de expresión específica. En "Migración y discriminación de género en el nuevo orden económico global", Francesca Gargallo ofrece datos que golpean con su abrumadora evidencia acerca de los abusos a que se ven sometidos enormes contingentes flotantes de población fuera de sus territorios de origen -integrados en más de la mitad por mujeres-, expuestos al arrasamiento de sus derechos individuales, a la discriminación, la xenofobia y todo tipo de desigualdades vividas por los migrantes en la cotidianidad de las grandes ciudades, al igual que en sus anteriores formas de vida locales. "Hoy las mujeres representan el cincuenta y tres por ciento del total de migrantes en Europa, el cuarenta y seis por ciento en los países pobres, y el cincuenta y un por ciento en el este y sureste asiático y los países petroleros. Es un hecho que el número de las mujeres va aumentando en mayor proporción que el de los hombres en los procesos migratorios internos, regionales e internacionales", puntualiza Gargallo, enfatizando los componentes genéricos del fenómeno contemporáneo de la migraciones.

Las huellas de una violenta desigualdad en los intercambios gestados por los desplazamientos geográficos y las desterritorializaciones forzadas por la pobreza y por la violencia cultural que ofrecen las economías de consumo, asoman en el análisis de Adriana Piscitelli "Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma", sobre los alcances inéditos del turismo sexual internacional en el Nordeste brasileño y los efectos del ultraje entre la población femenina de las capas más bajas que tiene relaciones con turistas extranjeros que buscan sexo. Ultrajes que el artículo de Rita Segato, "Qué es un feminicidio. Notas para un debate emergente", retoma conectándolos con su expresión de máxima, el crimen, y con una categoría en discusión, "feminicidio", para calificar las innumerables formas de terrorismo sobre las mujeres, ya sea en sus signos más generales, o en su acontecer específico, como los que ocurren en Ciudad Juárez, México, y en otras localidades de distintos países latinoamericanos. Segato recupera, como otras autoras, el tema de la territorialidad, reforzando la dimensión política que históricamente ha vinculado los cuerpos, "primer y último bastión de la identidad", con la conquista territorial. "La feminización de los cuerpos de los vencidos por medio de su sexualización, como en la prisión de Abu-Graib y la posesión forzada de los cuerpos de las mujeres y niñas con su consecuente inseminación, como en las guerras occidentales y contemporáneas de la antigua Yugoslavia, confirma la equivalencia permanente entre cuerpo y territorio. Sometimiento, sexualización, feminización y conquista funcionan como equivalentes simbólicos en el orden bélico patriarcal", afirma en un pasaje

[5] *Imaginemos que la mujer no existe. Etica y sublimación*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006. *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Buenos Aires: Paidós, 2006.

significativo de su trabajo, al trazar un mapa extenso de la cultura de impunidad que el orden patriarcal reserva para las mujeres.

A esta enumeración de actos de violencia derivados de poderes irracionales que disponen de modo feroz y omnímodo de cuerpos indefensos, es ineludible agregar la manifestación extrema que tuvo en Argentina durante el terrorismo de estado impuesto por la dictadura militar entre 1976 y 1983, que destinó a la inhumanidad de su "desaparición" y sometió con salvajes torturas a decenas de miles de ciudadanos. Este tema ocupa centralmente la entrevista realizada a Pilar Calveiro ("El orden de los cuerpos en los años 70"), donde en su condición de ex militante y sobreviviente de los centros clandestinos de detención, realiza un ejercicio de revisión histórica y memoria personal que reúne los planos de lo individual, lo familiar y lo público para trazar un cuadro integral de la cultura política de aquella década violenta.



Migración y discriminación
de género en el nuevo orden económico global

Francesca Gargallo*

RESUMEN

Este trabajo se propone indagar sobre las causas económico-políticas que llevan a que un 3% de la población mundial viva actualmente fuera de sus países de nacimiento. A partir de datos estadísticos se intentará mostrar cómo la mayoría de los reflujos migratorios están ligados a una nueva distribución mundial del trabajo, al ingreso forzado de las economías agrarias tradicionales al sistema capitalista, al desplazamiento de las industrias contaminantes y al uso masivo del desempleo como instrumento para quebrar las resistencias populares. La población femenina sometida a estos movimientos representa casi un 50% del total de migrantes. Es imposible analizar las causas, las condiciones y las consecuencias de la migración de las mujeres, sin tener en cuenta algunos puntos fundamentales de las relaciones capitalistas en la actual época de globalización económica. Un orden económico que no solo fortalece la discriminación femenina y la pauperización de las mujeres y utiliza la violencia como un instrumento de control social sino que impulsa la crisis del feminismo internacional.

Palabras claves: globalización, migraciones, discriminación de género, trabajo, pobreza.

ABSTRACT

The objective of this paper is to explain -in economic and political terms- why 3% of the world population migrates to other countries. I will try to show through the access to statistical data, how most of the migratorial movements are linked to different facts such as a new worldwide job distribution, the forced entrance of the traditional agrarian economies to the capitalist system, the displacement of industries that pollute the environment, and the massive use of unemployment as an instrument to destroy popular resistances. The women population who is affected by these movements represents 50% of the total immigrants. It is impossible to analyze the reasons, the conditions and the consequences of women migration without taking into account some fundamental

* Novelista, feminista radical, doctora en Estudios Latinoamericanos. Docente-investigadora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en la Academia de Filosofía e Historia de las Ideas.

aspects of the capitalist relations in the present era of economic globalization. It is not only an economic system that induces and strengthens women's discrimination and impoverishment, and uses violence as an instrument of social control. It is also a system that enforces the crisis of international feminism.

Key words: globalization, migrations, gender discrimination, job, poverty.

En la actualidad, el 3% de la población mundial vive fuera de las fronteras donde nació.[1] Unos 210 millones de personas han abandonado la sazón de sus guisos, el sonido de su lengua, el calor de su sol en nombre de la seguridad y de mayores ganancias económicas; así como para escapar de cacicazgos y conflictos y ser libres de persecuciones sexuales culturalmente aceptadas en el país de origen (cliterectomías rituales, persecución de lesbianas y gays, de adúlteras, de madres solteras, etcétera) y del riesgo de esclavización (laboral o sexual). Asimismo, la violencia cultural implícita en la difusión de la idea que el modo de vida de la economía de consumo es el único modelo verdaderamente válido para toda la humanidad, actúa sobre la decisión de movilizarse del sur al norte y del este al oeste.

En la década de los años cincuenta, el 47% de la población que salía de sus fronteras era femenina; hoy las mujeres representan el cincuenta y tres por ciento del total de migrantes en Europa, el 46% en los países pobres, y el 51% en el este y sureste asiático y los países petroleros. Es un hecho que el número de las mujeres va aumentando en mayor proporción que el de los hombres en los procesos migratorios internos, regionales e internacionales.[2]

1 La División de Población de las Naciones Unidas sólo reconoce el 2,3 por ciento (1 de cada 35 personas) como desplazadas, refugiadas o trabajadores migratorios; sin embargo, no incluye toda la migración. El derecho internacional aún no ha definido el concepto de migrante. La mayoría de las personas son indocumentadas o están en una situación irregular, lo cual las hace más vulnerables a las violaciones de sus derechos humanos.

2 3 de cada 4 habitantes de la República Dominicana en España son mujeres, así como 2 de cada 4 ecuatorianos (casi unas 10 veces más que hace una década). En Asia, las mujeres constituyen la mayoría de los expatriados que trabajan en el extranjero. Sri Lanka ha cambiado la migración masculina por la femenina en las últimas dos décadas. En 1986, las trabajadoras migrantes representaban el 33% de la fuerza laboral migrante en el extranjero. Pero en 1999, las sri lankesas que trabajaban en ultramar representaban ya el 65% de los trabajadores migrantes de su país. En Filipinas, las mujeres constituían el 70% de los trabajadores migrantes en el extranjero en 2000.

Mujeres, migración y nuevo orden económico global

Las mujeres emigran para escapar de desastres naturales y ecológicos, de las guerras, de la represión política, la discriminación de género,[5] la necesidad de reencontrarse con sus hombres (incapacitados para regresar a sus países de origen por el endurecimiento de las políticas migratorias) y la violación de sus derechos humanos. Algunas mujeres se ven forzadas a emigrar a causa de los traficantes de personas. El tráfico de mujeres para la prostitución constituye un crimen específico, que reúne características económicas, culturales e ideológicas adscritas al lugar que el cuerpo femenino ocupa en el universo de valores y prácticas de una determinada cultura. Las mujeres que emigran por motivos económicos crecen numéricamente y contribuyen al bienestar de sus comunidades de origen y a la producción de bienestar en las sociedades de llegada.

Es imposible analizar las causas, las condiciones y las consecuencias de la migración de las mujeres, sin tomar en consideración algunos puntos fundamentales de las relaciones capitalistas en la actual época de globalización económica; entre ellos que:

- El nuevo orden económico fortalece la discriminación femenina y justifica la pérdida de fuerza del colectivo femenino y la pauperización de las mujeres.
- La violencia contra las mujeres es un instrumento de miedo y control social.
- La ciudadanización de las mujeres enfrenta los problemas de la discriminación en el acceso al poder en un momento de pérdida de referentes políticos y de apatía social.
- La globalización impulsa la crisis del feminismo internacional, porque desplaza las relaciones patriarcales del ámbito familiar y cultural al ámbito del trabajo y porque separa a las mujeres entre sí impidiéndoles reflexionar juntas sobre su situación política.

Los proyectos del capitalismo contemporáneo apuntan al fortalecimiento de las posiciones políticas de los sectores financieros de los países militar e ideológicamente dominantes. Se trata de políticas a-sociales y a-morales -según los planteamientos de un nuevo liberalismo que ya no necesita ser ni laico ni defensor de las garantías

[5] De hecho, el lugar que los cuerpos sexuados femeninos y masculinos adquieren en el conjunto de prácticas religiosas, simbólicas, culturales, económicas que imponen roles específicos a las mujeres y a los hombres, ha sido llamado "sistema de sexo-género" o "sistema de géneros" por la teoría feminista de los años 1970 en Estados Unidos. VER Joan Scott, en "El género: una categoría útil para el análisis histórico" (Nash, Mary y Amelany, Amely (comp.). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea.* Ed. Alfons el Magnánim, Barcelona, 1990) Lumas, Marta (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.* PUEG-Miguel Ángel Porrúa, Ciudad de México, 1996; desde un enfoque más crítico: Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea.* Paidós, Buenos Aires, 2000 y Gargallo, Francesca. *Ideas feministas latinoamericanas.* Universidad de la Ciudad de México, Ciudad. de México, 2004.

de las y los individuos y que insiste, una y otra vez, en la innecesariedad de la relación entre ética y política- y que pueden manifestarse liberales en el desmantelamiento del estado-controlador de las políticas de bienestar y redistribución de la riqueza pero conservadoras en términos religiosos y familiares.

Mujeres y migración en la actualidad

La acción de migrar, de trasladarse de un lugar a otro sobre la tierra, es tan remota como la humanidad misma; puede decirse que es la única actividad que el ser humano ha desempeñado siempre. La migración es anterior a la fabricación de los primeros instrumentos e indumentaria, a la domesticación del fuego, y cientos de miles de años más antigua que la agricultura, la construcción de aldeas, la política y -más reciente y terrible por sus efectos- la actividad guerrera (madre de la esclavitud y la sumisión de las mujeres).

La migración ha sobrevivido a la sedentarización forzada de las poblaciones sometidas en Europa y China (feudalismo y agricultura de aldea respectivamente) y de las poblaciones autóctonas americanas y australianas. Ha adquirido varios nombres a lo largo de los cinco mil años de historia escrita: peregrinaciones, comercio, expediciones de exploración, guerras de conquista, nomadismo, colonización, etcétera. La invasión de América fue, de hecho, una migración europea agresiva.

La decisión de migrar siempre está ligada a la búsqueda de un mayor bienestar humano, pero sus modalidades y formas cambian en el tiempo. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, ligada a la industrialización, a la polarización de la economía, a los efectos de la Guerra Fría (con sus corolarios de control poscolonial en Asia y África y de control estadounidense sobre las naciones americanas), la riqueza se ha concentrado en los países manufactureros del norte y no en los países productores de materias primas. Las economías europeas, japonesa, canadiense, estadounidense y australiana se convirtieron en productoras de objetos de consumo y de bienestar, al incrementar hasta la década de los años noventa también las garantías y derechos en y al trabajo, a la educación y a la salud de los habitantes de esas regiones. Mientras, el resto del mundo conoció, en cuarenta y cinco años, aproximadamente veinte minutos de paz.

Las guerras de la segunda mitad del siglo XX provocaron que millones de personas buscaran refugio fuera de sus fronteras nacionales. Las mujeres y los niños en África representaron el 85% de los refugiados, en Asia el sesenta por ciento, en América Latina el setenta por ciento. Las mujeres afrontaron una protección legal insuficiente, una profunda inseguridad física, dificultades para la reunificación familiar y una discriminación constante en la obtención de servicios de salud, alimentación suficiente, educación y trabajo. La violencia física sufrida por las mujeres en las áreas fronterizas, durante las agotadoras marchas, en las rutas de fuga y en los campos ha sido denunciada repetidas veces.

En la década de los años ochenta, en el golfo de Tailandia, el 6% de las mujeres que buscaban refugiarse fueron violadas por piratas, miles fueron retenidas como esclavas, otras fueron asesinadas. Ya en los campamentos, los abusos se multiplicaron, esta vez por parte de funcionarios y compañeros, al asumir la modalidad de demanda de favores sexuales a cambio de protección, comida, asilo y la posibilidad

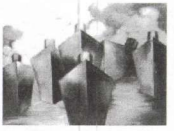
de mantener cerca a sus hijas/os. En África, en esa década y en la sucesiva, las patrullas de protección dispuestas en los campamentos para la protección de los refugiados fueron responsables de que el 90% de las niñas y mujeres sufriera violación o abusos sexuales diversos, entre ellos la prostitución forzada. En la actualidad, las guerras africanas no se han detenido y las invasiones estadounidenses en Afganistán y en Irak están generando nuevas situaciones de desplazamiento y búsqueda de asilo. La discriminación por sexo sigue siendo mayor que la relacionada con motivos de raza y religión, aun cuando las refugiadas llegan a países donde logran asentarse.

Desde 1991 (después del colapso del modelo de economía estatal centralizada y del equilibrio militar entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos) se ha manifestado una escalada de la violencia localizada en Bosnia, Ruanda, Burundi, al mismo tiempo que los derechos sociales y laborales obtenidos por los trabajadores en siglo y medio de luchas empezaron a sufrir graves retrocesos. La mayoría de estos reflujos están ligados a una nueva distribución mundial del trabajo, al ingreso forzado de las economías agrarias tradicionales al sistema capitalista, al desplazamiento de las industrias contaminantes y al uso masivo del desempleo como instrumento para quebrar las resistencias populares.

Los galerones donde se ensamblan piezas han sido desplazados a los países donde la mano de obra es menos protegida y peor pagada (Filipinas, Honduras, México, China); así las/los obreros de norte del mundo pierden sus lugares de trabajo y sus derechos, mientras las campesinas y campesinos no ligados a la agroindustria extensiva pierden sus tierras, su agua y sus semillas para ser obligados a convertirse en mano de obra asalariada barata. A la par, los sueldos del sector terciario, de los publicistas y de los operadores de finanzas se elevan por encima de las ganancias de los antiguos burgueses industriales, amén de que les permiten creerse desligados de toda responsabilidad con la población productora y con los millones de desempleadas/os que el nuevo sistema de reparto de las ganancias genera necesariamente. En los países donde se concentran las riquezas y el control de la producción en todo el mundo, el desempleo crece junto con las necesidades de servicios mal remunerados que la población autóctona no quiere (o no puede) desempeñar.

Los antiguos obreros hoy desempleados desconocen las habilidades para ser jardineros, agricultores, cocineros, amas de llave, limpiadores porque son saberes que se transmiten de generación en generación. Por ejemplo, los conocimientos agrícolas de la mayoría de la población mexicana que emigra a Estados Unidos[4] son los que la vuelven indispensables para la producción vitivinícola, de hortalizas y de cereales. El gasto en una educación para formar agricultores no es considerado funcional para el sistema productivo estadounidense que prefiere comprar a bajo

4 México es el mayor expulsor de gente del mundo (organizaciones no gubernamentales de apoyo a migrantes afirman que el 30%), seguido de Bangladesh, Vietnam, Ruanda, Sri Lanka, Colombia y Bosnia. Peculiarmente, México expulsa a su población hacia un solo país, Estados Unidos, con el que comparte tres mil kilómetros de frontera terrestre, aproximadamente.



precio una mano de obra capacitada en el país de origen. El sueldo que los campesinos asalariados reciben para su trabajo, a su vez, es tan bajo que no justifica una inversión en la preparación de mano de obra especializada.

Las mujeres migrantes económicas se insertan laboralmente en todo el arco de trabajos que las poblaciones de los países industrializados no están preparadas para efectuar. Se trata de sembradoras, pizcadoras, empacadoras, separadoras de semilla, etcétera. A la vez, aportan habilidades y saberes considerados en los países expulsores "propios" de su sexo y, por lo tanto, no son valorados como conocimientos, sino como algo inherente a su condición femenina, casi "natural".[5]

Por lo general, las migrantes son personas capaces de brindar cuidados infantiles y de atender a las/los ancianos, de efectuar todas las tareas de limpieza, de cocinar, de coser, de manufacturar bienes de uso inmediato. Desde hace menos de medio siglo, los estudios económicos feministas han subrayado el valor productivo de lo que se ha dado en llamar la reposición de la mano de obra; esto es, de las tareas "propias" de la condición femenina de género: lavar, planchar, cocinar, atender en el ámbito doméstico a los hombres explotados en el puesto de trabajo público para que puedan seguir produciendo plusvalía el día siguiente.

Estas labores subvaloradas son los trabajos que en la actualidad desempeñan las mujeres que de forma autónoma dejan sus lugares de origen para integrarse a la fuerza laboral de los países receptores.[6] Las migrantes están más expuestas que los hombres al trabajo forzado, a la explotación sexual, a la prostitución forzada y a otras formas de violencia y tienen más probabilidades de aceptar precarias condiciones de trabajo -con salarios más bajos que los hombres migrantes- muchas veces por debajo del mínimo legal. Generalmente, están expuestas a graves peligros de salud -sobre todo en las fábricas de maquila y otros trabajos pesados o insalubres- y además carecen de información y derechos para prevenir y curar las infecciones transmisibles sexualmente.

A pesar de que cada día se hace más evidente que la migración tiene características diversas según el sexo de las personas migrantes, la mayoría de las políticas y reglamentos migratorios no las consideran. Los países expulsores y receptores no se preocupan por determinar las medidas y los mecanismos necesarios para proteger los derechos humanos y la dignidad de las trabajadoras migrantes y para erradicar el tráfico de mujeres y niñas.

La Convención Internacional para la Protección de los Derechos de Todos los Trabajadores Migratorios y sus Familiares de 1990, en su artículo 16, confiere el derecho de los trabajadores migrantes y sus familiares a "la protección efectiva del Estado contra toda violencia, daño corporal, amenaza o intimidación por parte de

5. La "naturalización" (el proceso de hacer aparecer como naturales las actitudes aprendidas) de los roles de género ha sido estudiada ampliamente por la teoría feminista desde la década del '70, casi como si fueran funciones sexuales, biológicas e inamovibles. Ver Celia Amorós *Crítica a la razón patriarcal*. Anthropos, Madrid, 1985.

6. Datos del INSTRAW, Instituto Internacional de Investigación y Capacitación de Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer, 2004.

funcionarios públicos o de particulares, grupos o instituciones"; sin embargo, ese instrumento no aborda la vulnerabilidad de las trabajadoras migratorias, en especial la prostitución y el abuso sexual. Las Naciones Unidas estiman que todos los años son introducidas clandestinamente de 300 mil a 600 mil mujeres en la Unión Europea y en algunos países de Europa central, y que el problema está muy generalizado también en África y América Latina. De acuerdo a las estrategias sexistas de la economía mundial capitalista, a las mujeres no sólo se les busca en calidad de mano de obra barata y servicial, sino también se les desplaza en forma internacional como productoras de mano de obra futura (migrantes para casamiento) y objetos sexuales (bailarinas para cabarets y prostitutas). La feminización de la migración significa al mismo tiempo que las formas "tradicionales" del denominado trabajo femenino, rechazadas por las mujeres de los países industrializados, no han sido suprimidas sino que son asignadas actualmente a mujeres de otros países como por ejemplo Asia, África y América Latina y, en los últimos años, también a mujeres de Europa del Este.

Las mujeres migrantes tienen mayores tasas de desempleo que las mujeres nativas, ganan salarios inferiores que los migrantes hombres, el 18% vive por debajo de la línea de pobreza y el 31% de los hogares que encabezan son pobres; a pesar de esta situación económica, envían remesas que contribuyen al sostén de sus zonas de origen, porque tienden a ser buenas administradoras.[7] Intervienen en ello algunos factores culturales, tales como la autodesvalorización aprendida: las mujeres se sienten obligadas con sus familiares ya que han sido educadas para dar servicio, a reprimir sus necesidades y placeres, a negar su valor social si no está relacionado con el bienestar de los progenitores, descendencia, maridos y -en sentido más amplio- los miembros varones de su comunidad.

Aprovechamiento del trabajo de las mujeres y migración

Los factores de inferiorización de las mujeres, en las culturas tradicionales, conviven con elementos de alta valoración. Las mujeres son símbolos de permanencia, de estabilidad, de continuidad. Estos aspectos positivos son los que el capital niega en su práctica de explotación, para que sus trabajos pertenezcan a una especie de

[7] En el 2002, el Banco Interamericano de Desarrollo estimaba un monto de 103 mil millones de dólares las remesas de dinero de los/las trabajadores migrantes del mundo hacia sus países. Sin embargo, no hay datos oficiales, ni estudios de las contribuciones económicas diferenciados por sexo. El Banco Mundial actualiza estos datos en su página electrónica y afirma que "cerca de 200 millones de personas viven en países distintos a su país natal y las remesas que envían a su país de origen llegarían a los US $225.000 millones en 2005. La cifra convierte a las remesas en la principal fuente de divisas de muchos países y tiene consecuencias de suma importancia para las estrategias de lucha contra la pobreza de las naciones en desarrollo" (Press Release No:2006/116/DEC, en Gneal1@wordbank.org).

"gueto" salarial. No es un secreto para nadie que los trabajos considerados femeninos, aunque desempeñados por un hombre, son los peor remunerados. La docencia (relacionada con el trabajo de la educación de las madres), la enfermería (ligada a la tradición de cuidados de enfermos desempeñada por siglos por las mujeres al interior de las familias), las labores de limpieza (inherentes a las tareas domésticas), y los trabajos de secretaría (propios a una función de sostén) son pagados menos que otros trabajos que contienen el mismo riesgo, preparación y especialización considerados masculinos.[8]

Asimismo, es un hecho que cuando las mujeres acceden a la educación superior y se insertan en el mundo laboral masculino, abaratan el valor del trabajo. En este sentido, las mujeres como trabajadoras son tratadas todas como los trabajadores migrantes: médicas, ingenieras, economistas, investigadoras, necesarias pero mal toleradas, que se quedan al fondo de la escala salarial e incrementan el ejército laboral de reserva. Este es un factor fundamental, que se agrega a la disparidad de acceso a la propiedad y al poder político, de la así llamada feminización de la pobreza.

Feminización de la pobreza y miedo

Mediante el control de la distribución de la riqueza con base en la división social de los sexos, el capital manipula la vida material de las mujeres. Esta intervención implica la defenestración de las características positivas de la cultura y la espiritualidad, históricamente asentadas, de las poblaciones femeninas de todo el mundo; así como la imposición del miedo como condición de vida permanente para las mujeres.

Para que el miedo se convierta en una condición de vida de las mujeres, la relación capitalista utiliza todos los medios a su disposición:

1. Presenta de manera atemorizante, en los sistemas de comunicación a su servicio, las estructuras pre-liberales que fijan diferencias absolutas entre las personas con base en su sexo (y que todavía existen en algunos países regidos por sistemas que pueden fácilmente convertirse en fundamentalistas: Israel, los gobiernos que se sostienen en la aplicación de la ley islámica, el Vaticano, cualquier país que manipule sus creencias religiosas).

[8] Según datos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el 61% de las mujeres empleadas formalmente se concentran en cinco grupos ocupacionales: educación, enfermería, oficina, ventas y servicios. El ingreso promedio de las mujeres todavía equivale al 60% del de los hombres, aunque en los últimos años ha tenido un continuo incremento por la reducción de los ingresos masculinos. Aun así, para las mujeres aumentan las listas de trabajos con jornada partida y de contratos temporales sin seguridad social, ni oportunidades de promoción o de jubilación. Los programas de trabajo actuales no tienen en cuenta el cuidado de los niños y las bajas por maternidad. La mayor parte del trabajo de las mujeres está excluido del cálculo del Producto Nacional Bruto.

2. Promueve las amenazas a la integridad física de las mujeres en los países donde las reglas morales y religiosas se han reblandecido y la ley se aplica discrecionalmente, para que el asesinato sistemático de mujeres, sus violaciones y la violencia contra ellas no sean castigadas puntualmente (México, Guatemala, Albania, India, Pakistán, etcéteras).
3. Amalgama actos ilegales/legales que se cometen en los intersticios del sistema liberal, utilizando la debilidad de las mujeres en su proceso de ciudadanización; así impulsa:
   - La prostitución forzada de inmigrantes privadas de sus documentos y derechos por deudas contraídas en el país de origen;
   - El chantaje que involucra a los familiares que han quedado en el país de origen para lograr la sumisión de las migrantes;
   - La violencia doméstica y/o en la calle;
   - El acoso sexual en la escuela, el trabajo, las instancias gubernamentales y de impartición de la justicia;
   - La amenaza de ser separadas de sus hija/os por no poderlos mantener adecuadamente;
   - La culpabilización por la propia pobreza.

Con estos actos de imposición del miedo para justificar el control se sustituye la figura paterna o marital en el encierro de las mujeres. Su juego perverso de protección formal acompañada de amenaza de castigo, tiene la capacidad de convencerlas de la necesidad de un sistema de seguridad diseñado desde la relación capitalista de uso de las personas.

Los efectos de la globalización

El control de los sujetos femeninos es parte de la dinámica de explotación capitalista que hoy ha adquirido tinte de globalización; es decir, de expansión mundial del modelo de fabricación de sujetos, cuyas identidades son determinadas por la producción de una plusvalía que no se distribuye ni entre las clases ni entre las naciones, sino que se concentra.

La globalización involucra a todas las regiones del mundo (su gente y su naturaleza) para que sean explotadas por un número siempre menor de personas de los países económicamente dominantes, en particular los Estados Unidos.[9]

La identificación socio-histórica inducida por el sistema capitalista global refuerza la superioridad de lo masculino dominante, a través de una ciencia unívoca al servicio de la explotación de la naturaleza, de la idea de una única vía de progreso y de la asimilación de las mujeres a la vida y los valores masculinos. La forma global

[9] La globalización implica una serie de riesgos para las personas debido a la "naturalización" del mercado y la imposición de la primacía de las ganancias a nivel planetario. Una descripción del sistema de globalización puede encontrarse en: Klein, Naomi. *No logo. El poder de las marcas*. Paidós, Barcelona, 2000 y Shiva, Vandana. *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Paidós, Barcelona, 2003.

del capitalismo no puede afianzarse como relación de poder absoluto si no conforma patrones globalizados de conducta, de obligada aceptación, que actúa sobre los niveles simbólicos, culturales y espirituales de las mujeres y los hombres del mundo. Las reglas de comportamiento asignadas a los sexos en la cultura euronorteamericana, que reproducen las relaciones de dominación capitalistas, asignan a los hombres la supremacía en el espacio público y en la producción visible, y reservan a las mujeres el ámbito privado y la reproducción invisible de la fuerza de trabajo en el hogar. Estas reglas, aunque en crisis por los 200 años de lucha feminista, son impuestas en África, Asia y en las comunidades autóctonas americanas y australianas para homogeneizar las ideas de mujer y hombre, de naturaleza y sociedad, de trabajo y espíritu en todos los países tocados por el sistema económico capitalista. La vida social se empobrece, el nexo con la tierra se debilita, lo sagrado pierde su centralidad y con ello se alientan los conflictos interétnicos, el feminicidio, la intolerancia religiosa, el abandono de las formas tradicionales de agricultura y de cuidado del agua, la tierra y los alimentos. En otras palabras, se asientan las bases para una migración masiva de mujeres y hombres en busca de mejores condiciones de vida, definidas desde el sistema capitalista mismo.

La pauperización de las mayorías ha sido construida para transferir de los países industrializados a los países agrícolas una parte significativa de la producción industrial destinada a la reproducción de la fuerza de trabajo metropolitana (maquila); a la vez que empuja a las poblaciones de Asia, África y América Latina hacia los países más ricos de su continente (o de otro) con la esperanza de mejores salarios, derechos laborales, aparente igualdad entre mujeres y hombres, libertad sexual, oportunidades de educación y de acceso a la salud.

Los desplazamientos de la población se han vuelto cada vez más peligrosos debido a que el 40% de los países del mundo decidió poner freno a la migración irregular.[10] En la frontera México-EEUU mueren aproximadamente 400 personas

[10] Es sintomático, por ejemplo, que el 16 de octubre de 2004 (según *La jornada* del día 17 [p. 19]), la ONG Unidad Nacional Progresista denunció que la embajada de Estados Unidos en México niega la visa de turista al 80% de los solicitantes con base en criterios discriminatorios, como el color de la piel y la forma de vestir. Por otra parte, uno de los consensos en la mesa de diálogo sobre migración del 5 de febrero de 2003, varias ONG europeas acordaron impulsar, de manera emergente, a nivel nacional e internacional la Campaña por los Derechos de los Migrantes y Contra las Políticas Migratorias Restrictivas de la Unión Europea y los Estados Unidos. Esta campaña de sensibilización tiene como objetivo principal alentar y propiciar un marco de negociación favorable con énfasis en la Unión Europea, frente a su decisión de imponer el visado a los migrantes ecuatorianos y a los de otros países latinoamericanos. La propuesta consiste en recolectar un millón de cartas dirigidas al Parlamento Europeo, solicitándole que contribuya a reconsiderar esta decisión, dados los principios de responsabilidad compartida y reciprocidad internacional. En cuanto a los países que deben servir de freno para los emigrantes dirigidos a otros países, es sintomático que México esté haciendo efectivo el artículo 138 de la Ley de Población, mediante el cual cualquier persona que ofrece transporte a personas extranjeras indocumentadas es equiparada a un traficante de personas y sufre encarcelamiento.

cada año por deshidratación y cansancio; a la vez, México es presionado mediante la aplicación de un mayor rigor y violencia contra su población migrante si no comprometerse a frenar la migración centro y sudamericana en su territorio. Turquía es presionada de la misma forma para lograr su ingreso a la Unión Europea. Las/los trabajadores centroasiáticos son así maltratados, encarcelados, desaparecidos, detenidas, violadas en el territorio turco. El mar Mediterráneo, así como el golfo de Tailandia, los golfos de Indochina, la costa de Bangladesh, se han vuelto espacios de una nueva forma de piratería: la que ejercen los explotadores de las necesidades de transporte de la población que se mueve de forma no legal. La muerte innecesaria y racista propiciada por las políticas de los países receptores mancha las otrora bellas costas italianas, españolas y, en menor medida, griegas y croatas.

El doble movimiento de *maquilización* (concentración de la población en zonas organizadas para el ensamblaje) y de migración parece integrar a las mujeres en el mundo de la economía como reproductoras de la relación capitalista de trabajo y como productoras de bienes manufacturados para el uso de los sectores que concentran la riqueza. Desaparecen así sus diferencias positivas, sus redes de solidaridad y el papel específico que jugaban en la vida social y espiritual de sus pueblos. En el movimiento feminista -que es internacional e internacionalista- estos procesos abren una crisis cuyo desenlace decidirá si el feminismo sigue siendo un proyecto de liberación de las mujeres, o si ha sido reciclado por el capitalismo como un instrumento para la racionalización de la política global, útil para consolidar -sobre la base de nuevas diferencias económicas y políticas- los mecanismos de la explotación y pauperización femenina.

Globalización y conservadurismo son un binomio que se conjuga de manera moralizante y no ética, fundamentalista y no religiosa, puesto que niega tanto la elección de la forma de vida como la experiencia espiritual de las personas. Abaratar la mano de obra sindicalizada y defensora de sus derechos con la atracción de trabajadores, sin el título de "legales", de países pauperizados mediante la imposición del libre mercado en dispares condiciones de competencia es -sin lugar a dudas- un hecho antiético. Antiético e indispensable para el sistema capitalista en su momento de expansión acelerada sobre el mundo. Abaratar aún más la mano de obra mediante la atracción de mujeres al mismo país que con anterioridad recibía hombres migrantes, es igualmente antiético, y se sostiene sobre la idea conservadora de que las mujeres deben ganar menos porque valen menos y, además, cuanto menos ganen más obedientes serán porque ellas son las últimas responsables de sus núcleos familiares.

En la actualidad, el sistema abarata el trabajo con los migrantes a los que niega la legitimidad en el trabajo (legitimidad que les conferiría derechos); y abarata el muy barato trabajo masculino con la mano de obra de mujeres que tacha de abandonadoras de sus funciones tradicionales de madres, hijas, esposas, acusándolas de la descomposición familiar, de la deserción escolar, la drogadicción temprana y los embarazos adolescentes. El discurso conservador del liberalismo económico lo mezcla todo.

El uso que el liberalismo clásico hacía de la separación del ámbito del ciudadano público y el de la vida privada, para encerrar en ésta lo no reglamentado por el estado, llevó en la década de los años sesenta al movimiento de liberación de las mujeres a plantear que lo privado (eso es, el espacio de la privación, del desposeimiento, de la importancia de lo público masculino para el control de las

mujeres al interior de la familia) era un asunto político. Hoy en día el sistema capitalista ha vuelto a confundir los ámbitos del trabajo con los del conflicto familiar al convertir en una cuestión privada (la esposa le quita el trabajo al esposo y con su salario no logra mantener a sus hijos) sus constructos: el desempleo, la feminización de la pobreza y la migración masiva. Además la responsabilidad del abaratamiento del valor del trabajo recae sobre las mujeres y no sobre el capital, favoreciendo actitudes de resentimiento en el colectivo masculino que desembocan en una específica violencia de género. No es casual que sea en las zonas maquileras donde el feminicidio se manifiesta con mayor frecuencia. De hecho, la feminización de la pobreza juega un rol crucial en ello. Porque no son dueñas de sus tierras ni consiguen trabajo en sus lugares de origen, las mujeres migran hacia las zonas de ensamblaje donde -en condiciones de necesidad inmediata- aceptan (se les ofrece) un sueldo que las retiene en la miseria, porque no les permite nunca ahorrar para el regreso.

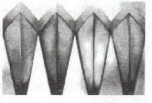
Las maquilas se irguieron sobre la tradicional mal paga de los "guetos" laborales femeninos para organizar sus ganancias con base en un sistema de salarios miserables para las mujeres, que fueron las primeras que emplearon. Ahora que los hombres ingresan al trabajo de ensamblaje, éste ya es muy barato. La finalidad del Plan Puebla-Panamá (esa ruta inexistente que se viene construyendo desde hace veinte años con el ingreso de México al libre comercio) es la maquilización de Centroamérica. Ésta tendría unos terribles efectos de consolidación del capital expansivo:

a) Terminaría de colonizar a los pueblos indígenas porque su territorio -su tierra, sagrada, madre- es para la privatización;
b) Anclaría a las mujeres y los hombres a la maquila como única fuente de trabajo, lo que implicaría una nueva sedentarización forzada;
c) Fomentaría la violencia (falsamente privada) contra las mujeres que perderían su valor sagrado ligado a la producción de la madre tierra sin adquirir los derechos de ciudadanía que los trabajadores desde la pobreza no pueden reivindicar.[11]

También en el nivel de la migración internacional, el capitalismo expansivo adquiere la forma moderna de la tradicional opresión de lo público masculino sobre lo privado femenino. Todo el trabajo que las mujeres en su lugar de origen se ven obligadas a hacer gratuitamente al interior de sus familias, ya sea relacionado con la existencia o la subsistencia humana, es llamado reproductivo -en oposición con las actividades productivas- aun cuando se efectúa de manera remunerada en el país receptor. Reproducir connota repetición y procreación que -en términos patriarcales- son características indispensables pero no valoradas del trabajo, porque,

[11] La Secretaría de Desarrollo Social acaba de reconocer que en México mueren por causas violentas 5200 mujeres al año, 2 de cada 3 en sus casas. Los mayores índices de asesinatos de mujeres se dan en zonas maquiladoras, de tránsito y de hacinamiento. La tristemente famosa Ciudad Juárez, capital mundial de los y las desaparecidas, está hoy siendo "copiada" por otras ciudades maquiladoras. Chiapas -sobre todo en la zona fronteriza y en el litoral- ha alcanzado el quinto lugar nacional de asesinato de mujeres, prostitución y pornografía infantil, tráfico de personas.

supuestamente, no generan ganancia económica alguna. Cuando el capital expansivo afirma que los servicios son labores reproductivas, a la vez que envía a las migrantes hacia ese tipo de trabajo exclusivamente, les da por supuesto un valor muy bajo en la escala salarial. Utilizar el término reproductivo, cargado de significados y símbolos de lo femenino materno, para definir a los trabajos peor pagados sirve para naturalizar su necesidad concreta y ocultar -una vez más- que el trabajo de las mujeres asegura gran parte de la acumulación de capital.



Bibliografía

Addiechi, Florencia. *Fronteras reales de la globalización. Estados Unidos ante la migración latinoamericana*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2005.

Alba, Francisco. *Las migraciones internacionales*. CONACULTA, México, 2001.

Amorós, Celia. *Crítica a la razón patriarcal*. Anthropos, Madrid, 1985.

Banco Mundial. *Perspectivas de la economía mundial 2006*. Washington DC, 2005.

----------. *Migración internacional, remesas y fuga de cerebros*. Washington DC, 2005.

Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Paidós, Buenos Aires, 2000.

Gargallo, Francesca. *Ideas feministas latinoamericanas*. Universidad de la Ciudad de México, México, 2004.

Klein, Naomi. *No logo. El poder de las marcas*. Paidós, Barcelona, 2000.

Lamas, Marta (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG-Miguel Ángel Porrúa, México, 1996.

Nash, Mary y James Amelang (comp.). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Ed. Alfons el Magnánim, Barcelona, 1990.

ONU-CEPAL-Celade. *La migración internacional y el desarrollo de las Américas*. Santiago de Chile, 2001.

Peri Rossi, Cristina. *El pulso del mundo*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2005.

Shiva, Vandana. *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Paidós, Barcelona, 2003.

Villa, Miguel y Martínez Pizarro, Jorge. *El mapa migratorio internacional de América Latina y el Caribe: patrones, perfiles, repercusiones e incertidumbres*. Celade, Santiago de Chile, 2001.

¿Qué es un feminicidio?
Notas para un debate emergente

Rita Laura Segato*

Resumen

Este artículo se ocupa de la definición de los asesinatos de mujeres y de su posible calificación y discriminación. La discusión pretende determinar si la palabra "feminicidio" debe englobar todo y cualquier asesinato de mujeres o reservarse para una categoría más restrictiva. El tema surgió en relación con los asesinatos de mujeres que se suceden, ya hace alrededor de catorce años en la localidad de Ciudad Juárez, frontera norte de México, y que se extienden a otros contextos de América Latina. Entendiendo estos crímenes en el marco de sociedades patriarcales y de su violencia fundante, el ensayo intenta describir el funcionamiento de los ambientes habitados por facciones que detentan poder económico y político, atraviesan los límites entre la legalidad y la ilegalidad, y mantienen una complicidad interna y externa férrea en los diversos tipos de tráfico ilegal de que participan. El cuerpo de las mujeres asesinadas es consumido como un tributo que exhibe y alimenta la potencia, cohesión, reproducción e impunidad de las facciones mafiosas.
La tipificación de los diferentes crímenes de mujeres permitirá, entre otros efectos, crear estrategias específicas de investigación policial, generar un cuadro general más acabado de la realidad de los crímenes de género en cada región.

Palabras claves: feminicidio, crímenes de mujeres, patriarcado, violencia de género

Abstract

The purpose of this article is to think about the definitions regarding women's assassination and its possible qualification and discrimination. The objective is to determine if the word "femicide" can include everything and all kinds of women's assassination or if the term should be applied to a more restrictive category. This topic emerged in relation to women's assassinations that have been occurring since almost 14 years ago in Ciudad Juárez (northern Mexican border) and have now been extended to other places and contexts of Latin America. Understanding these types of crimes within the frame of patriarchal societies and their founding violence, this essay intends to describe and reflect on some features and

* Antropóloga. Universidad de Brasilia.

ways in which these environments work. These are places inhabited by groups that hold political and economic power: go through the limits of legality and illegality and keep a strong internal and external complicity in perpetrating different types of illegal traffic. The body of murdered women is taken as a tribute that exhibits and strengthens the power, cohesion, reproduction and impunity of mafia organizations.
The typification of these women's crimes will permit, among other effects, to create specific strategies concerning police investigation, and hence, to obtain a more comprehensive general profile of gender crimes in each region.

Key words: femicide, women's crimes, patriarchal systems, gender violence.

Feminicidio y patriarcado

Una de las polémicas emergentes en el feminismo de nuestros días se concentra en torno de la definición de los asesinatos de mujeres. Se trata de una discusión reciente, sin inscripción en la bibliografía, y que viene teniendo lugar en algunos foros mexicanos como, por ejemplo, en el Seminario "Frontera, Violencia y Justicia: Nuevos Discursos" durante todo el año de 2005 y 2006, en la Universidad Autónoma de México, organizado por María Isabel Belausteguigoitia, del Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, y Lucía Melgar, del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer del Colegio de México. Pretendo aquí examinar brevemente las posiciones al respecto y exponer la mía.

Mi propósito es sobre todo iniciar el registro del dilema que esta discusión instaura y colocar a disposición de las lectoras de forma suscinta los elementos que instiguen y permitan una reflexión sobre el mismo. Como se verá, esta reflexión no es nada más ni nada menos que una reflexión sobre el tema de género en toda su amplitud y consecuencias ya que, en mi perspectiva, tal como lo expresé en mi libro *Las Estructuras Elementales de la Violencia*[1], género = patriarcado simbólico = violencia fundante.

Lo que se discute es, para decirlo de una forma introductoria, si la palabra "feminicidio" debe englobar todo y cualquier asesinato de mujeres o debe reservarse para una categoría más restrictiva.

El tema surgió en relación con los misteriosos asesinatos de mujeres que suceden, ya hace alrededor de catorce años, en la localidad de Ciudad Juárez, frontera norte de México, al otro lado de la ciudad tejana de El Paso, extendiéndose hoy a otras localidades del Estado de Chihuahua y también, de forma acelerada, a

[1] Buenos Aires: Prometeo y Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

la frontera sur mexicana con Guatemala[2]. Esos crímenes son llamados, por autoras y público, "femicidios", adaptando la expresión inglesa *femicide*, aunque más recientemente pasó a dominar el vocablo más castizo "feminicidio".

Las siguientes preguntas representan adecuadamente las posiciones enfrentadas: ¿es interesante aplicar la categoría feminicidio a todos los crímenes perpetrados contra las mujeres, es decir, todos los estupros seguidos de muerte, todos los asesinatos de esposas y novias, todas las muertes violentas de mujeres en manos de hombres, o vale la pena calificarlos? ¿Cuál sería la utilidad de calificar y separar los asesinatos de género? ¿Cuáles son los pros y los contras de calificar? La polémica es particularmente importante cuando vemos en algunas ciudades del continente que las muertes cruentas de mujeres se multiplican más allá de lo previsible y tanto los números como las características de algunos de esos asesinatos, hacen sospechar que una variedad de crímenes de género se esconden por detrás de las cifras homogéneas.

El caso de Ciudad Juárez es más antiguo y, por lo tanto, más conocido. Nos sirve, entonces, para iluminar los otros bolsones del continente donde han ocurrido asesinatos de mujeres con un patrón nuevo, como en Cipoletti, Argentina, o que presentan una incidencia demasiado alta de feminicidios excediendo el patrón habitual, como en Recife, Brasil, pudiéndose esconder en el interior de esta cifra inespecífica algunos asesinatos especiales, diferentes, con características particulares.

Las referencias para la formulación de la categoría *feminicidio* son Jane Caputi y Diana Russell, con su clásico texto "Femicide", inicialmente publicado en 1990, republicado en versión más extensa en 1992 y actualmente accesible en internet[3]:

> *El feminicidio representa el extremo de un continuum de terror anti-femenino e incluye una amplia variedad de abusos verbales y físicos, tales como violación, tortura, esclavitud sexual (particularmente por prostitución), abuso sexual infantil incestuoso o extra-familiar, golpizas físicas y emocionales,*
> *Acoso sexual (por teléfono, en las calles, en la oficina, y en el aula), mutilación genital (clitoridectomías, escisión, infibulaciones), operaciones ginecológicas desnecesarias (histerectomías gratuitas), heterosexualidad forzada, esterilización forzada, maternidad forzada (por la criminalización de la contracepción y del aborto), psicocirugía, negación de comida para mujeres en algunas culturas, cirugía plástica, y otras mutilaciones en nombre del embellecimiento. Siempre que estas formas de terrorismo resultan en muerte, ellas se transforman en feminicidios (Caputi and Russell 1992: 15)*

[2] Ver, entre otros: AAVV. (2004) *Ciudad Juárez: De este lado del puente*. México, DF: Epikeia, Nuestras Hijas de Regreso a Casa e Instituto Nacional de las Mujeres; Washington, Diana. (2005) *Cosecha de mujeres: Safari en el desierto mexicano / Women Harvest: A Mexican Safari*. México, DF: Océano de México editora; González Rodríguez, Sergio. (2002) *Huesos en el Desierto*. Barcelona: Anagrama.

[3] Caputi, Jane and Diana E. H. Russell: "Femicide: Speaking the Unspeakable" (publicado inicialmente en *Ms. Magazine*. September/October, 1990). In Radford, Jill and Diana E. H. Russell: *Femicide: The Politics of Woman Killing*. New York: Twayne Publishers, 1992. También en http://www.dianarussell.com/femicide.html

La intención de las autoras, así como de todos los linajes del feminismo que incorporaron la categoría, era encomiable: desenmascarar el patriarcado como una institución que se sustenta en el control del cuerpo y la capacidad punitiva sobre las mujeres, y mostrar la dimensión política de todos los asesinatos de mujeres que resultan de ese control y capacidad punitiva, sin excepción. La relevancia estratégica de la politización de todos los homicidios de mujeres en este sentido es indudable, pues enfatiza en que resultan de un sistema en el cual poder y masculinidad son sinónimos e impregnan el ambiente social de misoginia: odio y desprecio por el cuerpo femenino y por los atributos asociados a la feminidad. En un medio dominado por la institución patriarcal, se atribuye menos valor a la vida de las mujeres y hay una propensión mayor a justificar los crímenes que padecen. Las autoras llegan a hablar de "terrorismo sexual" para indicar las formas de coacción que inhiben la libertad femenina y presionan a las mujeres para permanecer en el lugar asignado a su género en un orden patriarcal.

Si, por un lado, esta categoría se propuso poner al descubierto el trasfondo que confiere unidad de sentido a los asesinatos de mujeres y, de esta forma, mostrarlos vinculados al revelar los varios procedimientos utilizados por el poder del cual todos emanan; por el otro, trazaba un límite entre la violencia de género, la violencia misógina, y otras formas de criminalidad que (por lo menos aparentemente) no ocurren directamente dentro del círculo regido por la economía simbólica patriarcal. Parecía también estratégico mostrar la especificidad de los asesinatos de mujeres, retirándolos de la clasificación general de "homicidios". Era necesario demarcar, frente a los medios de comunicación, el universo de los crímenes del patriarcado e introducir en el sentido común la idea de que hay crímenes cuyo sentido pleno solamente puede ser vislumbrado cuando son pensados en el contexto del poder patriarcal.

La otra dimensión fuerte que se defendía en la noción de feminicidio era la caracterización de estos crímenes como *crímenes de odio,* como son los crímenes racistas y homofóbicos. Dentro de la teoría del feminicidio, el impulso de odio con relación a la mujer se explicó como consecuencia de la infracción femenina a *las dos leyes del patriarcado: la norma del control o posesión sobre el cuerpo femenino y la norma de la superioridad masculina.* Según estos dos principios, inspiradores de una variedad de análisis de corte feminista de crímenes contra las mujeres, la reacción de odio se desata cuando la mujer ejerce autonomía en el uso de su cuerpo desacatando reglas de fidelidad o de celibato - la célebre categoría de "crímenes contra la honra" masculina -, o cuando la mujer accede a posiciones de autoridad o poder económico o político tradicionalmente ocupadas por hombres, desafiando el delicado equilibrio asimétrico. En estos casos, los análisis indican que la respuesta puede ser la agresión y su resultado la muerte. La intencionalidad de matar o simplemente herir o hacer sufrir no define diferencias: en esta perspectiva, a veces el feminicidio es un resultado no deliberadamente buscado por el agresor.

En este sentido, los crímenes del patriarcado o feminicidios son, claramente, *crímenes de poder,* es decir, crímenes cuya doble función es, en este modelo, simultáneamente, la retención o conservación, y la reproducción del poder.

Expresividad, interlocución y territorialidad en los crímenes del patriarcado.

Sin apartarme completamente de este abordaje fundamental, en mi libro publicado en 2003[4] propuse una complementación del mismo a partir de una escucha demorada de condenados por violación en la cárcel de Brasilia y de una lectura de buena parte de la literatura etnográfica y teórica existente sobre el tema. Se trataba de una segunda vía interpretativa para -sin con esto negar: a) los principios de control y competición sobre y con la víctima, y b) la acción dirigida a la conservación y reproducción del poder patriarcal-, enfatizar otros niveles de interacción que estarían presentes en la violencia contra la mujer. En ese caso, mi objeto de análisis era la violación seguida o no de muerte, pero como una forma de reducción del cuerpo y supresión de la voluntad femenina equivalente, en términos de economía simbólica, al asesinato.

A la luz de los resultados de mi investigación, dediqué mi análisis a enfatizar dos nuevos elementos que me parecen tener un papel fundamental en estos crímenes de reducción del otro femenino. Estos elementos, interdependientes entre sí, apuntan para a) la dimensión expresiva y no solamente instrumental de los mismos, y b) la presencia de interlocutores tanto o más importantes que la propia víctima.

Propuse, entonces, que nuestra lectura debería estar orientada por dos ejes de relación e interlocución: un eje que llamé vertical, por vincular las posiciones asimétricas de poder con sujeción, o sea, del perpetrador con su víctima; y un eje que llamé horizontal y que vincula al perpetrador con sus pares, en una relación que trabaja para mantenerse simétrica. Me parecía, como todavía creo, que éste último se encuentra o ausente o muy poco elaborado en los análisis anteriores.

Mantener el eje horizontal, la relación simétrica entre los pares, que también llamé de cofrades o hermandad masculina, depende, en este modelo, de que se mantenga la simetría, es decir, de la relación vertical con la posición subordinada - que la asimetría se conserve aquí es un prerrequisito para que la simetría se mantenga allá. Afirmé que esa dependencia de un eje con relación a otro da origen a una *relación de exacción de tributo* a lo largo del eje vertical para la alimentación de la estabilidad del eje horizontal. Esa exacción de tributo resulta en un flujo afectivo, sexual y de otros tipos de obediencia intelectual, productiva y reproductiva (siendo todos éstos equivalentes simbólicos) que expresa la situación de rendición permanente de la posición que llamamos "mujer", o "femenina", a los miembros instalados en el eje horizontal. Ese tributo es, en general, voluntario en condiciones que pueden ser llamadas de "normalidad", pero en algunas situaciones especiales de guerra o de crisis de manutención de algún miembro de la cofradía puede ser un tributo forzado.

Este esquema así elaborado gráficamente sirve para exhumar el diseño del patriarcado y de las relaciones de género en general. Más aún: me parece ser la propia arquitectura de las relaciones el género.

[4] Segato 2003, op. cit.

Otro elemento que distinguí en mi análisis, y que se volvió crucial al aplicar el modelo al caso de Ciudad Juárez en mi ensayo de 2004[5], son las afinidades entre cuerpo femenino y territorio. Éstas quedan claras en la asociación permanente entre conquista territorial y violación, tanto en las guerras premodernas como en las modernas, en todas las civilizaciones.

En artículos más recientes sobre el tema mismo de la territorialidad[6], vengo afirmando que, cuando no restan otros, nos reducimos y remitimos al territorio de nuestro cuerpo como primero y último bastión de la identidad, y es por eso que la violación de los cuerpos y la conquista territorial han andado y andan siempre mano a mano, a lo largo de las épocas más variadas, de las sociedades tribales a las más modernizadas. La feminización de los cuerpos de los vencidos por medio de su sexualización, como en la prisión de Abu-Graib, y la posesión forzada de los cuerpos de las mujeres y niñas con su consecuente inseminación, como en las guerras occidentales y contemporáneas de la antigua Yugoslavia, confirma la equivalencia permanente entre cuerpo y territorio. Sometimiento, sexualización, feminización y conquista funcionan como equivalentes simbólicos en el orden bélico patriarcal.

Por otro lado, la sanción sobre el cuerpo de la mujer es un lugar privilegiado[7] para significar el dominio y la potencia cohesiva de una colectividad, y prácticas de larguísima duración histórica confirman esta función de la capacidad normativa (y hasta predadora) sobre el cuerpo femenino como índice de la unión y fuerza de una sociedad. La significación territorial de la corporalidad femenina - equivalencia y continuidad semántica entre cuerpo de mujer y territorio - son el fundamento de una cantidad de normas que se presentan como pertenecientes al orden moral. Por

5 Publicado inicialmente en México como Segato, Rita: "Territorio, soberanía y crímenes de Segundo Estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en *Ciudad Juárez*"en AAVV, *(2004). Ciudad Juarez: De este lado del puente*, ob.cit.; y luego en varios otros medios, entre otros en Femenías. María Luisa (comp.) (2005) *Perfiles del Feminismo Latinoamericano*. Buenos Aires: Catálogos; como también en internet en los sites www.rebelion.org; y en www.lahaine.org, entre otros. También en Portugués na *Revista de Estudos Feministas* vol. 13 N. 2, Florianópolis, Maio-Agosto, 2005

6 Segato, Rita: "En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea". In Herrera, Diego y Emilio Piazzini (eds.) (2005) *(Des)Territorialidades y (No) Lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Medellín: INER Universidad de Antioquia.

7 Segato, Rita: "La faccionalización de la República y el paisaje religioso como índice de una nueva territorialidad" In Alonso, Aurelio (2006). *La América Latina y el Caribe: Territorios Religiosos y Desafíos para el Diálogo*. Buenos Aires: CLACSO. Esto es verdad en un tiempo histórico de larguísima duración. Ver por ejemplo los magníficos trabajos de protesta de Brackette Williams y Paulette Pierce al respecto de la re-domesticación y pérdida de autonomía de la mujer negra en el movimiento negro de los Estados Unidos como estrategia de "restauración moral" de la comunidad negra (Williams, Brackette 1996 *Women out of Place. The Gender of Agency and the Race of Nacionality*. New York and London: Routledge)

ejemplo, la preocupación obsesiva creciente por el control de la capacidad de gestación de vida del cuerpo de las mujeres y una vigilancia activa contra el aborto por parte de quienes nada tienen que ver con la vida particular o la adhesión religiosa de la persona que pretende interrumpir un embarazo son parte del fenómeno de la publicización *en el cuerpo de la mujer* de la extensión, el poder y la cohesión de comunidades de fe religiosa. Contracepción, relaciones sexuales pre-conyugales, el uso de preservativos para prevenir el SIDA, y numerosas prácticas salen del fuero íntimo y del ámbito privado para ser ostensivamente proscriptas por razones que se ocultan detrás de enunciados seudo-doctrinarios: para que la colectividad presente al mundo su imagen y poder a través de su capacidad de control de un territorio - el cuerpo de las mujeres.

En un mundo faccionalizado y caracterizado por la declinación y el deterioro de los estados nacionales como el actual, mafias urbanas, condominios inmobiliarios, facciones partidarias, facciones corporativas, fusiones comerciales, iglesias, y una variedad de entidades controlan y administran directa o indirectamente cotos territoriales. Desde una perspectiva local, este proceso se presenta y parece resultar de recortes perpetrados progresivamente sobre un espacio antes defendido estatalmente como políticamente continuo. En este nuevo medio, las redes en competición son presionadas para marcar sus dominios territoriales de la forma más inequívoca posible, y el cuerpo femenino, por su contigüidad con la noción de territorio en la larga historia del género que se confunde con la propia historia de la especie, tiene la función de soporte para la inscripción de la red en su movimiento expansivo sobre los recursos y en sus fronteras inter-faccionales.

Si bien este esquema puede iluminar en general todos los tipos de feminicidio, al aplicarlo para organizar los datos con que contamos sobre los feminicidios idiosincrásicos de Ciudad Juárez, es decir, para iluminar el conjunto específico de asesinatos que no representan ni todas ni la mayoría de las muertes cruentas de mujeres en esa localidad, lo que emerge es la superposición precisa entre la hermandad masculina y la hermandad mafiosa, de forma amplia. Lo que quiero decir cuando me refiero a la "hermandad mafiosa de forma amplia", como argumenté por extenso en mi ensayo sobre Ciudad Juárez anteriormente citado, es que no estoy considerando meramente a los así llamados "narcos", o sea, a los sicarios o jóvenes marginales violentos de extracción pobre, sino a todo el grupo de cofrades, muchos de ellos de las clases privilegiadas, que de alguna forma participan en las ganancias y ventajas de la variedad de crímenes de tráfico e influencia que se cometen en esa frontera. No puedo reproducir el argumento por extenso aquí, pero baste decir que se trata de una red que articula miembros de la élite económica, de la administración pública y de la justicia locales, provinciales y federales y que, como comprueban los ya catorce años de impunidad, se ha mostrado capaz de neutralizar las fuerzas de la ley resistentes a una articulación protética con los poderes locales[8].

[8] El caso de María Soledad Morales en Catamarca, ejemplifica bien estas características (Lozano, Claudia: "La vida es un racimo de ilusiones: género, sexualidad y violencia en Catamarca". *Mora*. 11, diciembre, 2005; Morandini, Norma: *Catamarca. Cuando el tirano cae su poder termina, cuando la víctima muere su poder empieza*. Planeta, Buenos Aires, 1991).

En este sentido, estos crímenes del patriarcado se adaptan de forma perfecta a un contexto faccional, en el que el eje horizontal de pares en la masculinidad representa también al eje de la hermandad corporativa involucrada en los negocios ilegales de la región. La mujer no es aquí el interlocutor principal, sino una presa devorada por el eje horizontal de cofrades en los negocios y en el status masculino. En ese sentido, no es a la víctima a quien dirigen su discurso los perpetradores, sino a sus pares, en una demostración de capacidad de muerte y de crueldad probada en la víctima, que los habilita a participar de la hermandad mafiosa. En ella se da un pacto de semen, un pacto de sangre en la sangre de la víctima, que sella la lealtad de grupo y, con esto, produce y reproduce impunidad.

Iluminados por el instrumental analítico expuesto hasta aquí, los feminicidios característicos de la localidad de Ciudad Juárez se revelan como crímenes no instrumentales sino *expresivos*, en el sentido de que la fratría inscribe su discurso en el cuerpo secuestrado, marcado por la tortura colectiva, inseminado por la violación en grupo y eliminado al final de la terrible ordalía. En estos cuerpos la corporación mafiosa comunica y refuerza su potencia y cohesión de grupo, la fidelidad de la red de personas que controla así como los recursos cuantiosos de que esa red dispone para garantizar la discrecionalidad e impunidad absoluta de los participantes. Al mismo tiempo que así exhibe su dominio irrestricto y totalitario sobre la localidad, la región y la nación, dado que ésta no consigue intervenir de forma eficaz.

Una pregunta que muchas veces surge es: ¿por qué en este punto particular de la frontera Norte y no en los otros? Y entre diversos caminos posibles para responderla, opto hasta el momento por una respuesta que invoca el carácter arbitrario del lenguaje. En su dimensión expresiva, los actos violentos se comportan como una lengua capaz de funcionar eficazmente para los que la entienden, *aun cuando no participen directamente en la acción enunciativa*. Es por eso que, cuando un sistema de comunicación con un alfabeto violento se instala, es muy difícil desinstalarlo, eliminarlo. La violencia constituida y cristalizada en forma de sistema de comunicación se transforma en un lenguaje estable y pasa a comportarse con el casi-automatismo de cualquier idioma. Las razones por las cuales hablamos una lengua son históricas y, en ese sentido, arbitrarias, y no pueden ser explicadas por una lógica necesaria. Son, por lo tanto, también históricos los procesos por los cuales una lengua es abolida, erradicada de un territorio. El problema de la violencia como lenguaje se agrava aún más si consideramos que existen ciertas lenguas que, en determinadas condiciones históricas, tienden a convertirse en *lingua franca* y generalizarse más allá de las fronteras étnicas o nacionales que le sirvieron de nicho originario.

En suma, el larguísimo período de impunidad nos permite deducir que los crímenes idiosincrásicos conocidos como feminicidios, *stricto sensu*, de Ciudad Juárez, tienen como contexto propicio un ambiente habitado por facciones que detentan poder económico y político así como una influencia tentacular con la administración pública y de justicia a escala nacional. Estas facciones atraviesan los límites entre la legalidad y la ilegalidad, y mantienen una complicidad interna y externa férrea en los diversos tipos de tráfico ilegal de que participan a través de la frontera norte.

Esto permite, también, que los crímenes a que me refiero puedan ser comprendidos mejor por su dimensión expresiva que por una dimensión instrumental, ya que el cuerpo de las mujeres asesinadas es consumido como un tributo que

exhibe y alimenta la potencia, cohesión, reproducción e impunidad de las facciones mafiosas. En las marcas inscriptas en estos cuerpos los perpetradores publican su capacidad de dominio irrestricto y totalitario sobre la localidad ante sus pares, ante la población local y ante los agentes del Estado, que son inermes o cómplices.

Nuevas territorialidades, nuevos feminicidios

Si la unificación y demarcación de todas las variedades de muertes cruentas de mujeres, interpretadas a la luz del extenso y omnipresente entramado del patriarcado, fue un avance para la comprensión de la violencia de género y de la naturaleza violenta del ambiente patriarcal, estas ventajas parecen caducar cuando nos aproximamos a localidades como Ciudad Juárez, donde un tipo particular de crímenes de mujeres llama la atención.

Como he intentado mostrar muy brevemente, por el tiempo transcurrido entre los primeros registros de casos de este tipo de asesinatos considerado idiosincrático de Ciudad Juárez, en 1992, hasta hoy, es posible reconocer en ellos una serie de características recurrentes que, sin embargo, como dije, no definen el tipo de homicidios de mujeres más frecuente o numeroso en una frontera violenta como es la del Norte de México. Y es allí donde se origina una disidencia fuerte con relación a la forma de usar la categoría feminicidio: si la restringimos a este tipo de muertes, los números disminuyen drásticamente, aún cuando persista una cifra considerable para esta modalidad particular de asesinatos.

A los ojos de una parcela importante del feminismo, un mayor volumen cuantitativo es un dato estratégico que no puede ser sacrificado, ya que sirve para caracterizar de forma más contundente, como ya dije, el perverso orden patriarcal. Por otro lado, es difícil aislar la cifra específica correspondiente al tipo particular de crimen característico de Ciudad Juárez pues los números relativos a "asesinatos de mujeres" tienden a ser unificados tanto en el cómputo policial como en su divulgación en los medios de comunicación. Es evidente, sin embargo, que solamente una caracterización precisa del *modus-operandi* de cada tipo particular de crimen y la elaboración de una tipología lo más precisa posible de las diversas modalidades de asesinatos de mujeres podría llevar a la resolución de los casos, a la identificación de los agresores, y al tan anhelado fin de la impunidad.

Me he referido anteriormente a la resistencia a elaborar esa tipología precisa como una "voluntad de indistinción"[9]. Autoridades y formadores de opinión, en México, aún cuando pretenden hablar en nombre de la ley y de los derechos, estimulan una percepción indiscriminada de cantidad de crímenes misóginos que ocurren en Ciudad Juarez, así como en cualquier otra localidad de México, de Centro-América y del mundo: crímenes pasionales, violencia doméstica seguida de muerte, abuso sexual y violaciones seguidas de muerte en manos de agresores seriales, tráfico de mujeres, crímenes de pornografía virtual seguidos de muerte, tráfico de órganos aparecen en la media y en los boletines de ocurrencias mezclados y confundidos en un único conjunto.

[9] Segato 2004, ob.cit.

Entiendo esa *voluntad de indistinción* como una cortina de humo que impide ver claro en un conjunto particular de crímenes de mujeres que presenta características semejantes. En el análisis que publiqué sobre los crímenes de Ciudad Juárez, explico que es como si nos encontrásemos frente a círculos concéntricos formados por una variedad de agresiones al cuerpo femenino, ocultando en su interior un tipo de crimen específico, no necesariamente el más numeroso pero sí el más enigmático por sus características precisas, casi burocráticas: secuestro de mujeres jóvenes con un tipo definido, trabajadoras o estudiantes jóvenes, privación de libertad por algunos días, torturas, violación "multitudinaria", mutilación, estrangulamiento, mote segura, mezcla o extravío de pistas y evidencias por parte de las fuerzas de la ley, amenazas y atentados contra abogados y periodistas, presión deliberada de las autoridades para inculpar chivos expiatorios claramente inocentes, y la continuidad ininterrumpida de los crímenes desde 1993 hasta hoy. A esta lista se suma el hecho de que nunca ningún acusado resultó verosímil para la comunidad y ninguna "línea de investigación" mostró resultados. Se trata de un conjunto de crímenes que pueden encuadrarse en el lenguaje en que acostumbran sellarse los pactos mafiosos y con características fuera del padrón habitual de homicidios de mujeres.

No tengo palabras para enfatizar el desasosiego que me causó escuchar o enterarme del tono de las noticias divulgadas por la televisión o la prensa local en Ciudad Juárez, reproducidas más tarde en todo México. Escuché de emisarios de los más variados: periodistas, áncoras de programas de opinión, fiscales, jueces, autoridades administrativas, activistas y presidentas de ONGs e instituciones locales de Bienestar Social, con apenas unas pocas excepciones - como, por ejemplo, la excepción de Marisela Ortiz, representante de la ONG "Nuestras Hijas de Regreso a Casa" o de Isabel Vericat, de EPIKEIA - siempre el mismo enunciado, que considero aterrorizante y escandaloso: "ha sucedido más un crimen sexual en Ciudad Juárez".

Estoy convencida de que los feminicidios corporativos de Ciudad Juárez no pueden ser considerados más un crimen sexual. Al decirse esto, se da pie a que las autoridades locales emitan una contra-opinión que se vuelve de inmediato admisible. Podemos hallarla fácilmente en numerosos artículos periodísticos, ya sea en análisis editoriales como en boca de autoridades entrevistadas: Ciudad Juárez tiene índices idénticos e inclusive menores de crímenes contra las mujeres que muchas otras ciudades mexicanas y de América Latina. Esta frase *multificadota* del escándalo Juarense solamente es posible porque todos los tipos de crímenes son mezclados y no se generan categorías específicas, ni jurídicas ni del sentido común, para denominar el tipo de violencia feminicida idiosincrática que asola la localidad.

Con todo, el problema de la ambigüedad y la indiferenciación entre los diversos tipos que componen la cifra general de los homicidios de mujeres no parece estar siendo un tema prioritario en las agendas feministas. Esta es justamente la cuestión que quiero plantear aquí: la importancia de discriminarlos.

Elaborar una tipología específica permitirá sin duda generar datos más precisos y facilitar con esto la identificación de los culpables. No tenemos datos claros sobre este tipo de crímenes porque no tenemos categorías jurídicas precisas en relación con los mismos, y no tenemos leyes precisas porque no tenemos datos claros. Creo no equivocarme cuando sostengo que solamente una discriminación precisa de estos crímenes podrá atacar el problema por la raíz. Esos datos también harán posible identificar la acción de poderes paralelos en jurisdicciones de diferentes niveles que

con certeza afectan también otros ámbitos de la vida económica y política de la nación; se generarán categorías jurídicas y leyes capaces de encuadrar más eficazmente a todos los implicados en este tipo de casos y que facilitarán, a su vez, formalizar el requerimiento a las fuerzas de la ley de los datos necesarios para accionar esos instrumentos jurídicos; se podrá con esto organizar una mejor colaboración entre países donde formas semejantes de violencia estén también ocurriendo. Finalmente, como argumentaré a continuación, solamente por este camino será posible trazar paralelos admisibles entre las categorías genocidio y feminicidio.

Muchas feministas - en especial en México, donde primero surgió el problema - defienden la unificación de los casos para respaldar una Política de Género contra el feminicidio, entendido como un conjunto de todos los tipos de homicidios de mujeres, consecuencia de la opresión general del patriarcado. En mi caso, afirmo la importancia de una tipificación de los diferentes crímenes de mujeres y estoy convencida de que solamente un fuerte énfasis en su diferenciación interna permitirá crear estrategias específicas de investigación policial, capaces de llevarnos hasta los perpetradores por caminos más adecuados para cada tipo de caso y así generar un cuadro general más acabado de la realidad de los crímenes de género en cada región. Podremos, por ejemplo, tener mayor claridad al abordar aquellas localidades que, como en el caso de la ciudad de Recife, en Brasil, presentan una escalada rápida y desproporcionada en las cifras.

En segundo lugar, solamente la tipificación precisa de los crímenes mafiosos contra la mujer podrá constituir un argumento convincente para incluir los feminicidios, en sentido estricto, como crímenes afines al del Genocidio en la Corte Penal Internacional de la Haya. Esto es así porque este tipo de feminicidio idiosincrático de Ciudad Juárez es el asesinato de una mujer *genérica*, de un tipo de mujer solamente por ser mujer y por pertenecer a ese tipo, de la misma forma que el genocidio es una agresión genérica y letal a todos aquellos que pertenecen al mismo grupo étnico, racial, lingüístico, religioso o ideológico. En ambos, los crímenes se dirigen a una categoría y no a un sujeto específico. Precisamente, este sujeto es despersonalizado como sujeto porque se hace predominar en él la categoría a la cual pertenece sobre sus trazos biográficos y de personalidad. No hay relación personal ni motivación personalizada que vincule al perpetrador y la víctima. El procedimiento es el de eliminación con y por despersonalización.

Aún sobre la posibilidad de trazar equivalencias entre el crimen de genocidio y el de feminicidio así especificado, es que éstos últimos, como he apuntado anteriormente, pueden ser entendidos como "crímenes de *Segundo Estado*", pues es como segundo estado que percibo a la red de poder que, sin entrar en contradicción con los diversos gobiernos que se turnan en el control del aparato estatal local, estadual y nacional, continúa dominando las estructuras administrativas con sede en la localidad. He afirmado que *los feminicidios de Ciudad Juárez no son crímenes comunes de género sino crímenes corporativos y, más específicamente, son crímenes de segundo Estado, de Estado paralelo*. Entiendo aquí "corporación" como el grupo o red que administra los recursos, derechos y deberes propios de un Estado paralelo, establecido firmemente en la región y con tentáculos en las cabeceras del país. Se asemejan, por lo tanto, en su fenomenología, a los crímenes y desapariciones perpetrados por regímenes totalitarios. Comparten una característica idiosincrática de los abusos del poder político: se presentan como crímenes sin

sujeto personalizado realizados sobre una víctima tampoco personalizada, donde un poder secreto abduce a un tipo de mujer, victimizándola, para exhibir, reafirmar y revitalizar su capacidad de control. Por lo tanto, son más próximos a crímenes de Estado, crímenes de lesa humanidad, donde el Estado paralelo que los produce no puede ser encuadrado porque carecemos de categorías y procedimientos jurídicos eficientes para enfrentarlo.

Por esas razones, estoy convencida de que sería necesario crear una categoría específica capaz de encuadrarlos y tornarlos jurídicamente inteligibles, clasificables: no son crímenes comunes, o sea, crímenes que pueden agregarse a los de género de motivación sexual o de falta de entendimiento en el espacio doméstico, como afirman frívolamente agentes de la ley, autoridades y activistas. Son crímenes que podrían ser llamados *de segundo Estado o crímenes de corporación*, en los que la dimensión expresiva y genocida de la violencia prevalece.

Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma

Adriana Piscitelli*

Resumen

Al tomar en cuenta las especificidades del turismo sexual planteadas en la literatura sobre el tema (la que incluye mis estudios en el Nordeste del Brasil) aquí argumento que, por sus características, éste conforma un área particularmente delicada en términos de los aspectos combatidos por los movimientos de trabajadoras/es del sexo. En la primera parte desarrollo esta idea sintetizando, algunos puntos relevantes en la discusión actual sobre trabajo sexual. Luego considero la interrelación entre esas aproximaciones y las discusiones sobre turismo sexual. En la tercera parte, muestro los efectos del estigma entre la población femenina de las capas más bajas que tiene relaciones con turistas extranjeros que buscan sexo, basándome en material de investigación recogido en Fortaleza (capital del Estado de Ceará, en el Nordeste de Brasil), una de las ciudades consideradas centrales en el circuito de turismo sexual internacional en ese país. Finalmente, retomo mi argumento central para mostrar cómo la defensa contra ese estigma (accionada por las mujeres que participan del "turismo sexual") las torna vulnerables en ciertos aspectos. Sin embargo, esa defensa incide en el aumento de las posibilidades de materializar el sueño de gran parte de las involucradas en ese tipo de turismo: emigrar a algún país del "Primer Mundo" por medio de la intervención de un extranjero.

Palabras clave: turismo sexual, prostitución, género, estigma, violencia.

Abstract

Considering that sexual tourism peculiarities showed in the studies of the theme (that include my studies in the Northeast of Brazil) in this text I argue that this adjusts a particularly delicate area according to the aspects fighted against by sex workers movements. To summerize this idea I develop some relevant points in this present discussion on sexual work. Then I consider the interconection betweén those aproximations and sexual tourism discussions. In the third part I show the stigma effects among the female population of the lowest and poorest groups that have sex relationships with foreign tourists looking for sex in a city considered as one of the central ones in the international sexual tourism tour in

* Universidad de Campinas (Unicamp), Núcleo de Estudios de Género-PAGU.

Brazil. I base my work on the investigation material collected in Fortaleza (capital city of Ceará State in the Northeast of Brazil). At last, I reassume my central argument to show up how the defense against that stigma (performed by women who are part of the "sexual tourism") turns them vulnerable in many aspects. However, that defense has an effect upon the possibilities of making the dreams come true for the greatest part of women involved in this kind of tourism: to emigrate to some "First World" country by means of a foreign tourist intervention.

Keywords: sexual tourism, prostitution, gender, stigma, violence.

Introducción

En las últimas tres décadas, las discusiones sobre prostitución se han vuelto más complejas en un contexto marcado por: la proliferación de organizaciones de trabajadores del sexo en diversas partes del mundo y la preocupación suscitada por la transnacionalización del mercado sexual (Chapkis, 1997; Kempadoo y Doezema, 1998). Me refiero a los flujos de habitantes de los países pobres que viajan a las naciones del Norte con el objetivo de ofrecer servicios sexuales y de personas de los países ricos, sobre todo hombres, que viajan al exterior como turistas o militares para comprar satisfacción sexual en las poblaciones nativas (Thorbeck y Pattanaik, 2002). Estos flujos, particularmente los amplios movimientos de emigración ilegal en el sentido Sur-Norte inciden - a su vez- en la actualización de las preocupaciones en torno del tráfico de personas "con fines de explotación sexual" (Kempadoo 2001; Anderson y O'Connell Davidson, 2002). En ese marco, un exasperado debate divide las opiniones, incluso entre las corrientes del pensamiento feminista (Legardinier, 2002; Pheterson, 2002).

El seguimiento de esas discusiones permite percibir las innovaciones presentes en algunos abordajes. Ellas residen, sobre todo, en un desplazamiento del posicionamiento de las personas que prestan servicios sexuales. En el marco de las organizaciones de trabajadoras/es del sexo se difunde la exigencia de ser considerados sujetos de derechos, en tanto integrantes de una categoría ocupacional. La lucha de esos grupos se centra en ese punto y en el combate al estigma vinculado con la prostitución. Y si, de acuerdo con algunas corrientes del pensamiento feminista, la violencia es una característica inherente a la prostitución, en la perspectiva de las organizaciones de trabajadoras/es del sexo la violencia adquiere otras connotaciones: se asocia a la marginación y se percibe como resultado del prejuicio y del estatuto legal concedido a la prostitución en diversos países.

Las líneas de producción académica que se desarrollaron en estrecha colaboración con esas ideas y con las luchas de esas organizaciones elaboraron perspectivas que, lejos de considerar a las/los trabajadores del sexo como víctimas o villanos/villanas, les conceden un lugar de agentes. Ese desplazamiento se asocia con una revisión de los presupuestos que orientaron las reflexiones e investigaciones sobre la prostitución.

En este texto analizo el impacto de ese movimiento en la literatura sobre un área específica vinculada al trabajo sexual: el turismo sexual. Sin embargo, en

términos del trabajo sexual, el turismo sexual presenta una característica específica: aunque se vincule con la prostitución, no se reduce a ella. Teniendo en cuenta las especificidades planteadas en la literatura sobre turismo sexual (incluyendo mis estudios en el Nordeste del Brasil) argumento que, por sus características, esa problemática conforma un área particularmente delicada en términos de los aspectos combatidos por los movimientos de trabajadoras/es del sexo.

Este texto se divide en tres partes: en la primera, sintetizo algunos puntos relevantes en la discusión actual sobre trabajo sexual teniendo en cuenta los abordajes feministas. A continuación, considero la interrelación entre esas aproximaciones y las discusiones sobre turismo sexual. En la tercera parte, muestro los efectos del estigma en la población femenina de las capas más bajas que se relaciona con turistas extranjeros que buscan sexo, basándome en material de investigación recogido en Fortaleza (capital del Estado de Ceará, en el Nordeste del Brasil) una de las ciudades consideradas como centrales en el circuito de turismo sexual internacional en ese país.

Finalmente, retomo mi argumento al considerar cómo la defensa contra el estigma accionado por las mujeres que participan en el turismo sexual las torna, en ciertos aspectos, vulnerables. Sin embargo, las estrategias utilizadas en esa tentativa inciden en el aumento de las posibilidades de materializar el sueño de gran parte de las mujeres involucradas con ese tipo de turismo: emigrar a algún país del "Primer Mundo" acompañando a un extranjero.

Nuevas miradas sobre el trabajo sexual

¿What is so bad about a hooker?
I don't want to put a halo over our heads -
we are whores and that´s what we want to be.[1]
Jasmin (1993:34)

De acuerdo con las autoras que trazan la historia de la organización de las/los trabajadoras/es del sexo, esos grupos empiezan a articularse a partir de la primera mitad de la década de los setenta. En 1973, Coyote (la agrupación estadounidense que se considera como precursora en ese movimiento) fue fundada por una ex trabajadora del sexo. A lo largo de la década de los ochenta esos grupos se difundieron en diversas partes del mundo y, a mediados de esa década, tuvieron lugar los dos primeros congresos mundiales de prostitutas, en Amsterdam y Bruselas (Chapkis, 1997; McClintock, 1993). A lo largo de ese proceso, ciertos sectores de la academia se fueron aproximando a estos movimientos para apoyar las ideas que surgían de ellos. Los efectos de la interacción entre algunas personas insertas en la academia y las integrantes de esas organizaciones pueden apreciarse en publicaciones de ese período (Pheterson, 1986). Sin embargo, los resultados de ese diálogo se hacen más visibles a lo largo de la década de los noventa.

[1] "¿Qué hay de malo en una prostituta? No quiero poner un halo sobre nuestras cabezas. Somos putas y esto es lo que queremos ser."

En 1993, Anne McKlintock (una autora conocida por sus estudios sobre las relaciones entre género, raza y clase en la formación del imperialismo británico [McKlintock, 1995]), organizó una sección especial de la revista académica estadounidense *Social Text* enteramente dedicada al comercio sexual (McKlintock, 1993). Al presentar la sección, la autora destacaba la inclusión de ensayos escritos por trabajadoras del sexo en una publicación académica. Ese procedimiento era considerado como una transgresión y una acción política radical, pues tomaba como presupuesto la legitimidad de las acciones de las prostitutas. Los textos publicados en esa revista, al ocuparse de discusiones sobre las políticas de la *agency*, de la representación y del establecimiento de alianzas, denuncian frontalmente el estigma vinculado a la prostitución, incluso en los abordajes feministas. Esos artículos afirman la validez del trabajo sexual como intercambio de servicios específicos por dinero, el cual debería gozar de respeto análogo al concedido a otras ocupaciones del sector de los servicios.

Esos abordajes se recrean y amplían en otro importante conjunto de trabajos, publicado a finales de la década de los noventa: *Global Sex Workers*, organizado por Kamala Kempadoo (una académica) y Jô Doezema (1998) (que, en ese momento, se presenta como trabajadora sexual). Esta selección de artículos profundiza cuestiones relacionadas con la conceptualización del trabajo sexual y con los aspectos legales vinculados al ejercicio del mismo, pero lo hace prestando particular atención al posicionamiento de las trabajadoras del sexo de los países del Tercer Mundo en el mercado transnacional del sexo en un mundo globalizado. Al tener en cuenta ese posicionamiento, presta especial atención al racismo presente en las estructuras y deseos que organizan industrias locales específicas y al imperialismo cultural evidente en los discursos internacionales sobre prostitución, incluyendo aquí ciertos abordajes feministas.

Situados en el marco del pensamiento feminista, estos textos responden a los abordajes -también feministas- que perciben a las trabajadoras del sexo como víctimas (pasivas) de la violencia sexual. Ambas publicaciones son significativas en el sentido en que expresan aspectos importantes de las nuevas miradas sobre la prostitución. Y ambas muestran divergencias en el seno del pensamiento feminista en lo que se refiere a la temática de la prostitución, un aspecto que se reitera en los recientes trabajos sobre turismo sexual.

De hecho, diversas líneas del pensamiento feminista defienden modelos legales totalmente diferentes en lo que se refiere a la prostitución. Vale recordar que, en la producción sobre el tema, esas perspectivas tienden a agruparse en cuatro modelos: el que prohíbe la prostitución o prohibicionista; el abolicionismo; el reglamentarista y, más recientemente, un modelo que, a veces, se denomina "laboral" o de despenalización (Wijers, 2004).

A los tres primeros modelos se los percibe como formando parte de la condena moral de la prostitución, ya que buscan, de maneras diferentes, controlar y suprimir la industria del sexo (Wijers, 2004). A los tres se los percibe como marginalizadores y estigmatizadores de las personas que ofrecen servicios sexuales. En el marco de esos modelos, el laboral se diferencia por presentar un conjunto de singularidades. Está ligado a la organización de las/los trabajadoras/es del sexo y a la lucha contra la exclusión de los mismos derechos que la sociedad confiere a otros trabajadores. Precisamente, esta exclusión dejaría a las/los trabajadoras/es del sexo más vulnerables frente a la violencia. En este modelo, los derechos laborales y las condiciones de

trabajo constituyen el foco central (Jasmin, 2003). Se reivindica el reconocimiento del trabajo del sexo como actividad legítima y la despenalización de los diversos aspectos vinculados a la prostitución, exigiéndose que esta sea regulada por leyes civiles y laborales y no por leyes penales. Los que reivindican este modelo consideran que el "estigma de la prostituta", reforzado por otros modelos legales es el obstáculo principal para la obtención de esos derechos en el mundo (Pheterson, 1999).

Comprender las alianzas entre corrientes del pensamiento feminista y los diversos modelos legales vinculados a la prostitución exige entender el significado que esos abordajes conceden a la sexualidad. Lejos de existir un acuerdo, el pensamiento feminista presenta diferencias importantes en lo que se refiere a ese significado. La oposición entre visiones antagónicas sobre la sexualidad, presente ya en las primeras discusiones de las sufragistas, marca esas divergencias. Algunos grupos entendían la sexualidad como el elemento utilizado para convertir en objetos a las mujeres, -de esa manera- le impiden acceder al reconocimiento como sujetos portadores de derechos civiles. Por el contrario, otros grupos entendían la sexualidad como un terreno de potencial liberación para las mujeres (Chapkis, 1997).

Esas diferencias fueron actualizadas en el marco de la segunda ola del feminismo, durante la década de los ochenta, cuando las disputas conformaron un debate conocido como la batalla del sexo (*sex wars*), cuyo efecto fue la creación de dos campos dicotómicos descriptos, de manera simplista como: uno como hostil al sexo, percibido como la fuente de la opresión femenina en un orden patriarcal y el otro como defensa del sexo como fuente de placer y poder en las vidas de las mujeres. Los debates sobre los significados y la función del sexo fueron más complejos pero es importante destacar que, en sus respectivos ámbitos, la pornografía y la prostitución operaron como un punto central. De acuerdo con Wendy Chapkis (1997), en esas discusiones la prostituta ocupó tanto el lugar de la esclava sexual como el lugar de un agente más subversivo dentro de un orden social sexista.

Las percepciones sobre la prostitución en uno y otro extremo son diversificadas. En uno de ellos, la vinculación de las mujeres con el sexo se entiende como la raíz de su opresión y abuso. Así, se ve a la prostitución como caso extremo del ejercicio abusivo del sexo, por lo tanto, quien ofrece servicios sexuales es visto, específicamente, como una víctima de violencia. En esa visión, la prostituta es un objeto sexual, un ser pasivo y carente de poder. En el otro polo, hay posiciones que, por el contrario, consideran la vinculación de las mujeres con el sexo como la fuente de su mayor poder. Así, la prostituta sería un símbolo de la autonomía sexual de las mujeres y, como tal, una amenaza potencial para el control patriarcal sobre la sexualidad de las mujeres.

Otras líneas de pensamiento se apartan de esas posiciones, reconocen la existencia de un orden sexista pero considerándolo no absolutamente determinante. Estos abordajes (con los cuales concuerdo) piensan el sexo como un terreno de disputa, no como un campo fijo de posiciones de género y poder. El sexo es visto como una táctica cultural que puede tanto desestabilizar el poder masculino como reforzarlo. Según ellos, las prácticas de prostitución (tales como otras formas de mercantilización y consumo) deben ser leídas de manera más compleja que sólo como una confirmación de la dominación masculina: éstas pueden ser espacios de

resistencia y de subversión cultural. Por este motivo, en estas líneas se considera que la posición de la prostituta no puede ser reducida a la de un objeto pasivo utilizado en la práctica sexual masculina, sino que debe ser vista como un espacio de agencia en el cual se hace un uso activo del orden sexual existente.

De acuerdo con Chapkis, en una observación que comparto, unas u otras imágenes de la prostituta deben ser consideradas tipos ideales que pueblan la retórica feminista, mientras que la realidad del sexo comercial es infinitamente más variada. Sin embargo, estas ideas son importantes para comprender las diferentes alianzas establecidas por las feministas con los diversos modelos legales y, también, para percibir los principales aspectos presentes en las nuevas miradas sobre el trabajo sexual. Se trata de las nociones de agencia y las lecturas complejas sobre distribuciones diferenciadas de poder que, al tener en cuenta seriamente los contextos, le retiran el carácter de fijeza. ¿Qué relaciones hay entre los aspectos presentes en esas miradas y la producción sobre turismo sexual?

Viajes en busca de sexo en los países del Sur

Esos aspectos también fueron marcando el desarrollo de la literatura sobre turismo sexual en un trayecto que desmontó varios supuestos generalizadores sobre esa problemática. Parte importante de los estudios sobre el tema tiene como referencia el trabajo pionero de Truong, un estudio sobre el Sudeste de Asia publicado en 1990. En ese trabajo, el turismo sexual, vinculado a la prostitución y -en su mayoría- a las relaciones entre *hombres* de países desarrollados y *nativas* de naciones pobres y a la prostitución, es considerado como el resultado de una serie de relaciones sociales desiguales, incluyendo relaciones entre: Norte y Sur, capital y trabajo, producción y reproducción, hombres y mujeres. Esa concepción sobre turismo sexual es corriente en la bibliografía sobre el tema (Leheny, 1995: 373; Richter, 1994; Pruitt y LaFont, 1995; Pettman). En esa producción también es recurrente la idea de que el turismo sexual está vinculado a viajes organizados ("paquetes"), generalmente en el sentido "centro-periferia", de habitantes de los países ricos buscando aventuras eróticas en Filipinas, Tailandia, África, América Central y del Sur. Esas ideas sobre el turismo sexual también atraviesan parte de la producción brasileña (Chame, 1998; Dias Filho, 1998; Carpazoo, 1994).[2]

Sin embargo, en el transcurso de la década de los noventa, diversos abordajes fueron ampliando el campo de discusiones al subrayar la existencia de diferentes modalidades de turismo sexual, que responden a un conjunto de factores: el sexo y la edad de aquellos/aquellas que ofrecen servicios sexuales, el sexo y la orientación sexual de los consumidores la participación de intermediarios y la integración de ese tipo de servicios en el sector formal o informal, en tiempo parcial

[2] Para otros estudios más recientes, con una perspectiva más diversificada sobre turismo sexual en el Brasil ver: Soares Do Bem, 2003; Blanchette, 2005; Felizardo, 2005; Piscitelli, 2004b).

o integral. Y observo que estos trabajos se ocupan de todas las modalidades de turismo en busca de sexo, aunque se acostumbre a atizar la atención de la opinión pública internacional mediante la relación entre turismo sexual y consumo de sexo con niños.

En lo que se refiere a la oferta de servicios sexuales, algunos autores llaman la atención sobre la existencia de prostitutas "ocasionales", que desempeñan el trabajo sexual de acuerdo con necesidades financieras y que establecen relaciones ambiguas con sus compañeros; prostitutas que operan a través de intermediarios y visitan a los turistas en sus hoteles, trabajadoras sexuales que operan en clubes y burdeles y prostitutas-esclavas vendidas a prostíbulos (Hall, 1994). En términos de demanda, la diversidad presente en los universos de turismo sexual se mostró al destacarse las diferencias entre los consumidores, hombres y mujeres. Estudios desarrollados en el Caribe plantearon distinciones entre viajantes masculinos al establecer diferencias entre aquellos que buscan, por el menor precio posible, encuentros explícitos y *focalizados*, prefiriendo relaciones múltiples y anónimas, y los turistas sexuales "situacionales". Estos últimos serían hombres que creen involucrarse en relaciones sexuales y emocionales auténticas y recíprocas, no consideran como prostitutas a las mujeres que con ellos se relacionan, ni se piensan como "clientes" (O'Connell Davidson. 1996).

Esas aproximaciones también se ocuparon de la comprensión de las relaciones sexuales y amorosas establecidas en el marco de los viajes de mujeres de los países del Norte a las naciones del Sur. De acuerdo con Deborah Pruitt y Suzanne Lafont (1995), en Jamaica, el turismo que media en las relaciones entre mujeres de las naciones ricas y nativos del Sur se considera orientado al romance y caracterizado por el énfasis en el cortejo, a través de un discurso amoroso, y por la construcción de relaciones duraderas.[3] Esos aspectos y los trazos emocionales presentes en este tipo de turismo lo diferenciarían del turismo sexual. Esas distinciones incluyen, también, la dinámica de género: al turismo sexual se lo ve como si reforzara relaciones de dominación masculina y subordinación femenina, perpetuando -de esa manera- papeles de género. En sentido inverso, se considera que en el turismo/romance los compañeros/as exploran nuevas vías para negociar masculinidad y feminidad. Las interacciones entre extranjeras ricas y nativos pobres son vistas como posibilidad de ampliación de los repertorios de género y un terreno para el cambio en lo que se refiere a las relaciones de poder.

Otros estudios, también centrados en los viajes de esas mujeres a los países del Sur, se contraponen a esas interpretaciones al afirmar que el turismo/romance no se restringe a situaciones en las cuales las consumidoras son mujeres: ciertos hombres en busca de sexo, que también valoran ese tipo de relaciones, se involucran en ellas. Y sostienen que el turismo/romance, inclusive cuando incluye a mujeres del Norte, no puede ser desvinculado del turismo sexual (Mullings, 1999).

[3] Algunos estudios publicados en la segunda mitad de los años noventa llaman la atención hacia ese tipo de relación en lugares específicos, especialmente en Kenia, Gambia y diversas islas del Caribe. Ver Oppermann, 1999; Phillips; Dahales y Bras, 1999, págs. 267-293; Meisch, 1995.

Aunque las mujeres dedicadas al turismo sexual presenten diferencias con los turistas sexuales, sobre todo en lo que se refiere a las actitudes en relación con la prostitución, manifiestan varias semejanzas con esos hombres tales como que consideran sus experiencias sexuales como partes integrales de sus vacaciones; que tienen una amplia diversidad de encuentros sexuales que, muchas veces, incluyen relaciones múltiples, breves e instrumentales y que ofrecen retribuciones financieras -incluso en dinero en efectivo- a cambio de servicios sexuales a los compañeros locales. Además, ellas implementan fantasías de la alteridad -análogas a las de los turistas sexuales- que legitiman el acceso sexual con los nativos a la vez que afirman sus privilegios (O'Connell Davidson & Sanchez Taylor, 1999).

Los resultados de las investigaciones realizadas a lo largo de los últimos años ofrecen elementos para hacer más complejas las discusiones sobre turismo sexual internacional. La creciente atención concedida al turismo sexual, protagonizado por personas a las que les gusta tener sexo con otras del mismo sexo, posibilita percibir que el interés suscitado por el turismo heterosexual incidió en que diversas modalidades de turismo sexual homosexual fueran descuidadas (Luongo; Clift y Forrest, 2000). El tipo de turismo que tiene lugar en diversos países de África y del Caribe, en el cual las mujeres del Primer Mundo que buscan sexo superan en mucho a los hombres, se contrapone con la idea generalizada de que el turismo sexual involucra a hombres del Primer Mundo -generalmente viejos- que viajan a los países en desarrollo en busca de placeres sexuales no disponibles -por lo menos por el mismo precio- en sus países. Y uno de los puntos que deben ser destacados es que, al prestar atención tanto a las percepciones de los consumidores como a las de aquellas/os que ofrecen servicios sexuales y a las dinámicas de poder que atraviesan esas relaciones, esos estudios rebaten la adecuación de la utilización de la idea de prostitución (concebida como servicios sexuales remunerados, indiscriminados y emocionalmente neutrales) para pensar en las relaciones que surgen de los encuentros sexuales entre turistas (hombres o mujeres) y locales y rebaten también la percepción monolítica de subordinación de las personas que ofrecen servicios sexuales en esos contextos.

Algunos abordajes, que buscan establecer marcos de reflexión sobre la diversidad de modalidades conocidas de ese tipo de turismo, han intentado concebir el turismo sexual situando ese tipo de viajes en el marco de las relaciones entre sexualidad y turismo, en sentido amplio. Cohen inició ese camino al sugerir la utilización del concepto de prostitución "abierta" para caracterizar ese tipo de relaciones. La idea de prostitución abierta posibilitaría considerar procesos que, a pesar de iniciarse con servicios "neutrales" -en términos emocionales- pueden ampliarse, llegando a ser relaciones personalizadas que involucran al mismo tiempo emoción e interés económico (Cohen, 2001). Otras perspectivas van más allá de esas reflexiones y rebaten la idea de que la principal motivación del turismo sexual sea consumir sexo "comercial". Opermann propone una visión del turismo sexual a la manera de un *continuum* que, al tener en cuenta relaciones dentro de un amplio abanico de mujeres y hombres que incluyen aquellas/os dedicadas/os a la prostitución, puede o no aceptar intercambio monetario directo. En esos abordajes se considera como equivocado pensar el turismo sexual como un subconjunto dentro de la prostitución: algunas modalidades de ese estilo de turismo podrían considerarse parte de la prostitución, mientras que otras no podrían englobarse en ella (Oppermann, 1998).

Este conjunto de consideraciones presenta cuestionamientos que socavan los supuestos generalizadores sobre el turismo sexual. Pero, el punto que me interesa resaltar es la relación entre las nuevas miradas sobre el trabajo sexual y el avance de la producción sobre turismo sexual. La literatura sobre este tipo de turismo fue ampliando sus campos de discusión, al prestar seria atención a los contextos en los que se producen los contactos sexuales entre visitantes y nativas/os, al intentar comprender las motivaciones y percepciones tanto de los viajeros como de la población local. Lejos de aceptar visiones monolíticas sobre la subordinación de los nativos/as que se relacionan con los turistas, esa literatura fue escudriñando las diversas dimensiones de agencia accionadas en el marco de esos contactos. Y, en ese camino, varios de los supuestos vinculados con el turismo sexual se desmontaron a partir de la atención concedida al estigma vinculado con la prostitución que atraviesa el universo del turismo sexual, particularmente en lo que se refiere a las poblaciones nativas (Fernandes 1999; Piscitelli, 2004a). En la próxima parte del texto elaboro estos aspectos tomando como referencia el estudio que desarrollé sobre turismo sexual en Fortaleza.

Entre "gringos" y "nativos"

Fortaleza, una de las principales ciudades brasileñas ligadas al turismo sexual internacional, está considerada como un centro industrial y, sobretodo, turístico por sus bellas playas y su agitada vida nocturna. Con 2.100.000 habitantes, es una de las ciudades de más rápido crecimiento del país y, también, una de las regiones metropolitanas más pobres (IBGE, 2000).

Como otros países del Sur, el Brasil invierte en el turismo internacional con la expectativa de aumentar la incidencia de esa industria en el Producto Bruto y en la generación de empleos[4]. En Fortaleza, la intensificación del turismo se evidencia -a mediados de los años ochenta- en la transformación de playas desiertas en sofisticados balnearios y en el gran aumento del número de hoteles. En el 2001, los turistas extranjeros fueron apenas el 9,4% del total de visitantes extranjeros (Gobierno del Estado de Ceará, 2002).[5] Pero el turismo internacional -predominantemente masculino- es muy visible en los lugares turísticos de la ciudad, donde se encuentran en general visitantes extranjeros blancos en compañía de jóvenes locales, consideradas más "oscuras". Se estima que el turismo es la fuente de empleo de más rápido crecimiento en Ceará, pero en Fortaleza el turismo internacional se ve con esperanza y preocupación a la vez por estar fuertemente asociado al turismo sexual.

[4] De acuerdo con Embratur, el turismo es responsable del 5,5% del Producto Bruto Interno y por el 3,3% de los empleos, sin embargo el gobierno espera que esas cifras aumenten (Embratur, 2004).

[5] En ese año la ciudad recibió más de 1.450.000 turistas y apenas 172 mil extranjeros (Gobierno de Ceará, 2002).

En el Brasil, el debate público sobre el turismo sexual (que tiende a definirlo como prostitución y que involucra principalmente a niños y adolescentes), convirtió a esa problemática en una fuente de preocupación nacional. Al comienzo de la década de los noventa era posible ver a extranjeros entrar en los grandes hoteles de Fortaleza con niñas que aparentaban trece o catorce años, pero las señales visibles de esas manifestaciones desaparecieron.[6] Las acciones de la sociedad civil organizada fomentaron la extinción de la publicidad turística oficial que utilizaba imágenes sexualizadas de mujeres y estimularon, también, campañas gubernamentales contra la explotación sexual de niños por extranjeros.[7]

Por otra parte, esas acciones incentivaron la realización de investigaciones cuyos resultados contribuyeron a relativizar la total responsabilidad atribuida en el pasado a los turistas sexuales por la incidencia de la prostitución infanto-juvenil en la ciudad. Al final de la década de los noventa, estudios académicos sobre esas cuestiones en Fortaleza mostraron que en las áreas analizadas -incluyendo las frecuentadas por turistas- la prostitución involucraba básicamente adolescentes y no niños. También indicaban claramente que, aunque los turistas representasen un porcentaje considerable de los clientes, los turistas brasileños tenían una participación cercana a la de los extranjeros y, en el total, la participación de ambos era inferior a la de los clientes locales, que constituían la mayoría de los consumidores y la mayoría de los que tenían sexo con niños ("Pacto de combate al abuso y explotación sexual de niños y adolescentes", 1998). A pesar del resultado de esas investigaciones, el turismo sexual continúa considerándose una de las principales fuentes de la explotación sexual de niños (Petit, 2004).[8] Casos de extranjeros "pedófilos" están presentes reiteradamente en los diarios. Y es preciso observar que, en el Brasil, ese término no se usa con la misma frecuencia cuando se trata de consumidores de sexo brasileños (Landini, 2003).

El turismo sexual que involucra a jóvenes adultas, que no se configura necesariamente como crimen[9], también ha suscitado preocupación porque se lo ve

6 Me baso en la observación ya que, aunque mi estudio sobre Fortaleza haya sido realizado entre 1999/2002, sigo regularmente desde 1995 las transformaciones vinculadas con el turismo en la ciudad.

7 Una "Campaña nacional por el fin de la explotación, de la violencia y del turismo sexual contra niños y adolescentes" se lanzó en todo el país en 1995 incluyendo acciones tanto en el Brasil, con líneas telefónicas donde el turismo sexual que involucraba a niños podía ser denunciado, como en el exterior, a través de acuerdos con Italia, Francia, Alemania e Inglaterra, a fin de castigar a ciudadanos de esas naciones tanto en el Brasil como en sus países de origen. "O Brasil é moda", *Isto é* 1681, 19/12/2001.

8 El reciente Informe de la Comisión de Derechos Humanos sobre la venta de niños, la prostitución infantil y la pornografía que involucra a niños (Petit, 2004: 9) afirma que en el Brasil el turismo sexual es una de las formas más difundidas de explotación sexual comercial de niños.

9 En términos de la ley, la prostitución que involucra a mujeres mayores de dieciocho años no es un crimen; conforme al *Código Penal* (arts. 227, 228, 229 y 230), sólo constituye un crimen la explotación y promoción de la prostitución.

vinculado con el aumento de la prostitución, el consumo de drogas y, por sobre todo, con el tráfico internacional de mujeres. Las mujeres de Fortaleza que establecen relaciones económicas/sexuales con turistas que buscan sexo enfrentan esa preocupación al contraponer su propia visión sobre el mundo local del turismo sexual.[10]

Entre esas mujeres, aquéllas que se vinculan con lo que algunos locales llaman "turismo sexual de clase media", intercambian sexo por bienes y ventajas materiales, al formar relaciones con los visitantes extranjeros a veces influenciadas por ideas románticas (relaciones que no siempre incorporan un pago directo). Son jóvenes, la mayoría entre veinte y treinta años (aunque, al comienzo de la investigación, algunas entrevistadas estaban en la franja de los dieciséis o diecisiete años, con documentos falsos para pasar por mayores de dieciocho años); el color de la piel se considera, según los estándares locales, entre moreno y moreno claro y forman parte de los sectores bajos y medios bajos de la ciudad. Sin embargo, esas mujeres están lejos de ser muy pobres -en términos locales- y/o analfabetas. En general, viven en conjuntos habitacionales para personas de bajos recursos, pero no en las zonas miserables de la ciudad. También alcanzaron un nivel de escolaridad comparativamente más alto que las mujeres relacionadas con las formas "más pobres" de la prostitución. Algunas cambiaron los primeros novios locales por extranjeros. Otras buscaron primero "ayuda" (una categoría central en este universo) en hombres locales, mucho mayores, cambiando después ese "viejo que ayuda" (Fonseca, 2004) por un extranjero. Finalmente, otras ingresaron en el universo del turismo sexual internacional después de haberse dedicado a realizar *programas* (palabra que se refiere estrictamente a los contratos que regulan el intercambio de sexo por un pago directo en dinero, en los que se pacta previamente el precio, el período de tiempo y el tipo de acto sexual) con hombres locales y turistas brasileños. Pero ese universo está constituido, también, por mujeres que no hacen *programas*.

Desde el punto de vista local, a las jóvenes de esas clases sociales que establecen relaciones con turistas extranjeros -especialmente cuando se las considera de piel oscura- se las ve como prostitutas por lo que recae sobre ellas el estigma que envuelve a las trabajadoras sexuales. La explicación de ese aspecto requiere un comentario sobre las categorías raciales accionadas en ese contexto. En el Brasil, no se definía tradicionalmente la raza por la distinción binaria negro/blanco -basada en la sangre- como en los Estados Unidos. Y uso el pasado porque (como resultado de la globalización de los movimientos negros) en el presente, la clasificación binaria coexiste con una compleja clasificación (Fry, 1995-6). Esta última es un *continuum* de color basado en el fenotipo, de negro a blanco, que

[10] La investigación en la cual se basan estos comentarios se desarrolló durante diez años de trabajo de campo en un abordaje antropológico. Incluyó observación y entrevistas en profundidad realizadas con 75 agentes, entre ellos, 25 mujeres que se relacionan con extranjeros y un número equivalente de extranjeros que buscan nativas.

integra categorías raciales mixtas, como *mulata* y *morena*. Los indicadores que definen la clasificación racial de una persona incluyen no sólo el color de la piel sino también rasgos faciales y la textura del cabello. Pero esas marcas son relativas, en el sentido en que están determinadas también por aspectos sociales como la educación y la clase y que pueden tener prioridad sobre la clasificación basada en el fenotipo. De manera análoga a las observaciones de Nadine Fernández sobre Cuba (1999), en el Brasil -hasta cierto punto- el dinero puede "blanquear" a una persona y los comportamientos socialmente condenables pueden considerarla "más oscura". Como resultado de ese conjunto de concepciones, mujeres de capas medias y de piel considerada clara, que tienen relaciones sexuales con turistas extranjeros, pueden evitar el rótulo de prostitutas. Pero ese rótulo afecta de manera recurrente a las mujeres de estratos más bajos y/o piel más oscura que acompañan a visitantes internacionales.

Los circuitos vinculados al turismo sexual internacional son transitados por mujeres de capas bajas y medias bajas que los lugareños vinculan, sin duda, con el *turismo sexual de clase media*. Esas mujeres de ninguna manera constituyen un grupo homogéneo. Algunas de las entrevistadas se consideran trabajadoras del sexo pero muchas no se ven de esa manera. Entrevisté a algunas cuya supervivencia dependía, exclusiva o parcialmente, de la prostitución y que se consideraban *profesionalizadas*. En palabras de una de ellas: "soy prostituta, me estoy vendiendo, todo lo que uno hace por dinero...". Aunque prefieran hacer *programa* con extranjeros, no se restringen a ellos. Buscan brasileños (preferentemente de los estados del Sur y Sudeste) y extranjeros que pueden ser residentes en la ciudad, turistas o tripulantes de los barcos que llegan al puerto de Fortaleza. Dentro del grupo las entrevistadas, esas mujeres conforman el único grupo en el cual algunas están integradas en asociaciones de trabajadoras del sexo. Y son ellas las que manifiestan mayor convicción y firmeza en lo que se refiere a la utilización de preservativos con los *clientes*, una exigencia que no se extiende a los eventuales maridos/compañeros.

Los *programas* que esas mujeres realizan no parecen garantizar un nivel elevado de ingresos: una entrevistada *profesionalizada*, casada -cuyo esposo e hijos ignoran que ella hace *programas*- suplementa el salario del esposo (240 reales en el momento de la entrevista) con el valor de los *programas* mensuales realizados, que rinden alrededor de 200 reales. Sin embargo, según esas entrevistadas, el valor de sus programas es relativamente elevado:

> *"Normalmente, cobro cincuenta dólares a los gringos o más ¿no?... pero cuando pasan la noche conmigo, ellos [los extranjeros] no me dan cincuenta dólares. Me dan ochenta, noventa y hasta cien dólares. Para los brasileños, como pasa a veces, son cincuenta reales."*

Y los valores de esos *programas* se implementan como expresión de la diferencia entre esas mujeres y las prostitutas de *nivel inferior*.

Aunque alguna de esas entrevistadas ya haya realizado viajes fuera del Brasil, ellas privilegian los encuentros con extranjeros en términos de una combinación de factores que incluyen dinero y la idea de ser mejor tratadas por los clientes extranjeros que por los brasileños, más que la eventual posibilidad de mudarse al exterior. Entre las mujeres que se relacionan con turistas que

buscan sexo, otras, entablan relaciones marcadas por la ambigüedad al considerar que así pueden lograr beneficios mayores de los visitantes extranjeros en términos de dinero y de eventuales invitaciones para viajar. Ellas cuidan obsesivamente la apariencia para intentar atraer a esos turistas y buscar, al mismo tiempo, camuflar la prostitución.

> *"Siempre me gustó ostentar, buena ropa, buenos zapatos... Siempre me gustó ir al salón de belleza, hacerme las uñas, hacerme limpieza [de cutis]... A veces hasta me hacía maquillaje... Para llegar a un lugar como ese y llamar un poco la atención. Porque... hay chicas en ese [lugar] que vos las ves, las mirás, fingen que no hacen programas, son chicas bien vestidas, muy prolijas, muy bonitas..."*

Los cuidados en la producción corporal se integran en un conjunto de prácticas a través de las cuales ellas intentan lograr beneficios materiales de sus parejas extranjeras, distanciándose al mismo tiempo en comportamiento de sus nociones preconcebidas del trabajo sexual. En las palabras de una peluquera de 27 años, divorciada de un nativo veinte años mayor que ella, al referirse a una actual pareja extranjera:

> *"Es un italiano, tiene 52 años... Yo totalmente perfecta, honesta, de casa. Porque en esas cosas tenés que jugar, vos tenés que quedar como una chica derecha, difícil. Pasamos una semana nada más que encontrándonos, cenando, ahí conocí lugares que no conocía. Yo le dije que estaba trabajando en el salón de belleza de una amiga mía. En eso él me dijo: ¿no tenés ganas de tener tu propio negocio? Yo le dije: ¿qué puedo hacer con el salario miserable que gano? Y él: ¿cuánto ganás? 150 reales por mes, que es el salario mínimo. En esa época eran 137 reales. Él dijo: ¿cómo vivís con eso? Vivo con mi madre. Yo estaba en la mala... En esa época me dio 4.000 reales. Me mandó una orden de pago internacional. Yo no lo podía creer, ¿eh? Era la primera vez. Ahí me compré mi salón, compré todo. Hice el curso... Él no desconfiaba.... Todo lo que me mandó son más o menos unos diez mil. Pero porque también yo fui muy viva. Me llamaba por teléfono. Casi todas las veces que me llamaba le pedía plata. Doscientos, trescientos. Dólares, reales. Ay, estoy enferma. Ay, me quebré la pierna. Tuve un problema en el pecho, me tienen que operar. Pasé por casi todas las enfermedades. Pero si no hacés así, no conseguís nada. Hay que juntar plata, tuve que comprarme mis cosas. Nunca cobré así un programa. Nunca en mi vida. "*

Esas estrategias ayudan a crear el clima de incertidumbre que envuelve esos encuentros internacionales, estimulan la difusión de los "romances" y abren el camino para el eventual viaje al exterior. Estas jóvenes no se consideran *profesionales*, en la medida en la que no *agarran cualquier cosa* y no mantienen ninguna relación con las asociaciones de trabajadoras del sexo del lugar. Esas chicas insisten en su poder de selección en lo que se refiere a las *parejas* extranjeras, al aludir a criterios de elección que van más allá del dinero.

Ellas explicitan la importancia del dinero en sus relaciones con los extranjeros, que es su fuente de subsistencia y, sin embargo, no siempre establecen contratos explícitos con los turistas, cuando intentan a veces lograr dinero de ellos de manera indirecta. Los valores que se obtienen no son estables. El pago puede variar en función del tiempo que el turista pasa con la chica. Las retribuciones monetarias a

veces se acompañan con regalos. En algunos casos, las chicas combinan los *programas* con alguna entrada más estable enviada desde el exterior, mediante órdenes de pago internacionales, por *parejas* fijas, a veces casadas, que las visitan eventualmente. A partir de las declaraciones de esas chicas, se hace difícil establecer una renta media. Con excepción de los casos en los cuales reciben mensualmente un valor relativamente fijo por parte de algún extranjero, tienen dificultades en calcular cuánto reciben. Vale observar, sin embargo, que ellas tienen condiciones de vivienda visiblemente mejores (en términos del barrio ocupado, el tipo de casa, el mobiliario y los electrodomésticos) y un nivel de consumo más elevado que el grupo anterior.

Entre esas chicas el uso de preservativos es incierto. Afirman que los utilizan. Sin embargo, varias de esas chicas quedaron embarazadas de turistas. Y, aunque ellas privilegien los *programas* con extranjeros, no tienen un posicionamiento homogéneo en lo que se refiere a las intenciones de vivir en el exterior. Entre las que no desean partir, los motivos son diversos: puede tratarse del sentido de responsabilidad familiar o de la percepción de la falta de recursos sociales fuera de la tierra de origen. Sin embargo, para algunas de esas jóvenes los visitantes extranjeros, además de ser una fuente inmediata de lucro (y un placer que, a veces, se combina con una visión romántica de ellos), representan un pasaporte concreto hacia una anhelada vida en el exterior. Independientemente de que estén vinculados o no a una promesa de casamiento, los viajes se consideran algo muy deseable y, en ese universo, las jóvenes que consiguen hacerlos adquieren también un plus de valorización.

En los circuitos vinculados con el turismo sexual circulan otras especialistas en extranjeros. De capas sociales, niveles de escolaridad y estilos de corporalidad análogos a las de las chicas que conforman el grupo anterior y circulando por los mismos circuitos, ellas se distinguen por el hecho de que cuentan con empleo fijo, que es la fuente de su subsistencia. Son empleos con bajos salarios en el sector de servicios. Son camareras, empleadas de salones de belleza. Entre ellas, el salario más elevado era de 600 reales mensuales en la época en la que fue realizada la investigación. Conceden un valor elevado al hecho de que trabajen, aspecto crucial en la frontera que establecen entre ellas y las mujeres que hacen *programa*. Ellas no los hacen pero aceptan y, en general, piden regalos y contribución financiera para sus necesidades inmediatas y de mediano plazo: ropa, relojes, perfumes, teléfonos celulares, pago de tratamientos médicos y alquileres, de mensualidades e incluso de los recursos necesarios para comenzar pequeños negocios.

Entre esas chicas de sectores medio-bajos (de manera análoga a aquellas que hacen *programa*) la categoría crucial en términos de atributos puestos en los extranjeros es el *cuidado* que se expresa a través del dinero. Sin embargo, para algunas jóvenes que *trabajan* la importancia que se concede al establecimiento de distancias con la prostitución torna difícil pedir *ayuda*. Una peluquera de 33 años, al referirse a una pareja estadounidense que, después de mantener una relación de dos años y medio con ella, dejó definitivamente Fortaleza explica: *"Después que él viajó, me ayudó a pagar el alquiler durante tres meses, pero esos tres meses ya pasaron y ahora está difícil. Tenía algún dinero, pero me lo gasté en tratamiento médico, 200 reales. El dinero que había guardado y los 500 que había ganado no alcanzan para pagar una prepaga. No tengo coraje de pedirle que me siga ayudando.."*

Y si esas chicas aceptan regalos, también son capaces de gastar dinero en las parejas extranjeras por los cuales se enamoran, al punto de gastar enteramente sus salarios con ellos. Entre ellas, el uso de preservativo también es incierto.

En ese grupo de entrevistadas, todas comparten el interés por viajar, que algunas ya consiguieron satisfacer mediante las relaciones establecidas con los extranjeros que llegan a Fortaleza. Pero, entre ellas, el interés general relacionado con los viajes -*ascender en la vida*- es considerado de diversas maneras. A veces la idea de viajar está directamente relacionada con la posibilidad de vivir (mejor) a costa de un extranjero. Otras, esa expectativa está marcada por la preocupación en la inversión personal.

En el universo que los locales vinculan con el *turismo sexual de clase media* hay también jóvenes que, compartiendo parte de las características de los dos grupos anteriores, mantienen múltiples relaciones con los visitantes internacionales sin buscar compensación monetaria y/o regalos. Una chica de 22 años, soltera, sin hijos, hija del propietario de un taller mecánico, extremadamente dulce, pasó a frecuentar la Playa de Iracema cuando perdió su empleo, un mes antes de que yo la encontrase. Trabajaba en el sector de recursos humanos de una conocida fábrica de castañas. Durante ese mes tuvo muchas parejas -cerca de una por día- con las cuales mantenía relaciones sexuales sin protección: "casi nunca uso preservativo, lo que más quiero en la vida es quedar embarazada."

Esas entrevistadas, hagan o no *programas*, coinciden en afirmar la percepción conjunta de las relaciones con los extranjeros y del *color* como causa de discriminación en Fortaleza. Esta última es, al mismo tiempo, considerada un elemento importante en la atracción que medió en las relaciones que hicieron viable su ascensión social. Una de las entrevistadas comentó al respecto: "Aquí en Ceará... hay mucho prejuicio. El color de mi piel, aquí soy considerada negra, mi cabello. [En aquel momento], tenía mucho cabello. A él [la pareja inglesa] le encanta la mujer de mucho cabello y enrulado. Él me dijo: "es muy tropical". Mirá el acento de él: es muy tropical. Ahí yo tenía el pelo abundante, enrulado, la madre de él adoraba mi cabello".

El color se percibe como un factor que actúa de forma casi automática en la sexualización de las mujeres consideradas negras que mantienen relaciones con extranjeros. De acuerdo con la dueña de un quiosco en la playa:

> *"Si estás con un extranjero, sos prostituta. Y si llevás alianza, te miran enseguida la alianza y dicen: dio el golpe. Hay lugares en que no entrás... hay bares que no te atienden... ignoran que estamos allí. Como si el hecho de estar con un extranjero hiciera de la mujer una prostituta y si él es más viejo, peor todavía. Soy negra y estoy al lado de un extranjero. "*

En el contexto relativamente organizado del "turismo sexual de clase media" existen intermediarios y "agenciadores". Sin embargo, hay trabajadoras del sexo independientes que se enorgullecen de su autonomía. Además, tanto desde el punto de vista de las mujeres que se consideran trabajadoras del sexo como de las jóvenes que rechazan la idea de que sus encuentros con los extranjeros configuren "programas", las relaciones con las parejas internacionales constituyen la vía más simple y segura para la realización del sueño de la emigración. La idea es que esas relaciones suministran medios para viajar al exterior (obtención de pasaportes,

pasajes e incluso una suma de dinero para llegar a países europeos a la manera de turistas) sin endeudarse ni involucrarse con intermediarios.

Cada uno de esos grupos de mujeres cuenta con relatos de, por lo menos, un caso de alguna conocida que estuvo sujeta a algún tipo de violencia en el exterior (cárcel privada, maltratos, amenazas). Sin embargo, ellas consideran que esos casos son excepcionales y distan de ser más graves de los que conocen en las relaciones establecidas con hombres nativos. Esas jóvenes, que respiran una atmósfera de historias de casos y casamientos de éxito, con énfasis particular en la adquisición de departamentos, bares, restaurantes, quioscos en la playa -que expresan una clara movilidad social- enfrentan conscientemente los riesgos de abandonar el país con las "parejas" o la invitación de ellos. En ese contexto, las redes de mujeres alimentan sus sueños y ofrecen ejemplos concretos de un éxito en el exterior que extrapola los aspectos económicos, al incluir la percepción de una valorización desconocida en Fortaleza. Esas redes femeninas, sin embargo, también son relevantes para alertar sobre las dificultades posibles de la emigración en tales condiciones.

Los contactos transnacionales que tienen lugar en ese contexto alimentan el deseo de emigrar que amplifica, en escala global, los sueños de emigración urdidos por generaciones anteriores de "nordestitos" alrededor de las ciudades del Sudeste del Brasil. Por otra parte, esas ciudades percibidas como inferiores a las europeas son relativamente despreciadas por esas chicas que, en la contraposición entre países europeos/Brasil, subestiman todas las regiones brasileñas. Aunque la pobreza extrema no sea el elemento que lleva a esas jóvenes a la emigración, los aspectos económicos no dejan de desempeñar un papel importante en la construcción de su deseo de ir al exterior. Sin embargo, esos aspectos están inextricablemente vinculados con una trama de concepciones que adquiere sentido si se consideran los aspectos políticos que atraviesan las relaciones entre las mujeres nativas y los extranjeros.

Al analizar los motivos que llevan a las trabajadoras del sexo a dejar Curação, Kamala Kempadoo (1998) llama la atención sobre la importancia de considerar los aspectos económicos vinculados a la emigración, al situarlos dentro de las categorías más amplias de género que afectan a esas jóvenes. Esto incluye divisiones del trabajo, oportunidades de empleos disponibles, los lugares que ellas ocupan en las relaciones con los hombres nativos de su propio estrato social y también su posición social de acuerdo con las concepciones raciales y de clase del lugar. Teniendo en cuenta esos aspectos es necesario observar que en Fortaleza las mujeres entrevistadas se ven afectadas por lo que consideran el extremo *machismo* local, caracterizado por trazos de intensa posesión, agresividad, distanciamiento afectivo, falta de respeto e infidelidad. También se ven afectadas por rígidas barreras raciales y de clase, que juzgan casi inevitables. Y, si esas mujeres consideran a los viajeros extranjeros como agentes para escapar de la esa red que sienten como algo que las aprisiona, no consideran que cualquier turista que busca sexo reúna las condiciones ideales para realizar su sueño de emigración y de movilidad social. Prefieren cierto tipo de turistas.

La mayor parte de los entrevistados en el contexto analizado en Fortaleza afirmaba que no utilizaba servicios de prostitutas en sus países de origen, considerados como caros, fríos y restrictos y había transitado por diversos puntos del circuito turístico sexual internacional: Tailandia, Filipinas, Cuba, Costa Rica, Venezuela y, finalmente Brasil. Entre esos hombres de nacionalidades, edades,

niveles de escolaridad y renta extremadamente diversificados[11], muchos, después de haber escogido Brasil, resolvieron seguir yendo a este país, abandonando, por lo menos temporalmente, la búsqueda de otros destinos. Para algunos de esos turistas, Fortaleza aparece como una "zona" inagotable que posibilita innumerables experiencias sexuales con costos relativamente bajos en términos internacionales. Teniendo en cuenta las dimensiones trazadas por Luiz Fernando Dias Duarte (2004) en la configuración de la sexualidad moderna, esos viajeros parecen corporizar una expresión aguda del hedonismo, al buscar un placer enteramente desvinculado de inversiones afectivas. Además, el espíritu de trasgresión que atraviesa las relaciones con las nativas aparece relacionado con esa desvinculación más que con prácticas sexuales específicas.

Pero, para otros, ese estilo de turismo sexual ensancha el abanico de opciones disponibles en términos de relaciones estables y atravesadas por sentimientos. Algunos se vinculan a una amante fija, con bajo o medio costo, a la cual envían dinero mensualmente y visitan tres o cuatro veces durante el año mientras que mantienen sus matrimonios en Europa. Otros ven en el universo de turismo sexual de Fortaleza la posibilidad de lograr esposas que, además de corporizar un estilo de sexualidad, marcado por el color y considerado poco usual y extremadamente atrayente, reiteren cualidades tradicionales de feminidad. Y entre estos últimos, algunos aún hallan posible -mediante las parejas nativas- realizar un deseo de paternidad percibido como difícil de concretar con las mujeres europeas, vistas como cada vez más reticentes en relación con la maternidad. Así, una problemática aparentemente regida exclusivamente por lo sensual -por un placer sensorial del sexo- muestra la aparición de la búsqueda de las condiciones consideradas ideales para vincular el placer sentimental al sensual, incluso en el marco de relaciones matrimoniales. Precisamente, esos últimos son los viajeros en busca de sexo más anhelados por las nativas.

En ese contexto, los extranjeros son muchas veces idealizados y concebidos como los que incorporan los mejores estilos de masculinidad. Al mismo tiempo, las nativas interiorizan los atributos que los visitantes extranjeros les confieren y por los cuales las convierten en inferiores. Esos trazos son enunciados por relaciones entre masculinidades y entre feminidades, tanto nativas cuanto extranjeras, en las cuales las nociones de género ganan significado en su entrelazamiento con la nacionalidad.

[11] El circuito de "turismo sexual de clase media" abriga una multiplicidad de visitantes internacionales que llegan principalmente de Italia, Portugal, Holanda, Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y algunos países latinoamericanos. Hay hombres casados y solteros; jóvenes de veinte o treinta años y también hombres de cuarenta, cincuenta y sesenta años. Las profesiones varían e incluyen trabajadores manuales, profesores de lenguas, periodistas, pequeños empresarios y también abogados y consultores financieros internacionales. Entre los entrevistados, algunos contaban con secundario completo, otros, con escuelas técnicas superiores o escolaridad superior completa. Los salarios y/o ingresos mensuales variaron entre 1000 dólares estadounidenses (un argentino) y 12.500 dólares estadounidenses (un norteamericano).

Género, raza, nacionalidad

La producción sobre turismo sexual internacional posibilita afirmar que la geografía cambiante del turismo sexual, íntimamente asociada a factores políticos, económicos y culturales, mantiene relaciones con aspectos en los cuales poco difiere de otros tipos de turismo contemporáneo. Me refiero a la necesidad de consumo de una autenticidad vinculada a los "nuevos" destinos, algo que confiere un *plus* de valorización y una cierta distinción a los turistas en sentido amplio. De la misma manera que cualquier localidad turística, los puntos del circuito mundial de turismo sexual pierden valor cuando se popularizan excesivamente, cuando llegan a un cierto punto de saturación (Mullings, 1999; Piscitelli, 2002). Sin embargo, no cualquier región pobre del mundo se convierte en blanco de ese tipo de viajeros.

Un recorrido por páginas "web" destinadas a viajeros en busca de sexo muestra cómo, en América Latina, ciertos países pobres e intensamente buscados por turistas, tales como Bolivia, tienen una "demanda" infinitamente menor -en términos de sexo- que otros, como Brasil. E inclusive en ciertos países como Perú, a las mujeres de la selva y la costa se las considerada como mucho más atrayentes que las indígenas de la sierra (Piscitelli, 2004a). Insisto en el hecho de que no es sólo la posibilidad de sexo barato sino la construcción de estilos de sensualidad, atravesados por género y raza, vinculados a ciertas regiones y a ciertos países son los que definen esos destinos.

En la concepción de los visitantes que buscan sexo entrevistados en Fortaleza, la ternura, llaneza y sumisión atribuidas a las mujeres locales está ligada a un concepto de feminidad que, cubierta de autenticidad, remite a una sumisión que se entiende como ya desaparecida hace mucho tiempo en Europa. Pero las lecturas aparentemente positivas de las feminidades nativas sexualizan a esas jóvenes, haciéndolas inferiores. Los atributos locales de la feminidad se perciben como caracterizados por una sensualidad singular revestida de llaneza y también asociada a la falta de inteligencia. Y el "ardor" de las jóvenes nativas, atribuido tanto a las mujeres que hacen *programas* como a las que no los hacen, se ve como una sugerencia directa de que esas mujeres están relacionadas con la prostitución. Ese juego de convertir a los "otros" en inferiores, íntimamente ligado a las posiciones estructurales de los respectivos países en las relaciones internacionales, afecta a las jóvenes nativas de las clases más bajas y de los sectores menos favorecidos de las clases medias.

Las jóvenes que tienen relaciones con turistas sexuales también delinean concepciones de género, contrastando nociones ligadas a los diferentes países. Las diferentes entrevistadas perciben a las masculinidades locales como inferiores y asocian los atributos superiores de la masculinidad a los extranjeros. Alineados con esas distinciones, los estilos de sexualidad asumen sentidos particulares. En una apreciación que muestra relativa autonomía en relación con la *performance* sexual, la visión de las jóvenes entrevistadas apunta a relaciones en las que los estilos de sexualidad ligados a masculinidades evaluadas positivamente son aquellos que demuestran claramente cariño, compañerismo y generosidad. Esas cualidades, por medio de los cuales los estilos de masculinidades de los extranjeros se "suavizan" pueden atribuirse a una nacionalidad, pero siempre a nacionalidades de los visitantes de los países del Norte.

El entrelazamiento de género y nacionalidad presente en ese universo se expresa por el color incorporado por extranjeros y nativas. En un contexto en el

que el cuerpo se aprecia según criterios estéticos, los trazos más valorados de la masculinidad se asocian siempre con una belleza que contrasta con a fealdad atribuida a los locales. La estetización que rodea a los hombres "foráneos" no obedece a patrones físicos fijos de manera estricta. Pero esa belleza, que expresa criterios utilizados en la construcción de jerarquías adentro de masculinidades, se asocia con la blancura. Y esa idea de blancura incluye aspectos que van más allá de los trazos fenotípicos. Ligada a los europeos, se refiere a la localización.

La lectura de las feminidades nativas que hacen esos extranjeros también se caracteriza por el color. Un color, "*morena*", sintetiza el entrelazamiento de las diferenciaciones incorporadas en las mujeres locales. Pero, mientras que la blancura caracteriza a los estilos positivamente evaluados de masculinidad, *morena* se usa para sexualizar a las nativas. En la visión de los visitantes extranjeros, el color *morena* está íntimamente ligado al Brasil y se asocia con las "mejores mujeres" y las "más ardiente". Y las ambivalencias que matizan la apreciación de ese color están hondamente vinculadas con los procedimientos de estetización que, en relación con lo femenino, colocan la "belleza" asociada con las brasileñas en una posición relativamente inferior. La estetización, al resumir los valores que atraviesan ese mundo, refleja las relaciones desiguales presentes en él.

Las relaciones que se establecen en ese universo muestran que, en ese contexto, género y raza "actúan" como agentes metafóricos del poder económico, político y cultural inherente a esas relaciones transnacionales. Esas dos categorías desempeñan un papel activo en los procedimientos a través de los cuales las nativas y los nativos se vuelven inferiores y los extranjeros, privilegiados. Sin embargo, la sexualización y la racialización no se restringen a los visitantes extranjeros. Están presentes en la manera (ruda) cómo las entrevistadas son discriminadas por los locales cuando acompañan a extranjeros. Y la sexualización también es parte de las percepciones que esas mujeres tienen de sí mismas.

Las relaciones entre feminidades que establecen esas jóvenes reiteran atributos presentes en la apreciación de los extranjeros. En contraste con los estilos de feminidad europeos antes considerados, la feminidad brasileña parece caracterizarse por las cualidades que los visitantes extranjeros les atribuyen a esas jóvenes. Y las ideas sobre el temperamento nativo y sus relaciones con una sexualidad intensa se integran a la pereepción que esas jóvenes tienen de sí mismas. "Somos más ardientes", afirman. Así revelan la existencia -en el modo local de pensar- de elementos que ya están presentes en los procedimientos por los cuales los extranjeros sexualizan a las mujeres locales. Las entrevistadas reiteran la idea de que la sensualidad, que caracterizaría el temperamento de las nativas, las torna diferentes.

En ese universo, sin embargo, la sexualización está íntimamente ligada a las posibilidades de "agencia" conquistadas por esas jóvenes. En relaciones que son, en términos globales, una expresión de la posición subordinada de esas mujeres (al incorporar la extrema sensualidad que se les atribuye) abren caminos que desestabilizan criterios lineales de desigualdad. Ellas integran la transmisión de conocimiento sexual y romántico en sus relaciones con los extranjeros, un saber que perciben como si les concediera cierta superioridad. Y ellas también negocian (en la base de la sexualización de la que son objeto) su acceso a los beneficios materiales y su posición en esas relaciones.

Se podría argumentar que, en circunstancias óptimas, tales negociaciones abren el camino para la "agencia" apenas en el nivel micro de las relaciones de esas parejas

transnacionales. No obstante, los beneficios logrados a través de esas relaciones tienen consecuencias importantes al permitir que esas jóvenes amplíen sus esferas de decisión e influencia en términos locales. En la percepción de las jóvenes involucradas en el turismo sexual de clase media, las relaciones con los extranjeros amplían sus horizontes al posibilitarles imaginar otros universos posibles. Y sus trayectorias permiten percibir que (aunque ellas corporicen una sensualidad extrema) esas jóvenes oponen iniciativa y racionalidad a la sumisión, llaneza y dependencia que se les atribuye.

Conclusión

En Fortaleza, como en otras partes de Brasil, las organizaciones de trabajadoras del sexo están comprometidas activamente con el reconocimiento de la prostitución como trabajo y en promover cambios en las leyes en vigor. Ellas también luchan contra la violencia (que tiende a materializarse, sobretodo, en acciones policiales) y contra el estigma, intentando desarrollar diversas acciones, en las áreas de salud y educación sexual, junto a la comunidad, los jóvenes, las amas de casa. Pero apenas una pequeña parte de las entrevistadas participa en este movimiento. Hacerlo exige que se consideren como prostitutas, algo que -en el universo contemplado- una parte sustancial de las mujeres rechaza. Sin embargo, un punto reconocido por todas las entrevistadas, relacionadas o no con el trabajo sexual, es la fuerza con que les toca el estigma vinculado a la prostitución.

Las diversas categorías de mujeres entrevistadas comparten la localización en un universo simbólico marcado por un entrecruzamiento diversos prejuicios. Ellas son sexualizadas y racializadas por los visitantes extranjeros a través de entrecruzamientos entre nacionalidad y color. Por otro lado, la población nativa también las sexualiza y racializa por acompañan a extranjeros, en relación con el cruce entre clase y color. En términos locales, el efecto es una clara discriminación que se lee como la materialización de la violencia social tejida en la trama de desigualdades en la cual ellas están inmersas.

En ese marco, las estrategias implementadas para oponerse a esos estigmas hacen que sea más vulnerable el contingente de mujeres que se involucra en relaciones con turistas que buscan sexo. Las entrevistadas que se ven como trabajadoras del sexo y asumen las relaciones establecidas como *programas*, es decir, como contratos de prestación de servicios claramente delimitados, son las menos expuestas tanto a la incidencia del SIDA como a la explotación económica. Al contrario, aquéllas que buscan *camuflar* la prostitución y las que, porque trabajan en otros sectores consideran que no están vinculadas a ella, se muestran en una posición de riesgo marcadamente mayor en términos de salud y -eventualmente- de explotación económica, no por los intermediarios sino por las propias *parejas* extranjeras. Sin embargo, en el plano de esas relaciones esas mujeres, al manejar los procesos de exotización de los cuales son objeto, son también las que pueden lograr mayores beneficios económicos y movilidad social. Esas mismas estrategias, que muestran diversas dimensiones de agencia, darían lugar, en algunos casos, el éxito de escapar de esa trama mediante la emigración a un país del Primer Mundo y/o el casamiento con algún extranjero.

Traducción Carlos Alberto Pasero

Bibliografía

Agustín, Laura. "Lo no hablado: deseos, sentimientos y la búsqueda de pasárselo bien" en: Osborne, Raquel (ed.). *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI.* Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

---------- "La industria del sexo, migrantes en Europa y prostitución", en: Guasch, Oscar, y Viñuales, Olga: *Sexualidades, diversidad y control social*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2003.

Anderson, Bridget y O'Connell Davidson. *Trafficking - a demand led problem?* Save the children, 2002.

Bauer, Thomas y McKercher, Bob. *Sex and Tourism, Journeys of Romance, Love and Lus*, The Haworth Press, New York, 2003.

Blanchette, Thaddeus y Silva, Ana Paula da. "Nossa Senhora da Help: sexo, turismo e deslocamento transnacional na orla de Copacabana", en: *Cadernos Pagu* nro. 25, 2005, Campinas.

Bowman, Glenn. "Fucking Tourists. Sexual relations and tourism in Jerusalem old city", *Critique of Anthropology*, vol. 9, nro. 2, 1989, págs. 77-93.

Carpazoo, Ana Rosa Lehman. *Turismo e identidade - construção de identidades sociais no contexto do turismo sexual entre alemães e brasileiras na cidade do Recife.* Tesis de presentada para la Maestría en Antropología de la Universidad Federal de Pernambuco, 1994.

Clift, Stephen y Carter, Simon. *Tourism and Sex, Culture, Commerce and Coercio.* Pinter, London, 2000.

---------- "Tourism and the sexual ecology of gay men" en: Clift, Stephen y Carter, Simon: *Tourism and Sex, Culture, Commerce and Coercio.* Pinter, London.

Cohen, Erik "Thai tourism: hill tribes, islands and open-ended prostitution". *Studies in Contemporary Thailand Nro. 4*, 2001.

---------- "Lovelorn farangs: the correspondence between foreign men and Thai girls", *Anthropological Quarterly*, vol. 59, nro. 3, 1986, págs. 115-127.

---------- "The sociology of tourism: approaches, issues, and findings", *Annual Review of Sociology*, 10: 373-92, págs. 373-376, 1984.

---------- "Thai girls and Farang men: The edge of ambiguity." *Annals of Tourism Research* 9: 403-428, 1982.

Covre, Pi. "¿De prostitutas a sex workers?" en: Osborne, Raquel (ed.). *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI.* Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

Chame. *O que é que a Bahia tem. O outro lado do turismo em Salvador*, Salvador, 1998.

Chapkis, Wendy. *Live Sex Acts. Women performing erotic labour*. Cassell, Londres, 1997.

Dahles, Heide y Bras, Karin. "Entrepreneurs in Romance. Tourism in Indonesia", *Annals of Tourism Research*, vol. 26, nro. 2, 1999, págs. 267-293.

Dias Filho, Antonio Jonas. *Fulôs, Ritas, Gabrielas, Gringólogas e Garotas de Programa. Falas, práticas, textos e imagens em torno de negras e mestiças, que apontam para a construção da identidade nacional, a partir da sensualidade atribuída à mulher brasileira*. Tesis presentada para la Maestría en Sociología de la Universidad Federal de Bahía, Salvador, 1998.

Doezema, Joe. "A crecer! La infantilización de las mujeres en los debates sobre tráfico de mujeres" en: Osborne, Raquel (ed.). *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

---------- "Ouch! Western Feminists Wounded Attachment to the Third World Prostitute." *Feminist Review*, nro. 67, 2001, Spring, págs. 16-38.

Felizardo, Dilma y Marinho, André Luiz. *Turismo sexual (dês) construção das noções de exploraçáo, intercâmbio econômico afetivo-sexual*, Barcelona/Natal, Mimeo, 2005.

Hall, Michael. "Gender and economic interests in tourism prostitution. The nature, development and implications of sex tourism in South-East Asia", en: Theobald, William F (ed). *Global Tourism*, Heinemann, Oxford, 1994, pág 267.

Jasmin. "Prostitution is work", *Social Text*, nro. 37, 1993, Winter, págs. 33-37.

Juliano, Dolores. "El peso de la discriminación: debates teóricos y fundamentaciones", en: Osborne, Raquel (ed.) *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

Juliano, Dolores "La inmigración sospechosa y las mujeres globalizadas" en: Gregorio Gil, Carmen y Agrela Romero, Belén: *Mujeres de un solo mundo: globalización y multiculturalismo*. Universidad de Granada, Colección Feminae, Granada, 2002.

Kempadoo, Kamala: "Women of color and the Global Sex Trade. Transnational Feminist Perspectives", *Meridians: feminism, race, transnationalism*, vol. 1, nro. 2,2001, págs. 28-51.

---------- *Global sex workers. Rights, Resistance, and Redefinition*. Routledge, New Cork, 1998.

Kulick, Don. "La penalización de los clientes y la política del ahjjj en Suecia", en: Osborne, Raquel (ed.). *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

Legardinieri, Claudine. "Prostitución I" en: Hirata, Elena et. al.: *Diccionario crítico del feminismo*. Editorial Síntesis, Madrid, 2002.

Leheny, David. "A political economy of Asian Sex Tourism", *Annals of Tourism Research*, vol. 22, nro. 2, 1995, pág. 373.

Lim, Lin Lean. "El sextor del sexo: la contribución económica de una industria", en: Osborne, Raquel (ed.). *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI.* Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

Lipszyc, Cecilia. "Mujeres en situación de prostitución: esclavitud sexual o trabajo sexual?" en: Comité de América Latina y el Caribe para la defensa de los derechos de la mujer - CLADEM, *Prostitución o esclavitud sexual?*, Lima, CLADEM, 2003.

Luongo, Michel. "The use of commercial sex venues and male escorts by gay tourists in New York City". Clift, Stephen y Carter, Simon: *Tourism and Sex, Culture, Commerce and Coercion*, Pinter, London, 2000.

McKlintock, Anne. *Imperial Leather. Race, gender and sexuality in the colonial contest.* Routledge, New York, 1995.

---------- "Sex Workers and Sex Work". *Social Text*, nro. 37. A Special Section Edited by Anne McKlintock Explores the Sex Trade, 1993.

Meisch, Lynn. "Gringas and Otavaleños, Changing Tourist Relations", *Annals of Tourism Research*, vol. 22, nro. 2, 1995, págs. 441-462.

Mullings, Beverly. "Globalization, tourism, and the international sex trade", en: Kempadoo, Kamala (ed.). *Sun, sex and gold:* tourism and sex work in the Caribbean. Oxford, Rowman & Littlefield, 1999.

O'Connell Davidson, Julia. "Sex Tourism in Cuba", *Race and Class*, vol. 38, nro. 1, 1996.

O'Connell Davidson, Julia y Sanchez Taylor, Jacqueline. "Fantasy Islands. Exploring the Demand for Sex Tourism", en Kempadoo, Kamala, (ed.) *Sun, sex and gold:* tourism and sex work in the Caribbean. Oxford, Rowman & Littlefield, 1999.

Oppermann, Martin. "Sex Tourism", *Annals of Tourism Research*, vol. 26, nro.- 2, 1999, págs. 251-252.

---------- *Sex Tourism and prostitution, aspects of leisure, recreation and work.* Cognizant Communication Corporation, 1998.

Osborne, Raquel."La organización de la sexualidad en Occidente: el papel de la institución de la prostitución", en: Guasch, Oscary Viñuales, Olga: *Sexualidades, diversidad y control social.* Edicions Bellaterra, Barcelona, 2003.

Pheterson, Gail. "Niñas/os y prostitución: reflexiones críticas sobre la legislación y la edad", en: Osborne, Raquel (ed.). *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI.* Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004.

Pheterson, Gail. Prostitución, en Hirata, Elena et alii: *Diccionario crítico del feminismo*. Editorial Síntesis, Madrid, 2002.

---------- "The Category "Prostitute" in Scientific Inquiry", in *re*/producionts nro. 2, 1999.

---------- *The whore stigma: Female dishonor and male unworthiness*. The Hague. Ministry of Social Affairs and Employment, 1986.

Phillpis, Joan L. "Tourist oriented prostitution in Barbados: The Case of the Beach Boy and the While Female Tourist", in Kempadoo, Kamala, (ed.) *Sun, sex and gold*: tourism and sex work in the Caribbean. Oxford: Rowman & Littlefield, 1999.

Piscitelli, Adriana. "On Gringos and Natives, gender and sexuality in the context of international sex tourism". *Vibrant - Virtual Brazilian Anthropology*, año 1, 2004.

---------- "Entre a Praia de Iracema e a União Européia, migração feminina no contexto do turismo sexual internacional", en Piscitelli, Gregori y Carrara: *Sexualidades e Saberes, Convenções e Fronteiras*, Garamond, Río de Janeiro, 2004.

---------- "Exotismo e autenticidade. Relatos de viajantes à procura de sexo". *cadernos pagu*, nro. 19, Núcleo de Estudos de Gênero - Pagu/Unicamp, 2002, págs.195-231.

Pons I Anton, Ignaci: "Más allá de los moralismos: prostitución y ciencias sociales" en: Osborne, Raquel (ed.) *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2000.

Pruitt, Deborah, LaFont, Suzanne. "For love and money. Romance Tourism in Jamaica", *Annals of Tourism Research*, vol. 22, nro. 2, págs. 422-440, 1995.

Richter, Linda : "Exploring the political role of gender in tourism research": in Theobald, William F (ed) *Global Tourism*, Heinemann, Oxford, 1994.

Ryan, Chris: "Sex tourism: paradigms of confusion?" in: Clift, Stephen e Carter, Simon: *Tourism and Sex, Culture, Commerce and Coercion*, Pinter, London, 2000.

Shrage , Laurie. "Feminist Perspective on Sex Markets", in *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2003.

Soares do Bem, Arim. "As armadilhas do turismo sexual, um esboço para a reflexão", texto apresentado no Seminário Sexualidades e Saberes, Convenções e Fronteiras, Pagu/Clam, Unicamp, 2003.

Thorbeck, Sussane y Pattanaik, Bandana. *Transnational prostitution. Changing Global Patterns*. Zed Books, Londres, 2002.

Wijers, Marjorie. "Delincuente, víctima, mal social o trabajadora", en: Osborne, Raquel (ed.) *Trabajador@as del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Edicions Bellaterra, Barcelona,2004.

El orden de los cuerpos
en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro*

Ana Amado

La revisión histórica, memorialista o testimonial de los dramáticos años de violencia y represión genocida de la dictadura abarca una producción numerosa y creciente, iniciada a partir de la inflexión en las políticas de la memoria producida a mediados de la década pasada. En esa exploración del pasado, los trabajos de Pilar Calveiro alcanzan un rasgo excepcional al reunir la experiencia del horror -fue secuestrada y sucesivamente confinada en tres centros clandestinos de tortura y desaparición-, con la reflexión y la argumentación teórica, el relato pormenorizado de situaciones vividas con la interpretación. De hecho, su libro Poder y desaparición; los campos de concentración en Argentina[1]*, proviene de una síntesis de su tesis doctoral en Ciencias Políticas realizada en México. El ejercicio intelectual y analítico que en él realizó de los elementos que confluyeron en aquella catástrofe histórica, se materializó en un modo expositivo que apoyándose en testimonios sobre experiencias similares a las suyas, desplazó la primera persona y con ella, los rastros de subjetividad implícitos en narraciones de la memoria. Similar operación de distanciamiento emplea en su trabajo más reciente,* Política y/o violencia; una aproximación a la guerrilla de los años 70[2] *donde emprende una lúcida crítica del accionar de las organizaciones armadas -particularmente de Montoneros, cuyas filas integró como militante- y apela a la responsabilidad histórica que les cabe cuando cuestiona con crudeza los errores (políticos, estratégicos, indisimulablemente trágicos) que confluyeron en la etapa de mayor violencia política en la Argentina.*

En el ejercicio de memoria y de historia que realiza en este libro, Calveiro se aleja del relato heroico y repasa sin tapujos cada línea, cada tendencia, cada intervención personal o grupal en aquella coyuntura. Da nombres, apellidos, recurre a casos y testimonios, enuncia desde la experiencia

* Profesora Investigadora de la Universidad Autónoma de Puebla, México. Doctora en Ciencias Políticas de la UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México.

1 *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue, 1998, hay sucesivas ediciones). Editado en España con el título de *Desapariciones* (Madrid: Taurus, 2002). Otros libros de su autoría son: *Redes familiares de sumisión y resistencia* (México: UNAM , 2003), *Familia y poder* (Buenos Aires: Libros de la Araucaria, 2005).

2 *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (Buenos Aires: Norma, 2005).

personal y el compromiso, en un balance que parte de reconocer la diferencia radical que existe entre la constelación de valores con las que los jóvenes pensaban el mundo hace treinta años y aquella que rige este presente de drástica reorganización global. Imposible interpretar las conductas del pasado si se desconsideran los rasgos que organizaban tendencialmente el imaginario social de los setenta (la organización bipolar de la Guerra fría que "reivindicaba lo estatal, lo público y lo político [...] como principios de universalidad. La lucha, la confrontación la revolución eran formas, si no únicas, válidas y valiosas de la política. Se definía y guardaban las fronteras -nacionales, ideológicas , de género. Existía una extraordinaria tendencia a realizar clasificaciones y sobre todo, formas de organización binarias -explotados y explotadores, justo e injusto, correcto e incorrecto-").[3]

Desde los referentes de sentido actualmente predominantes ("se valorizan la sociedad civil y lo privado, por oposición al estado y el sistema político, casi siempre satanizados, [...] se condena toda forma de violencia abierta, en especial la política ...) Los sujetos reivindican la personalización de todo, la individualización, el sentimiento y el disfrute", enumera), los actos y las elecciones de aquella generación de jóvenes resultan incomprensibles o demenciales. De ahí que como condición para realizar un escrutinio justo sobre el pasado, Pilar Calveiro considere necesario "tender un puente entre nuestra mirada actual y la de entonces; no hay una verdadera y otra falsa sino que se trata de construcciones diferentes que corresponden a momentos distintos del poder y las resistencias[4]*."*

En la entrevista que sigue realiza nuevamente el pasaje entre tiempos y procederes para revisar aquel tramo de nuestra historia, pero con la mirada en foco sobre las significaciones que ella y tantas mujeres de su generación otorgan a sus experiencias de militancia en organizaciones armadas y a la violencia padecida en los centros clandestinos de detención. En este sentido, las preguntas recortan desde el género el examen del pasado porque los contrastes, quizás menos visibles en la expresión de las ideas y los fines políticos, aparecen más nítidos y sin duda con un sesgo diferente para las mujeres, cuando ideas y fines se concretaban en prácticas que implicaban la renuncia a lo personal en aras de un fin colectivo. Calveiro no retaceó sus respuestas, ni siquiera las referidas a la tortura (cuestión siempre difícil de plantear a las víctimas que la sufrieron, en este caso contamos con su anuencia para aludir al tema) y en ellas no habla en nombre de alguna verdad que pretenda legitimar a partir de la experiencia o del sufrimiento, simplemente pone distancia con aquellas acciones y busca entenderlas.

[3] *Política y/o violencia*, ob. cit., pág. 14.

[4] *Política y/o violencia*, ob. cit., pág. 16.

— La cultura política de los 70s implicó para las mujeres romper con muchos mandatos asignados por la tradición. La práctica militante dio vuelta los modos de entender las formas amorosas, las relaciones familiares, el ejercicio de la maternidad... ¿Tu generación debió pagar costos afectivos por estas elecciones?

— Si se recuerda que, en nuestro país, las mujeres obtuvieron el voto recién en los años 50, es decir que apenas entonces se las reconoció como sujetos políticos, creo que el solo hecho de que veinte años después intentáramos participar, de "igual a igual" con los hombres en una militancia no sólo política sino armada, marcó una ruptura significativa, incluso con movimientos revolucionarios previos. No se trataba de un pequeño número de mujeres en relación con el conjunto, ni tampoco de la realización de tareas de apoyo o cobertura, sino del involucramiento político y militar de una cantidad importante de mujeres, de manera paritaria con los hombres (en lo que se refiere a las prácticas y los riesgos). Esto nos convertía en parte de un proyecto, de una apuesta política muy alta: la realización de la Revolución (así, con mayúsculas), que esperábamos que cambiaría a la sociedad y al mundo. Era ser parte de la historia desde un lugar protagónico; era asumir la acción, tan valorada políticamente en la época; ser y reivindicarnos como sujetos políticos.

Pero esa Revolución no era para nosotros la sola modificación de las relaciones de producción, o de las "condiciones objetivas", como gustaban designarlo los partidos de la izquierda tradicional. Íbamos por más. Con el Che, pensábamos que la Revolución daría lugar al Hombre nuevo (humanidad masculina en la que quedaba subsumida, la que supuestamente sería también una Mujer nueva), capaz de crear otras relaciones sociales, familiares o personales, más justas y solidarias.

Yo diría que, en un primer momento, hubo una ruptura muy clara con la noción de familia tradicional. Las parejas no se constituían con la perspectiva del matrimonio; gracias a la píldora, la sexualidad se hizo más libre; la mujer no consideraba que su identidad primera y fundamental fuera la maternidad. Éstos y otros elementos fueron una liberación, un aire fresco en las relaciones amorosas y familiares. Sin embargo, creo que a medida que la militancia se hizo más estructurada, más rígida, más militarizada, también hubo una especie de "rediciplinamiento" de las costumbres.

Pienso en los "códigos de moral revolucionaria", que tendían a controlar la vida personal con un claro componente moralino, como cierta "normatividad" de los intercambios sexuales, de dudosa aplicación.

No obstante, desde una apreciación general, creo que logramos establecer relaciones de pareja más equitativas, pudimos disfrutar más abiertamente de nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, transformamos los roles tradicionales de la paternidad y la maternidad con una mayor participación de las mujeres en la provisión de sustento y de los hombres en el cuidado de los hijos, en fin, creamos relaciones familiares más parejas y, desde mi punto de vista, más amorosas. Sin duda estas modificaciones han implicado costos. Entiendo que los varones, sin perder su posición predominante, sin embargo vieron mermada su autoridad. Las mujeres pagamos el costo de una mayor libertad: aparentemente perdimos seguridad y quedamos mucho más libradas a nuestra suerte, aunque eso probablemente sea una ganancia más que un costo.

Mujeres y hombres ampliamos nuestros roles asumiendo parte de lo socialmente atribuido al otro género pero creo que nosotras hicimos una transformación mucho más profunda que ellos. En general, salimos de nuestro rol tradicional de madres para adentrarnos en el lugar de "compañeras" de trabajo, de reflexión, de militancia, con

las responsabilidades y riesgos que ello supuso; nos incorporamos a la política y nos hicimos autosuficientes en términos económicos. Sin embargo, los varones tuvieron más dificultad para hacerse cargo de los hijos cuando faltaron sus compañeras, por ejemplo, y en muchos casos delegaron esta responsabilidad en otras mujeres.

También encuentro que, en la madurez, nuestros viejos compañeros de militancia, como buena parte de los hombres de mi generación, tienden a reproducir antiguos patrones de género, -como cambiar a sus mujeres por otras más jóvenes-, que no honran el pacto inicial de transformar los roles masculino y femenino, ni se sustentan en relaciones medianamente equitativas. Me explico: creo que cualquier hombre, como cualquier mujer, pueden establecer relaciones amorosas con personas mayores o menores que ellos, sin que eso tenga una "carga" especial. Pero cuando, de manera consistente, los varones dejan a sus parejas por mujeres mucho más jóvenes parecería que estamos en presencia de un fenómeno que no es individual ni mucho menos moral, sino que puede entenderse como un hecho social. Desde mi punto de vista, esto admite muchos ángulos de lectura pero, en principio, me remite a la vieja representación de la mujer como posesión que, cuanto más joven y bella, resulta más valiosa. Es decir, nada que ver con parámetros de compañerismo o equidad entre los géneros. Sé que es un tema difícil, que requiere de análisis complejos, pero lo lanzo porque encuentro que muchas veces las mujeres postergamos, con cierto pudor o vergüenza, la discusión de las circunstancias de exclusión que operan efectivamente en cada momento. Es relativamente fácil hablar hoy de las inequidades de la época militante pero así como entonces estaba, en algún sentido, "fuera de lugar" plantear las circunstancias que resultaban restrictivas para las mujeres, ahora también puede parecernos que la referencia a estas otras prácticas queda "fuera de lugar", pero en la medida en la que están presentes, actuantes, creo que deben tener lugar.

— *También la cultura de la época sustentaba ideológicamente el discurso del sacrificio. Este implicó, entre otras cosas, la postergación de los hijos para cumplir con los duros compromisos de la militancia. ¿De qué manera lo vivías? ¿Cómo ajustabas cotidianamente los fundamentos que te sostenían en esa contradicción? La escritora chilena Diamela Eltit calificó en un texto como "teatralización paródica de la masculinidad" a estas elecciones obligadas por la militancia que posponían lo íntimo y lo personal en oposición a lo primordial de lo público y de lo colectivo.*

— Yo no creo que lo que hayamos hecho fuera una "teatralización de la masculinidad" sino que tratábamos de encontrar un lugar nuevo como mujeres, rechazando la distribución de roles masculino y femenino vigente, y penetrando, en consecuencia, en ámbitos y prácticas considerados masculinos. El intento de reformular el lugar de la mujer no fue una tarea fácil, como tampoco lo es ahora. Es cierto que lo estructurábamos desde el discurso de la "igualdad" con el hombre, es decir de ocupar los mismos espacios, con derechos y obligaciones idénticos. En este sentido, creo que nuestra perspectiva era acorde incluso con las posturas feministas de la época, sin que nosotras las reivindicáramos explícitamente. No lo hacíamos porque, ciertamente, considerábamos que las relaciones de poder entre los sexos (no usábamos la categoría género) eran una "contradicción menor", que se resolvería, casi mágicamente, en esa sociedad nueva que pensábamos construir. Es

decir, que el tema de las relaciones de poder entre hombres y mujeres resultaba postergado e incluso menospreciado en la discusión, tanto por ellos como por nosotras, aunque en la vida diaria, lidiábamos permanentemente con esas relaciones y el impacto que tenían sobre nuestra práctica.

Digo que nuestra visión "igualitarista" podría pensarse como congruente con las posturas feministas de la época porque lo relaciono con el "feminismo de la igualdad", como se lo ha llamado más recientemente, ligado a la igualación de derechos legales, políticos, sociales, públicos y a la igualdad de derechos y obligaciones en el ámbito privado. Esa postura, si bien incluía las relaciones de pareja y familiares, estaba ligada principalmente con el derecho a participar en los espacios hasta entonces vedados para las mujeres, en particular los espacios públicos, tan valorados en la sociedad de esos años. En nuestro caso implicaba la reivindicación de participar de manera "igualitaria" en prácticas tan desventajosas como la militar en donde resultaba evidente, pero de difícil asimilación para nosotras, que las reglas del juego igualitarias, al partir de condiciones desiguales, no hacen más que profundizar la desigualdad.

Y esto era claro en todo lo que involucrara al cuerpo. No sólo el entrenamiento sino la maternidad, por ejemplo, nos ponían de frente, a hombres y mujeres, con la diferencia, no con la igualdad. El embarazo o la lactancia eran y son experiencias rotundamente femeninas. Porque desde una mirada tal vez tosca, podría llegar a equipararse la maternidad con la paternidad pero nunca el embarazo o la lactancia. Creo que la maternidad, además de colocarnos de frente con la diferencia hacía evidente la tensión entre lo público y lo privado. Entendíamos la militancia como una práctica política, en este sentido pública, que se consideraba prioritaria con respecto a cualquier otra. Sin embargo, a medida que crecimos, que hicimos nuestras vidas, deseamos tener hijos, y los tuvimos. Cuando eso pasó, la prioridad de los hijos y la de la militancia entró en tensión. Yo diría que la mayor parte de los varones sintió también esa tensión y trató de dar respuesta a su condición de padres a la vez que a la de militantes. Para las mujeres existían distintas opciones, que admiten ciertos paralelos con las que se le plantean hoy a muchas profesionales en relación con su trabajo: darle prioridad a los hijos y "resignar" la militancia, quedando en posiciones más marginales dentro de las organizaciones, o priorizar la militancia y descuidar la atención de los hijos. Creo que la mayoría eligió, de una u otra manera, la primera opción, aunque tratando de no abandonar la vida política. Yo hice eso.

En el contexto de las organizaciones armadas había un desconocimiento de la maternidad como tal. Desconocimiento, en el sentido de no darle un lugar, pero también desconocimiento en el sentido de algo no conocido, nuevo, sobre lo que hubo que ir abriendo espacios a medida que irrumpió como realidad entre nosotros. Creo que, en ese sentido, muchas veces las madres militantes obligaron a abrirlos, decidida o tímidamente, imponiendo la consideración de sus particularidades y las de sus hijos.

Eso no cancelaba la tensión. Yo recuerdo que en esa época Mercedes Sosa cantaba aquella canción que decía. "No me reclame niño si me demoro/le peleo a la vida por usted, tesoro". Me parece que expresaba mucho de lo que sentíamos: esa cosa de querer a tu hijo pero no querer sólo a tu hijo, en consonancia con la necesidad de salirnos del rol exclusiva o predominantemente materno. Sin embargo, queda un tema clave ¿cómo pudimos estar dispuestos, hombres y

mujeres, a poner en riesgo a nuestros propios hijos? No lo sé, creo que operaban distintos mecanismos. Uno, evidente, fue aceptarlo "racionalmente" como posibilidad, pero no darle "realidad", algo así como "no va a pasar". Parece una locura, pero si lo revisamos con honestidad, el recurso de "A mí no me va a pasar" es un mecanismo bastante frecuente en las personas. Otro era disponer de todas las medidas posibles para proteger a los chicos, lo que en la mayor parte de los casos ocurrió, pero no en todos, no en todos. Pienso que nosotros asumíamos esa lógica de la "guerra" y sus consecuencias trágicas, pero tal vez más que eso, como bien decís, del sacrificio propio en aras de un fin superior, que siendo aparentemente muy humano puede llegar a ser tan deshumanizante.

— Las mujeres, quizás más atadas a una cultura clánica en lo familiar o emocionalmente más dependientes de la familia, ¿debían hacer un esfuerzo extra para sostener o para compatibilizar la vida afectiva familiar con las rígidas condiciones que impone la cotidianeidad del combatiente clandestino?

— Yo distinguiría entre la militancia clandestina y la clandestinidad. Al principio, todos teníamos una militancia clandestina, a la vez que manteníamos trabajos, estudios y relaciones sociales "normales", es decir legales. Eso implicaba una especie de "desdoblamiento" entre tu parte legal y tu parte clandestina, es decir, había un segmento de tu vida, cada vez más importante, que se ocultaba o sustraía de la mirada de los que no pertenecían a ese mundo. En esa etapa las relaciones familiares se mantenían aunque resultaban afectadas por ese "cono de sombra", esa parte inexplicable de tu vida, que te iba obligando a un distanciamiento para evitar las preguntas que no podías responder. Los más lejanos pensaban que te había pasado algo, que eras rara, o cualquier cosa, pero la familia cercana se daba cuenta de la situación y reaccionaba de distintas maneras, entre la solidaridad y el rechazo. Una parte de las relaciones familiares se perdía pero otra también se afianzaba y profundizaba, en la complicidad y la solidaridad, que creó vínculos muy fuertes.

Más adelante, cuando un militante era identificado como tal por las fuerzas de seguridad, entonces pasaba a la clandestinidad. Eso quería decir que debía romper todo vínculo que lo ligara a su identidad, la familia en primer lugar, y asumir otro nombre, otro domicilio, otro trabajo, otra historia. La clandestinidad rompía con la vida familiar previa y te dejaba confinado a las relaciones de la familia propia, seccionada del resto de tu red familiar, y a las relaciones con los compañeros de la militancia. Tal vez por ese estrechamiento de los vínculos entre los compañeros, se entablaban con ellos relaciones de familia: eran tus hermanos, los tíos de tus hijos, sus hijos eran tus sobrinos, y así; lo que casi siempre faltaba eran abuelos y abuelas.

Esta era la vida familiar que se sostenía en la clandestinidad. Hasta ahí, la pérdida de las relaciones familiares amplias afectaba a hombres y mujeres, reconociendo que este corte suele ser más difícil para nosotras. Pero aun en esta familia nuclear, separada de la red familiar, que se constituía con el compañero y los hijos propios, existía una posición diferente entre hombres y mujeres. La condición de clandestinidad hacía que trataras de moverte, dentro del barrio en el que vivías, como una familia "normal", que no debía llamar la atención. Esto implicaba el mantenimiento de los roles masculino y femenino tradicionales, de manera que, por lo regular, para los movimientos cotidianos, los hombres salían "a trabajar" a horas fijas y las mujeres quedábamos al cuidado de los niños y salíamos

y entrábamos con ellos. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta que esta atribución tradicional de funciones fue incorporada rápidamente porque también nosotros tendíamos a reproducirla. Lo cierto es que, a lo largo de la militancia, si bien los hombres se hacían cargo de parte del cuidado de los niños de la puerta de la casa para adentro, el fuerte de la atención de los hijos recayó en las mujeres. Por supuesto, el hecho de hacerlo en condiciones de militancia difíciles, de las que nosotras también participábamos, y sin el apoyo familiar, hacía mucho más complicado y costoso tanto el trabajo político como las funciones maternas. Por otra parte, era bastante común que el hombre debiera viajar o cumplir tareas de militancia que lo obligaban a permanecer fuera por períodos relativamente largos, en los que la mujer quedaba a cargo de todo. En ese sentido fue muy frecuente que enfrentáramos solas largos períodos de los embarazos, del puerperio, o las enfermedades de los hijos, por ejemplo. Así que, para sostener la vida familiar, las mujeres debíamos resolver con frecuencia, en la más absoluta soledad, situaciones difíciles sin contar con la pareja ni con la contención afectiva y material de las redes familiares amplias.

También hay que decir que cuando el marido no estaba, por lo regular se encontraba desempeñando una función que implicaba una situación de riesgo, por lo que la carga que de hecho implicaba su ausencia, se vivía sin embargo como algo relativamente irrelevante en términos comparativos. La situación de peligro, compartida por toda la familia, resultaba una carga pero también daba lugar a relaciones amorosas muy fuertes y de una solidaridad fuera de lo común entre los miembros de la pareja, entre padres e hijos, entre hermanos.

— Las áreas de militarización, ya sea por el manejo de las armas, o por ocupar grados altos en la jerarquía de la conducción, ¿otorgaba a las mujeres -me refiero íntimamente- un poder especial? Este punto no suele ser tocado como diferencia en los testimonios o revisiones críticas de las militantes, y en este sentido entiendo que Eltit, en el texto que mencioné antes, alude a las guerrilleras como "andróginas, prófugas de sus propios cuerpos". ¿Cómo pensar entonces esa teatralización del cuerpo femenino que exigía el discurso de la lucha armada?

— Si el espacio político es tradicionalmente "extraño" para las mujeres y, en ese sentido, desventajoso, el militar lo es muchísimo más. Creo que la primera vez en mi vida que me sentí en desventaja por mi cuerpo -no prófuga sino presa de él-, fue haciendo instrucción militar. De pronto tenía un cuerpo que estaba en mi contra, que no acertaba a hacer lo que "debía", cuyos reflejos eran insuficientes y que yo no era capaz de adiestrar, por más voluntad que invirtiera en ello. Lo militar no te remite sólo a la fortaleza o la debilidad, sino a esa habilidad básica que los hombres aprenden desde chicos, esa capacidad de lanzar una pelota (o una granada) y colocarla en el lugar correcto, esa coordinación de ciertos movimientos que para nosotras es mucho más difícil. Sin ir más lejos, las armas, por ejemplo, están hechas a la medida de los cuerpos masculinos. Eso sería lo más elemental, pero también hay otros aspectos, como la "valentía", a veces temeraria, o la capacidad para responder con velocidad a una situación de violencia, que están socialmente más desarrollados en los varones. De manera que lo militar implicaba una presión mucho mayor para nosotras. Por otro lado, en las organizaciones armadas, el militante no podía ser un cuadro político exclusivamente sino que debía participar

en las operaciones militares, como requisito indispensable. Es más, yo diría que el componente militar era inicialmente tan importante como el político en la evaluación de los compañeros, pero más adelante lo superó. Desde la lógica "igualadora" que mencioné antes, se pretendía que las mujeres fuéramos buenas militantes y, por lo mismo, buenas combatientes, pero partíamos de condiciones tan desiguales que, de manera "natural" tendieron a destacar los hombres, en particular los más "fierreros". Entre una mujer con capacidades políticas sobresalientes y capacidades militares mediocres y un hombre que destacara militarmente aunque su visión política fuera pobre, se seleccionaba a este último, entre otras cosas porque las capacidades políticas permitían cuestionar a una conducción bastante limitada en ese sentido, lo que te colocaba de inmediato en la categoría de "disidente". Mi percepción personal es que las mujeres fuimos mucho más críticas con la línea "oficial", más cuestionadoras de las conducciones y las jerarquías internas, más agudas para percibir las contradicciones entre el discurso de las organizaciones y la realidad política circundante, menos disciplinadas que los hombres. Creo que un hecho significativo al respecto es que una sola mujer llegó a ser miembro de la Conducción Nacional de Montoneros.

No creo que el uso de la violencia haya sido fácil en general, y menos para las mujeres. Sin embargo, su utilización y sobre todo la idea "igualitarista" comportaron cierto desconocimiento de los signos externos de lo femenino (formas de vestir, de no maquillarse, cierta gestualidad) en la vida cotidiana, que puede aparecer como masculinización desde un análisis sólo de "superficie", que tiene su importancia, pero es insuficiente. No creo que en las relaciones de pareja, en la sexualidad, en la maternidad, en el vínculo con otras mujeres haya habido una fuga de lo femenino sino el intento por resignificarlo. Pero aun en el terreno de esos "signos externos", el papel que con frecuencia desempeñaba la mujer en la guerrilla urbana era el de "señuelo", usando y enfatizando su apariencia frágil o seductora para acercarse a un puesto de vigilancia, por ejemplo, y tomarlo sacando un arma de un lugar imprevisible. No siempre, pero muchas veces jugaba roles que tenían más que ver con el ingenio que con la fuerza o el alto adiestramiento militar, es decir, hacia la parte que en el imaginario tradicional se consideraría más femenina que, a veces también, fue la que la salvó.

La conformación del imaginario social tiene una fuerza extraordinaria y no se modifica rápidamente. A pesar de que, con el tiempo, los militares tuvieron la experiencia de haber sido sorprendidos y desarmados por mujeres, no podían barrer de un plumazo la atracción provocaba en ellos una chica muy linda con aire inocente o la consideración hacia una madre que circulaba con un cochecito de bebé (vacío) que, de una u otra manera, les hacía bajar la guardia. En algún sentido, el imaginario pesa más que la experiencia o, podría decirse que se modifica con cierto "atraso", generalmente considerable, por lo que el recurso de la "inocencia" femenina aunque perdió cierta credibilidad nunca entró totalmente en desuso. Algunos relatos de mujeres combatientes, que en esa época eran jóvenes, muchas de ellas bonitas y atractivas, dan cuenta de la sorpresa e incredulidad de militares, policías y civiles cuando irrumpían en un determinado lugar, armadas, con metralletas y minifaldas.

Se podría decir entonces que nuestra militancia entraba en tensión con lo que el imaginario tradicional registraba como femenino: en ciertos sentidos lo rehusaba, en otros lo reproducía y en otros más lo utilizaba para obtener una mayor seguridad o cobertura.

— Los testimonios sobre campos y torturas aluden a modos específicos de ensañamiento con mujeres. No se percibe sin embargo afirmaciones semejantes en tus escritos reflexivos y testimoniales sobre los centros clandestinos de detención de la dictadura. Como si no hubiera diferencia en el tratamiento subhumano que les propinaban a prisioneros...

— Yo no registro un ensañamiento particular con las mujeres. La tortura fue sistemática para todos, empleando más o menos las mismas técnicas. Donde se violaba, se violaba o se abusaba sexualmente de unos y otras indistintamente, aunque presumo que la violación aparece con más frecuencia en los testimonios femeninos porque resulta más "vergonzosa" para los hombres. Incluso me atrevería a decir que el hecho de ser mujer te permitía a veces eludir o atenuar el maltrato, después de que pasaba el período de "interrogatorio" inicial. Es decir, no creo que la condición de mujer le haya permitido a nadie eludir la tortura pero en un momento posterior, la referencia de la mujer a las figuras de la madre, la novia, la hermana, en algunos casos creó circunstancias de cierta protección. No fue extraño que algunos oficiales de los campos de concentración adoptaran como "protegida" a una mujer, a la que trataban de salvarle la vida y a la que "exculpaban" de su militancia subversiva. Era relativamente fácil, y acorde con su visión de lo femenino, argüir que la mujer había sido arrastrada a la militancia por un marido (casi siempre con rango superior) irresponsable. Si esa mujer tenía hijos, la protección de los hijos solía ser también una llave de acceso a la mujer, pero no necesariamente era esto lo que se pretendía con la "salvaguarda". Es difícil de explicar, pero tal vez cuando una persona es responsable de tantas muertes necesite sentirse también responsable de alguna vida, y es más fácil "regalarle" la vida a un ser que se considera débil o bello que a uno fuerte. Eso, siendo algo muy excepcional, cuando ocurrió representó una ventaja para las mujeres; en cambio sucedió con mucha menos frecuencia en beneficio de los hombres. De alguna manera, las mujeres supieron aprovechar esta "ventaja" comparativa; me refiero a que fueron capaces de reconocer que su condición de género podía generar, en algunos de esos otros poderosos que tenían enfrente, un determinado sentimiento (de ternura, de amor, de lástima, de deseo, de compasión) y que ese hecho se podía "jugar" como forma de atenuar las terribles condiciones de privación y sufrimiento. En algunos casos este cambio de situación fue el primer paso de otros procesos mucho más complejos que, finalmente, posibilitaron la sobrevivencia.

— Desde 1977 estuviste como prisionera/desaparecida en la Mansión Seré durante un año y medio, antes de seguir tu periplo de confinamientos por otros centros clandestinos y terminar en la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada). En una entrevista mencionaste, casi al pasar, tu intento de fuga de la Mansión Seré . El episodio ni siquiera es mencionado en tu libro sobre los campos, a diferencia de Claudio Tamburrini, por ejemplo, que escribió un libro sobre su espectacular escape de ese lugar, ahora una exitosa película (Crónica de una fuga, *de Adrián Caetano). Incluso, habías sido madre muy poco antes de tu secuestro y tal vez se podría relacionar esto con las actitudes que tenían los torturadores con una mujer en puerperio.¿Quisieras referirte a este episodio?*

— En efecto, yo hice un intento de fuga de la Mansión Seré que fue mucho más improvisado e infeliz que el de Tamburrini. A mí me secuestró la Aeronáutica, que

manejaba esa casa, a los cuarenta días del nacimiento de mi hija menor, de manera que aún estaba amamantándola. Todavía no me había reintegrado a la militancia, pero me identificaron en la calle, mientras iba de la carnicería a la ferretería, en un sábado de lluvia. Me metieron en un coche y me llevaron a la Mansión Seré, donde me dieron el mismo tratamiento que a los demás: picana, golpes, abuso sexual. No tardé mucho en darme cuenta dónde quedaba la casa y vi que la ventana del baño no estaba cerrada sino atada con una especie de soguita. Hice entonces un plan de fuga mínimo: saltar por la ventana del baño para que, en caso de que hubiera guardia, me mataran de una vez, y en caso de que no la hubiera, tratar de llegar corriendo hasta Rivadavia, donde podría perderme entre la gente y el tránsito. Para que eso funcionara tenía que haber penumbra y, al mismo tiempo, gente, y pensé que lo mejor sería hacerlo alrededor de las seis de la mañana.

Como ellos me dejaban ir al baño para sacarme la leche, amaneciendo al martes les pedí permiso para hacerlo. Me metieron al baño y, cuando estuve sola, desaté la ventana y salté desde lo que era sólo un primer piso, pero de una antigua casona. Al caer, en lugar de salir corriendo, como esperaba, me quedé tendida en el piso: me había fracturado una pierna, un brazo, dos vértebras, la nariz y varias costillas. Me subieron literalmente a patadas por las escaleras. Creo que ellos pensaban que me iba a morir ahí mismo, pero yo estaba segura de que todavía no. No tengo mucha conciencia de los días siguientes pero sé que pasaron como diez días hasta que, finalmente, una noche me llevaron al Hospital Aeronáutico Central, donde me enyesaron. Creo que no pensaban dejarme con vida pero habían decidido no matarme de inmediato, de manera que me enyesaron. Este tipo de cosa era normal: te lastimaban, después te curaban para volverte a lastimar o, en su defecto, para matarte. También podían torturarte y después venir a regalarte cigarrillos y jugar a las cartas. Eso era indistinto, con hombres y mujeres. Es lo que tenía la Aeronáutica: para torturar y secuestrar eran muy igualitarios.

— ¿Cuánto tiempo estuviste en detenida/desaparecida? ¿Quién se encargaba de tus hijas pequeñas en ese período, tu familia, tu madre, tu marido? ¿Es posible, por ejemplo, pensar en los hijos en medio del sufrimiento del propio cuerpo?

— Yo estuve desaparecida durante un año y medio. Todo ese tiempo mis hijas estuvieron con mis padres, así que vivieron simultáneamente la pérdida de su mamá y su papá siendo muy pequeñitas (una tenía dos años y la otra cuarenta días). Yo creo que, recién cuando me agarraron, hice por primera vez la cuenta de que, si nos mataban a los dos, a mi marido y a mí, mis padres (que entonces tenían 63 años), podrían morir antes de que ellas fueran adultas. Fue como si nunca antes hubiera podido pensar eso; siempre había imaginado que podrían detener o matar a uno de nosotros pero que, aun en la peor situación de que nos apresaran a los dos, estarían mis padres para protegerlas; nunca había hecho cuentas de su edad y la de mis hijas. En los días siguientes a mi captura, este pensamiento me sobrecogió.

Enseguida de mi "aterrizaje" forzado y averiado desde la ventana del baño, los milicos allanaron mi casa y se llevaron todas nuestras pertenencias: uno de ellos usaba una campera que había sido de mi marido, las cosas de mi casa andaban por ahí y me pusieron la camita que había sido de mi hija mayor para que durmiera en ella. Ahí estaban mis nenas, de una u otra manera. Pero yo estaba segura de que secuestro y muerte eran sinónimos; no tenía duda al respecto, así que empecé a

despedirme, despedirme de la vida, que era todo lo que había quedado afuera, para irlo cerrando. Entonces todo eso se difumina, y los hijos también. Cuando hacés esto, es como si toda la realidad se redujera a lo que pasa dentro de ese universo en el que estás atrapada. Recordás lo de afuera pero es como si, de alguna manera, ya no te perteneciera; se establece una distancia inmensa y todo lo que ha sido tu vida está ahí pero como latente, dormido. Creo que lo que pasa es que si lo mantuvieras despierto, el dolor sería insoportable y no podés permitírtelo porque tenés que pelear con el terrible día a día del campo de concentración. Y ahí, con los que están pasando las mismas vicisitudes que vos, vas armando unas nuevas relaciones, una nueva socialidad, en función de la sobrevivencia más básica.

Sin embargo, en cuanto se vislumbra alguna posibilidad de sobrevivencia, en cuanto aparece cierta esperanza de vida (que nunca creés del todo), reaparecen los hijos, para mí mis hijas, con una fuerza difícil de describir. En el primer contacto con la familia conseguís las fotos que llenan tu vida, los hijos se convierten en el móvil de lo que hacés y lo que no hacés y en la esperanza de lo que podrías hacer si salís viva; son la vida y, en algún sentido ellos te salvan, te sacan de allí, te abren a un futuro en el que tenés un lugar. La reaparición de los hijos, y también la de los padres, de la pareja, del "afuera", es la reinstalación de la vida que, para mí, fue tan dolorosa como su "clausura" anterior, porque esta reapertura te hace sentir con una fuerza nueva todo lo que te falta, lo que ya no está, todo lo que has perdido y lo que se ha roto.

— ¿Cómo sostener la identidad en las condiciones duras de confinamiento? ¿Había amistad y sostén entre mujeres en la misma condición?

—En los campos de concentración no era como en las cárceles, porque convivíamos hombres y mujeres. Como el campo genera una especie de desconfianza gigante, porque exhibe la traición al tiempo que castiga toda solidaridad obligando a hacerla invisible, las relaciones entre las personas son muy cuidadosas. De manera que casi todos necesitan, buscan y finalmente encuentran, alguien en quien confiar. Puede ser una persona que se conoce desde antes o que, por alguna razón, nos ha dado prueba de su confiabilidad. Con esa persona se entabla una relación particular, casi siempre de a dos, una especie de pareja, que se vincula con el resto pero que entabla un vínculo particularmente fuerte entre sí. Este tipo de relación existía entre hombres y mujeres, pero fue más frecuente entre personas de un mismo sexo y, sobre todo, entre mujeres, que se aliaban y se sostenían mutuamente. Con alguien del otro sexo, una relación tan próxima tiende a transformarse en amorosa y, en general, no había demasiado espacio físico ni psíquico para eso, aunque también ocurrió. Creo que el vínculo con otra mujer te hacía de espejo, te devolvía la imagen humana precisa que querías recuperar de vos misma y que el campo trataba de arrebatarte. Era dejar de ser el número que te habían asignado para ser una persona, mujer, hija, madre, amante, amiga, militante, con todas esas identidades recordadas y recuperadas a partir de la otra. Tal vez por eso la confidencia resultaba fácil y necesaria entre mujeres. La imagen física, el sentimiento, la fantasía de la otra-semejante te devolvían la propia, en una identificación que resultaría mucho más difícil con un hombre. Es posible que esa sea una de las razones por las que las mujeres aparecemos siempre juntas.

Identidades textuales femeninas: estrategias de autofiguración[1]

Sylvia Molloy*

"Estoy en donde no estoy" escribe Gabriela Mistral en un conocido poema ("Niño mexicano", pág. 67). Años más tarde, en un texto engañosamente simple, Alejandra Pizarnik expresará la misma incomodidad: "explicar con palabras de este mundo / que partió de mí un barco llevándome" ("Arbol de Diana", pág. 75). Ese desasosiego, no inusual en textos de mujeres latinoamericanas, es cifra de una dislocación del ser -o más bien, de una *dislocación para ser*- que acaso sea el principal impulso de su escritura. Se es (y se escribe) *en otro lado*: en un lugar diferente, donde el sujeto femenino elige reubicarse para llevar a cabo su autorrepresentación.

Musas, autoras y "mujeres que escriben"

Los textos con los que trabajo fueron escritos a lo largo del siglo XX por mujeres latinoamericanas que fueron y son, de profesión, escritoras. Provienen de distintos países, pertenecen a tradiciones lingüísticas diferentes y reflejan varias culturas nacionales. Corresponden a distintos períodos, se relacionan con los movimientos literarios de cada uno de esos períodos, y son desde luego muy diversos en cuanto a género y estilo. Se trata de un corpus integrado a partir de mis propias preocupaciones críticas, de mi diálogo con la literatura latinoamericana y de una pregunta que a menudo me formulo a mí misma y a la que estos textos, de uno u otro modo, responden. En realidad, la pregunta es doble: ¿Qué dicen los textos de mujeres cuando dicen "yo"? y, en consecuencia: ¿qué representación de la mujer postulan y cuáles son las formas culturales que condicionan a esta representación?

Escritos en su mayoría en primera persona, los textos que examino no son necesariamente autobiográficos, ni propongo que se lean como tales. Sin embargo, ya se trate de poesía lírica, ficción, ensayo o de autobiografía explícita, todos abordan, de una u otra manera, los problemas de la autorrepresentación marcada por el género. No es mi intención plantear aquí una representación esencialista de la diferencia femenina -en la cual no creo demasiado- ni proponer que el deseo de ocupar un espacio diferente donde ser, y desde donde escribir, sea particular a la escritura de mujeres latinoamericanas. Más bien quiero pensar qué formas toma ese

* New York University

1 Este texto se publicó inicialmente en inglés como introducción a la sección II de la antología *Women's Writing in Latin America*, compilada en colaboración con Sara Castro-Klarén y Beatriz Sarlo (Boulder: Westview Press, 1991).

deseo (común a todas las mujeres) en un contexto específicamente latinoamericano e intentar ver cómo se inscriben esa dislocación y esa diferencia en estos textos, desafiando estereotipos culturales precisos.

Antes de considerar los textos mismos, es oportuno examinar ciertas condiciones que marcan su producción. De hecho, precede a la dificultad de la autorrepresentación textual (dificultad que en términos generales no es privativa de la mujer) otra consideración: la de la imagen que se forja una sociedad -y las mujeres mismas dentro de esa sociedad- de la mujer como escritora, es decir, como figura pública. Cualquier consideración de la mujer escritora en América Latina debe tener en cuenta que el término "escritora mujer" se refiere a una realidad (una identidad) inestable que incluso en la actualidad no es aceptada sin determinadas condiciones. No hay que olvidar que el proceso que legitima la escritura como profesión, es decir, como forma de producción válida y socialmente aceptable, varía con cada cultura. En el caso latinoamericano, la especificidad literaria que el escritor reclama para sí no está disociada, como ocurre con frecuencia en *establishments* literarios altamente compartimentados (en Estados Unidos por ejemplo), de una reflexión intelectual profunda y de una práctica crítica que va más allá de cualquier concepción reduccionista de "lo literario". Desde la época del escritor-hombre de estado, figura paradigmática del siglo XIX, la imagen del letrado latinoamericano como figura de autoridad comprometida en las cuestiones de la *polis* (formulada, es verdad, con más sutileza que cien años atrás) sigue vigente. En este contexto, hablar de una mujer escritora es en alguna medida postular una antinomia: un sujeto, tradicionalmente concebido como "privado" y además privado de autoridad, aparecería de pronto dotado de poder intelectual y de agencia en el marco de la esfera pública. La ambivalencia con la que los escritores del siglo XIX aceptaron la emergencia de colegas femeninas (esto es, *autoras* mujeres y no, en los términos condescendientes, "mujeres que escriben"[2]) es sólo comparable a la energía con la que intentaron limitar la autoridad que esas colegas podrían llegar a alcanzar. Hasta el uso del término *colega* es aquí problemático ya que las autoras mujeres fueron relegadas decididamente a roles secundarios en el campo cultural. Como profesionales, sólo se les permitirían dos modos de figuración pública: poetas líricas y maestras. Las "damas poetas", fieles a las convenciones, resultaban ideológicamente inocuas mientras que las maestras no ejercían verdadera autoridad sino que transmitían el conocimiento mediante el cual adquirirla y en esa función resultaban útiles[3]. No es sorprendente pues que el ripioso lirismo sentimental y la literatura didáctica -dos formas a su manera de repetición acrítica, la una estética, la otra ética-

[2] El eufemismo no es exclusivo a la crítica latinoamericana. R.P. Blackmur describe a Emily Dickinson como "ni profesional ni poeta ni amateur; ella era una poeta privada que escribió infatigablemente, así como otra mujer hubiera cocinado o tejido", citado por Joanna Russ en *How to Suppress Women's Writing* (Austin: University of Texas, 1983), pág. 80.

[3] Para mayores comentarios sobre el tema, ver mi artículo "Dos proyectos de vida: *Cuadernos de infancia* de Nora Lange y *El archipiélago* de Victoria Ocampo", Filología 20, 2 (1985), págs. 279-293.

fueran los modos preferidos de expresión de la mujer. Eran modos aceptables y por ende, fueron aceptados.

No deja de ser irónico que el movimiento literario que se suele aclamar como primer intento de reflexión sostenida sobre la identidad cultural latinoamericana -hablo del modernismo- haya excluido a las mujeres. El modernismo ve a la mujer exclusivamente como tema de escritura, como recipiente pasivo de múltiples deseos: la mujer es un producto que alternadamente (o a veces a un tiempo) se adora como espíritu y se admira como cuerpo. Movimiento que privilegia el artificio y la colección de bibelots, el modernismo hace de la mujer el objeto más valioso de su museo. No hay mujeres poetas dentro de esta fraternidad, lo cual no sorprende. La escasez de escritoras dentro del modernismo (Juana Borrero al comienzo, Delmira Agustini al final) y la naturaleza a menudo conflictiva de los textos que escriben señalan de manera ejemplar un dilema de autoría: la mujer no puede ser al mismo tiempo objeto textual inerte y sujeto autorial activo. Dentro del marco ideológico de finales de siglo, la mujer no puede escribir a la mujer.

Es evidente que la literatura latinoamericana no comienza con el modernismo. Lo tomo como punto de partida porque, adaptando con sutileza imágenes tomadas de los prerrafaelistas ingleses y simbolistas franceses para expresar deseos americanos, el movimiento produjo persuasivos íconos de femineidad. Se idearon clisés artísticos convincentes en términos culturales -la mujer virgen, niña, juguete; la mujer demonio, seductora, bruja- para encauzar la percepción de la mujer en América Latina y determinar así criterios culturales duraderos. Los estereotipos legitimados por el modernismo traspasaron las fronteras literarias, se trasladaron y extendieron a todos los ámbitos, volviéndose matrices de percepción, por así llamarlas, que permitían imaginar y conceptualizar a la mujer tanto en el interior de los textos como fuera de ellos. Específicamente, se volvieron dispositivos de mirada -y de control- con respecto de las mismas mujeres escritoras. Cuando muere en Cuba Juana Borrero, Rubén Darío, el poeta e ideólogo cultural más influyente del modernismo, escribe un homenaje no tanto a una *autora literaria* sino a una *criatura literaria* "una virgen que asciende a un balcón del Paraíso, en donde estará como la amada de Rossetti o la Rowena de Poe."[4] (Y aprovecha para distinguir a la etérea Borrero de "sus compañeras terrenales, inconscientes, uterinas, o instrumentos de las potencias ocultas del mal". La visión de Darío de las mujeres escritoras, por paranoica que parezca,[5] es sintomática de un movimiento cuyas características homosociales

[4] Rubén Darío, "Juana Borrero", *Obras Completas*, vol. 4 (Madrid: Afrodisio Aguado, 1950), pág. 848.

[5] *Ibid*, pág. 646. La ansiedad de Darío se vuelve patente en la estridencia de algunos de sus juicios. Por ejemplo, ridiculiza, salvo pocas excepciones, a las mujeres escritoras españolas: "En cuanto a la mayoría innumerable de Corinas cursis y Safos de hojaldre, entran a formar parte de la abominable *sisterhood* internacional a que tanto ha contribuido la Gran Bretaña con sus miles de *authoresses*. Para ir hacia el palacio de la mentada Eva futura, les falta a éstas cambiar el pegaso por la bicicleta". Rubén Darío, "La mujer española", *Obras Completas*, vol. 3, pág. 362.

y homoeróticas son dignas de mayor atención crítica. El modernismo tiene ideas muy definidas sobre el (no) lugar de las mujeres. A partir de una devastadora reseña del primer libro de poesía de Alfonsina Storni, un crítico concluye con la siguiente recomendación: "Sí, señorita: para su propio bien, le aconsejo que no continúe escribiendo poesía. En lugar de escribir versos, intente inspirarlos. Es más femenino".[6]

Es imposible exagerar la complejidad de la escena de escritura para la mujer durante las dos primeras décadas de siglo XX en América Latina. La necesidad de desviarse del pasado es doble: la mujer no sólo tiene que apartarse de paradigmas de autoría limitados e insatisfactorios, aquellos que le son permitidos, sino que, en su escritura misma, debe realizar un proceso de revisión de figuraciones antiguas o bien inventar figuraciones nuevas que le permitan representar a la mujer como efectivamente no lo hace el modernismo. No es casual creo, que a principios de siglo en el Uruguay, Delmira Agustini recurra explícita y repetidamente a una revisión crítica del cisne, ícono por excelencia del modernismo, a fin de marcar su presencia autorial en el texto. Para ser vista (y, quizás más importante, para poder verse a sí misma[7]) Agustini debe incluirse en una tradición literaria preexistente o en un sistema de representación ya determinado. Pero la imagen que construye en "Nocturno", por ejemplo, es menos réplica obediente que corrección del modelo modernista, y mejor aún, distorsión. El cisne que propone Agustini no se desliza de manera grácil en un lago límpido, es en cambio un cisne sexual, ensangrentado, que mancha las puras aguas modernistas al emprender el vuelo. El poema problematiza -a través de la exageración, la disrupción y la ironía- representaciones anteriores de lo femenino y, al hacerlo, inaugura un gesto que es a la vez revisionista y original, un gesto que se encontrará una y otra vez en textos literarios (y me atrevería a decir, no literarios) escritos por mujeres latinoamericanas. Mi intención aquí es examinar las estrategias de ese gesto en diferentes autoras a fin de poder determinar los modos en que la mujer representa a la mujer y se construye a sí misma como sujeto de su texto.

Un lugar donde firmar, un texto donde ser

Dado que la escritura de la mujer fue desestimada o directamente negada por los discursos hegemónicos de su época, no sorprende que muchos textos de mujeres se preocupen por la inscripción institucional. Nombres, epitafios, firmas, currícula, genealogías, necrológicas, incluso testamentos, juegan a menudo con los límites de un sujeto legal e histórico demasiado lábil para ser definido. La parodia

6 José Fernández Coria, *Glosas y escolios*, citado en Rachel Phillips, *Alfonsina Storni: From Poetess to Poet* (London: Támesis, 1975), pág. 30.

7 Para una inteligente reflexión sobre las dificultades de la autorrepresentación en pintura específicamente en el caso de Artemisia Gentileschi, ver Mary Jacobus, *Reading Woman: Essays in Feminist Criticism* (New York: Columbia University Press, 1986), págs. 132-133.

de la tanatografía a la que recurren algunos de estos textos -la inscripción inalterable del sepulcro o el no menos lapidario *curriculum vitae*- demuestra hasta qué punto la mujer escritora necesita ritualizar su huella, cortejando y al mismo tiempo cuestionando las formas fijas "oficiales". Por ejemplo, cada uno de los seis volúmenes de la primera edición de la autobiografía de Victoria Ocampo no sólo llevan en la tapa el término "autobiografía" -una forma del epitafio, como se ha propuesto-[8] si no una fotografía de la autora y, en lugar del nombre, un facsímil de su firma. De este modo, cada volumen se autovalida como una credencial, un documento que es prueba legal de identidad.

Alfonsina Storni, quien reiteradas veces escenificó su propia muerte en sus textos, escribió un irónico "Epitafio para mi tumba" que reproduce tanto la inscripción mendaz en la lápida como la voz que cuestiona el sereno mensaje del epitafio. En tono más sombrío, Storni también escribió "Borrada", poema obsesionado con la certificación de la muerte y la obliteración del yo: "Sobre mi nombre, en un registro viejo,/ Mano que ignoro trazará una raya" (pág. 204). Con la misma combinación de ironía y aprehensión, Blanca Varela presenta un inquietante "Identikit" y un "Curriculum Vitae" que finaliza también con un rasgo incorpóreo: "tu sombra/ tu propia sombra/ fue tu única/ y desleal competidora" ("Canto villano", pág. 74). El intento autobiográfico de Ana Cristina Cesar culmina en impertinencia: "Soy fiel a los acontecimientos biográficos./ ¡Más que fiel, oh, tan presa! ¡Estos mosquitos que/ no me dejan en paz".[9] Y la repetición casi litúrgica del nombre propio de Alejandra Pizarnik, en un poema notable, constituye una versión más del epitafio falaz, de la inscripción lapidaria socavada -literal y gráficamente en este caso- por el nombre subyacente que señala la duplicidad:

alejandra alejandra
debajo estoy yo
alejandra
("Sólo un nombre", pág. 31)

El poema de Pizarnik trasciende los conceptos de epitafios y currícula, formas fijas de vida o muerte. Si la frecuencia de estos modos de nombrar y representar al "yo" señalan la necesidad de fijar las fronteras de una elusiva persona textual, la manera en que se imitan estas formas estables problematiza la representación antes que resolverla. Los epitafios son falsos, los currícula se contradicen, el nombre "alejandra" aparece en conflicto con el "yo" que está debajo -y que también se llama

[8] Ver Paul de Man, "Autobiography of Defacement", *Modern Language Notes* 94 (1979), págs. 99-930; también Louis Marin, "Variations sur un portrait absent: les autoportraits de Poussin", *Corps écrit* (1983), págs. 87-108.

[9] "Sou fiel aos acontecimentos biográficos./ Mais do que fiel, oh, tão presa!/ Esses mosquitos que não largam!". Ana Cristina César. *Guantes de gamuza y otros poemas*. Selección, traducción y notas de Teresa Arijón y Sandra Almeida (Rosario: Bajo la luna, 1992), pág. 12.

"alejandra"-. El deseo de fijeza puede llevar a la alienación, mientras que la ironía y el humor mordaz a los que se recurre para cuestionar la monumentalidad, pueden volverse contra el sujeto femenino limitándolo a la fragmentación e impidiendo que logre *otra* coherencia. Si bien el proceso no implica necesariamente fracaso o pérdida, conlleva una inestabilidad difícilmente soportable. En cierto sentido, las convenciones sociales de la inscripción femenina funcionan para estas mujeres escritoras como espejos: les proporcionan otros especulares que les son familiares y a la vez ajenos, imágenes que las representan y que no lo hacen, imágenes cuya fijeza ya buscan, ya rechazan. En ese *entre*, esa brecha representacional imposible de salvar -tan frecuente, por ejemplo, en la poesía de Cecilia Meireles- se constituye el lugar de la mujer escritora y la huella ambigua que ella inscribe allí, a manera de contra-inscripción, es en verdad su única firma posible.

En ningún lugar aparece tan elocuentemente expresada esta brecha entre inscripción y mujer que en el encuentro de la mujer con el libro y, en términos más generales, con el canon patriarcal. El encuentro es necesariamente complejo, tanto en América Latina como en cualquier otro lado: leer-como-mujer es un proceso que oscila de forma permanente entre la identificación y la comprobación de la diferencia.[10] Sobre este punto, dos textos -los escritos autobiográficos de Victoria Ocampo y un cuento de Elena Garro- muestran de manera ejemplar los diversos aspectos que se juegan en la escena de lectura de la mujer. Para Ocampo, lectora voraz que al fundar la revista *Sur* hizo de la lectura su profesión, los libros no son tanto objetos culturales como vehículos del yo: sirven para salir de los límites convencionales de la clase media alta e ingresar en un espacio más libre. No sorprende que Ocampo se refiera a sí misma como autodidacta[11]: aprendió sola nuevas manera de leer y de relacionarse con un canon al cual, debido a su género, tenía acceso limitado. La excepcional intensidad con la que Ocampo en sus escritos autobiográficos, se refiere a la lectura como expresión del yo revela una relación con los libros que va mucho más allá -e incluso va en contra- del contexto cultural convencional e ideológicamente limitado en el cual se crió.

Cuando se refiere a la función modeladora de la lectura en su niñez y adolescencia, Ocampo destaca la empatía y la identificación. Sin embargo, tanto la una como la otra pueden ser problemáticas para la niña lectora como lo prueban sus emociones encontradas al leer *David Copperfield*. No menos decisiva y al mismo tiempo literalmente reveladora es la experiencia de las dos niñas en "Antes de la guerra de Troya", admirable relato de Elena Garro. La lectura del libro (robado del

[10] Para consideraciones generales sobre el leer-como-mujer, ver Mary Jacobus, *Reading Woman*; Nancy K. Miller, "Rereading as a Woman: The Body in Practice", en Susan Rubin Suleiman, ed., *The Female Body in Western Society* (Cambridge and London: Harvard University Press, 1986), págs. 354-362; Marcelle Thiebaux, "Foucault's Fantasia for Feminists: The Woman Reading", en Gabriela Mora y Karen S. Van Hooft, eds. *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism* (Ypsilanti, Mich.: Bilingual Press/ Editorial Bilingüe, 1982).

[11] "Malandanzas de una autodidacta", en *Testimonios*, vol. 5 (Buenos Aires: Sur, 1957).

lugar secreto donde lo guarda la madre) señala el paso de un estado de indiferenciación a un estado de subjetivación. El libro -aquí, *La Ilíada*- funciona precisamente como el espejo de Lacan, marca ese momento de identificación en el cual el niño asume su imagen. Pero lo que el libro/espejo tiene para ofrecer a estas dos hermanitas casi idénticas es una imagen astillada y escindida que se torna doblemente alienante: propone una identificación con lo masculino (Héctor/Aquiles) y, al enfrentar a una hermana con la otra -Héctor contra Aquiles- introduce la soledad y el conflicto.

Para quienes carecen de representación, las imágenes del espejo no sólo son especulares sino a menudo espectaculares. Muchas de las figuraciones del yo creadas por mujeres latinoamericanas son altamente histriónicas: la imagen se vuelve rol, el texto una performance. Si en la literatura escrita por hombres la mujer aparece mitologizada, tanto positiva como negativamente -pensemos en las Medeas, Medusas, Judiths, Elenas y Ofelias de la literatura de finales y comienzo de siglo[12]- y mitologizada al punto de la abstracción, en textos escritos por mujeres estas mismas figuraciones mitológicas se asumen de manera activa, se leen a contrapelo, se rearticulan creativamente o se invierten drásticamente con el objetivo de asumirlas como representaciones personales. Los convencionales íconos de debilidad adquieren vigor, las víctimas enfrentan resueltamente a sus opresores, las historias tradicionales se reformulan, los huecos de la leyendas se colman.

Storni, en el último poema que escribió -y que muchos han leído como nota de suicidio- revisa el diálogo de Desdémona con su niñera y reescribe el final de la historia de manera significativa: como elección y no sacrificio. La mujer elige morir sola, dejando atrás al amante inoportuno: "si él llama nuevamente por teléfono/ le dices que no insista, que he salido" ("Voy a dormir" pág. 562). Recurriendo a la misma historia, Rosario Ferré en "Banquete de bodas", propone otra revisión dramática convirtiendo a Desdémona en la asesina de Otello (pág. 58) y, en "Réquiem" toma otra figura mítica, Ariadna, y la somete a una revisión inesperada e inquietante (pág. 42). A su vez, Cecilia Meireles en su poema "Diana", propone una diosa extraña e infatigable, una cazadora nunca satisfecha con su presa.

12 Ver Mario Praz, *The Romantic Agony* (Oxford: Oxford University Press, 1933); Frank Kermode, *Romantic Image* (New York: Vintage, 1957); Jerome J. McGann, "The Beauty of the Medusa: A Study in Romantic Literary Iconology", *Studies in Romanticism* 11 (1972), pág. 3-25. Para revisiones feministas de la iconografía femenina del siglo XIX, ver Hélène Cixous, "The laugh of the Medusa" (trans. Keith Cohen y Paula Cohen), *Signs* 1 (Summer 1976), pág. 875-893; Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination* (New Haven and London: Yale University Press, 1979), especialmente el capítulo 1; Nina Auerbach, *Woman and the Demon: The Life of a Victorian Myth* (Cambridge and London: Harvard University Press, 1982); Linda Nochlin, "Eroticism and Female Imagery in Nineteenth Century Art", en Linda Nochlin, ed., *Woman as Sex Object: Studies in Erotic Art*. 1730-1970 (London: Allen Lane, 1973).

Acaso la revisión más dramática de una figura mitológica sea la que lleva a cabo Gabriela Mistral en "Electra en la niebla", poema de evidente matricidio, poco conocido por los lectores y descuidado por la crítica.[13] "Electra en la niebla" elabora una relectura ejemplar, invirtiendo mitologizaciones previas. Desviándose de la historia clásica, Mistral centra la acción en Electra: es ella la verdadera asesina de Clitemnestra y Orestes un mero instrumento de su muerte, un títere manejado por Electra. Caminante solitaria sin destino (pose a la que Mistral recurre con frecuencia para construir al sujeto femenino), Electra habla consigo misma, con la madre asesinada y con el hermano ausente a quien imagina a su lado. El monólogo desafiante comienza proclamando la libertad lograda con la muerte de la madre para ir tomando conciencia de que la madre sigue viva: presente en el paisaje, contaminando el aire que la hija respira, colmando el mundo del cual Electra quiere huir. Así como reescribe el mito clásico, el poema de Mistral reescribe el más general pero no menos duradero mito de la maternidad, un mito al cual su propia poesía ha contribuido y sus ensayos, en más de una ocasión, han enfatizado. Los estereotipos maternos de protección y consuelo, tan frecuentes en sus canciones de cuna y canciones infantiles (por no mencionar los estereotipos maternos a los que la misma Mistral recurre para construir su personaje público), se alteran considerablemente a la luz de este poema de matricidio. Por otra parte, "Electra en la niebla" permite una recontextualización y relectura perversa de uno de los poemas más conocidos de la autora, "La fuga", escrito al morir la madre. En su contexto original, "La fuga" es poema de pérdida, de duelo por la disolución del vínculo entre madre e hija. Sin embargo, leído a la luz de "Electra en la niebla", poema al que se asemeja formalmente ("Electra" incluso plagia el texto precursor), la separación de la madre en "La fuga" adquiere, retrospectivamente, un significado mucho más complejo y la figura de la madre, que antes parecía tan sólo protectora, se vuelve infinitamente ambigua y problemática. Yendo más lejos, podríamos afirmar que la relectura que hace Mistral del asesinato de Clitemnestra da un giro inesperado al memorable matricidio en el que, supuestamente, se apoya el patriarcado. Si, como sostiene Luce Irigaray, Atenas salva a Orestes del castigo de las Furias por su crimen -porque "el hijo matricida debe ser rescatado de la locura para instituir el orden patriarcal[14]- en el poema de Mistral, la fusión de Orestes con Electra y el eventual reemplazo del hijo matricida por la hija matricida, reescriben drásticamente ese momento fundacional borrando la institución del orden patriarcal. Electra, y no Orestes, ocupa el centro del poema de Mistral como figura no de orden si no de permanente divergencia: no sólo no funda un orden sino que desbarata la misma posibilidad de fundarlo.

Con tono más liviano e irónico, Adelia Prado en "Grande desejo" somete su relectura de los mitos maternos a un doble desvío. En primer lugar, desacraliza la representación de la maternidad sublime haciendo uso del lugar común cotidiano

[13] Al punto que no está incluido en el volumen de poesía y prosa de Mistral de la Biblioteca Ayacucho, que cuida de publicar sin embargo varios inéditos. El poema se publicó por primera vez en *Mundo Nuevo*, vol. I, 1966 y sólo apareció en volumen, en *Lagar II*, en 1991.

[14] Luce Irigaray, *Le Corps-à-corps avec la mère* (Ottawa: Pleine Lune, 1981), pág. 17.

-"No soy matrona, madre de los Gracos, Cornelia/ soy mujer común, madre de hijos, Adelia"-[15] para luego desacralizar ese mismo clisé doméstico, esa "mulher do povo, mãe do filhos" (mujer de pueblo, madre de hijos) no menos estereotípica que la venerable matrona romana.

Los tradicionales íconos femeninos del mal, como la *femme fatale* o la bruja, se reescriben a veces de manera inesperada, reclamados para fines que van más allá de la mera rectificación o la venganza personales. En "Amo a mi amo" de Nancy Morejón, la mujer negra sueña con asesinar su amante blanco -"me veo cuchillo en mano, desollándolo como una res sin culpa" (pág. 113)- pero su sacrificio se recontextualiza: no se trata del placer perverso de la seductora decadente sino el de la venganza de la oprimida. El poema de Morejón deliberadamente incorpora en su representación elementos de una tradición popular desvalorizada como manera de escapar a esa opresión: la memoria de la mujer negra, de su lenguaje y su música, obstruye su aculturación y sirve para alimentar su rebelión. De modo diferente, "El sótano" de Silvina Ocampo, certeramente cuestiona representaciones convencionales al frustrar todo intento de descifrar al personaje según códigos (y prejuicios) familiares. La narradora de Ocampo, recluida en un sótano, vive de limosnas y desechos, acompañada sólo por ratones, en una ciudad que está siendo demolida. Hay algo imponente en esta mujer, a pesar de que no sabemos quién o qué es. Las alusiones a "clientes" apuntan a la conclusión, convencional, de que es prostituta o adivina. Las alusiones al caos remiten acaso a su locura. Pero el cuento rechaza la identificación fácil, se empeña en no dejarnos *reconocer* a la mujer: "Oigo gritos y ninguno contiene mi nombre" (pág. 76). Lo único que permite esta historia extraña es conservar la imagen de una mujer a un tiempo, magnífica y escuálida, cómica y solemne, resistente en medio de las ruinas: una *presencia* femenina, sin nombre, desafiante, que no se entrega.

Tan imaginativa como la reescritura de esas figuras míticas con el fin de, literalmente construirse un rostro, resulta la creación de máscaras. Un rasgo distintivo de los textos que vengo aquí comentando, especialmente aquellos escritos a principios de siglo, es su naturaleza provocadora, desafiante. Al cuestionar figuraciones tradicionales de la mujer y de la escritora, a menudo incorporan en su creación las percepciones más o menos fantasiosas que otros tienen de ellas y, asumiéndolas como reto, refuncionalizan esas mismas percepciones para su propio provecho. Esto parecería ser particularmente cierto en el caso de mujeres escritoras que sufrieron de algún modo una marginalización específica que las afectó individualmente. Por ejemplo, no es imprescindible conocer la experiencia personal de Storni para comprender la violencia de sus reacciones contra los constreñimientos sociales o su resentimiento hacia esos otros censores que sus poemas convocan obsesivamente. No propongo aquí explicar textos a través de referencias no mediadas a las vidas de sus autoras. Sin embargo, si se lee la vida de Storni como un texto más (porque no es otra cosa), es decir, como una narración social cuyos actos, conductas y actitudes son observados, interpretados y juzgados por una comunidad de lectores sociales, es posible encontrar elementos para una reflexión provechosa sobre el

[15] "Não sou matrona, mãe dos Gracos, Cornélia,/ sou é mulher do povo, mãe de filhos, Adélia". *Bagagem*. Rio de Janeiro: Editora Nova Fronteira, 1976, pág. 20.

texto. Por ejemplo, si se tiene en cuenta que para la sociedad argentina de su época, Storni cargaba con el estigma múltiple de ser no sólo mujer, sino hija de inmigrante italiano y además, madre soltera, acaso se comprenda mejor la necesidad, en su poesía, de hacer de la autorrepresentación una forma del desafío. Desde el melodramático poema de sus comienzos, "La loba", donde Storni se identifica con la imagen del solitario rechazado por la manada que a su vez rechaza, pasando por el tono burlón de "Qué diría", hasta esas notables anatomías o paisajes corporales del final, vigorosos y autosuficientes, como "Trópico" y "Faro en la noche", hay constante referencia a esos otros. Llamados ya "la gente", ya "ellos", son al comienzo jueces o testigos que cuestionan la representación del sujeto femenino mientras que hacia el final, en los últimos poemas, son espectadores prescindibles de ella. Similares representaciones de la mujer como rebelde social -presencia escandalosa o intolerable dentro de los parámetros tradicionales- se encuentran desde luego, en muchas otras escritoras. Con variantes, este modelo encuentra eco en la abuela disconforme y en la nieta rebelde de *Aire tan dulce* de Elvira Orphée, en las dos mujeres amantes de "Ca Foscari" de Peri-Rossi y en la reclusa de "El sótano" de Ocampo.

Se podría objetar que las mujeres, durante mucho tiempo objetos de representación de sujetos masculinos, siguen presas del mismo sistema del que tratan de escapar aún cuando cuestionen esas imágenes o construyan alternativas provocadoras a partir de ellas. Si bien esto es en parte (e inevitablemente) verdad, propongo que lo que la mujer toma del sistema androcéntrico no es tanto la representación misma sino ciertas estrategias representacionales que le resultan útiles. Esta reapropiación consciente tiene mucho que ver con los modos en que un *establishment* literario predominantemente masculino ha visto -y continúa viendo- a la mujer escritora. La crítica ha tendido a dramatizar las anomalías atribuidas a las escritoras en cuanto individuos, más que a leer sus trabajos. Siguiendo el proceso que Joanna Russ califica de "negación a través de categorización falsa"[16], a Agustini se la suele ver como la virgen concupiscente, a Storni como la resentida ridícula, a Victoria Ocampo como la señora rica literata, a Mistral como la madre espiritual, a Norah Lange como la extravagante dadaísta, a Silvina Ocampo como la excéntrica perversa. Estas ficciones críticas, sostenidas por los diversos fantasmas que pueblan el imaginario social masculino, oscilan entre lo ridículo y lo trágico. Buscan principalmente magnificar la figura de la mujer escritora, resaltar su cualidad excepcional por no decir aberrante para a fin de cuentas, distanciarla de sus lectores. Lo que el crítico analiza y propone para la lectura es la persona de la escritora cuando no su mismo cuerpo, no sus textos. En cambio, lo que logran las mujeres escritoras -adaptando las estrategias mitologizantes de los escritores hombres- es una especie de totemización inversa. Las exaltadas figuraciones del "yo" que adoptan no son modos de rehuir sus textos sino de adentrarse en ellos, los íconos no reemplazan a la escritora sino que gobiernan su escritura.

En ciertas ocasiones, las figuraciones dramáticas del "yo" resultan significativas menos por lo que revelan, que por lo que enmascaran. Sobre este punto, pienso en

FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
HEMEROTECA
U.N.A. - B.C.

[16] Russ, *How to Suppress Women's Writing*, págs. 49-61.

la que acaso sea la escritora "pública" más célebre de esta selección, Gabriela Mistral, cuya carrera profesional fue en extremo exitosa: reconocida pedagoga, reformista cultural, viajera, embajadora de América Latina en Europa, ganadora del Premio Nobel. Desde muy temprano, y en parte por manipulación de la propia Mistral, los críticos la invistieron con la imagen poderosa de la *mater et magistra*. Esta imagen de madre espiritual y maestra de América Latina no sólo marcaría la recepción de su obra sino que encubriría o disimularía lo no dicho de su vida personal. A Mistral se la ve a menudo como alguien que ha volcado hacia los niños un deseo materno permanentemente frustrado y que ha encontrado en la solidaridad latinoamericana el amor que le ha sido negado. Esta patética imagen compensatoria que se le impone no sólo afecta la manera en que es leída sino la preferencia por ciertos textos suyos (canciones de cuna y poemas para niños, por ejemplo) en detrimento de otros. Más importante aún, esta percepción de Mistral, borra con éxito su lesbianismo. Con estos datos en mente y manejando un corpus más amplio que el convencionalmente fijado, el lector astuto habrá de descubrir una imagen totalmente nueva de la escritora. Basta una mirada rápida a los poemas de *Locas mujeres* - retratos de mujeres "locas" que a la vez pueden leerse como proyecciones del "yo"- para descubrir temas recurrentes: el exilio voluntario, el rechazo de lazos de familia socialmente aceptables, la revisión del pasado, la celebración de la libertad, la necesidad de ocultamiento y del secreto y, por fin, la unión con otras mujeres. Sin excepción, todos estos poemas aluden a una figuración que desestabiliza con creces el clisé de la serena madre y maestra.

El cuerpo que escribe

El fantasma de la mutilación acecha la representación finisecular de la mujer. Con frenesí sinecdóquico, los poetas hombres exaltan el pelo de la mujer, sus ojos, sus pies, un pie, un guante, una media como lugares del deseo. Sólo a través de la mediación del fragmento es posible aprehender y desear el cuerpo femenino en su plenitud. Sin esta mediación, la plenitud -la mujer entera, completa- se vuelve intolerable y más aún, poderosa y amenazadora: se la ve como agente de la mutilación, no como su víctima. No es casual que la literatura de la época haya celebrado simultáneamente a la mujer mutiladora (Salomé condensa los miedos y los deseos del fin de siglo) y, como prueba de que a fin de cuentas se la controla, a la mujer mutilada.[17]

17 Como escribe Gwen Kirkpatrick: "Los poetas modernistas insisten en mostrar la corporalidad del referente... En el caso del icono femenino, la letanía de estas partes y el desmembramiento corporal subrayan la fetichización tradicional de la imagen erótica de la mujer. Los poetas usan el cuerpo femenino como una puesta de sol parnasiana, un lienzo en cual se cortan, decoran y graban sus imágenes". (*The Dissonant Legacy of Modernismo: Lugones, Herrera y Reissig, and the Voices of Modern Spanish American Poetry*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1989, pág. 234). El agudo análisis que hace Kirkpatrick de Storni ha inspirado muchas de mis consideraciones en esta sección.

Salomé perdura en varios poemas de Delmira Agustini, aquellos que reiteran la escena que Unamuno encontraba tan inquietante, "esa extraña obsesión que tiene usted de tener entre las manos, unas veces la cabeza muerta del amado, otras la de Dios".[18] Pero estos poemas, no exentos de erotismo, son por sobre todo contemplativos. En un reverso macabro de la típica postura modernista en la que el poeta hombre contempla a la mujer como valioso *bibelot*, en los poemas de Agustini la mujer contempla una cabeza muerta como objeto de arte: "Engastada en mis manos fulguraba/ como extraña presea, tu cabeza" ("Tu dormías..." pág. 178). No me detengo en estos poemas de fragmentación del cuerpo masculino pese a su evidente interés. Prefiero en cambio, atender a la fragmentación física del cuerpo femenino en textos escritos por mujeres y observar qué función cumple esa fragmentación en la representación de la mujer. Cuando quien desmembra y mutila un cuerpo *femenino* es una mujer, el componente erótico y por extensión el impulso fetichista, se vuelven mucho más complejos por naturaleza.[19] Porque, a menos que sea un caso de fetichización narcisista de los fragmentos del "yo" o un caso de fetichización lésbica de los fragmentos de otra, la fragmentación del cuerpo femenino en poemas escritos por mujeres, no está al servicio de una transacción exclusivamente erótica. Más bien está al servicio de una transacción *textual*, donde mutilación y fragmentación se utilizan hábilmente no para dominar o someter al otro sino para retratar al "yo".

Storni es la primera en usar fragmentos del cuerpo -una cabeza en la playa, un corazón sobre una roca en la noche, ovarios arraigados en un bosque, la blancura marmórea de un diente, la caverna del oído- con el propósito de armar un autorretrato. Estos despojos no son sinécdoques en el sentido de que no aluden a un todo que permanece innombrado, como lo hacían los fragmentos del cuerpo fetichizados del modernismo. Por el contrario, se mantienen como fragmentos, desafiantes, desprovistos de significado mayor. Como escribe Gwen Kirkpatrick: "Storni subvierte los íconos poéticos, los despoja de su misterio tradicional y los devuelve para que deambulen en un territorio extraño".[20] Como piezas sueltas, estas partes del cuerpo se describen con apasionada minucia y funcionan de manera autosuficiente. No hay duda de que esta fragmentación responde en buena parte a la dislocación de la percepción estética iniciada por la vanguardia. Sin embargo, dada la trayectoria del cuerpo femenino antes de Storni, propongo que es a la vez reacción contra la tendencia a recomponer fragmentos fetichizados según una concepción central y única de la mujer como vehículo del deseo masculino. Se trata,

18 Miguel de Unamuno, carta a Delmira Agustini, citada en Clara Silva, *Genio y figura de Delmira Agustini* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968), pág. 155.

19 Ver Naomi Schor, "Female Fetishism: The Case of George Sand", in Suleiman, *The Female Body*, págs. 363-371. También Sarah Kofman, "Ça cloche", in Philippe Lacoue-Labarthe and Jean-Luc Nancy, eds., *Les fins de l'homme: A partir de Jacques Derrida* (Paris: Galilée, 1981), págs. 83-116.

20 Kirkpatrick, *The dissonant Legacy*, pág. 239.

a fin de cuentas, de una manera de quitar control interpretativo al lector que acata tal concepción. Por lo tanto, los fragmentos del cuerpo en Storni no aluden, no evocan, no se recomponen para formar un solo ícono. No apuntan a un referente único, invariable. En cambio, manteniendo su naturaleza independiente, reivindican para el cuerpo de la mujer una pluralidad de lecturas a la vez que invitan a reflexionar sobre el cuerpo del texto mismo. De modo similar, los poemas de *Albricia*, de Soledad Fariña, moviéndose a través de un cuerpo de mujer (el propio, el de otra mujer), exploran con cuidado un territorio que pide ser descubierto y establecen su gramática, su sintaxis. Experimentando con cortes y suturas también las líneas "cicatrices" de Vanessa Droz en *La cicatriz a medias*, interrogan la forma poética como metáfora del cuerpo.

No sólo el cuerpo se desmembra creadoramente en los textos de mujeres. La voz -difícilmente audible, casi estertor- habla también en fragmentos, está hecha de añicos. Más de una escritora latinoamericana ha hecho de esta angustiosa dificultad de expresión la principal preocupación de su poesía, recurriendo a imágenes de alumbramiento y también muy a menudo, a imágenes de enfermedad, de tumores malignos, de muerte. Los poemas de Storni, Mistral, Agustini tematizan esta dificultad de habla, acusando no sólo el dolor del proceso sino, como en "Lo inefable" de Agustini, la extrañeza de su resultado. En Agustini en particular la aflicción se da junto con la sorpresa que suscita el nacimiento de lo casi monstruoso: sus poemas recalcan la extrañeza, el caracter excesivo de la palabra que lleva dentro, cuya índole fundacional intuye. En otro registro, *Aire tan dulce* de Elvira Orphée, historia de sumisión y rebelión de mujeres en el norte argentino, atribuye una excesividad similar a la voz femenina. En el entrecruzamiento de voces que constituye la novela, una mujer mayor desesperada y arrogante intenta en vano dar a su nieta adolescente las palabras elementales que ella ha enterrado en el paisaje de su niñez -aquellas "palabras (que) no se deshacen contra los días y las repeticiones" (pág. 243)- para que la niña pueda librar la batalla que la abuela perdió sumiéndose en el silencio y la opresión.

Las voces fragmentadas a veces son gozosas. Así la imagen que presenta Norah Lange al final de sus *Cuadernos de infancia*: la niña parada en el techo, vestida como un linyera, gritando ante los azorados vecinos en una lengua privada urdida con retazos e hilachas de las lenguas que conoce. Esta representación ritual -la niña que se ofrece como espectáculo, entonando con pasión sus frases cacofónicas, lanzando al público su disonancia y su diferencia- por su elegancia y derroche, adolece de una suerte de despreocupado dandismo infinitamente seductor. Con saludable humor -que aparece también en Storni, Varela, Pizarnik, Peri-Rossi- Lange propone una nueva figuración: la de la escritora como cómica, desmenuzando palabras y lanzando los pedazos, alegre, apasionadamente, a los cuatro vientos. Con más frecuencia, sin embargo, la mutilación -lo que Storni llama las "palabras decapitadas"- estrechan la voz hasta la casi extinción. Entre las poetas latinoamericanas contemporáneas, Alejandra Pizarnik es sin duda quien expresa con más fuerza esa impotencia de palabra, cuyo resultado final es -como reitera el texto de *Árbol de Diana*- el vaciamiento del ser: "Este canto arrepentido, vigía detrás de mis poemas:/ este canto me desmiente, me amordaza" (pág. 87). Pizarnik lleva al extremo y exhibe en su máximo desamparo ese astillamiento de la voz que marca tantos textos de mujeres.

Muchos de estos poemas se dirigen a una segunda persona: una madre, una hermana, una musa, un amante. Con frecuencia, sin embargo, nos enfrentamos a actos interlocutorios fingidos que establecen la ilusión de una relación "yo/tú" que gradualmente se desintegra hasta perderse, como en un mosaico, en un sujeto de enunciación plural. El "yo" convoca a una segunda persona que es reflejo o contaminación del "yo", como la narradora curiosa de "El pecado mortal" de Silvina Ocampo, una adulta que espía su propia niñez. O el "yo" reprende, corrige o se burla de una segunda persona que no es otra que el "yo", como ocurre con "Currículum Vitae" de Blanca Varela. El texto todo se vuelve acto especular, enunciado hacia una segunda persona que duplica al "yo", como sucede en tantos poemas de Pizarnik: "Has construido tu casa/ has emplumado tus pájaros/ has golpeado al viento/ con tus propios huesos/ has terminado sola / lo que nadie comenzó" (pág. 76). Al mantener la ambivalencia discursiva -la segunda persona es y no es duplicación- estos textos apelan a la doble lectura. Si bien esta duplicación no es infrecuente en la poesía moderna en general, ofrece a la mujer escritora una ocasión ideal para hacer funcionar la doble voz que resulta de su marginalización. Otro aspecto interesante: de todas las posiciones posibles que puede ocupar el yo poético, rara vez adopta el yo femenino la actitud profética, frecuente en poetas latinoamericanos hombres: piénsese en Darío, Huidobro, Neruda. Cuando las mujeres recurren a esa forma de auto-engrandecimiento que es la profecía, como en el caso de Gabriela Mistral o el de Olga Orozco por ejemplo, se muestran más dispuestas a cuestionarla que los hombres, más inclinadas a descubrir las grietas de la fachada autoritaria.

Reescribir el cuerpo de la mujer o fragmentos de ese cuerpo es también reescribir su deseo. Desde el homenaje erótico de Sor Juana Inés de la Cruz a la Condesa de Paredes en el siglo XVII, la crítica latinoamericana ha aceptado difícilmente la expresión del deseo físico en textos escritos por mujeres en su letra, es decir, como expresiones no miméticas, no "plagiadas" de otros textos. Así, la celebración de Sor Juana del cuerpo de la condesa se justifica habitualmente como un blasón más, como un ejercicio derivado de la convención heráldica de la época. El erotismo desbordante de Agustini, escandaloso para su contemporáneos, se ve como "cosa mental", tolerado por la crítica sólo porque se lo juzga imaginario. Las obsesiones sexuales y escatológicas de Pizarnik se atribuyen a su fascinación con Alfred Jarry y con el surrealismo en general. En las tres instancias la actitud parecería ser la misma: la poeta no pudo haber experimentado "realmente" ese exceso erótico o, en el caso de Pizarnik, esa perversidad. Ahora bien, es obvio que para todo escritor, cualquiera sea el género al que pertenece, toda expresión de sentimiento está necesariamente mediada por textos pero en este caso, no es esa visión esclarecida de la literatura la que dicta la reacción de la crítica sino más bien un criterio represivo: la mediación textual sólo se trae a colación para negar a la mujer la posibilidad de la expresión directa de su deseo sexual.

En Agustini, el deseo emerge con todos los recursos de la poesía decadentista. El sexo se confunde con la religión, la violencia y el placer son una misma cosa, el misterio se insinúa y lo perverso atrae. Lo novedoso en este caso, es la posición del sujeto que habla en el poema. En las fantasías eróticas del modernismo, los roles genéricos se dan de modo invariable: el hombre desea, la mujer es deseada. La poesía de Agustini, escrita en la última etapa del movimiento, capta a la perfección

la vacilación que anuncia la erosión de dichos roles. A través de su poesía, el yo femenino es sujeto deseante activo: llama a su amado, construye y controla con fuerza la escena de su pasión y sin embargo el abrazo erótico no llega a su culminación: el poema lo posterga indefinidamente o subvierte de manera drástica la situación inicial, reemplazando al yo femenino fuerte y deseante por una convencional presencia femenina que sorprende por su sumisión. La mujer que desea no puede vivir y expresar su pasión plenamente en el poema sino que debe convertirse en un determinado momento, en mujer deseada. Algo semejante ocurre en la obra de Storni donde también se dan representaciones divergentes del deseo femenino y donde para resolver el conflicto se recurre a un humor que, inevitablemente, aniquila ese deseo.

Sin duda la expresión erótica de la mujer, aún experimental, debe ser explorada con mayor profundidad. Cabe preguntarse hasta qué punto puede atribuirse su aparente escasez a una autocensura que por razones sociales, incluso hoy amordaza y sujeta a la mujer en este terreno. Por ejemplo, muy pocos de los textos obscenos y minuciosamente escatológicos de Pizarnik se publicaron en vida de su autora y cuando aparecieron, no faltaron los críticos que señalaron su escaso valor "literario". Curiosamente (o quizás no tanto), la expresión del deseo sexual y la celebración física que lo acompaña parecería ser menos problemática en la poesía lesbiana: al haber renunciado a la máscara social, estos textos se muestran menos preocupados o constreñidos por los roles sexuales. Por otra parte, si las expresiones de deseo erótico parecen escasear en los textos de mujeres, bien puede ser que -acostumbrados como estamos a las expresiones de erotismo falocéntrico- no les estemos prestando la debida atención. El erotismo de las mujeres se expresa a través de formas más diversas (propongo, más textualmente productivas) que las exclusivamente sexuales: si celebra y desea otros cuerpos, éstos no son sólo cuerpos de amantes. En términos de deseo, hay a menudo un deslizamiento del sexo al texto, al punto que el texto mismo se vuelve encuentro erótico: al ejemplo de Fariña, ya mencionada, podría añadirse aquí el nombre de Ana Cristina Cesar. Sin limitarse al cuerpo físico, y por cierto sin reprimirlo, el deseo en estos casos se extiende al cuerpo de la escritura.

Retratos de familia

Hasta aquí he considerado específicamente la representación de la mujer a través de la imagen y la voz, aislando a propósito al sujeto femenino de su entorno. No obstante, junto con la necesidad de formular una representación diferente de la mujer y del "yo" hay en estos textos un claro intento de hacer de esa representación un asunto de familia por así decirlo, de hacer de esa representación una práctica comunitaria que reestructure el linaje e invente nuevos parentescos que reemplacen los lazos convencionales. De manera directa u oblicua, la familia, el hogar y la niñez aparecen a menudo en primer plano en estas obras, no porque estén particularmente adecuados a la sensibilidad "femenina" sino porque funcionan como eficaces medios de establecer alianzas. Contrariamente a la visión (casi siempre masculina) de que la mujer, conforme al estereotipo del "ángel de la casa", es quien está mejor capacitada para hablar y escribir sobre un ámbito doméstico que sólo ella conoce, la escritoras latinoamericanas con muy

pocas excepciones,[21] abordan el hogar, la familia, la niñez y la economía de deseo dictadas por las prácticas patriarcales con actitud reflexiva y suspicaz. Sus textos distan de ser recreaciones convencionales, son inevitablemente críticos, no porque sean negativos con respecto al pasado (a menudo no lo son) si no porque resueltamente emprenden una reflexión y, por líricos que sean, una reevaluación de una época y una forma de vida que ya no corresponde a la mujer que los escribe. Los cuentos de familia de las mujeres, tanto en prosa como en poesía, no son exactamente refugios seguros. Con frecuencia quienes los cuentan son exiliadas, inadaptadas, nómades: la peregrina sin equipaje de Mistral, la estoica solitaria de Vilariño, la viajera alucinada de Pizarnik, quienes hojean reliquias (fotografías, álbumes de recortes, cartas, memorias personales, las memorias de otros) reconociendo un pasado donde ya no tienen cabida. El "yo" que recuerda, evocando sus antepasados inmigrantes, en "La casa grande" de Tamara Kamenszain es como una extranjera que espía. El poema es un acto de voyeurismo textual, una afiliación lograda a través de una visión mediada que a fin de cuentas confirma la alienación del yo: "Se agranda el ojo, casa es cerradura/ quiero escribir un hábitat antiguo/ vestirme en el ropero de las letras:/ caja negra que alguno leerá/ tras los lentes oscuros del albino" (pág. 49). Margo Glantz también busca a sus antepasados apelando al humor, jugando de manera manifiesta con la genealogía y dedicando todo un volumen -*Las genealogías*- a la fabulación de su linaje. El plural del título lo está diciendo: con los archivos caseros a los que recurre, las historias graciosas, a un tiempo míticas y prosaicas que le cuentan sus viejos parientes judíos, y los recuerdos felices y no tan felices de su niñez laica mexicana, Glantz entreteje un pasado que es mezcla desordenada y carnavalesca logrando así una vida plural.

Los hogares de la infancia, cuando se vuelve a ellos, no son necesariamente lugares felices. Puerto Supe, en el poema de Blanca Varela que lleva el mismo nombre, adquiere el aura ominosa de una visión agónica: se trata de la casa paterna que se destruye con toda deliberación. Sin embargo es allí, en ese paisaje marino donde la desolación y la inclemencia de la naturaleza se combinan con la violencia humana, donde la poeta sienta nuevas raíces y establece su escena de escritura. En el caso de Lange, pese al mundo aparentemente tranquilizador de las cinco niñitas alegres de *Cuadernos de infancia*, la evocación está trabajada por la ruptura y la inminencia de la muerte y de lo extraño irrumpe continuamente en lo familiar. Adelia Prado, a su vez, encuentra un equilibrio precario entre la celebración del cotidiano mundo doméstico y la amenaza de la disrupción: "Cuando escribo un libro con mi nombre,/ y el nombre que le voy a poner en la cubierta,/ lo llevo a una iglesia/ a una tumba, a un descampado,/ para llorar, llorar y llorar".[22]

Si el regreso al mundo de la niñez y al hogar familiar constituye un fundamento inestable para la escritura de mujeres no por eso es menos fecundo. Al volver a un

[21] La uruguaya Juana de Irbarbourou, quien continuamente celebra la dicha doméstica en sus poemas, es quizás la más notoria de estas excepciones. La crítica masculina entusiasta la llamó "Juana de América".

[22] "Quando escrever o livro com o meu nome/ e o nome que eu vou pôr nele, vou com ele a uma igreja,/ a uma lápide, a um descampado,/ para chorar, chorar, e chorar" (Prado, pág. 20).

paisaje de niñez, el valle de Elqui, y a los juegos que jugaba con otras niñas, Mistral en "Todas queríamos ser reinas", compara la utopía que armaba con sus compañeras en sus canciones infantiles con la realidad desencantada de sus vidas adultas. Una vez más, la poeta toma el lugar del extraño que mira con nostalgia hacia un adentro ajeno: la escritura la ha vuelto más afortunada que sus hermanas pero también la ha convertido en un ser diferente, separándola del grupo familiar. El *locus* del autorretrato parecería ser, inevitablemente, el lugar familiar que se ha dejado atrás para siempre: un "País de la ausencia" para citar otro título de Mistral. Tanto en Meireles como en Pizarnik, la separación y la pérdida de la familia están en el origen mismo de la voz poética, la alimentan. Sin ser necesariamente exiliadas, esa voz habla desde una orfandad irreparable.

En otras ocasiones, el tratamiento del pasado, la familia y la comunidad cumple una función testimonial. "Todas queríamos ser reinas" puede ser leído como lamento por la pérdida de la inocencia y la dispersión de un grupo de niñas. Pero también puede leerse como tributo, como un intento activo por parte de la escritora *para que* no se pierda la inocencia y que el grupo de mujeres no se disgregue. En estos textos, recordar también es una forma de rendir testimonio. El testimonio puede obedecer a necesidades afectivas o ideológicas pero, en general, a una mezcla de las dos: Kamenszain y Glantz en los textos mencionados, rinden homenaje a la mitologizada minoría judía a la que pertenecen; Morejón en "Mujer negra", rinde tributo a una raza oprimida a la que reivindica políticamente. En los tres textos prevalece el sentido de comunidad, de pertenencia.

Es evidente que las comunidades recuperadas por estos poemas no necesariamente coinciden con familias reales, más bien se apela aquí a lo familiar como tropo para producir la unión. Más allá de lo meramente biográfico, muchas de estas autoras postulan agrupamientos literarios, culturales, étnicos e ideológicos que claramente necesitan anclar en lo femenino. En sus textos es posible observar referencias y alusiones a otras mujeres, reconocer la emergencia de las voces de esas otras mujeres, seguir un diálogo. Es notable que muchos de los intentos de autorrepresentación de mujeres latinoamericanas invoquen a otras mujeres que vivieron antes que ellas, obedeciendo a un impulso cuyo origen sea acaso la prodigiosa cadena de mujeres a la que apela Sor Juana Inés de la Cruz en su carta autobiográfica al Obispo de Puebla. En un conmovedor poema dedicado a Agustini muerta, Storni escribe: "Pero sobre tu pecho, para siempre deshecho,/ Comprensivo vigila, todavía mi pecho" (Storni pág. 258). Este cuidado entre hermanas encuentra eco en un poema de Gabriela Mistral a Victoria Ocampo, en un ensayo de Ocampo sobre Mistral, en un poema de Ferré a Julia de Burgos, en un poema de Peri-Rossi a Pizarnik, en las frecuentes dedicatorias de los poemas de Pizarnik a Orozco y a Silvina Ocampo. Estos homenajes entre hermanas son a la vez reconocimiento de un legado o de una lucha compartida y a la vez, no menos importante, son autorretratos oblicuos[25]. Pero para que estos poemas no sean leídos como una forma

[25] Victoria Ocampo, "Gabriela Mistral y el Premio Nobel", en *Testimonios*, vol. 3; Alfonsina Storni, "Palabras a Delmira Agustini" en *Ocre*; Gabriela Mistral, "Recado a Victoria Ocampo, en la Argentina", en *Tala*; Rosario Ferré, "Carta a Julia de Burgos", en *Sitio a Eros*; Cristina Peri-Rossi, "Alejandra entre las lilas", en *Diáspora*.

de autoexaltación -es decir un modo de adjudicarse vida a través del prestigio de otra- debemos recordar que esta galería de retratos de mujeres no se limita a las mujeres que escriben. La apasionada evocación de hermanas anónimas en Storni, Mistral, Morejón, es prueba ejemplar de una simpatía que va más allá de las fronteras literarias. A través de esta evocación, puede trazarse el perfil de una vasta hermandad a la que, por habérsele negado existencia propia, necesita tanto más ser nombrada.

Traducción del inglés Mariana Kosmal
(con revisión de la autora)

Obras Citadas

Agustini, Delmira. *Poesías completa*, Barcelona, Labor, 1971.

César, Ana Cristina. *A Teus Pés*, Sao Paulo, Brasiliense, 1982.

---------. *Inéditos e Dispersos*, Sao Paulo, Brasiliense, 1985.

---------. *Guantes de gamuza y otros poemas*, Selección, traducción y notas de Teresa Arijón y Sandra Almeida, Rosario, Bajo la luna, 1992.

Droz, Vanessa. *La cicatriz a medias*, Rio Piedras, Puerto Rico, Editorial Cultural, 1982.

Fariña, Soledad. *Albricia*, Santiago de Chile, Ediciones Archivo, 1988.

Ferré, Rosario. *Papeles de Pandora*, México, Joaquín Mortiz, 1976.

---------. *Fábulas de la garza desangrada*, México, Joaquín Mortiz, 1982.

Garro, Elena. *La semana de colores*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1964.

Glantz, Margo. *Las genealogías*, México, Martín Casillas, 1981.

Kamenszain, Tamara. *La casa grande*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

Lange, Norah. *Cuadernos de infancia*, Buenos Aires, Losada, 1937.

Meireles, Cecilia. *Mar absoluto*, Porto Alegre, Livrario do Globo, 1945.

Mistral, Gabriela. *Poesía y prosa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993.

----------. *Lagar II*, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Biblioteca Nacional, 1991.

Morejón, Nancy, *Cuerda Veloz: Antología Poética 1962-1992*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2002.

Ocampo, Silvina. *La furia*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1959.

Ocampo, Victoria. *Autobiografía*, Vols. 1-6, Buenos Aires, Editorial Sur, 1979-1984.

----------. *Testimonios*, Vol. 5, Buenos Aires, Editorial Sur, 1957.

Orozco, Olga. *Obra poética*, Buenos Aires, Corregidor, 1996.

Orphée, Elvira. *Aire tan dulce*, Caracas, Monte Avila Editores, 1977.

Peri Rossi, Cristina. *Lingüística general*, Valencia, Prometeo, 1979.

Pizarnik, Alejandra. *Obras completa*', Buenos Aires, Corregidor, 1993.

Prado, Adelia. *Bagagem*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1976.

Storni, Alfonsina. *Poesías completas*, Buenos Aires, Galerna, 1968.

Varela, Blanca. *Ese puerto no existe*, Xaalapa, Universidad Veracruzana, 1959.

----------. *Como Dios en la Nada (Antología 1949-1998)*, Madrid, Visor, 1999.

Vilariño, Idea. *Nocturnos*, Montevideo, Arca, 1986.

Elfriede Jelinek.
Presentación*

Elfriede Jelinek tiene una intervención continua y muy amplia en relación con objetos y textos culturales del presente. Como sucede en su literatura, el foco de su atención -y de su escritura- se dirige a los desvíos, a los márgenes donde el sentido resuena imperceptible y desplazado por la mirada hegemónica.

Los artículos que siguen se relacionan con el cine, medio que adaptó su novela La profesora de piano *(Michael Haneche, 2002), con su colaboración en el guión.*

En el primero de ellos, se detiene en las facciones elocuentes y sádicas (acompañadas de una voz distintiva) del actor alemán Peter Lorre, originalmente actor teatral con Bertold Brecht, devenido célebre con la interpretación de un asesino de niños en el memorable film de Fritz Lang, M, El maldito *(1931). Exiliado en Hollywood, Lorre participó de clásicos como* El Halcón Maltés *(John Huston, 1941) y* Casablanca *(Michael Curtiz, 1942), en una filmografía prolífica en historias inquietantes, que culminó en la década del 60 con las adaptaciones fílmicas de la obra de Edgar Alan Poe realizadas por Roger Corman.*

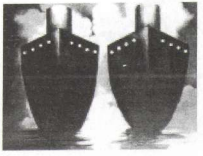
*En el ensayo que se ocupa de Lorre, escrito en ocasión de una retrospectiva dedicada al actor en el Museo de Viena, Jelinek realiza un fascinante y a la vez delicado rastreo de una condición -podría decirse de una inquietud- que ocupa un lugar central en las reflexiones sobre el género: la apariencia. En la cadena de aproximaciones que construye, llega a algo parecido a una conclusión, a saber: que el rostro no coincide con la cara. Este desenlace acerca sus conclusiones a las de Giorgio Agamben, un autor que también se preocupó por la politicidad del rostro ("La exposición es el lugar de la política"), y por su vecindad inevitable con las palabras ("El rostro es sobre todo pasión por la revelación, pasión del lenguaje" **). De apariencias también trata el artículo sobre* Carretera perdida, *un film que resume la estética de David Lynch, conformada con la materia de los sueños antes que de la realidad. Una opción que guía la obra misma de Jelineck.*

A.M.A.

---

* Nació en Austria en 1946. Es dramaturga, ensayista, poeta, novelista. Radical en su literatura, su feminismo y sus opiniones sobre la política austriaca. En el 2004 obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Entre sus novelas traducidas al español se conocen *La pianista* y *El deseo.*

** Las dos referencias corresponden a Agamben, Giorgio. "El rostro", en *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Pre-textos, Valencia: 2001, págs. 80 y 79.



"El *Joker*. Peter Lorre"*

Elfriede Jelinek

Siempre tengo la impresión de que Peter Lorre se halla a cada instante comprobando si en su cara está todo en su sitio. Parece que si no lo hiciera así, sus rasgos podrían borrársele. En rigor, cada cosa en su rostro (que es pequeño) parece demasiado grande para el espacio que lo contiene. No se trata de los ojos, tampoco de la nariz, pero sí, en cambio, de la boca. Esa cara es como un montículo de tierra de jardín en cuya superficie no asoman los rasgos- sino que crecen- como diría un jardinero. Crecen con exuberancia. Por ello, semejante rostro sólo podría pertenecer a un actor determinado; que, al mismo tiempo, no importase que fuera un hombre, una mujer o un niño. En la medida en que ese rostro se torna un elemento típico, puede también ser el atributo de cualquiera. Y, dado que esos rasgos tan particulares que allí surgen pueden, como si dijéramos, diluirse en el éter -volatilizarse- sin que lleguen nunca a materializarse; pueden también hospedar a un asesino, a un criminal nazi, a un asesino que sea una víctima o a una víctima que, en realidad, sea un asesino. O a un niño que sea, al mismo tiempo, el asesino de otros niños.

Los niños son -como se sabe- los seres más crueles de la tierra; eternamente inocentes viven siempre en el mismo estado, mientras dura su cualidad de niños; que, por otro lado, no puede durar toda la vida. Peter Lorre es un actor detenido en el tiempo de los niños. Él sabe eso pero es culpable y, al mismo tiempo, inocente. Con su persona se trata de alguien que, sin embargo, ha visto ya mucho por su cuenta. Y esto es como tan a menudo sucede con los avisos de luz de neón que uno debe tolerar en una noche de insomnio desde un cuarto de hotel solitario: se deja pasar sobre el rostro la luz hasta que se apaga para que la gente pueda dormir tranquila, al menos a la hora de los lobos (claro, nadie sale de compras durante la noche), y así la cara permanece imperturbable hasta la mañana. Más tarde, el rostro será nuevamente bañado por la luz, el actor ha de interpretar su papel y la cara tendrá nuevamente su figura, es decir, tendrá todos sus rasgos. El rostro ha de apuntarse para una nueva jornada, cuando deba hacer algo y se le exija hacerlo. La cara se presentará para aparecer bajo la

* El texto original, "Der Joker", fue publicado en *Peter Lorre- Ein Fremder in Paradies [Peter Lorre - Un extraño en el paraíso]*, bajo la dirección de Michael Omasta y Elisabeth Streit, Zsolnay Verlag y Österreichisches Filmmuseum, Viena 2004 (págs. 105-109).

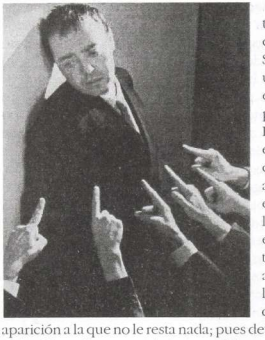
luz de los reflectores frente a la cámara, de donde surgirá para conformarse cuando todo haya, al fin, tomado forma. De ese asesino de niños - o asesino-niño- habrá de saberse todo y, a la vez, nada.

Así, ese rostro habrá de asomarse para devenir anonadado, tímido, violento, demoníaco, ambiguo, anciano e infantil al mismo tiempo. Y ahora lo que voy a decir será trivial pero, sin embargo, debo decirlo: no conozco ningún actor que me produzca esta impresión. Una película muchas veces nos hace pensar: ¿Estoy despierto o soñando? Peter Lorre nos responde: ambas cosas a la vez. El proceso químico de aquello que el film produce de cautivante es (en el caso de Peter Lorre) todo menos estar cautivo; pues ningún impulso de ese rostro puede impedirnos hacer cosas u obligarnos a algo. Esos impulsos no van a ningún lado ni tampoco proyectan a casi nadie hacia ninguna parte, pues Peter Lorre nunca ha interpretado el papel de ningún amante famoso. ¿O acaso me equivoco? Al menos a mí no se me ocurre de ningún caso, pero no puedo dejar de notar que sus rasgos se disipan en el aire. Se escapan por sí solos. De ahí que sea tan difícil retenerlos y, sin embargo, esos rasgos cautivan, como se dice en lenguaje de cine. Y aquí se da el extraño hecho de que algo sea conjurado en el celuloide, mientras somos nosotros los que lo miramos hechizados, cuando se persigue al asesino o cuando es él quien persigue a su víctima. Entonces, precisamente es ese el rostro que se presenta ante nosotros, pero cuando lo queremos asir se nos hace inasible, como un niño que mira con ojos maliciosos; o como cuando aparece Humphrey Bogart o cualquier otro de los famosos de pantalones con tiradores y ésa es la esencia de la historia que cuenta el film (pues el argumento no existiría sin ellos).

Peter Lorre, en cambio, aparece lanzado (no sé cómo) en el medio de la acción, como si él mismo no quisiera estar allí; pero debe hacerlo porque, de lo contrario, todo fracasaría. Los demás lo desprecian por sus ojos, por su boca, pero también le tienen piedad. También esto sucede con frecuencia: lo desprecian y se apiadan de él al mismo tiempo. ¿Será que ese rostro es tan difícil de aprehender, porque cuando él se sirve de cualquiera de los estereotipos populares, lo que se percibe y lo que está detrás es, al mismo tiempo, un *cliché* y el escamoteo del *cliché*? No existe verdaderamente otro actor que elabore su papel tanto sobre la base del *cliché* como Peter Lorre; pero, sin embargo, ese rostro se escapa de ese *cliché* que ha devenido típico, pues apenas uno trata de buscar el tipo humano en el Libro de la Vida, él ya se ha tornado otro y ni siquiera sabemos su edad que es estática en todo el correr de la película, pues tendrá tanto diez como cien años.

Ese rostro de Peter Lorre oscila entre fenómeno y objeto. Y también está el objetivo de ese fenómeno. El objetivo en las películas en que actúa Peter Lorre se da a primera vista, no bien se lo menciona. Y a ese objetivo se lo reconoce en su misma mirada, que siempre es la primera mirada que alguien dirige en el film. Se trata de una mirada en la que lo que se prueba es si da en el blanco. Quizás porque este actor no existe en el momento en que uno justamente ve enseguida quién es. En ese instante, él se manifiesta. Su aparición la determina un director. Peter Lorre se presenta como un fenómeno de algo que varía entre ser el perseguidor o el perseguido, no existe la posibilidad de una tercera alternativa. Los niños no tienen, en efecto, muchas posibilidades; pero (como ya se dijo) este niño es, al mismo tiempo, entrado en años y conoce la vida antes de que comience. Al ver a Peter Lorre, uno sabe ya cómo va a terminar la cosa. Se escapará o el film terminará con su muerte. Nunca terminaría en casamiento.

No sé, pero siempre que veo a Peter Lorre en una película siento algo muy especial: como si él no hubiera tenido la opción de aceptar o rechazar ese papel. Y esto sucede no porque exista un motivo u otro para que se lo hayan dado, sino porque tengo la impresión de que la única alternativa para esta labor suya es que ningún otro la cubra.



Una no aparición suya, que estuviera muy pegada a su persona, sería como un pozo oscuro. Bogart, Jimmy Stewart, Edward G. Robinson (y éste último es el que más se le acerca, aunque, en este caso, se trata siempre de un personaje y no de un fenómeno como Peter Lorre), los tres poseen una existencia que va más allá de sus papeles cinematográficos, pues llevan una vida activa fuera de la pantalla. Peter Lorre, el eterno perseguidor, que ya ha libado de la vida todos sus jugos ("*sucker*" significa en inglés el "bebé de pecho", pero también el "principiante avasallador"), antes de que transformado en técnica, luz y sombra (mucha sombra) se lo haga comparecer en la pantalla, significa una aparición a la que no le resta nada; pues detrás de esta posibilidad lo que quedaría sería el liso y llano no cubrimiento del papel.

Quizás sea justamente esta adicción, originada en ellos mismos, la que les da a los individuos un perfil, cuando han sucumbido a su inyección o cuando han tomado la pizca de su dosis o la han inhalado o absorbido. Y estas personas tampoco tienen la posibilidad de elegir no inyectarse: están compelidos a hacerlo. Y quizás sea esta fuerza pasional por sorber el meollo de la vida la que produce el efecto de que Peter Lorre siempre está haciendo un esfuerzo sobrehumano para lograr el grado extremo del ser, que va a la par con la impresión que surge de que él está alcanzando así un aspecto extremo de su personalidad.

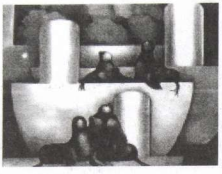
Y en el momento en que aparece (como si no tuviera otra opción), Peter Lorre existe gracias a las relaciones que él pone en juego con los otros personajes en tal y cual film. Él es quien conduce a los otros, inclusive en los casos en que su papel sea totalmente marginal, siendo él quien parece estar fuera de lugar. Peter Lorre sobrepasa las conexiones con los otros, justamente en el sentido en que él las hace posibles (algo así como en el juego de naipes sucede con el "*joker*") pues ni siquiera sabemos si es hombre o mujer (¡qué extraño pero en *El Halcón Maltés* Peter Lorre no interpreta al pequeño Wilbur, el amante afeminado de Sydney Greenstreet, sino que este papel le ha tocado en suerte a Elisha Cook jr., un actor a quien normalmente se conoce en roles de gangster!), aunque esto no signifique que aparezca como asexuado. Más bien se trata de alguien muy sexuado. Peter Lorre se halla siempre detrás de sí mismo; pues (aunque tiene versatilidad) siempre es él, el único.

Por otro lado, esta personalidad única es la de alguien que es un *joker*, que, aunque inconfundible, puede hacer cualquier papel. Por eso, lo llaman allí donde hay un hueco; pues no sólo puede hacer cualquier cosa, sino que puede sustituir

a cualquiera. El trasfondo de esto no se percibe; pero justamente en el caso de Peter Lorre uno se da cuenta de que ese trasfondo tiene que existir, dado que, de otro modo: ¿dónde se escondería este niño-hombre y de dónde volvería a surgir? Porque ese individuo no tiene vida propia; su vida es, como en el caso de todos los adictos, la droga. Peter Lorre vive de y por una substancia de artificio. Nada y, a la vez, todo. Su aparición no es tal que uno pudiera considerarla una más (una que con frotarse los ojos, ya habría sido suficiente para exorcizarla), sino que esa presencia nos pone en claro sobre la diferencia entre aparecer ante nosotros y mostrarse. Al mostrarse Peter Lorre está, al mismo tiempo, más ausente que cualquier otro actor que yo conozca. En tanto ni siquiera su sexo está totalmente establecido; Peter Lorre es justamente aquél que toma la palabra por cada uno de nosotros y al hacerlo nos pone ante la evidencia de que somos seres desconectados de todo contexto, degradados; degradados en el sentido de que existimos.

Por ello, Peter Lorre ha interpretado siempre personajes degradados; pero justamente aquella clase de degradados de los que uno solamente sospecha lo que una vez pudieron ser, pero se sospecha también que ese pasado no habría sido algo mucho mejor que su vida actual. En este sentido, tal vez no debería usarse la palabra "degradado", y (si esta palabra fuera correcta) lo sería sólo por el hecho de que su aparición en la pantalla no es un signo (porque esa aparición lo es de algo que no se sabe qué es: un criminal que huye de la nada; un psicópata vertiginoso que escapa hacia la nada), sino que apunta a algo que se halla en el abismo formado entre aquello que es y aquello que parece, un abismo que nada podrá unir, salvo esa nada que nunca se presentará en persona. Esa nada envía justamente al *joker* para que se vea.

Traducido del alemán por José Amícola



"Lost Highway"

Elfriede Jelinek

Poco puedo decir del enigma que representa *Lost Highway* (*Carretera perdida*, David Lynch, 1997), porque esta película establece un enigma y está bien que así sea. Y el enigma debe quedar como tal. También (aunque tampoco sé por qué) se da un extraño proceso que podría sintetizarse en que de la conciencia simbólica de la película uno se queda con una especie de conciencia limpia y esto, por su parte, sucede en un plano simbólico, pero que transporta (o mejor transpone) a otro plano diferente del de la ópera, del teatro musical. Se trata de una doble ruptura de algo que ya había sido quebrado y transformado muchas veces. Yo personalmente ya no me reconozco en este espejo convexo. Yo misma no he elegido para este libreto una historia real, sino la realidad de la conciencia de un artista, mejor de dos artistas (Lynch, Gifford); es decir, la realidad de la realidad de la realidad. En este caso no sé lo que he escrito, porque los apuntes preparatorios eran para mí una base que ya estaba resquebrajada antes de que le pusiera el pie. Mi labor es un escape de lo real que, por otra parte, ya habían completado antes Lynch y Gifford. No bien aparece algo postulado como real se lo cuestiona. El film que trata sobre el suceder visible del tiempo, puede mostrar eso en la medida en que es lo que es. La música, que es el paso audible del tiempo, puede utilizarse como el único medio que como tal encuentra pleno sentido. Esto sería totalmente imposible, por ejemplo, en una pieza teatral que pudiera resultar de esta película. El teatro sería el lugar menos indicado para ello, pues ese medio andaría corriendo detrás con la lengua afuera. Y para colmo, el teatro (¡pobrecito!) no se mueve.

El cine sugiere acontecimientos reales de personas y esos acontecimientos son tomados por reales por los espectadores. Esta película quiebra estas expectativas a cada momento; pues no puede ser real lo que no es real, y tampoco debe llegar a serlo. Tengo la impresión de que el film de Lars von Trier *Dogville* - que, desgraciadamente, todavía no he visto y, por ello, no debería citar aquí, pues lo hago refiriéndome a algo que sólo he leído - parece ir todavía más lejos: *Dogville* querría sugerir, a través de una especie de método post-brechtiano, con los medios del teatro, que colaboran a la destrucción de la ilusión, por ejemplo con trazos de tiza que representan las casas, que no puede ser real lo que nunca podría ni debería ser real; aunque, a decir verdad, estoy interpolando aquí demasiado yo misma). La vivencia real fluye como tal mediante luz sobre la pantalla; pero al serlo aparece, al mismo tiempo, interceptada. ¿Qué se puede sacar de esto? En todo caso no se tratará de la vida absoluta y auténtica. No es esto lo que se obtiene de esta película. Fassbinder hizo que "sus" actores (un grupo de conjurados) siguieran escribiendo sus textos como personajes. Y él los cobijó dentro de sus propios planes como eran. Eso tenía su lógica, en tanto esos actores-inquilinos desfiguraron por sí mismos su propia individualidad, metiéndose en los papeles de cada uno, de modo de crear una especie de hiperrealismo. Este hiperrealismo fue introducido en el arte fílmico por las actrices y los actores fassbinderianos, así como un gato trae a la casa algo repelente y chorreando sangre.

No es esto lo que sucede en Lynch, según mi opinión. A él no le interesan ni la lógica ni el realismo y tampoco, como ya se dijo, su reflejo en la pantalla. Por el contrario, Lynch rechaza todo esto; inclusive rechaza el destino que pueden tomar sus invenciones de la realidad en la que son colocadas (y de la cual él las toma). Pero más categóricamente todavía rechaza usar a sus personajes, que frente a nosotros se disparan perdidos como bólidos; aunque sigan su propia lógica también o, por caso, su propia falta de lógica, del decurso del tiempo y de la coherencia de la persona.

Esta reducción que debe tolerar la realidad para devenir en arte y también acceder a lo simbólico no puede llegar a ser hecha sensible como realidad por el grado máximo al que arriba y por el rechazo absoluto de lógica que practica Lynch y también los agregados son, según mi lectura, siempre reducciones, porque la realidad es siempre demasiado compleja como para ser captada - lo que es una verdad de perogrullo -; pero, lo que quiero decir es que los agregados son reducciones porque de modo intencional se alejan de la realidad. Esta materia va tan consecuentemente contra el realismo que la historia que se cuenta no puede ser aclarada, y no puede serlo desde ningún ángulo que se la mire. Puedo imaginarme a un esquizofrénico en el medio de su identidad dividida como asesino de mujeres, pero no podré nunca imaginarme que él se torne verdaderamente otro.
No ha sido mi intención interpretar esta historia que no es una historia, pues se halla en la esencia de esta "reducción" que no pueda ser interpretada. Al principio de la película las fronteras parecen haber sido trazadas, de hecho, enormemente circunscriptas. Estos límites se restringen todavía más después del asesinato, cuando el protagonista va a dar a la celda final; que aparte de la tumba sería lo más estrecho que uno se puede imaginar. Tiempo y espacio aparecen fundidos como una línea fulgurante; o sea, como ya dije, reducidos -reducidos al máximo- así como la muerte aniquila a la vida, que es la reducción más absoluta.

Sin embargo, súbitamente esta bolsa de papel estrujada se abre o -con otra metáfora- esta línea que fulgura se amplía, se despliega como un abanico, y la verdadera historia -fuera de toda lógica y explicación - empieza otra vez; no sólo empieza otra vez, sino que comienza verdaderamente -explota la bolsa estrujada- a pesar de que esa bolsa y su contenido eran hasta hace un momento sólo una ínfima bola de papel. ¿O acaso la bolsa no contenía absolutamente nada? Allí empieza una segunda vida después de la primera, por así decirlo, ¿o quizás la segunda antes que la primera? ¿o tal vez sí, la primera antes que la segunda? En esta película todo es posible. En el arte también todo es posible, algo que de lo contrario no sucede en la realidad.

También (creo yo) que hay que tratar de huir del plano de la realidad, aun cuando esta realidad fuera la artística del film; pues sólo cuando se la ha dejado atrás, se puede encarar nuevamente como realidad. Y esto ha de suceder con la conciencia que se fue adquiriendo de la reducción de lo simbólico. Y recién entonces ese ser inventado por el arte alcanzará su verdadero ser como un resultado. No se tratará en este caso de espectros que hagan su aparición (aunque el cine sea un "ver espectros", es justamente en las películas de Lynch, en las que sólo hay fantasmas, donde lo espectral se vuelve sumamente real), sino que lo simbólico mismo aparece como reducción (que, como se dijo, podrá ser una reducción "sobrecargada"); una reducción que no puede ni debe abstraerse de la realidad, sino que no necesita ya de ella. No la necesita para nada. Y, por ello, los eventos que se suceden en profusa

abundancia en esta película (eventos o como quiera llamárselos: los asesinatos, los accidentes fatales, los secretos, lo pornográfico, el sadomasoquismo, la fuga, la brutalidad, la violencia, etc.) no remiten a vivencias concretas.

En este mismo sentido, hablamos aquí naturalmente no tanto de personajes como de abstracciones, modelos, tipos... Así, esta película prueba que a ellos les es imposible aparecer como personajes y que nunca podrían ni podrán en el futuro hacerlo como tales. El "cómo", que en una película es siempre tan importante, se transforma aquí en un "qué", o, mejor dicho: el "qué" y el "cómo" coinciden. El evento se corresponde con lo que se juega en la esfera de lo psíquico. Y lo psíquico se materializa de nuevo en una persona. Quizás todo el film se desarrolle en la conciencia del protagonista y nosotros, como espectadores, seamos su cerebro. Y todo lo que sucede es atraído como polvo de metal hacia el imán, una vez que cae en su esfera de influencia. Esas motas metálicas se dirigen de modo compulsivo hacia algo, pero a nosotros nos dirigen hacia la nada. Están sólo referidas a sí mismas y su razón de ser es seguir estando en esa misma referencia.

Copyright © 2004 by Elfriede Jelinek

Traducido del alemán por José Amícola

Feminismo, filosofía y práctica política.

Entrevista a Geneviève Fraisse

María Luisa Femenías - María Marta Herrera*

Geneviève Fraisse es filósofa e historiadora. Es autora de algunos libros fundamentales para la teoría feminista, como Musa de la razón *(traducido al castellano en Madrid, Cátedra, 1991),* La diferencia de los sexos *(traducido en Buenos Aires, Manantial, 1996) y* Les deux gouvernements: La famille et la Cité, *(Paris, Gallimard, 2000). Participó también en la monumental obra* Historia de las Mujeres en Occidente *dirigida por Georges Duby y Michèlle Perrot. Además, junto con el filósofo Jacques Rancière, uno de sus principales interlocutores, fundó la revista* Revueltas Lógicas.

Asumió funciones públicas en Francia: primero, como delegada interministerial del Primer Ministro Jospin y, luego, como diputada en el Parlamento Europeo hasta hace relativamente poco tiempo. Esta experiencia le permitió poner en relación la teoría y la práctica feminista. Dicho en otras palabras, vincular la filosofía, el feminismo y la política. Testigo del mayo del sesenta y ocho y de la explosión feminista de los sesenta y setenta, se reconoce como una adherente tardía al movimiento feminista. Dedicada por décadas a la investigación, en época más reciente, el feminismo y la práctica política la llevaron a recorrer un camino que fue desde la práctica feminista a la teoría.

Si la diferencia de los sexos no había sido "objeto" de reflexión filosófica, según Fraisse, había llegado el momento de subsanar ese peculiar "olvido de la razón". Sus rastreos e investigaciones la llevaron hasta la Revolución Francesa, los debates sobre la ciudadanía de las mujeres y los modos sangrientos en que sus reclamos fueron silenciados.

La obra de Michel Foucault, sobre todo la Historia de la Sexualidad *(1976), brindó legitimidad suficiente para abordar de manera original el tema de la diferencia sexual. Porque, a pesar del avance que significó el abordaje foucaultiano, éste careció de sensibilidad genérica, aspecto en el que precisamente se centró Fraisse.*

Desde el punto de vista filosófico, este aporte fue obra de Fraisse -junto con Michèlle LeDoeuff- mientras que para la psicología, por ejemplo, sería llevado a cabo por Luce Irigaray. De ahí la novedad del rastreo de la noción de "diferencia sexual" por parte de nuestra entrevistada. Fraisse se remonta hasta Hegel y los diversos modos históricos de su conceptualización y jerarquización. Reacia, como tantas otras europeas, al uso de la tan difundida, entre nosotros, categoría de "género", insiste en que "sexo es una palabra excesiva" y precisamente por eso, la encuentra apropiada.

En septiembre de 2004, visitó por primera vez Buenos Aires, invitada por la Embajada Francesa para participar en un ciclo de conferencias sobre Filosofía Francesa Contemporánea dictadas por filósofos y expertos de esa nacionalidad.

En esa ocasión, como miembros del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, le realizamos una entrevista en nombre de Mora *en el Museo Histórico Julio A.Roca.*

* La entrevista fue realizada en francés. La desgrabación y traducción es de M. M. Herrera, la revisión y presentación general de M. L. Femenías. Ambas son docentes e investigadoras en Filosofía de la Universidad Nacional de la Plata y de la Universidad de Buenos Aires y miembros del Proyecto de investigación H.335 (FAHCE, UNLP), que dirige M. L. Femenías.

— ¿Los/as estudiantes en Francia tienen la posibilidad de hacer seminarios o cursos sobre cuestiones de género o de feminismo?

— No hay nada de este tipo. Honestamente, no sabría qué recomendar a un/a estudiante que quisiera hacer un curso sobre el tema. Si bien se puede encontrar profesores tutores para hacer una investigación, una maestría o dirigir una tesis, por lo general no están especializados en el tema. Yo he formado parte de jurados en los centros de estudios feministas donde habitualmente se habla del feminismo, de teoría feminista en la interdisciplinariedad, pero no en los ámbitos filosóficos.

— ¿Quisiéramos saber si en Francia la formación de la carrera de filosofía es cerrada o permite incluir otros cursos optativos?

— Hay una gran variedad de elecciones; a partir del 4º año se hace una maestría donde se elige el tema para escribir la tesis final. De todas maneras, no he trabajado en la universidad sino en un centro de investigación, en un laboratorio de filosofía política; trabajo en el cual estuve con licencia en tanto fui eurodiputada. Cuando terminé mi mandato, este centro ya había desaparecido y debía encontrar otro lugar de trabajo. Me dijeron que dado que me ocupaba de Ciencias Políticas y de Sociología, no imaginara que al estar en Filosofía podría ocuparme de una disciplina que se dedicara a la condición femenina: "si uno hace encuestas, se ocupa de temas sociológicos", decían. Sólo pretendía que las estudiantes o los/as investigadores pudieran acceder a los temas vinculados a los problemas de la diferencia sexual.

No hay nadie en Francia, que en Filosofía, pueda dar estos temas ya que Sara Kaufman murió, Michelle Le Doeuff vive en Inglaterra, Françoise Collin no enseñó nunca en las Universidades francesas. Les nombro algunas mujeres que seguramente ustedes conocen, pero no hay en este momento en Francia nadie en la institución universitaria que pueda enseñar a las generaciones jóvenes; así las jóvenes no tienen forma de acceder a estos temas. Hay feministas, por supuesto, pero no en el ámbito filosófico.

— Creo que estamos un poco mejor porque tenemos en la carrera de Filosofía dentro de la Universidad de Buenos Aires, al menos, cuatro o cinco profesoras que se dedican a transmitir estos temas (María Isabel Santa Cruz, Diana Maffía, Margarita Roulet y María Luisa Femenías). Otro tanto sucede en la Carrera de Filosofía de otras Universidades del país. Por eso, en nuestros Congresos o Jornadas de Filosofía hay siempre alguna Mesa de Filosofía de Género o Feminismo Filosófico. ¿Qué sucede en Francia?

— Hace dos años -el mismo año que el *Simposio de Filósofas* de Barcelona (2002)- en el *Coloquio Internacional de la Lengua Francesa* me invitaron a una mesa redonda que se llamaba "Mujeres"; fue la única vez que fui invitada. Otras participantes trabajaban cuestiones de feminismo pero sólo como segundo tema, pues sus intereses fundamentales eran la naturaleza, los animales o la ecología. Es decir, aún si están embarcadas en el feminismo, no es este su tema principal de investigación. En ese coloquio, tuve una intervención similar a la de Barcelona, en un anfiteatro lleno de esos señores de la Academia. ¡Fue increíble! Era una situación un algo surrealista o más bien teatral. Creo que fue así, porque el *Coloquio* se organizó en Niza y la persona encargada de su organización había trabajado en Filosofía Política, en las mismas líneas temáticas que yo. Por eso tuvo la idea de invitarme. Nunca he buscado ser "bien presentada", preferí elegir otros caminos.

En el *Colegio Internacional de Filosofía* (creado en 1984) durante muchos años tuve un seminario que se llamaba *Las formas del feminismo histórico*. Hélène Cixous presentaba un punto llamado "pensar lo femenino"; ella que había hecho una amplia revisión sobre esto, influenciada por su trabajo con Derrida. Participaron psicoanalistas que eran también filósofos. Los

resultados de ese *Coloquio* fueron publicados en castellano por Ediciones De la Flor. Todo eso fue posible porque el Colegio de Filosofía no es una institución académica clásica. Sin embargo, no sé si hoy en día el Colegio tiene otros seminarios sobre el tema. Pero digamos que, al menos en los comienzos del Colegio, hubo voluntad de introducir el problema en estos seminarios. Por mi parte, nunca pasé de ser una "feminista" y basta; estimada como persona, que trabaja seriamente, etc. pero... Ahora, con la llegada de las tesis de Judith Butler a Francia, con un poco de atraso respecto de otros países, es interesante ver lo que pasa: en Historia, por ejemplo (porque conozco las historiadoras), produce el efecto de una moda en contra de los/as investigadores franceses. En Francia aún cuando haya trabajos buenos, actualmente no se está haciendo nada sobre el tema del género femenino. Incluso, hubo publicaciones sobre los temas vinculados a los problemas de la diferencia sexual en Historia, en Sociología, etc., pero no en Filosofía.

— ¿Y los Cahiers du Grif*?*

— En primer lugar es una revista de origen belga, de Bruselas, luego llegó a París; no nace en una institución francesa. Además se la considera una revista de teoría feminista, no de filosofía. Ciertos números fueron aprovechados por algunos filósofos/as pero la revista no adquirió otro *status* porque no es institucional. Las dos revistas que existen de Historia y de Sociología son excelentes -yo las estimo mucho- pero no son bien reconocidas aunque sus trabajos son muy buenos.

— En la conferencia que dictó en la Biblioteca Nacional, usted mencionó que había que hacer de la controversia de los sexos un tema filosófico. Con todas las dificultades conocidas, ¿cómo es posible lograr este objetivo?

— Honestamente, en realidad no lo sé. El debate en torno al problema ha surgido gracias a ciertas condiciones políticas. Es decir, pienso que no tendríamos la posibilidad de construir un determinado tipo de conocimiento, si no hubiera habido antes la demanda de la igualdad entre los sexos. Es esta demanda política la que, desde hace tres siglos, permite hacer una reflexión sostenida sobre la cuestión. Entonces, argumento contra aquellos/as que querrían tratar este tema por fuera de la política, que la política ha sido la condición que posibilitó abrir este espacio de conocimiento. Justamente porque hubo esa demanda por la igualdad, se produjo una dinámica de reflexión sobre el conjunto, y esa reflexión interesa a los sexos. Creo además, que podemos reflexionar sobre la cuestión porque estamos en una era democrática; si estuviéramos en un *Ancien Régime* o en una Monarquía a la antigua -no del tipo de las constitucionales que hay actualmente- no habría espacios que sostuvieran las condiciones de posibilidad de una reflexión entorno al problema de la diferencia entre los sexos. Sobre esto insistí en mis primeros textos.

Cuando en el siglo XVII se proclama la igualdad, no se trata de un tema entre otros sino -creo yo- de una condición que permite la apertura de este tipo de saber y, en consecuencia, se intenta construirlo. Por tanto, desde mi punto de vista, al mismo tiempo que en la genealogía histórica se da lugar a ciertas preguntas -cómo se han formulado los problemas, cuáles han sido las transformaciones de la figura de la "querella", cómo se ha manifestado la controversia, etc.- se dan al mismo tiempo ciertas condiciones para que se pueda responderlas constituyendo una nueva área de conocimiento.

— A usted no le gusta el concepto género ¿Cree que no tiene fuerza analítica?

— Es cierto, no me sirve. No sé qué hacer con él. Tengo muchas razones para sostener esto. Podría usarlo en política, en el parlamento, porque resultaría más fácil pero no lo uso por numerosas razones. Algunas refieren al concepto en sí mismo, otras a mi

método de trabajo. Si hablo de "mi" método de trabajo es porque finalmente he encontrado los conceptos que, a mi criterio, dan cuenta de un problema (la igualdad, la fraternidad, el *habeas corpus*, el consentimiento, etc.). Logro identificar los problemas y puedo pensarlos, gracias a la utilización de los términos clásicos de la tradición filosófica. Mi método me ha conducido siempre a utilizar los conceptos clásicos. De la misma manera, puedo no utilizar algún concepto que ha servido mucho en Francia, por ejemplo, la "relación social de los sexos": éste no me sirve. Al utilizar los conceptos clásicos, mi método de trabajo me ha abierto siempre las puertas. En cambio, estos "conceptos pantalla", es decir, algunas palabras claves que he visto usar en ciertas investigaciones feministas, no veo que me sirvan para pensar los problemas. En segundo lugar, hay otra razón por la que no utilizo el concepto "género" (son muchas las razones, sólo tomaré algunas). Por un lado, quizá influenciada por mi trayectoria de historiadora de la ciencia o de mi interés por la filosofía de la ciencia, lo que me gusta respecto del concepto "género" es que se inventó para dar cuenta de un tema filosófico no clásico, por lo que es necesario crear un concepto que lo exprese. Pero, por otro lado, los resultados a los que lleva esta palabra son complejos: en primer lugar, en lengua francesa ocasiona muchos problemas porque, como se sabe, si en inglés la noción *sexual differance* es completamente biológico, en francés tenemos dos expresiones: *différence sexuelle*, diferencia sexual, y también *différence des sexes*, diferencia de los sexos. Uno de estos conceptos, diferencia de los sexos, no es solamente biológico. Además, hay otro término, más actual, más teórico que alude a la Filosofía de la *différence* (Derrida, tal como se lo menciona en la filosofía de los '70). En ese sentido, "lo femenino" sujeto a deconstrucción tampoco es enteramente biológico. Entonces, nosotros ya tenemos todas las distinciones; además, en Francia, el "género", es el "género gramatical". Luego, enseguida los diarios adoptaron "los géneros", recayendo sobre la cuestión de los dos sexos.

Encuentro interesante el tema gramatical, pero si simplemente se lo ata a la alternativa binaria de los sexos no me interesa, incluso si se habla de sexo / género, naturaleza / cultura o aún cuando -como en el caso de Judith Butler- se considere que no hay sexo y sólo hay género.

El verdadero problema filosófico es el de la no-historicidad / ahistoricidad de los sexos en la historia, en la tradición, y todo mi trabajo consiste en intentar historizar los sexos. Entonces, el "género" no me ayuda, porque no me ayuda a resolver el problema fundamental que encontré en la filosofía; a saber, el hecho que los sexos quedan fuera de la historia. Si yo me paro en la historia, no tengo necesidad del género.

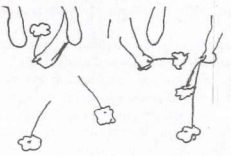
Una última cosa, en Francia no quiero abandonar la palabra sexo o, eventualmente, abandonar la palabra diferencia porque ocasiona muchos problemas ideológicos. No quiero abandonar la palabra sexo porque la cuestión de los sexos es una cuestión excesiva, necesariamente estamos en el exceso y yo no quiero entrar en el dominio (la dominación). El uso de "género" controla la representación que uno se hace de este elemento humano en el conjunto de la humanidad. Mientras que con la palabra sexo estamos fuera, siempre en el orden del exceso. Por ejemplo, sabemos muy bien que hay que luchar en contra de la violencia contra las mujeres, pero también sabemos que la sexualidad implica violencia. Yo quiero reflexionar sobre esto. Ahora, si se habla de las sexualidades y el género nos devuelven algo que no se llama "sexo" sino "sexualidad", luego habría algo fuera de la práctica sexual que sería el "género". No sé cómo decirlo, no es una solución, eso es un problema más. En compensación, encuentro que en la tradición filosófica clásica, a raíz del análisis de la

prostitución, de la trata de blancas (hay un protocolo de la ONU del 2000 sobre ello) se utiliza el concepto de "consentimiento". Con el análisis de esa palabra, se abre la caja que me permite entender el problema. Pude retomar esta cuestión en la tradición, por ejemplo, de dos siglos atrás con Rousseau. Entendí que en el siglo XVIII, la cuestión del consentimiento pasaba por otro lado. Revisé también los trabajos de los antropólogos de los años cincuenta y vi que había otras discusiones desde posturas feministas que hablaban de "consentimiento" a la dominación. Así encuentro más riqueza conceptual cuando hallo una palabra clásica a la cual me enfrento, con la que prefiero trabajar y ver si me sirve para dar mejor solución al problema que planteo.

Creo que hago elecciones filosóficas muy fuertes, contrarias a la utilización de la palabra "género". Mi utopía es crear un campo de conocimiento. Influenciada por mi formación en epistemología -que cuando era joven estaba de moda, junto con estudiar a Althusser-, defiendo la idea de que hay que construir un espacio de conocimiento. Mi hipótesis filosófica gira alrededor de la cuestión de la no corporalidad y de no la historicidad de los sexos. Por eso pienso que en los diferentes usos de la palabra género, hay una proposición filosófica oculta, que es aquella sobre la sociedad, sobre el hecho de que hay algo del orden social, llamado relación social o norma o preformativo.

Estamos de todas formas, atrapados en una representación de lo social que supone la palabra social. Yo creo que si propongo la pregunta sobre la corporalidad, sobre la historicidad, puedo -aunque no lo he demostrado aún- abandonar la binariedad (sexo / género, naturaleza / cultura) y entrar en otro espacio de reflexión. Creo que es la historia y no la sociedad lo que está en juego para las mujeres. Lo que me extraña en el espacio político, en el espacio intelectual, es cómo por toda suerte de mecanismos la cuestión de los sexos se muestra sin cesar fuera del tiempo.

La ausencia de historicidad es lo visible respecto a la cuestión de los sexos. Si les decimos a los varones que el género está construido por la sociedad, van a estar de acuerdo, no les va a resultar chocante, entrará dentro de sus categorías filosóficas y *aceptarán sin más que la sociedad tiende normalmente a caricaturizar los sexos, las razas*, etc.



— *A partir de lo que está diciendo, me interesa recordar que la filosofía política avala la división público / privado. Precisamente sobre esto, en uno de los libros* Les deux gouvernements: La famille et la Cité, *hacia el final, hace una reflexión sobre la necesidad de reformar la familia.*

— Efectivamente, este es un ejemplo preciso en el que no pude reflexionar a partir de la distinción publico / privado. Trabajé mucho sobre el siglo XIX, cuando se plantea la distinción público / privado con precisión.

Cuando me ocupé de la cuestión de la ciudadanía en *Musa de la Razón*, la historia de hacer las leyes, hacer las costumbres, es decir, la historia de la razón, las mujeres son la mitad *preciosa* de la República. Eso quería decir que la distinción público / privado no funcionaba porque, en verdad, había dos espacios de ciudadanía: lo público, era un espacio de ciudadanía y la familia era otro espacio de ciudadanía. Después, es cierto que en Francia se planteó la discusión sobre la paridad y el tema de las parejas homosexuales. Muchos establecieron un lazo entre los dos problemas. Para mí, en cambio, la cuestión era cómo establecer ese lazo entre la reivindicación de la toma de decisiones del gobierno en la ciudad y la reivindicación de las uniones homosexuales. Por una parte, ¿por qué si desde 1945 las mujeres en Francia son ciudadanas, cincuenta años después sólo el 5% ocupa un lugar en el Parlamento? Mi trabajo en *Musa de la Razón* no me daba los medios para comprender esto. Debí, pues, continuar desdoblando gobernados de representados, porque era la única forma de avanzar

en el debate sobre la paridad y de comprender el por qué de la ausencia de mujeres. Una vez más se decía que las mujeres no tienen el poder. En un diario, *Libération*, se publicó que "es más difícil gobernar que representar". Era una provocación al poder de las mujeres.

Cuando me refiero a que hay que reformar la familia significa que, para justificar las uniones homosexuales, es decir que no solamente un varón y una mujer hacen una familia con los niños, lo que cuenta es cómo se organiza el gobierno doméstico. Poco importa que sean dos varones, dos mujeres, una mujer y un varón. Lo que importa es que se reparta por igual la autoridad parental entre los dos adultos que ocupan ese espacio doméstico. La cuestión de la unión homosexual me hizo revalorizar esta idea de gobierno, que para mí significa recrear la familia. Además, si voy más lejos, en francés se habla sobre reconciliar (o conciliar) la vida profesional y la vida familiar. Se habla mucho de "conciliar" en las acciones de divorcio, respecto de posiciones opuestas que se trata de acercar. Sostengo: no quiero conciliar más. ¡Cada vez que en el Parlamento surge el término "conciliar" se producen batallas legales! La figura de "conciliar" es la representación más evidente del fracaso, pues se ve la voluntad de construir dos opuestos negativos. Es mejor, quizás, "equilibrar".

— Usted dice que no se debería hablar más de sociedad patriarcal en las sociedades contemporáneas. ¿Por qué?

— Si ustedes hablan en la Argentina de sociedad patriarcal es porque tienen razones legales que muestran que los varones y las mujeres no tienen los mismos derechos. Hay que distinguir entre dos términos. Por un lado, pienso que todas las sociedades tienen dominio masculino. Está el machismo que es el sistema de comportamiento masculino que está unido a la idea de una sociedad de dominación masculina. Es decir de una sociedad estructurada de tal modo que los varones tienen el poder. Si uno dice que, por ejemplo, Argentina es una sociedad machista quiere decir que el comportamiento de los varones acompaña la estructura de esta sociedad. Ahora, ¿es una sociedad patriarcal? Creo que eso lo podemos decir de las sociedades de Medio Oriente o de aquellas sociedades donde todavía hay un padre, o un hermano que reemplaza al padre en la toma de las decisiones, en relación con la libertad de las mujeres.

Pienso que mi sociedad, la francesa, no es más una sociedad patriarcal. Creo que es necesario saber, con precisión, desde un punto de vista antropológico u histórico de qué hablamos cuando decimos "patriarcado". Otro problema es que, en toda discusión feminista, se utiliza la palabra patriarcado constantemente para referirse a todo. Esto es lo que llamé hace poco "conceptos pantalla". Cuando hablamos, por el contrario, de sociedad patriarcal estamos hablando de condiciones muy precisas. No podemos usarlo de cualquier manera. ¿Hay aquí en Argentina derechos masculinos, derechos individuales de autoridad sobre las mujeres?

No puedo decir que mi sociedad sea patriarcal como la sociedad iraní. No estoy hablando de la misma cosa si digo "patriarcal" en ambos casos. Soy una mujer occidental, que ha tenido todas las libertades. No las usé a todas, pero sí a muchas de ellas. Elegí no casarme, elegí mis estudios, elegí tener hijos y los llevé de viaje. Hice todas esas cosas que están prohibidas en otras sociedades y nunca pedí autorización a nadie. No obstante, puedo decir que vivo en una sociedad donde efectivamente los varones dominan y hasta incluso puedo sufrir el comportamiento machista de mis colegas filósofos. Dominan la situación, pero no tengo ninguna traba civil.

— ¿Cómo llamaría entonces esta forma de sociedad donde persiste la dominación masculina?

— No es persistencia en la estructura porque la persistencia pareciera algo que se puede relajar. Estudié derecho civil. Estamos de acuerdo en que muchas mujeres del mundo no tienen libertad. Esto no quiere decir que no son los varones los que eligen y organizan la sociedad en la que vivo. Simplemente, quiere decir que nosotras hemos ganado las libertades democráticas. Creo que la democracia es una sociedad de hermanos; hemos matado al padre para entrar en la civilización y desde que lo hicimos la historia se convierte en la historia de los hermanos/as. Me gustaría revisar la concepción del psicoanálisis respecto del parricidio. De hecho, nosotros (los/as franceses) matamos al padre al matar el Rey. El gobierno es, pues, de los hermanos, ellos tienen el poder. Pero no acepto hablar del patriarcado como un sistema

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
U.B.A. - B.C.

organizado entre hermanos de forma tal que sea un sistema legalmente organizado, una estructura legal completa, que excluye a las mujeres; no es la sociedad de los hermanos.

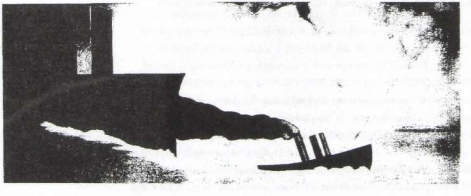
— Estoy tratando de entender. Por ejemplo, Carol Pateman mantiene la noción de patriarcado porque cuando analiza la firma del Contrato Social en Thomas Hobbes, tanto como en J. J. Rousseau, las mujeres quedan excluidas de la firma del Contrato. Esto por supuesto no es histórico sino una hipótesis sobre la fundación del Estado Moderno. Ahora bien, cuando Simone de Beauvoir retoma la, llamémosle así, falacia de la parte por el todo y denuncia que el universal asume la forma de lo masculino, está de alguna manera señalando la exclusión de las mujeres del modelo contractual. Esta situación es la que Pateman llama "patriarcado", no sólo la situación de las sociedades orientales.

— Sí, conozco bien el trabajo de Carol Pateman pero para mí ella, y otras feministas, confunden dominación masculina con patriarcado, superponen los dos términos. Pienso que en la construcción que hace Rousseau el universal se constituye por lo masculino, precisamente por esto: primero, frena el patriarcado porque no quiere comparar al padre con el Rey; para crear el Contrato Social es necesario suprimir la comparación con el padre. Pero luego Rousseau hace lo contrario de lo que querría y esto se vuelve contra él. Crea el espacio del universal, no quiere más la comparación entre el padre y el Rey, crear un Contrato Social que es la base de la democracia, y a partir de ese momento este universal crea el espacio de los hermanos, los fráteres como masculino. Estamos hablando de dominación masculina, no de patriarcado que es algo muy preciso.

Nuevamente, esto es un ejemplo de lo que yo llamo "conceptos pantalla". Se habla tanto de patriarcado como de género y, entonces, no se comprende que los padres no son más los jefes en nuestra sociedad. Lo lamento, pero no veo padres que sean jefes. Más aún, esta conceptualización nos impide plantear los problemas que, por ejemplo, presentan los padres (varones) cuando afirman que el feminismo los ha destruido. Evidentemente, Pateman, aunque es muy precisa, define el patriarcado a su manera. En general, como concepto pantalla, la palabra patriarcado no tiene un sentido preciso y puedo advertir que diferentes trabajos lo definen de diversa manera.

— ¿No se podría hablar entonces de grados de dominación masculina? Porque es claro que no se puede hablar de la misma manera de dominación masculina en Argentina, en Medio Oriente y en Francia.

— No lo sé, aunque sin duda, no es lo mismo. Es necesario revisar los períodos históricos, la cultura, los procesos, y qué significa para las mujeres el paso de una forma de sociedad a otra.



Peligrosas, libertarias o nobles ciudadanas: representaciones de la militancia femenina en la gran huelga ferroviaria de 1917*

Silvana A. Palermo

Resumen

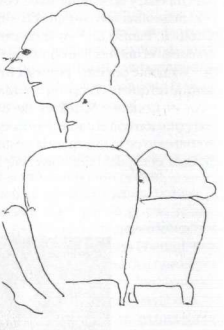
Este artículo examina las diversas formas de participación de las mujeres en la huelga ferroviaria de 1917 y explora, en detalle, el modo en que la prensa de distintos signos políticos concibió a dichas militantes. El objetivo del análisis es demostrar el impacto de las ideologías de género en las representaciones de la prensa periódica sobre el activismo femenino. Dado que su presencia en la protesta social llevó a la prensa a reflexionar sobre la cuestión de la ciudadanía de las mujeres trabajadoras, este examen de las representaciones de la militancia femenina espera contribuir a los recientes estudios sobre la integración política de los trabajadores durante la primera experiencia democrática en Argentina.

Palabras clave: huelga ferroviaria, protesta obrera, militancia femenina, mujer y ciudadanía.

Abstract

This article examines the multiple forms of female participation in the great railroad strike of 1917 and explores, in detail, how women militancy was represented by the press from different sides of the political spectrum. The purpose is to demonstrate that dominant gender ideologies influenced the representations of female militancy published by the media. Since it was women presence in the labor protest that led the press to discuss laboring women's rights as citizens, this analysis of the representations of female militancy will also contribute to the studies on workers' political integration during the first democratic republic in Argentina.

Keywords: railroad strike, labor protest, female militancy, women and citizenship



* Este trabajo es parte de mi proyecto de investigación "La formación de la elite obrera en Argentina: clase, género y ciudadanía en el mundo del trabajo femenino", incorporado al UBACYT "Trabajadores, cultura y política en Argentina, con sede en el programa de Historia Económica y Social de América Latina (PEHESA), perteneciente al Instituto Ravignani. Agradezco los generosos comentarios de Mirta Lobato a una primera versión de este trabajo, presentada en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario 20-23 de septiembre de 2005. Asimismo, las sugerencias de los evaluadores de la revista *Mora*.

1. Las mujeres en las calles durante el conflicto ferroviario

El 24 de septiembre de 1917, los tres sindicatos de los gremios ferroviarios (La Fraternidad, la Federación Obrera Ferrocarrilera y la Asociación Argentina de Telegrafistas y Empleados Postales) declararon la primera huelga general ferroviaria en la historia del país. Todos los ferroviarios sin distinción de oficios se sumaron a la protesta. En verdad, el malestar laboral se retrotraía a fines de junio de 1917; cuando se produjeron paros parciales en los talleres ferroviarios de Tucumán y Rosario de las empresas de los Ferrocarriles del Estado y Central Argentino respectivamente. A partir de entonces, los trabajadores definieron sus pliegos de condiciones (donde constaban sus demandas sobre salarios, horarios, condiciones de trabajo y otros beneficios) que presentaron a las autoridades de sus respectivas compañías. Ante la negativa empresarial y el estancamiento de las negociaciones, el 8 de octubre el presidente Yrigoyen decidió aprobar por decreto la reglamentación del trabajo ferroviario y ordenó un incremento salarial. Tras esto, el gobierno exigió a los trabajadores que volvieran al trabajo. Aunque la medida no conformó a todos por igual, a mediados de octubre los ferrocarriles volvieron a funcionar normalmente.[1]

Los ferroviarios contaron con la activa participación de las mujeres, tanto en las protestas parciales del invierno como durante las tres semanas de primavera que duró la huelga general. Al parecer, la presencia femenina en las calles constituía un hecho sin precedentes. Así lo afirmaba un editorial de *La Organización Obrera*:

"Por primera vez en el país, el elemento femenino -esposas, hermanas e hijas de los huelguistas- han tomado en las luchas que libran los hombres del trabajo por el sostén de sus hogares, una participación tan valiente y osada."
(*La Organización Obrera* [LOO] 1/08/1917).

No se trató de una mención aislada. Merece subrayarse que distintos periódicos, como *La Época*, *La Prensa*, *La Protesta* y *La Vanguardia* (que componen la muestra analizada aquí) coincidieron en señalar, independientemente de sus diferencias políticas, la apreciable presencia de las mujeres durante todo el conflicto. Por el contrario, el protagonismo femenino en la gran huelga pasó inadvertido para la prensa de los gremios ferroviarios. El periódico *El Obrero Ferroviario* de la Federación Obrera Ferrocarrilera no hizo referencia alguna a las militantes y tampoco, al parecer, aludió a ellas la prensa de *La Fraternidad*.[2] Las historias oficiales de dichos gremios, publicadas en 1930 y fines de 1940, se hicieron eco de este silencio, contribuyendo así a que la acción de las mujeres cayera en el olvido. Desde entonces, a pesar de la sólida literatura histórica sobre el conflicto, las acciones de las mujeres en la gran huelga ferroviaria no suscitaron mayor atención.[4] Recientes investigaciones sobre comunidades obreras

1 Sobre la gran huelga, cf. Thompson, Ruth. *"Organized Labor in Argentina: The Railway Unions to 1922"*, Phil thesis. Oxford University , 1978.; Golberg, Heidi, *"Railroad Unionization in Argentina, 1912-1929. The Limitations of a Working Class Alliance"*. Yale University Ph. D., 1979; Goodwin, Paul. *Los Ferrocarriles Británicos y la UCR (1916-1930)*. Bs. As.: Ediciones La Bastilla, 1974; Rock, David. *El Radicalismo argentino, 1890-1930*. Bs. As: Amorrortu eds. 1977. Para estudios de esta protesta a nivel regional o de empresa, cf. Gordillo, Mónica. *El movimiento obrero desde el interior del país (1916-1922)*. Bs. As: CEAL, 1988 y Palermo, Silvana. *The Nation Building Mission: The State-Owned Railways in Modern Argentina, 1870-1930"*. State University of New York at Stony Brook, Ph.D. 2001, cap. VI.

2 Así lo sugiere Ruth Thompson en *"Organized Labor in Argentina."* Phil thesis. Oxford University, 1978.

3 Chitti, Juan B. y Francisco Agnelli, *Cincuentenario de La Fraternidad*. Bs. As: Kavaschino H, 1937 y Fernández, Manuel, *La Unión Ferroviaria a través del tiempo* (Bs. As, 1947, págs. 88-9. Sólo Ruth Thompson incluye una referencia a la participación femenina en la gran huelga, en *"Organized Labor in Argentina."*.

y protesta laboral en América Latina han invitado a cuestionar este silencio sobre el papel de las familias en conflictos donde el trabajo era, y lo es aún, predominantemente masculino.[4] En este sentido, la gran huelga ferroviaria constituye un excelente caso de estudio para rectificar el lugar marginal que las mujeres ocuparon en las explicaciones tradicionales sobre la acción colectiva de los trabajadores en la sociedad industrial.

Para comenzar, conviene resumir los rasgos distintivos del activismo femenino sobre la base de la abundante información ofrecida por los periódicos no gremiales.[5] Vale recalcar que las mujeres participaron en la protesta en todas las formas posibles desde el principio hasta el fin. Podía encontrárselas tanto entre los numerosos asistentes a las asambleas públicas como entre los oradores. Además de asistir a los actos, organizaron sus propias demostraciones y manifestaciones en apoyo a sus familiares huelguistas.[6] Igualmente, las mujeres colaboraron para intensificar la propaganda e impedir el trabajo de los rompehuelgas. Desde el inicio de las protestas parciales, se formaron comisiones para visitar las casas de aquellas familias que no adherían a fin de persuadirlos de sumarse al paro. Algunas se atrevieron a amenazar a los parientes de quienes continuaban trabajado y no dudaron en acercarse a los lugares de trabajo, generalmente en grupos, para hostilizar a los esquiroles e inclusive a las autoridades de las empresas y del estado. En varias ocasiones acompañadas de sus hijos y parientes ocuparon las estaciones y con frecuencia manifestaron en medio de las vías para impedir la circulación de los trenes.[7]

Tal protagonismo las expuso a serios riesgos, que algunas pagaron con sus vidas. En las confrontaciones con los esquiroles y las autoridades, los trabajadores debieron lamentar víctimas. A fines de septiembre en San Francisco de Córdoba, Rosario y Villa Mercedes fallecieron trabajadores como resultado de enfrentamientos con las tropas; mientras que, en octubre, episodios similares se vivieron en Tafí Viejo y Lanús.[8] Vale detenerse en los trágicos sucesos de la ciudad de Mendoza donde dos mujeres murieron a causa de la represión. El 25 de septiembre, cerca de la capital, una marcha organizada por La Fraternidad "encabezada por varias mujeres, con banderas rojas, seguidas de un grupo de cuatrocientos obreros" se encaminó a la estación gritando y destruyendo señales, para evitar la salida de un tren. Mientras que los diarios nacionales, *La Prensa* y *La Época*, informaron que los manifestantes atacaron al capitán de infantería primero con una piedra y luego con una serie de balazos; la prensa obrera, en cambio, argumentó que los oficiales dispararon sus armas frente a una mani-

4 Klubock , Thomas. *Contested Communities. Class, Gender and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*. Durham: Duke University Press, 1998. Sobre Buenos Aires, ver D' Antonio, Débora. "Representaciones de genero en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-36" en Gil Lozano, Pita y Ini (comps.). *Historia de las Mujeres en la Argentina*. Bs. As: Taurus, 2000.

5 He analizado en detalle las formas de participación femenina en la gran huelga y la conciencia de las militantes obreras, cf. Palermo, Silvana A. "¿Trabajo Masculino, Protesta Femenina?". La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917", en Bravo, María Celia, Gil Lozano, Fernanda y Pita, Valeria (comps.). *Construcciones genéricas, representaciones culturales y protesta social en la Argentina (Siglo XIX y XX)* [en prensa].

6 Al respecto, cf. *La Protesta* [LPro] 16/9/1917, *La Vanguardia* [LV] 12 y 13/8/1917; *La Época* [LE] 28/9/1917; LV 17/8/1917; LE 1/10/1917; LPro 2/10/1917.

7 LV 11/8/1917 LOO 1/8/1917; LP 25 y 27-/9/1917; LPro y LV 22/9/1917; *La Prensa* [LP] 8/10/1917 y 12/10/1917; LE 10/10/1917; LP 10 y 11/10/1917; LP 1/10/1917.

8 LP 22/9/1917; LPro 22/9/1917; LE 22/9/1917; LP 26/9/1917; LP 8/10/1917; LP 12-14/10/1917.

festación de trabajadores indefensos.[9] En cualquier caso, tras el tiroteo, cayeron muertas dos mujeres: Josefina Brandano de Gómez, una joven argentina de 23 años y Adela Montaña, de quien no se detalló más que su nombre. Entre los dieciséis manifestantes heridos, también fueron trasladadas a la asistencia pública dos mujeres españolas (Eudosia Rojas y Rosalía Pérez) y dos argentinas (Mercedes de Lezcano y Esther Lidia Jiménez de diecinueve años). Como puede observarse, de algunas de ellas sólo se sabe que eran jóvenes y que un par estaban casadas, por incluirse los apellidos de sus esposos. La ciudad de Mendoza se paralizó por el duelo. Por supuesto, como ocurrió en las otras ciudades que sufrieron pérdidas fatales, la presencia de las mujeres en el funeral fue destacada por la prensa. En la capital, una multitud se reunió para acompañar el sepelio y escuchar los responsos de despedida, algunos de los cuales estuvieron a cargo de obreras, compañeras de las víctimas (LOO 4/10/1917).

Tras el fin del conflicto, las mujeres tomaron parte en los festejos y, naturalmente, recibieron reconocimientos por su perseverante apoyo. Los actos realizados al finalizar las protestas parciales en el Ferrocarril del Estado y el Central Argentino devinieron en verdaderas fiestas comunitarias y familiares. En la asamblea de Victoria (una estación cercana a Tigre del Ferrocarril Central Argentino) se celebró el fin de la protesta de agosto dando "vivas a Polizzi y Fernández [dos trabajadores injustamente despedidos], a La Fraternidad y a la Federación Obrera Ferrocarrilera, *a las mujeres de Rosario*, y a todos los compañeros de la sección Victoria."[10]

Por último, debe mencionarse que la solución de la huelga no puso fin al activismo de las familiares de los ferroviarios. La liberación de los presos, por ejemplo, continuaba siendo motivo de preocupación familiar. Colectiva o individualmente (muchas mujeres se encargaron de estas tareas) a través de la acción de los comités femeninos (como el "Luisa Michel" en Santa Fe) o bien denunciando la detención de sus familiares a través de cartas de lectores a la prensa.[11] En resumen, a lo largo de todo el conflicto, los ferroviarios se beneficiaron de la sostenida colaboración de sus familiares mujeres; quienes encontraron en la gran huelga una oportunidad privilegiada para participar en la protesta social y hacer política.

Suele argumentarse que los estudios de historia de la mujer (interesados en cuestionar la invisibilidad femenina) si bien logran recuperar a las mujeres como sujetos activos no alcanzan a reformular interpretaciones canónicas en el campo historiográfico; de este modo se condena a un cierto aislamiento a pesar de su bien intencionado compromiso.[12] ¿En qué medida reconstruir la activa participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria enriquece nuestra comprensión de la protesta obrera durante la primera experiencia democrática del país?

En primer lugar, ésta puede echar luz sobre las características de las formas de movilización de los trabajadores ferroviarios. Conside-

9 LOO 4/10/1917; LPro 27/9/1917; LV 27/9/1917.

10 El subrayado es mío.

11 LPro. 20/9.; *La Obra*, n. 11, 11/1917.

12 Como se sabe, esta cuestión ha sido subrayada por quienes propusieron un avance a partir del uso de género como categoría de análisis, cf. Scott, Joan. "Women's history" en *Gender and the Politics of History*. New York: Columbia University Press, 1988, págs. 15-27.

rados típicos exponentes de la elite obrera, su capacidad y eficacia para la protesta se atribuye a la precocidad y poderío de sus organizaciones sindicales. Sin embargo, la evidencia de la sostenida participación de las familias durante el conflicto sugiere que ésta no fue menos importante para fortalecer la acción colectiva de los trabajadores. No es sorprendente que años más tarde, un militante ferroviario evocara la gran huelga de 1917 como una huelga de masas.[13]

Algunos historiadores han interpretado dicha forma de movilización masiva como la expresión de una cierta espontaneidad popular al argumentar que la violencia que caracterizó a la gran huelga se debió tanto a la baja organización de los huelguistas como a la agitación de militantes anarquistas, instigadores del sabotaje.[14] No obstante, la prolija organización de asambleas y demostraciones; así como la coordinación de la propaganda y protesta indica que la presencia masiva de jóvenes y mujeres no debe tomarse como sinónimo de desorganización. De hecho, testigos y protagonistas del conflicto sostenían lo contrario. Según el diario *La Época*, la movilización de mujeres y niños para evitar el funcionamiento de los trenes constituía "una táctica utilizada por los huelguistas". Sobre la manifestación de Mendoza, las autoridades de La Fraternidad explicaron que "se había resuelto encabezarla con las mujeres de los huelguistas para que estas obligaran a las demás familias a hacer causa común con las otras obreras"(LP, 26/9/1917). Así pues, lejos de constituir irrupciones de malestar descontroladas, las demostraciones estaban planeadas para que la presencia de las familias obreras incentivara la adhesión de los indecisos y provocara la simpatía de otros sectores sociales, al demostrar la respetabilidad de los huelguistas y la justicia de sus reclamos.

En segundo lugar, recuperar la movilización femenina en la huelga de 1917 contribuye a poner en evidencia la profunda riqueza de la sociabilidad y cultura política de las familias obreras. Por un lado, la participación de hombres y mujeres durante el conflicto revela que, al menos en ciertas ocasiones, ambos sexos compartían las mismas prácticas políticas en el espacio público. Más aún, dicha participación inclusive parecía ser relativamente igualitaria. En efecto, durante la protesta es difícil percibir una clara división sexual del trabajo en el ámbito público. Es verdad que las mujeres no estuvieron presentes en las asambleas realizadas por los obreros en sus lugares de trabajo, pero no parecieron existir diferencias sustantivas en el resto de las tareas. Las mujeres actuaron individual o colectivamente desarrollando las mismas acciones y compartiendo los mismos espacios que los hombres. El activismo de las familiares de los ferroviarios no se limitó a los hogares y al seno de las redes barriales femeninas, sino que también se hizo visible a partir de una intensa propaganda en los lugares de trabajo. Se sabe que en algunas huelgas (donde el trabajo era predominante masculino) las mujeres sólo se involucraban en la protesta realizando tareas auxiliares, reproducían así en el espacio público la división del trabajo propia del ámbito doméstico.[15] Por el contrario, en la gran huelga ferroviaria, precisamente lo que sorprendía a la prensa era que las mujeres se involucraban activamente en todos los actos, asambleas, reuniones, marchas y cualquier otro tipo de actividad organizada en apoyo a la huelga.

Por otro lado, cuando se pone atención a la presencia de las mujeres en la protesta puede advertirse que la identidad de clase se expresaba en lenguajes diversos y no necesariamente en la terminología propia de las culturas militantes. Probablemente, sólo algunas de las

[13] Lozza, Arturo M. *Tiempo de Huelgas. Los apasionados relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti*, (Buenos Aires: Anteo, 1985), pág. 163.

[14] Rock, David, op. cit., pág. 152.

[15] Sobre la participación de las mujeres como asistentes, ver Marjorie Penn Lasky, "Where I was a person: The Ladies 'Auxiliary in the 1934 Minneapolis Teamsters' Strikes," en Milkman, Ruth (ed.), *Women, Work and Protest. A Century of US Women's Labor History*. Boston: Routledge 1985.

muchas mujeres que se sumaron a la gran huelga contaban con una sólida militancia sindical o política. De modo tal que, el término "militante" debe entenderse aquí en un sentido laxo. Inclusive, las acciones de las mujeres no siempre se inscribieron en el ideario y simbología de las izquierdas. En reiteradas oportunidades llamaron a la participación femenina en defensa del pan de sus hogares, en solidaridad con sus familiares varones; pero sin apelar al vocabulario de la heterodoxia clasista propio de los libertarios o al clasismo de los socialistas. En cuanto a la utilización de símbolos, si bien la bandera roja no estuvo ausente en las marchas y demostraciones tampoco lo estuvo la bandera argentina, y en algunos casos, pancartas y afiches del partido gobernante (la Unión Cívica Radical). En cualquier caso, que su lenguaje político se nutriera de múltiples vertientes no significaba que estas mujeres no contribuyeran con sus acciones a la conformación de una cultura de clase. De hecho, cuando las mujeres actuaron juntas (dentro de instituciones masculinas o bien organizando sus propios actos y asociaciones) lo hicieron para hacer pública su solidaridad con los trabajadores. Claro que existieron casos aislados de mujeres que defendieron a sus familiares rompehuelgas. Pero, más allá de las diversidad de posiciones individuales, no se produjeron acciones colectivas femeninas orientadas a reclamar el fin del conflicto.[16]

En síntesis, es evidente que recuperar la militancia de las mujeres contribuye a profundizar nuestro conocimiento sobre la gran huelga ferroviaria. No obstante esto, este trabajo no se concentra en explorar qué hicieron las mujeres durante la protesta sino más bien en develar el significado que la prensa periódica le atribuyó a sus acciones. Tomando en cuenta la perspectiva de los estudios de género se tratará de indagar en que medida las nociones predominantes sobre la diferencia sexual influenciaron las narrativas de los distintos diarios sobre la huelga y, en especial, las representaciones del activismo femenino.[17] De por sí resulta revelador el hecho de que toda la prensa se sorprendiera por la sostenida participación de las mujeres. Que su militancia causara perplejidad no era sino reflejo del consenso existente en torno a la ideología de la domesticidad, que asignaba a la mujer las tareas del mundo privado y las marginaba del ámbito público. La presencia masiva de mujeres de familias obreras en las calles durante la gran huelga invitaba a cuestionar este supuesto. Sin duda, ellas habían logrado adquirir visibilidad al ocupar un lugar que al menos socialmente parecía estarles vedado. En consecuencia, tal como estaba ocurriendo en

16 Por cierto la relación o transformación de culturas militantes en la conformación de una cultura de clase, tal como ha sido definida por E Hobsbawm para Inglaterra entre 1870-1914 constituye aún motivo de indagación y debate para el caso latinoamericano. Al respecto, ver Claudio Batalha, "Cultura asociativa no Río de Janeiro da Primeira Republica" en Claudio M. Bathala, Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, *Culturas de Classe*. Campinas: Editora Unicamp, 2004.

17 Según J. Scott, el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basado en las diferencias percibidas entre los sexos. En tanto construcciones históricas y sociales, estas diferencias pueden abordarse considerando las representaciones simbólicas, conceptos normativos, la organización y funcionamiento de los sistemas económicos, políticos y de parentesco, así como a partir del estudio del modo en que esas diferencias son vivenciadas a nivel personal, en "Gender: a useful category of historical analysis" , *Gender and the Politics of History, págs. 29-50.*

Europa u otros países de América Latina durante el período de entreguerras, la creciente participación de la mujer en el mercado de trabajo y en los movimientos políticos exigía reconsiderar -tácita o explícitamente- los principios tradicionales del patriarcado.[18] ¿Concebía la prensa, entonces, la militancia femenina como similar o diferente a la de los varones? ¿Se consideraba como positiva o negativa la participación de las mujeres en la huelga? ¿Se reconoció a estas militantes como sujetos políticos? Las páginas que siguen exploran las respuestas que los periódicos de distintas orientaciones ideológicas ofrecieron a estos interrogantes.

2. Las mujeres como las clases peligrosas

Al repasar las noticias de los diarios sobre la gran huelga ferroviaria, la población se encontraba con una información rica y abundante sobre la participación de las mujeres en el conflicto. Escapa a los límites de este estudio evaluar la recepción de estos mensajes por parte de los lectores para saber si avalaron o desconfiaron -en parte o en forma completa- de los prejuicios implícitos en las imágenes de la militancia femenina promovidas por la prensa. Lo cierto es que (hasta la década de 1920) los periódicos constituían la principal fuente de información sobre los conflictos sociales a partir de la cual cientos de personas formaban su opinión sobre la acción colectiva de los trabajadores, y (en el caso que nos ocupa) sobre el activismo femenino.

Quien se informara sobre la gran huelga a través de *La Prensa* o *La Época* se enfrentaba a un mensaje que, a pesar de ciertos matices y ambivalencias, era contundente: el activismo de las mujeres era cualitativamente distinto del de sus familiares ferroviarios. Para estos diarios, los hombres parecían guiados por la cordura y moderación; las mujeres, en cambio, se conducían de manera impulsiva y violenta. Puede afirmarse que las nociones predominantes en el pensamiento político del siglo XVIII, que asociaban lo femenino a la emoción y lo masculino a la razón, continuaban informando las visiones de los comportamientos de hombres y mujeres en el ámbito público.[19] Ejemplo de ello, lo ofrece la contrastante descripción de las acciones masculinas y femeninas presente en la siguiente narrativa de dichos diarios de forma implícita o explícita.

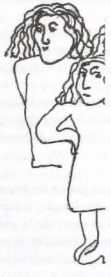
En efecto, mientras en varias ocasiones ambos periódicos celebraron la civilidad de los ferroviarios, estos elogios nunca alcanzaron a sus familiares mujeres. Desde la perspectiva de *La Prensa* y *La Época*, eran los hombres y no estas últimas, quienes eran capaces de articular una oratoria moderada, suscitar la adhesión de la comunidad y peticionar civilizadamente ante las autoridades. Al comenzar la huelga en Tafí Viejo, el corresponsal de *La Prensa* relataba que:

[18] Para una reconstrucción de momentos claves en que se debate la exclusión, matizando la hegemonía patriarcal en Argentina, ver Dora Barrancos, *Inclusión/ Exclusión Historia con mujeres*. Buenos Aires: FCE, 2001. Sobre Europa y América Latina, cf. Anne-Marie Sohn, "Between the Wars in France and England," en Francoise Thébaud, (ed.) *A History of Women in the West*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1994 y Maxine Molyneaux, " Twentieth century state formations in Latin America " , en Elizabeth Dore and Maxine Molyneaux (eds.) *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*. Durham: Duke University Press, 2000.

[19] Sobre la estrecha asociación entre racionalidad, virtud republicana y masculinidad en el pensamiento político europeo, cf. Anna Clark, "Manhood, Womanhood, and the Politics of Class in Britain, 1790-1845" y Rational and Respectable Men: Gender, the Working Class, and Citizenship in Britain, 1850-1867" en Laura Frader y Sonia Rose (eds) , *Gender and Class in Modern Europe* Ithaca: Cornell University Press, 1996.

"Todas las casas de comercio hoy cerraron sus puertas, por pedido de los huelguistas. Estos se mantienen siempre pacíficos. Sólo las mujeres del barrio obrero se traban en discusiones acaloradas. Las esposas de los huelguistas censuran a las de los pocos que aún concurren al trabajo." (LP, 27/6/1917).

Del mismo modo, al declararse la huelga general el 24 de septiembre, se informaba desde Mar del Plata que los obreros y empleados del ferrocarril Sud habían abandonado el trabajo "en el mayor orden"(LP, 25/9/1917). Tras recorrer toda la línea de Avellaneda a Quilmes, el comisario inspector de Lomas de Zamora subrayaba que



"se halla muy impresionado por el comportamiento de la tropa y los huelguistas". Un corresponsal desde Haedo elogiaba a los dirigentes de la sociedad de resistencia de esa localidad; pues "recomiendan evitar demostraciones contrarias a la cultura" (LP, 25/9/1917). Igualmente, en los talleres de Avellaneda del Ferrocarril Sud, se habían nombrado comisiones encargadas de cuidar que "ningún obrero entre en los talleres y recomendar a los grupos de huelguistas que se estacionen en las aceras que se abstengan de promover desórdenes o atentados a las personas y a la propiedad" (LP, 29/9/1917). Más aún, los diarios ponderaban que algunos trabajadores ferroviarios no necesitaban confrontar con la empresa o las autoridades estatales para defender sus reclamos. En Lobos, la huelga no rompía la armonía reinante en la comunidad según explicaba un corresponsal:

"No se registran actitudes violentas, por el contrario, [los huelguistas] vigilan los intereses de la empresa. La policía a cargo del comisario Juan A. Jimenez, observa una actitud correcta, que merece la consideración de los huelguistas." (LP, 25/9/1917).

Asimismo, en ocasiones los ferroviarios protegían la propiedad privada y la seguridad vecinal con más celo que las propias fuerzas de seguridad. Así lo revelaba *La Prensa*, a propósito de los episodios ocurridos en una estación cercana a Avellaneda, diciendo:

"Se ha visto a varios conscriptos y guardianes en evidente estado de embriaguez que les hacía provocar incidentes con los huelguistas y particulares que pasaban por las proximidades de la estación. Los huelguistas denunciaron estos hechos ante la policía para deslindar responsabilidades." (LP, 2/10/1917)

En este sentido, cabe añadir que no hay referencias a desbordes o incidentes durante la huelga asociados al uso excesivo de alcohol por parte de los trabajadores. Los ferroviarios solían ser presentados como modelos de sobriedad, moderación, buena conducta y responsabilidad ciudadana, inclusive superior a la de las autoridades; aún cuando, por supuesto, ambos diarios informaran también sobre la participación de los hombres en ataques personales o en actos de sabotaje.

Por el contrario, las familiares de estos hombres exhibían a juicio de *La Prensa* y *La Época* un comportamiento exactamente inverso. Según dichos periódicos, la participación femenina en la huelga conducía a incrementar la tensión y radicalizar el conflicto. "Los ánimos están completamente agitados [explicaba *La Época* a propósito de la protesta en el Central Argentino de agosto] excitándose aún más de ver a mujeres y menores de ambos sexos, acompañando en su actitud a los huelguistas."(LE, 13/8/1917). Lo más censurable, radicaba en que no se trataba de actitudes involuntarias, sino que (a diferencia de las acciones y comportamientos de los hombres) ellas incitaban concientemente a la rebelión.

Ambos diarios calificaban a las mujeres como violentas. La caracterización de la oratoria femenina es un primer ejemplo de ello. El 23

de septiembre (un día antes de declararse formalmente la huelga general) el enviado de *La Prensa* a Córdoba notaba que la huelga continuaba en orden, a pesar de que "el elemento femenino, vinculado a los obreros, participa de las asambleas y en su gran mayoría proclaman la violencia"(LP, 24/9/1917). Podríamos conjeturar que se trataba de militantes anarquistas o que esta prédica expresaba la ira provocada por la muerte de un trabajador italiano de 62 años; ocurrida el día anterior de celebrarse estas asambleas en el enfrentamiento entre huelguistas y tropas nacionales en la estación de San Francisco de Córdoba(LP, 22/9/1917). Sin embargo, ni la filiación ideológica de los participantes ni el contexto de polarización social eran evocados para explicar la virulencia de los discursos. La violencia verbal aparecía así como una característica "natural" asociada con el estilo de militancia femenina; lo cual remite al comportamiento pasional de las mujeres en contraposición con la racionalidad en el accionar político de los hombres.

El uso de la intimidación en la propaganda a favor de la huelga, utilizada por las familiares de los ferroviarios, constituye el otro ejemplo relevante de la supuesta inclinación femenina a la violencia. Desde la perspectiva de ambos diarios, más que persuadir con argumentos racionales (como solían hacerlo sus familiares ferroviarios) las mujeres apelaban a la amenaza. Mientras que las referencias a las demostraciones públicas -por lo general pacíficas- eran breves, *La Prensa* y *La Época* concentraron su atención en los desordenes causados por las militantes al intentar obtener la adhesión de quienes continuaban trabajando. Desde los inicios del movimiento huelguista, este tipo de propaganda femenina recibió severas críticas. Tal como lo expresaba *La Prensa*

"La excitación entre los obreros va en aumento y participan muy especialmente en este estado de ánimo las mujeres de los trabajadores que desde ayer se reúnen y van en grupos numerosos haciendo propaganda en la vía pública y en las casas de los obreros que aún trabajan en la empresa. Esas mismas mujeres han producido hoy algunos incidentes, sin mayores consecuencias, pero que no por eso dejan de ser molestos y hasta criticables." (LP, 13/8/1917)

Además de la rotura de barreras y señales, el corresponsal de Rosario se refería a las amenazas personales que recibían los trabajadores que continuaban sus tareas y sus familias. Al día siguiente, *La Prensa* informaba:

"Las mujeres intervienen en todos los actos y resultan el elemento más peligroso, pues por lo general, son las que inician los incidentes. Su propaganda a favor de la huelga no cesa un instante. Numerosos grupos han visitado las casas de los empleados y obreros, que tiene la empresa, y les han exigido plegarse al movimiento bajo amenazas. Estas amenazas también han sido hechas por los obreros huelguistas a muchas personas." (LP, 14/8/1917)

Como puede observarse, si bien se reconoce que los ferroviarios también protagonizaban esos episodios "criticables", la ruptura de la cordialidad y el diálogo entre vecinos y compañeros de trabajo se atribuía a la iniciativa de las militantes. El corresponsal de *La Prensa* desde Rosario censuraba la actitud de las mujeres diciendo:

"Las mujeres de los obreros huelguistas siguen haciendo también su obra. Estas concurren a las casas de los empleados y obreros que trabajan y atropellan a las mujeres de estos, las sacan a la calle, las golpean y realizan con ellas otras fechorías" (LP 16/8/1917).

Sólo unos pocos de estos hechos se comprobaron, tal como ocurrió con el caso de la señora Juana Rodino de Pérez en Rosario; quien sufrió la fractura de su brazo derecho tras el ataque de un grupo de esposas de huelguistas (LP,12/8/1917). Por esta razón, aún cuando la condena a la propaganda de las mujeres trabajadoras no cesó, algunos corresponsales de *La Pren-*

sa se vieron precisados a consignar que podía tratarse de falsos rumores. Al menos, se aclaró:

"Llama la atención la cantidad de denuncias de empleados que temen por asaltos a ellos mismos, sus casas o sus familias. Es posible que éstas sirven para no cumplir con la empresa después de haberse comprometido a ello y para quedar bien con los huelguistas."(LP, 16/8/1917)

Aún así ambos periódicos no dudaban en reiterar imágenes sumamente gráficas sobre la violencia de las mujeres en sus acciones colectivas, tal como lo sugieren las numerosas noticias sobre los grupos de mujeres armadas con "garrotes". Una vez más, merece citarse al enviado de *La Prensa* a Tafí Viejo. A pocos días de iniciado el conflicto, informaba que "las mujeres de los huelguistas atacan con garrotes a todos aquellos que no se adhieren al movimiento, y recorren el pueblo en manifestación dado vivas a la huelga" (LP, 30/6/1917). De la misma forma, *La Época* describía el comienzo de la huelga en Rosario:

"Las mujeres de los obreros continúan siempre en actitud hostil contra la empresa, siendo a la vez las que menos respetan las fuerzas nacionales y policiales. Recorren las calles armadas de gruesos garrotes, dando gritos a favor de la huelga y obligando a los que permanecen tranquilos a plegarse a ella, de lo contrario los apalean." (LE, 14/8/1917).

Al parecer, estas demostraciones de fuerza estaban destinadas a intimidar, más que a hacerse realmente efectivas. En verdad, no se informó sobre ninguna víctima apaleada, un hecho que de haber ocurrido hubiera sido registrado considerando la relevancia otorgada a este tipo de comportamiento.

Así representada, la militancia femenina (lejos de echar luz sobre las profundas raíces del conflicto social) quitaba legitimidad a la protesta. Desde la perspectiva de *La Prensa* y *La Época*, la participación de las mujeres en la gran huelga había resultado negativa. Sobre todo, en tanto sus actitudes violentas habían producido el incremento de la intervención de fuerzas policiales y de seguridad. Por ejemplo, sobre el aumento de la custodia policial en Rosario, *La Prensa* sostenía que:

"La policía ha debido atender varios pedidos hechos por obreros o empleados del Ferrocarril Central Argentino, cuyas casas fueron asaltadas por grupos de mujeres de los trabajadores en huelga y por algunos de estos." (LP, 14/8/1917)

De acuerdo a *La Época*, también la presencia de las tropas nacionales podía explicarse por la sostenida militancia femenina. Sobre la protesta en Rosario informaba que:

"Ha llamado la atención la actitud de extrema violencia que observa un gran número de mujeres, las que han intentado parar trenes y causar desperfectos en las vías, obligando a intervenir para contenerlas al escuadrón de seguridad." (LE, 13/8/1917)

En síntesis, encendidas en su prédica, acaloradas en las discusiones, agresivas en su propaganda,

violentas en sus acciones colectivas e irreverentes frente a la autoridad empresarial y estatal; el comportamiento de las mujeres en el ámbito público era considerado como sustancialmente diferente al de sus familiares ferroviarios. En las narrativas de *La Prensa* y *La Época* mientras que la conducta casi ejemplar de los huelguistas simbolizaba la civilidad de la protesta del trabajador industrial moderno, la presencia de las mujeres parecía evocar, por el contrario, los comportamientos de las clases peligrosas de las ciudades pre-industriales. La condena a su peculiar estilo de militancia (explicado exclusivamente en función de su diferencia sexual) constituyó el foco de atención de las noticias, al hacer perder de vista toda conexión entre sus acciones y la legitimidad del reclamo de los ferroviarios.

3. Apasionadas o racionales: las militantes según los anarquistas y socialistas

Quien leyera el periódico anarquista *La Protesta*, encontraría militantes femeninas tan violentas como las representadas en la prensa "burguesa". Pero (por razones opuestas a las de *La Prensa* y *La Época*) ello las convertía en sujetos perfectamente capacitados para participar en la construcción de una sociedad igualitaria. También los anarquistas enfatizaban que las mujeres poseían cualidades distintivas con respecto a los hombres, en cuanto a sus formas de acción política. Sólo que esas características esenciales de la feminidad se juzgaban como positivas. Por su impulsividad y sensibilidad, las mujeres se entregaban sin cálculos ni previsiones al método favorecido por los anarquistas: la acción directa.

Como señalaron los estudiosos del anarquismo en Argentina, el pensamiento sobre el papel de la mujer en la emancipación propia y social estaba plagado de ambivalencias y contradicciones. A fines de siglo XIX, coexistían en el discurso libertario sobre la feminidad, la familia y la sexualidad perspectivas transgresoras junto con convicciones más paternalistas que concebían a la mujer como menor de edad. Si bien se adhería a la idea de una utopía igualitaria donde existiría una completa igualdad de sexos -el fin del matrimonio y el amor libre- se mantenían concepciones conservadoras respecto a la función de la mujer como madre, ocupada primordialmente del cuidado de su hogar e hijos.[20] Los cambios políticos a nivel nacional e internacional y la movilización social durante la primera presidencia de Yrigoyen reavivaron este debate.[21] Algunos, entre ellos las feministas anarquistas como Juana Rouco Buela (una activa militante libertaria durante estos años) confiaban en las capacidades de las mujeres para asumir su propia liberación y su papel en la acción revolucionaria. Otros, por el contrario, se mostraban pesimistas. En su presentación del activismo femenino durante la gran huelga ferroviaria, *La Protesta* pareció inclinarse a favor de los primeros.

La Protesta se encargó de celebrar la retórica femenina precisamente por su virulencia y radicalismo. Así lo ilustraba el racconto periodístico de los discursos ofrecidos en una asamblea organizada por la Sociedad Femenina de la Federación Obrera Local Santafecina. En esta reunión, varios líderes ferroviarios se dirigieron a la concurrencia. El corresponsal de *La Protesta* elogió los discursos del secretario de la Federación Obrera Ferrocarrilera y de un delegado de los talleres de los Ferrocarriles del Estado. Sobre éste último, destacó que estuvo "fuerte y rebelde" entusiasmando al auditorio con "sus fogosas palabras de combate". Sin embargo, sigue la crónica:

"[...]quien dio la nota sobresaliente de rebeldía y barricada, fue una compañera que no le se el nombre. Ella salió como un relámpago de entre la concurrencia e hizo sentir su voz de trueno, invitando para cuando llegue el día de ir a la huelga, como lo habían hecho los hermanos de miseria y de dolor en los movimientos habidos. Después apostrofó a los tiranos y lanzó el mas grande escupitajo al rostro de los perros que perseguían a los hombres que defendían el derecho del mas débil, y dijo también que estando en huelga los tranviarios era necesario ayudarlos y si salía

[20] Sobre la tensión y ambivalencia del pensamiento anarquista respecto de la mujer, cf. Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*. Buenos Aires: Ed. Contrapunto, 1990; Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y Política Libertaria en Buenos Aires 1890-1910*. Bs.As: Manantial, 2001, págs. 147-53; Maxine Molyneaux, "No God, No Boss, No Husband: Anarchist Feminism in Nineteenth Century Argentina" *Latin American Perspectives*, 48, invierno de 1986.

[21] Esta cuestión ha sido planteada por Mirta Lobato en "Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial: primera mitad del siglo XX," en F. Gil Lozano, V. Pita y G. Ini (comps.) *Historia de las Mujeres en la Argentina*. Bs. As: Taurus, 2000.

algún coche con carneros que se le aplicara la piedra y el garrote." (LP, 20/9/1917)

Para el periódico anarquista, la conducta de esta mujer, lejos de ser condenable, era ejemplar. Ilustraba una perfecta coherencia entre retórica y práctica política. Aún no figurando entre los conferencistas, ella tomó desde el público la palabra para defender la huelga, denostar a las autoridades y exhortar a atacar a los esquiroles. Lo destacable, para *La Protesta*, es que no se trataba de un caso excepcional. Como se informaba a propósito del conflicto parcial en el Central Argentino, "las mujeres son las que dan el ejemplo con su acción enérgica" (LPro, 16/8/1917).

Con respecto a las acciones, no ya a la retórica de las mujeres, *La Protesta* de ningún modo intentó desmentir las noticias sobre la violencia de la militancia femenina o cuestionar los falsos rumores sobre las amenazas y desórdenes descriptos por *La Prensa* y *La Época*. Desde su perspectiva, las acciones femeninas virulentas se justificaban porque nacían de las propias necesidades del hogar proletario. En sus comportamientos, las mujeres no expresaban una violencia irracional sino una violencia producto de la falta de oportunidades, la pobreza y el desempleo. La información de *La Protesta* sobre la detención de Marina Villegas, por su colaboración en el incendio de un tren local, ejemplifica el propósito de los anarquistas por poner en evidencia las injusticias y sufrimientos que legitimaban el sabotaje. Aprobara o no la acción de Villegas, quien leyera esta noticia en *La Protesta* -y no así en los otros periódicos- no podía soslayar las razones que motivaban hechos semejantes. Sobre esta mujer, *La Protesta* explicaba:

"Es viuda tiene cuatro hijos, uno de pecho, una vez anteriormente quiso tirarse delante de un tren con todos sus hijos, dijo en la declaración que al oír que había comenzado un incendio, quiso activarlo." (LPro, 14 y 17/8/1917)

Como puede verse, la violencia de la militancia femenina era presentada como el producto de la necesidad -en este caso extrema-, y, por lo tanto, no constituía un delito.[22] Además era evidente que las mujeres trabajadoras (más aún tratándose aquí de una jefa de hogar) conocían las dificultades diarias que enfrentaban para mantener a sus familias. Esto no sólo permitía comprender sus acciones violentas, sino que además le otorgaba aún más derechos y autoridad para llevar adelante la propaganda revolucionaria.

Lo mismo ocurrió con las noticias sobre los saqueos a dos panaderías en Rosario, una de las cuales fue asaltada por mujeres, quienes inmediatamente (tal como recalcó el periódico anarquista) fueron reprimidas por "los cosacos los cuales con su acostumbrada ferocidad apalearon a las mujeres hasta cansarse y detuvieron a varias (y a algunos obreros" (LPro, 16/8/1917). A juzgar por la información de los distintos diarios, estos episodios fueron escasos, lo cual sugiere la adhesión de las familias obreras a formas de respetabilidad y dignidad modernas. La ira popular no se lanzaba sobre todos los comerciantes, tan sólo sobre aquellos que se mostraban poco solidarios con las familias obreras. Por este motivo, no fue casual que el Centro de Almaceneros de Rosario recomendara a los comercios dar crédito a los huelguistas.[23] En cualquier caso, *La Protesta* se interesaba en enfatizar que estos hechos no podían considerarse delitos, sino que debían juzgarse a la luz de las causas que lo provocaban. Así lo prueba el informe de la detención de una mujer en Laguna Paiva, Santa Fe, a propósito del hurto de mercaderías de unos vagones incendiados en dicha estación(LP, 7/10/1917). Denunciando la detención de esas 43 personas (en su mayoría miembros de una cuadrilla de vía y obra) *La Protesta* recordaba que se trataba de peones que sólo "ganaban $1.40 por día sin comida" Además aclara-

[22] Sobre la justificación de la violencia por parte del anarquismo, cf. Juan Suriano, op.cit. págs. 279-83.

[23] LP 18/8. La Prensa informó sobre estos dos episodios. En el primero, los huelguistas lograron realizar ciertos daños. En el segundo, los atacantes fueron dispersados por la policía, que es el evento detallado por La Protesta.

ba que mientras sólo se les había encontrado unos paquetes de tabaco, la policía y el ejercito habían acaparado numerosos productos.[24]

Fue en el relato de las manifestaciones de familias obreras que derivaron en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, donde el anarquismo expresó con mayor convicción la solidaridad de las mujeres con la causa de los trabajadores. En esas "batallas de sangre" (como titulaba *La Protesta* los episodios de Mendoza) las acciones de las mujeres daban cuenta de una ética (que ha tendido a definirse como típicamente femenina) fundada en el compromiso con los otros, en el bienestar y cuidado de sus familias y su comunidad.[25] En vez de especular sobre la táctica de los huelguistas, que consistía en ubicar a sus familias y mujeres al frente de las manifestaciones, *La Protesta* glorificaba el heroísmo y entrega de dichas mujeres. Las obreras caídas en los enfrentamientos, como las de Mendoza, se convertían en heroínas del proletariado. Su ejemplo servía para fomentar el espíritu de compromiso y lucha entre los trabajadores. Este es el sentido de la narración sobre los episodios ocurridos en la estación del Trasandino en Mendoza. Con su tradicional efectismo melodramático, *La Protesta* informaba que tras la descarga de la tropa sobre la multitud:

"Dos mujeres rodaron: una, Josefina Bandini de Gómez con el cráneo destrozado, y Adela Montaña, con un balazo en el pecho. Los obreros se adelantan, Miguel López, compañero de la Montaña, arranca de manos de una de las víctimas la bandera argentina, que aquella enarbolaba al caer, la agita en el aire, hasta que una nueva descarga le destroza el tobillo, falleciendo días después a consecuencia de la herida producida por la bala explosiva." (LPro, 26/10/1917)

Con un estilo similar se describía la represión en los talleres del Ferrocarril Sud, Banfield. Al dispersar la manifestación, los marineros de la armada:

"De pronto arrebataron de manos de la señora, que lo era la obrera Pierina M. De Gatti, la bandera volteándola a culatazos, y enseguida se oyó una primera descarga. A la primera siguió una segunda y en seguida una tercera y otras. El tiroteo duró algunos minutos con tres intervalos." (LPro, 27/9/1917).

Es interesante observar el silencio de *La Protesta* respecto al hecho de que la bandera que enarbolaban al frente de la manifestación era la Argentina y no la roja, arma de combate y de identidad del proletariado anarquista. Si bien *La Prensa* menciona que -en ocasiones- algunos portaban estas últimas insignias, la movilización no se inscribía completamente en la simbología y ritualidad contestataria con la que se identificaban los libertarios.[26] No obstante esto, los anarquistas no condenaban la acción popular. Es verdad que en sí mismo el relato de estos episodios buscaba poner en evidencia que no ganarían nada los trabajadores con la adhesión a la democracia parlamentaria y la integración a la comunidad nacional. Sin embargo, aún

[24] La detención tuvo lugar el 7/10, LP 7/10. Aún a fines de octubre, los peones seguían detenidos, cf. LPro 28/10.

[25] Sobre la ética del cuidado y su relación con la ciudadanía de la mujer, cf. Mary Dietz, "Feminism and Theories of Citizenship", *Daedalus*, vol. 116, núm 4, 1987.

[26] Sobre la simbología y ritos que definían la identidad anarquista, cf. Juan Suriano, págs. 302-28.

cuando se mantenían firmes a sus principios doctrinarios de condena al estado y a la ley, parecían demostrar cierta tolerancia frente al nacionalismo de los trabajadores. Aunque enarbolaran la insignia nacional, estas mujeres se incluían entre las verdaderas abanderadas de las luchas proletarias y, en consecuencia, merecían en las páginas de *La Protesta* un reconocimiento sin censuras.

Para concluir entonces, desde la perspectiva anarquista, la pasión femenina en la acción colectiva era considerada virtuosa. De esta manera, aún sosteniendo una imagen muy similar a la de la militancia femenina sostenida por la prensa "burguesa", los anarquistas lograban reivindicar el activismo de las mujeres. Violenta pero a la vez profundamente solidaria, la acción de las mujeres era apreciada porque, precisamente por su pasión y temperamento, ellas realizaban un aporte invalorable a la acción revolucionaria. Más aún, la presencia de las familias y también de los desocupados -cuya participación advertida por todos los periódicos, *La Protesta* celebraba- convertía a la huelga ferroviaria en una insurrección general. Claro que la huelga ferroviaria no devino en una huelga general, lo cual desilusionó a los anarquistas ferroviarios, quienes atribuyeron el fracaso a la traición de los líderes gremiales y los dirigentes gubernamentales.

Los socialistas presentaron una imagen bien diferente de la militancia femenina. Al recorrer las páginas del periódico *La Vanguardia*, los lectores se encontraban con mujeres cuyas formas de participación política se asemejaban, antes que diferenciarse, a la de sus familiares varones. Como ocurría con el pensamiento libertario, también el socialista estuvo cruzado por tensiones y ambivalencias en lo referente a su concepción del papel de la mujer en la sociedad moderna. Frente a la cuestión del trabajo femenino fuera del hogar, los socialistas al mismo tiempo que reclamaban la igualdad de salarios a igual tarea propiciaron una legislación protectora del trabajo femenino, justificada en el hecho de que la principal misión de la mujer consistía en la maternidad. Asimismo, esta adhesión a los principios del maternalismo no les impidió sostener posiciones cercanas a un feminismo de la igualdad, al defender la equiparación jurídica entre ambos sexos en el campo de los derechos civiles y políticos.[27] En esta última tendencia se inscriben las descripciones del activismo femenino en la gran huelga. El socialismo presentó consistentemente a las familiares de los ferroviarios como sujetos racionales, cuya inteligencia e interés por la política las convertía en perfectas ciudadanas, como gustaba denominarlas. Siguiendo la tradición partidaria en cuanto a su defensa de la igualdad política entre hombres y mujeres, las noticias de *La Vanguardia* procuraban demostrar que las mujeres trabajadoras poseían las mismas capacidades y condiciones que los hombres para desempeñar una participación política responsable.

Desde la perspectiva de los socialistas, la oratoria femenina en las asambleas constituía una prueba acabada de su moderación, sus destrezas para comprender y explicar el antagonismo de clases propio de la sociedad industrial. Con su participación en la gran huelga, ellas demostraban que -al igual que los hombres- podían influir con su retórica en la formación de una corriente de opinión pública favorable a la causa obrera. Así, por ejemplo, cuando en la manifestación en San Martín (provincia de Buenos Aires) la esposa del ferroviario Siccardi pidió a las "madres, esposas y hermanas de los huelguistas" que contribuyeran con sus familiares "en defensa del pan de sus hogares", hizo además "acertadas consideraciones sobre el significado de las luchas obreras sosteniendo que la necesidad de que la mujer contribuya en lo posible al mejoramiento obrero." (LV, 17/8/

[27] **Respecto al socialismo y su posición** en torno a los derechos de las trabajadores **y los derechos civiles y políticos de la** mujer, cf. Mirta Lobato, " Entre la protección **y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera**, Argentina 1890-1934" en Juan Suriano, (comp.) *La Cuestión Social en Argentina, 1870-1943*; Asunción Lavrin, *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*. Lincoln: University of Nebraska, 1995.

1917). Igualmente, en el mismo evento, la Señorita Luisa Rossi dirigió la palabra:

"Exponiendo en forma clara y concreta el origen del actual conflicto. Condenó la actitud de la empresa que se niega a reconocer la organización de los hombres que contribuyen con sus esfuerzos a darles grandes dividendos."(LV, 17/8/1917.

La Vanguardia resumía parte de los discursos de las mujeres, al referirse a las "disertaciones" de la "ciudadanas" por sus nombres, para dar pruebas de que las mujeres lograban explicar con precisión y elocuencia temas políticos o referidos a la cuestión social. Esto no significaba que, a diferencia de los hombres, las mujeres no conmovieran con su prédica o emocionaran con su presencia. Como sugiere un editorial sobre una asamblea en el Barrio Talleres de Rosario, "a una de estas mujeres la vimos en una conferencia arrancar lágrimas al numeroso auditorio" (LV, 18/8/1917). No obstante, en las noticias el énfasis se colocaba en la igualdad y no en la diferencia, esto es en el hecho de que las mujeres alcanzaban a persuadir -al igual que sus familiares varones- haciendo uso de su pensamiento lógico, conocimientos y acierto.

Racionales en su prédica, también las mujeres podían ser civilizadas en sus modos de acción política. Contrariamente a lo consignado por *La Prensa*, según *La Vanguardia* en las asambleas celebradas en Córdoba las mujeres habían dado testimonio de su prudencia y cordura, "aconsejando a los huelguistas calma y serenidad, manteniéndose en actitud pacífica." (LV, 22/9/1917). Más aún, este diario se ocupó de desmentir versiones falsas sobre ataques que las mujeres efectuaban contra rompehuelgas. En referencia a una noticia que presentaba a un numeroso grupo de mujeres armadas con palos (que habían herido al maquinista y demás personal de un tren (*La Vanguardia* corrigió que "averiguado oficialmente el hecho resultó ser inexacto, sobre todo teniendo en cuenta que en este tren viajaban ocho agentes armados" (LV, 15/8/1917).

El periódico socialista intentó, sistemáticamente, desmitificar la imagen de violencia que se asociaba a la participación de las mujeres. Si las mujeres se veían involucradas en enfrentamientos armados era sólo para defenderse de la represión estatal. Más que incitar a la violencia, las mujeres eran vistas como víctimas de la represión por parte de la policía y de las tropas nacionales. Así, por ejemplo -frente al atropello de un escuadrón- informaba *La Vanguardia* que un grupo de militantes debió "repeler la acción a pedradas" cuando se encontraban convenciendo a señaleros de plegarse al paro en las líneas del Ferrocarril de la Compañía General (LV, 21/9/1917). Lo mismo ocurrió cuando en los alrededores de los Talleres del Central Córdoba, en dicha ciudad, fueron atacadas por soldados de línea que hicieron una descarga de fusilería (LV, 21/9/1917).

Estos intentos por cuestionar la veracidad de las noticias de la prensa "burguesa", no le impidieron a los socialistas reconocer que existieron manifestaciones de mujeres "palo en mano" (como en el

caso de los alrededores de los Talleres del Central Argentino en Rosario) al igual que acciones de intimidación destinadas a detener la circulación de los trenes (LV, 11/8/1917). Pero significativamente, *La Vanguardia* insistió en dejar en claro que (lejos de amedrentarse ante la virulencia de las mujeres) los pasajeros respondieron descendiendo de los coches para dar "ánimo a los huelguistas." (LV, 13/8/1917). Es decir, la presencia activa de la mujer (en vez de radicalizar el conflicto tal como lo proponía *La Prensa* y *La Época*) servía para generar adhesiones entre el sindicato y el público usuario.

No cabe duda que, con este comportamiento, la acción femenina contribuía a reforzar la legitimidad de los reclamos y hablaba de la respetabilidad de la familia trabajadora. No menos importante era que daba cuenta de la capacidad y civismo de las mujeres para participar en la esfera pública. Como lo resumía en uno de sus editoriales el periódico socialista, "lo que más relieve da a este movimiento, lo que es más sublime por lo que significa, es la participación activa en él de las mujeres." (LV, 18/8/1917. El subrayado es mío). Al cuestionar los supuestos sobre la diferencia sexual que informaban tanto a *La Prensa* y *La Época* como a los de *La Protesta*, en consecuencia *La Vanguardia* conseguía articular una imagen de la mujer de las familias obreras alternativa y novedosa.

5. Las mujeres en el espacio público: ¿muestra de una utopía igualitaria, símbolo de desorden o preanuncio de la ciudadanía posible?

Como se ha demostrado, todos los periódicos destacaron la participación de las mujeres durante la gran huelga ferroviaria, pero difirieron notablemente en sus representaciones de las militantes. ¿Qué significaban estas discrepancias? Puede argumentarse que esas diferentes imágenes del activismo femenino conllevaban distintos juicios de valor sobre la capacidad de las familiares de los trabajadores para actuar como sujetos políticos en un sentido amplio, ya fuera para ejercitar sus libertades públicas (participando en asociaciones, demostraciones, asambleas, como lectoras o escritoras de diarios y otras expresiones de la vida pública) o bien para ser merecedoras del ejercicio de la libertad política; esto es del derecho a elegir gobernantes y ser elegidas tal como lo hacían sus familiares varones. Que estas contrastantes imágenes de la militancia traían asociado el debate en torno a estas cuestiones lo revelaba un editorial de *La Vanguardia*, en el que se reconocía la importancia de informar la veracidad de los hechos sobre el activismo femenino en la gran huelga, a fin de refutar a "las autoridades" y "la burguesía" que "anatematizan duramente a esas nobles y abnegadas obreras" (LV, 25/9/1917).

Por cierto, los anarquistas no participaron directamente en ese debate ya que sus convicciones ideológicas los conducían a rechazar toda acción política dentro del marco del sistema parlamentario. Desde su perspectiva doctrinaria no resultaba pertinente reflexionar si la participación de las familiares de los ferroviarios daba pruebas de su capacidad para obtener el reconocimiento de sus derechos y deberes cívicos en igualdad con sus pares varones por parte del Estado. Por supuesto que esto no significaba que no se defendiera una participación en el ámbito público igualitaria, tal como lo comprueba su celebración del activismo femenino durante el conflicto.

Como se ha visto, aún compartiendo la concepción sobre la diferencia sexual en la que se inscribían las representaciones de *La Prensa* y *La Época*, los anarquistas difirieron en la valoración del activismo femenino. Su juicio sobre la militancia femenina era, precisamente, el opuesto a dichos periódicos; pues recuperaban las supuestas características esenciales de la feminidad como atributos fundamentales para el triunfo de la acción directa. En este sentido, algunos anarquistas parecían percibir en la participación conjunta de hombres y mujeres en la protesta laboral un ejemplo acabado de que la utopía igualitaria; la cual lejos de ser una esperanza a futuro, era realizable. Al menos así dejaba trasuntarlo

la carta que el ferroviario Ángel Núñez enviara a *La Protesta*. En su opinión, las mejores lecciones de la huelga se manifestaron en el modo en que alrededor de mil personas celebraron su finalización en su ciudad de Trenque Lauquen:

"En la plaza se había alzado la tribuna del pueblo, la cual fue ocupada por todo el que quiso hacerlo, tomando la palabra varios compañeros, compañeras y niñas, y terminando todas las disertaciones con una salva de aplausos espontáneos, pues todos turieron palabras de condenación para los verdugos del pueblo sufriente."(LPro, 27/10/1917).

Esta "tribuna" sólo en apariencia se asemejaba a las organizadas por los manifestantes porteños entre 1860-70. En esos rituales republicanos se respetaban las jerarquías sociales y sexuales, tal como lo evidenciaba el hecho de que las mujeres figuraban exclusivamente entre el público y el lugar de oradores le cabía a intelectuales, periodistas y aspirantes a referentes políticos.[28] E n cambio, esta "tribuna del pueblo" sugería que la fraternidad entre sujetos distintos -ya fuera por su sexo o edad- era factible en tanto sus diferencias no justificaran, en modo alguno, ningún privilegio a la hora de ejercer su derecho a expresarse. Más aún, era evidente que todos -a pesar de sus diferencias- compartían un lenguaje común para condenar a los explotadores y manifestar su solidaridad incondicional con el pueblo explotado. Tras haber participado de esta experiencia, este anarquista ferroviario entendía que al comenzar aquel día:

"La sociedad futura podemos decir que la hemos vivido en aquellos momentos en todo fue concordia. A quien quiso hablar se le escuchó, quien quiso cantar cantó, bailó quien turo voluntad y todos juntos gozamos los caracteres con un mismo deseo de amor y libertad." (LPro, 27/10/1917).

Desde esta perspectiva, la huelga había triunfado en tanto había permitido que la unidad dentro de la propia comunidad obrera se fundara en el respeto y la valoración de diferencias antes que en la superación de las mismas. Según lo ilustra la carta de Ángel Núñez, la militancia femenina testimoniaba que la utopía igualitaria con la que los anarquistas soñaban era perfectamente realizable. En el curso de la protesta laboral se fortalecían entonces una serie de modos de acción política de las familias obreras, que conformarían lo que algunos investigadores han definido como esfera pública radical. No obstante, conviene recordar que (pese a la opinión favorable de algunos anarquistas y sus principios doctrinarios) cuando las mujeres libertarias llevaron adelante de manera sistemática este tipo de prácticas -como lo ilustran los intentos de publicar sus propios periódicos- no sólo no se encontraron con el debido apoyo sino que incluso debieron enfrentar críticas y recelos.[29]

Si mientras para algunos anarquistas la presencia de las mujeres de familias trabajadoras en las calles era un signo de la utopía posible, para *La Época* o *La Prensa* constituía un símbolo de desorden. En las páginas de ambos diarios, como ya hemos anotado, se representaba a la mujer de clase trabajadora como un sujeto carente de los atributos necesarios para adquirir y ejercer los derechos de la ciudadanía política en una nación moderna. Sin lugar a duda, la presencia de las mujeres en las calles no constituía, una expresión de modernidad sino de atraso. Desde la óptica de dichos diarios, las acciones de las mujeres de las familias trabajadoras estaban rodeadas de un primitivismo y rusticidad que no caracterizaba a los ferroviarios. Por cierto, ambos pe-

[28] Cf. Hilda Sabato, *La Política en las Calles* , capítulo 7.

[29] Sobre los resquemores que desde el propio anarquismo surgieron a las iniciativas de las mujeres libertarias en su lucha simultanea por la emancipación personal y social, cf. Pablo Ansolabehere, "La voz de la mujer anarquista" , *Revista Mora*, n. 6 julio (2000), págs. 109-19 y Dora Barrancos, "Mujeres de 'Nuestra Tribuna' : el difícil oficio de la diferencia", *Revista Mora* n. 2, noviembre 1996, págs. 125-43.

riódicos informaban sobre peleas entre hombres huelguistas y rompehuelgas donde no faltaba la violencia, no sólo el uso de los puños sino también de armas, como cuchillos y revólveres. Pero, sólo sus familiares mujeres -y no éstos- formaban parte de los grupos armados con "garrotes" que recorrían las calles con actitud amenazadora. Aunque no se explicaba el porque de este estilo tradicional de participación, este apasionamiento y virulencia tendía a atribuirse a las características "esenciales" de la naturaleza femenina.

A pesar de la efectividad de las imágenes utilizadas por los diarios, el significado de la peligrosidad de las acciones colectivas femeninas no resulta evidente, sobre todo si se advierte que los perjuicios concretos causados por las mujeres fueron escasos. Puede argumentarse que las acciones de las mujeres no atemorizaban tanto por el daño físico o material que pudieran ocasionar, sino más bien porque transgredían jerarquías sociales y de género sobre las que se basaba la autoridad en el mundo público fuera en el ámbito laboral o en el de la política. En este sentido, la publicidad concedida a los supuestos abusos competidos por un grupo de huelguistas contra un inspector de locomotoras del Ferrocarril Oeste resulta reveladora. Este episodio se conoció al publicarse en los diarios una carta del representante legal de dicha compañía al Ministro de Obras Públicas, en la cual le solicitaba que iniciara acciones penales contra la comisión de huelga acusada como responsable.

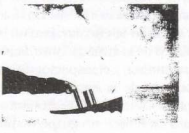
Al caer la tarde del 9 de octubre, una manifestación de unos mil huelguistas, acompañados por mujeres y niños, detuvo un tren que intentaba arribar a la estación Liniers. A su cargo se encontraban un mecánico de la armada, que ofició de maquinista, y el inspector de locomotoras de la empresa, el señor Jones. Cuando éste regresaba a su casa en Flores, un grupo de huelguistas lo obligó a trasladarse al local de la Federación Obrera Ferrocarrilera donde (luego de destrozarle la ropa y tironearlo de los brazos y piernas) se lo forzó a subir al escenario, a arrodillarse en un banco y "jurar que no subiría a ninguna máquina durante la huelga". Por último, "se le obligó a sentarse en el escenario teniendo que soportar los insultos de unas cuarenta mujeres que desfilaron a su alrededor escupiéndolo". Todo concluyó cuando un obrero intercedió en su favor y miembros de la comisión de huelga lo acompañaron a su casa a las ocho de la noche. Haciéndose eco de la posición del representante legal de la empresa, *La Época* y *La Prensa* calificaron al episodio como una verdadera injusticia (LP, 10/10/1917).

El hecho ponía en evidencia la gravedad de la crisis de autoridad empresarial en las compañías ferroviarias. En este episodio, los huelguistas y sus familiares mujeres lograron cuestionar exitosamente el paternalismo industrial, al impugnar el poder de un jefe a quien la compañía consideraba (tomando textualmente las frases de su representante legal) un "empleado competente y correcto, que no despierta sino simpatías entre su personal por la corrección de sus procederes". Asimismo, advertía la carta enviada al Ministro, "si bien extranjero de origen, esta casado en el país y tiene varios hijos argentinos"; es decir que era un inglés de 53 años, residente casi durante toda su adultez en Argentina (LÉ, 10/10/1917 y LP, 11/10/1917). En suma, desde la perspectiva de la compañía, se trataba de un hombre ejemplar, un empleado valioso por sus calificaciones y condiciones para la jefatura, casi un ciudadano argentino e inclusive un buen padre de familia. Para la administración del Ferrocarril Oeste, era de suponer que el inspector Jones (verdadero modelo de autoridad sobre el que se cimentaba el paternalismo industrial) no podía menos que merecer respeto y reconocimiento. Es sabido que los industriales concibieron la crisis del paternalismo como el resultado de la presencia de actores ajenos a la "familia" industrial: los agitadores profesionales y los agentes estatales interesados en regular las relaciones laborales.[30] En la gran huelga ferroviaria de 1917, las militantes femeninas pueden ser consideradas como otro de estos actores ajenos a la familia industrial, cuya intromisión en el mundo del trabajo alteraba -según

[30] Fernando Rocchi, "Un largo camino a casa: Empresarios, trabajadores e identidad industrial en la Argentina, 1880-1930" en Juan Suriano (comp.) op.cit.

las administraciones ferroviarias- la armonía en las relaciones entre empresarios y trabajadores. Su militancia probablemente constituyó la peor pesadilla para las compañías porque el activismo femenino interfería en un mundo de códigos y solidaridades exclusivamente masculinas. Nada más extraño, impropio y por lo tanto motivo de indignación para un jefe ferroviario que su autoridad en la "familia ferroviaria" -formada en su mayoría por hombres- se viera menoscaba por el desprestigio público resultado de una acción llevada adelante, no ya por los propios trabajadores, sino por sus familiares mujeres.

La peligrosidad de la militancia de las trabajadoras en la huelga radicaba, entonces, en que sus acciones confrontaban la honorabilidad masculina sobre las que se basaban los principios de autoridad y el orden público en la sociedad argentina de principios de siglo XX. Una vez más, así como se denunciaba las ofensas de las mujeres a empleados y jefes de las compañías, *La Prensa* y *La Época* condenaban su irreverencia en el trato con las autoridades estatales. Sobre la deplorable recepción que los manifestantes ubicados a lo largo de las vías en Rosario daban a las arengas militares, *La Prensa* lamentaba con consternación que "los jefes y oficiales del ejercito no son respetados, y sus consejos provocan hilaridad." Aclarando además que "en los desordenes que se producen son las mujeres y los chicos los que hacen frente a las tropas; los niños gritan a los conscriptos que no hagan fuego contra sus madres" (LP, 16/8/1917).



En síntesis, la representación de la militancia femenina de *La Prensa* y *La Época* estaba fuertemente influenciada por una concepción de la diferencia sexual que atribuía sólo a los hombres las características necesarias para el ejercicio de las libertades públicas. Desde la óptica de estos periódicos, la actuación de las mujeres de familias obreras en la protesta representaba una evidencia acabada de la inadecuación de éstas a los modos de acción políticos civilizados que debían, en teoría, practicarse en una república moderna.

En este sentido, las visiones encontradas que la prensa liberal (*La Prensa* y *La Época*) mantuvieron frente a la interpretación de *La Vanguardia* ilustran sobre una dimensión poco conocida del debate, en torno a la participación política de los sectores populares tras la sanción de la ley Sáenz Peña. Se ha argumentado que la movilización laboral durante el primer gobierno de Yrigoyen exacerbó el escepticismo sobre la eficacia de la ley electoral y el sistema político representativo para transformar a los trabajadores en ciudadanos.[51] Sin duda, en sus descripciones del activismo femenino, la prensa liberal no hacía sino incrementar esos temores al presentarlas como instigadoras de la violencia. De este modo, se le negaba a la mujer de la familia trabajadora los atributos básicos para merecer el derecho de la representación, así como la capacidad para ejercer el goce de las libertades públicas.

[51] Mathew Karush demostró que los conflictos laborales –particularmente la huelga de 1917- impactaron negativamente sobre la confianza de la elite política para incorporar a los trabajadores a través del sistema electoral, canalizar el conflicto obrero y transformar a los trabajadores en ciudadanos. Su convincente análisis deja de lado, sin embargo, la cuestión de la incorporación política de las mujeres trabajadoras durante el período radical, en *Workers or Citizens. Democracy and Identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2002.

Por su parte, fueron los socialistas quienes se propusieron cuestionar deliberadamente a la prensa liberal. A diferencia de los anarquistas, lo hicieron desafiando la ideología de género dominante en la sociedad patriarcal, que sobre la base de la diferencia sexual le asigna a la mujer como función "natural" la maternidad y el cuidado del hogar. En un editorial de *La Vanguardia*, el periodista insistía en afirmar que las mujeres eran capaces de "funciones más elevadas" que los "quehaceres domésticos y la procreación mecánica". En contra de quienes calificaba como "espíritus fosilizados" (estos son escritores reaccionarios y los apóstoles de la Iglesia) los socialistas reconocían que la mujer trabajadora podía optar por el control de la natalidad y a su vez desempeñar actividades en el mundo público, juzgadas más enaltecedoras, como educarse y participar en política.

No sólo eso, con respecto a la cultura política de las mujeres, el editorial destacaba la doble experiencia de éstas como trabajadoras y "administradoras del hogar." Por una parte, ellas también eran víctimas de la explotación en los talleres (al sufrir los abusos de capataces "inhumanos y groseros") que las conducía al "abandono y la prostitución." Por otra, la experiencia en el hogar las hacía concientes de lo escaso e inseguro del salario del trabajador y de las quejas de sus esposos por las injusticias y exceso de trabajo. En suma, tanto por sus capacidades como por su experiencia como madres y trabajadoras, las mujeres estaban perfectamente dotadas para convertirse en ciudadanas.

Desde esta perspectiva, la participación de las mujeres en la gran huelga representaba un paso significativo en el camino hacia la modernidad social y política. No es casual que el artículo concluyera destacando las lecciones que las sufragistas inglesas podían ofrecer a estas mujeres al dotarlas de un modelo de organización femenina y acción colectiva para la defensa de sus propios intereses. Tras haber realizado una importante experiencia en el ámbito público por su participación en la protesta laboral, las mujeres de familias obreras -según *La Vanguardia*- podían continuar en su camino de emancipación en pos de la lucha por sus propios derechos y la expansión de la democracia en el país. De esta manera, los socialistas lograban representar a estas militantes como ejemplos de la nueva obrera emancipada, una versión anticipada y alternativa de la nueva mujer moderna que surgía a partir de los cambios en la sociedad industrial.[32]

Para concluir, más allá de los juicios divergentes que la militancia femenina provocaba, lo cierto es que al participar en la gran huelga de 1917 las mujeres actuaron sin limitaciones en el ámbito público y ejercieron sus derechos a reunirse, debatir y peticionar a las autoridades en nombre de las necesidades del hogar proletario. Mientras ellas hacían política en las calles, la prensa liberal, por su parte, depositó en el activismo femenino sus profundos temores frente al conflicto social y a la redefinición del patriarcado. Por otra parte, en cambio, los periódicos de izquierda reforzaron su convicción en la realización de una utopía igualitaria o su confianza en la construcción de una comunidad política que reconociera a hombres y mujeres iguales capacidades y derechos.

[32] Nancy F. Cott, "The Modern Women of the 1920s, American Style" en Francoise Thébaud, (ed.) *A History of Women in the West*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1994.

Identidad, cuerpo y mutación.

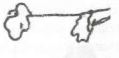
Las columnas periodísticas de Alfonsina Storni en *La Nación*[1]

Tania Diz*

Resumen

Alfonsina Storni escribe crónicas femeninas en dos etapas consecutivas. La primera es la que comienza en la revista La Nota, el 28 de marzo de 1919 y llega hasta el 5 de marzo de 1920. La segunda abarca desde el 11 de abril de 1920 hasta el 31 de julio de 1921, en el diario La Nación. En este trabajo me dedicaré a esta última etapa cuya característica central es el uso del seudónimo Tao Lao. En la construcción de cada personaje urbano, el cuerpo se constituye en soporte de la ideología de género basada en el control de la sexualidad y su organización social, por medio del casamiento y la institución familiar. He recorrido los principales tipos femeninos de los textos para mostrar la resistencia storniana a las tecnologías de género hegemónicas, marcada esencialmente por la parodia y la ironía.

Palabras clave: tecnologías de género, cuerpo, crónica femenina, periodismo.



Abstract

Alfonsina Storni writes femenine articles in two consecutive stages. First it is the one that begins in the magazine La Nota , the 28 of March of 1919 and arrives until the 5 from March of 1920. The second goes from the 11 of April of 1920 to the 31 of 1921 July, in the newspaper La Nación. In this work I will focus to this last stage which main characteristic is the use of the pseudonym Tao Lao. In the construction of each urban personage, the body becames the in support of the ideology of gender based on the sexuality control and it's social organization, by means of the marriage and the familiar institution. I went through the main feminine types of texts to show the Storni's resistance the hegemonic technologies of gender, essentially point it by parodia and the irony.

Keywords: technologies of gender, body, women's columns, journalism.

* Universidad Nacional de Rosario (UNR), Facultad de Humanidades y Artes, Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres (CEIM).

[1] Este artículo es parte de mi tesis de maestría "Mujeres del S XX: niñas inútiles, chicas-loro y dactilógrafas perfectas. Tipos femeninos en la prosa periodística de Alfonsina Storni", dirigida por Nora Domínguez y realizada en la maestría "El poder y la sociedad desde la problemática de género", Universidad Nacional de Rosario (UNR), Facultad de Humanidades y Artes, Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres (CEIM).

"Esa mezcla de hombre y de mujer, la momentánea prevalencia de una sobre la otra, solía dar a su conducta un giro inesperado. Por ejemplo, las mujeres curiosas se preguntarán: si Orlando era mujer, ¿cómo no tardaba más de diez minutos para vestirse? ¿Y no están sus trajes elegidos a la buena de Dios y a veces hasta raídos? Sin embargo, le faltaba la gravedad de un hombre, o la codicia de poder que tienen los hombres."

Orlando, Virginia Woolf

Introducción

Orlando (no) es hombre y (no) es mujer, su cualidad es la mutación. Un efecto análogo logra, a través de Tao, Alfonsina Storni en las columnas femeninas que escribió para La Nación, por la década del '20. Justo cuando una heterogénea producción discursiva se ocupó de determinar los misterios de la feminidad. La medicina exploraba los cuerpos e interpretaba las conductas, el periodismo describía y juzgaba los extraños movimientos de las mujeres y la literatura creaba personajes inolvidables como las costureritas de Carriego, las dactilógrafas de Olivari... Mientras tanto, Storni conocía el éxito con sus libros de poemas y se dedicaba al periodismo y a la docencia.

Alfonsina Storni escribe crónicas femeninas en dos etapas consecutivas. La primera es la que comienza en la revista *La Nota*, el 28 de marzo de 1919 y llega hasta el 5 de marzo de 1920. La segunda abarca desde el 11 de abril de 1920 hasta el 31 de julio de 1921, en el diario *La Nación*. En este trabajo me dedicaré a esta última etapa. Desde el punto de vista del soporte tecnológico, el salto de Storni hacia *La Nación* es notable: de una revista semi-intelectual, escrita entre amigos, como *La Nota*; pasa a escribir sus crónicas femeninas en uno de los diarios más emblemáticos de nuestro país, creado por Bartolomé Mitre en el siglo XIX.

El diario *La Nación* (luego del Centenario de la Revolución de Mayo quedó instalado) junto con *La Prensa*, como uno de los más tradicionales de una Buenos Aires en cambio constante. En 1920, los subterráneos ya llevan siete años de funcionamiento, los varones han empezado a practicar el voto universal y las mujeres (excluidas de ello) reclamaban su derecho al ejercicio ciudadano. A su vez, el impacto de la Primera Guerra influyó bastante en las mentalidades porteñas e impuso las noticias internacionales sobre las nacionales. Como afirman José Luis Fernández y otros, (Fernández, et. al. 2002) los medios gráficos que provenían del siglo XIX, como es el caso de *La Nación* estaban marcados por la etapa positivista y romántica de 1880 cuando los periódicos respondían a un modelo hegemónico de carácter contenidista como una clara voz doctrinaria de la élite gobernante. Los cambios en la prensa, respecto de la gráfica y la heterogeneidad ideológica comenzaron, según Steimberg y Traversa (Steimberg-Traversa, 1997), con la aparición de *La Razón* en 1905. Y poco a poco, *La Nación* fue incorporando ciertas modificaciones especialmente en el uso de la fotografía. Es significativo que el nuevo estilo gráfico dominaba en las revistas mucho antes de que llegue a los diarios, de ahí que revistas como *La Nota* o *Caras y Caretas* se adhirieran al *art noveau*.

Storni se hace cargo de una columna, *Bocetos Femeninos*, que se publica en el suplemento dominical del diario, dedicado a la mujer moderna. En estas páginas aparecen reportajes a especialistas en medicina infantil, artículos acerca de las nuevas tendencias de los vestidos europeos, aniversarios de quinceañeras, consejos sobre los cuidados del bebé, los deberes de la madre joven o las estrategias para lograr un buen maquillaje. En su mayoría son artículos femeninos, dirigidos hacia "nuestra estimada lectora", al estilo de los artículos funcionales a las tecnologías de género dominantes. Y entre estas notas se encontraba una larga y angosta hilera de vocablos bajo el título de *Bocetos Femeninos* y con una extraña firma, Tao Lao. La lec-

tora del suplemento se halla muy cerca del modelo hegemónico de mujer, relacionado con la domesticidad, el casamiento y la crianza de los hijos. Quizá por ello en esta etapa, Storni se dedique, casi exclusivamente a los tipos femeninos y acentúe la potencialidad irónica y paródica de estas figuras.

Aparte de estas páginas del suplemento dominical, en el diario aparecían páginas de publicidad para mujeres como ocurre con la llamada "Página 43" en la que (bajo el auspicio de Piccardo y cía.) se publicaban artículos tales como "Para las madres" con consejos sobre la crianza de los niños o "Cómo defender el cutis contra la acechanza del taller y de la casa" o "La mujer y el hogar: el baño. Sobre las ventajas del baño diario en la mujer", textos similares a los que ya hemos analizado que intentaban actuar y disciplinar sobre las conductas femeninas.

Las crónicas de Storni están mayormente firmadas por Tao Lao, que es un enunciador claramente identificado con el sexo masculino, dueño de un tono paternal apenas atenuado y que ve circular a las mujeres por la ciudad o alguna institución educativa o comercial.

Las mutaciones de Tao Lao

Tao Lao era una máscara, una forma del "como si" en la que Storni apuntaba a desmontar la dicotomía de género existente en los artículos femeninos. Estos textos tenían en común lo que Foucault denominó como voluntad de verdad; ya que pretendían educar, informar y ayudar a las mujeres a constituirse en la mujer. En este espacio, Storni con el seudónimo ponía en escena la ficcionalización del enunciador, señalando una subversión básica en el seno de la verdad: el sujeto productor de un discurso. Incluso en una de sus crónicas, "Las casaderas", culmina con la auto-representación de Tao:

"Quisiera conocer la opinión del mayor número, con promesas de absoluta reserva, pues según lo ha colegido una de mis asiduas lectoras, peino canas (no muchas, ¿eh?) y cargo viudez por la vez tercera, experiencia ésta que me permite conocer a fondo los divinos "travers" femeninos. A pesar de los cuales ¡oh enigma masculino! estoy buscando esposa por la cuarta vez." (Tao Lao, 8-8-1920:4)

El seudónimo Tao Lao ha sido asociado, por la crítica literaria, a un nombre chino siendo Tao equivalente a camino y Lao equivalente a viejo (Galán - Gliemmo, 2002: 167). Por lo cual en principio podemos aceptar que es un viejo chino, sabio y conocedor de los temas femeninos como señaló, Gabriela Mizraje (Mizraje, 1999). Así se construía este enunciador que se constituyó en la clave transgresora de las crónicas. En varios trabajos críticos sobre literatura escrita por mujeres se hace mención al uso del seudónimo por parte de éstas para publicar porque les estaba prohibido escribir, al menos, estaba mal visto en razón de su sexo (Auza, 1988: 41). Dada su presencia pública, esta no es la razón que mueve a Storni, tampoco es su intención ocultarse ya que al menos tres crónicas de esta columna están firmadas por ella misma (Storni, 17-7-1921; 11-7-19209; 01-1921). Más bien es un modo de introducir una ficción lúdica, una forma de narrar singular que se distancia de lo establecido. La voz enunciadora se descentra, no es del todo femenina ni masculina, se enmascara de diversas maneras según se lo exija el relato. Así será neutra en las referencias al voto femenino, será masculina al describir a las dactilógrafas y a las profesoras, desaparecerá para dejar conversar a las señoras en "Tijereteo". A diferencia de las aguafuertes arltianas que poseían una asimilación notable entre el yo que narra y Arlt, Storni deja armarse y desarmarse a la voz narrativa de tal manera que resulta imposible formar una imagen homogénea o fija de ésta.

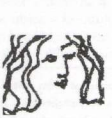
En cuanto a la dimensión semántica del seudónimo, *Tao* forma parte del título de unos de los libros fundamentales de la filosofía china que concentra un conjunto de ideas acerca del mundo del obrar y el comportamiento humano y *Lao* es el nombre del autor de este texto. No podría afirmar que Alfonsina Storni haya conocido este libro, si bien es posible ya que la primera traducción al español apareció en Buenos Aires en 1916, editado por "Ediciones mínimas". Incluso, el traductor del francés al español es Edmundo Montagne (Montagne, 1985) quien, en el prólogo de una edición más actual, recuerda la importante divulgación y el éxito que este libro tuvo en su momento entre los intelectuales porteños. De todas maneras, más allá de la anécdota, veamos la riqueza semántica que posee el Tao de Lao-Tsé en relación a la ficcionalización del autor y el descentramiento en cuanto a la visión dicotómica de las identidades de género.

Las palabras Tao Lao invocan, entonces, un libro fundacional de la filosofía china, lo que nos lleva a pensar en tierras lejanas y extrañas. Emerge del nombre una figura exótica, distinta a las usuales imágenes del extranjero vinculado con los sectores inmigrantes generalmente marginados, o con la fuente de conocimiento como era el caso del intelectual europeo (Viñas, 1971).

En este caso lo extranjero significa lo exótico, lo más ajeno posible a la cultura occidental y cristiana que se está afianzando en el país: Oriente. Y Tao Lao aparece en el espacio destinado a aconsejar a las mujeres y afirmar cómo son y qué deben hacer desde un lugar de saber tradicional para la sociedad occidental: la verdad, sostenida por el discurso científico, fundamentalmente.

El nombre completo del libro chino es Tao-te King. Tao (o *dau* según una traducción más fiel al original) que significa la sustancia de todas las cosas y, a la vez, la norma que preside el movimiento y la mutación. Por eso, usualmente es traducido como camino. El Tao es la fuerza ordenadora que empieza a manifestarse por sí misma en el vacío inicial, antes de que existan el cielo y la tierra. Te es la fuerza del tao (*dau*), su manifestación y las normas particulares de cada cosa. King (o *Guing*) significa libro en sentido de obra clásica.

El uso de un seudónimo supone un ocultamiento del origen o del autor de lo que se escribe, tal como el sabio que según Lao Tsé, no se muestra "[...] y así se torna visible; no quiere tener razón /y así su razón resulta manifiesta/ no insiste según sus méritos/ y así crea cosas realmente meritorias." (Zuviría, 2003:82)



Y más adelante afirma: "Pronto comprendemos que el sabio, en el sentido de *daudeguing*, adopta ante los hombres, y ante la vida en general, una actitud antipolémica, de cuño nihilista, diametralmente opuesta a lo que en occidente ha sido el ideal heroico de la vida expresado por Séneca en la sentencia estoica 'vivir es combatir.'" (Zuviría, 2003:83). Justamente, la actitud del Tao Lao de Storni es dejar la polémica de lado para camuflarse en una apariencia masculina y, desde allí, por medio de la ironía, subvertir aquellos enunciados considerados verdades y dejar que la razón se manifieste.

Antes de demostrar cómo, en los textos de Tao Lao, se intentaba desmantelar la dicotomía femenino-masculino, no quiero dejar de citar cuál es la visión del filósofo chino respecto de este tema. Lao Tsé sostiene que "el mundo de los opuestos le parece una consecuencia lamentable de la lejanía en la que se halla el hombre respecto de la unidad originaria, identificada con el reino del dau. Es así como para volver a morar en ese reino, el hombre debe empeñarse en la búsqueda incesante de la simplicidad y en el abandono progresivo de toda forma de oposición." (Zuviría, 2003:86). Se lee una visión negativa de la oposición que es, sin duda, el concepto troncal de la construcción hegemónica de las diferencias de género que establece que lo femenino es aquello complementario y opuesto a lo masculino.

Mujeres que trabajan: manicuras y dactilógrafas

Numerosas razones histórico-sociales hicieron que las mujeres se incorporaran al mundo del trabajo.[2] Dora Barrancos afirma que

"[...] el período de entreguerras fue, desde todo punto de vista, una larga transición para la condición femenina en general; pero especialmente para las muchas mujeres que llevaron adelante tareas productivas en el seno del hogar y sobre todo para las que lo abandonaron a fin de ejercer empleos, suspendiendo así el duro mandato de las devociones a la familia. Durante este período se expandió el trabajo femenino en el magisterio, los servicios, las casa de comercio, la manufactura y la industria. Cada uno de estos espacios resultó un campo de ejercicios de sociabilidad ente ambos sexos, a lo que se unió una gran diversidad de nuevos ámbitos para el esparcimientos, desde confiterías hasta clubes y estaciones de vacaciones, con una marcada expansión de los medios de comunicación, especialmente la radio y el cine." (Barrancos, 1999:223)

Más particularmente, Graciela Queirolo (Queirolo, 2004) contextualiza históricamente las crónicas de Storni, describiendo las contradicciones que generaba en la sociedad el ingreso masivo de las mujeres al mundo laboral: fábricas, talleres, servicio doméstico, empleadas (telefonistas, maestras, dactilógrafas) y también el trabajo domiciliario o a destajo.

En *Bocetos femeninos*, las trabajadoras ocupan una serie significativa en la que Storni ironiza respecto de la asociación entre éstas y la emancipación femenina, dejando huellas de las situaciones laborales precarias de las mismas. Con el fin de demostrar lo antedicho y examinar la desarticulación de las tecnologías del género, me abocaré a las dos crónicas más significativas: "Las manicuras" y "La perfecta dactilógrafa".

"Las manicuras" de Tao Lao, texto característico de la lógica androcéntrica ya que habilita el pensamiento dicotómico que establece la metonimia entre mujer y cuerpo. De esta manera la mujer queda fusionada a la naturaleza, a la sexualidad, al mundo de lo sensible y se le asigna un espacio, el privado. En esta lógica el varón es considerado parte activa de la cultura, asociado a la inteligencia y su lugar está en el ámbito público.

El enunciador es masculino, paternal y cómplice y se dirige a sus bellas lectoras para argumentar la idea de que el oficio de la manicura es femenino porque exige poca imaginación. En "Acuarelistas de pincel menor", el mismo enunciador visita un taller en el que hay muchas jóvenes que se dedican a pintar diferentes partes de tarjetas, a veinticinco centavos. En la primera frase, "Glorifiquemos la acuarela [...] pintura inestable, femenina y discreta [...]", ya aparece una cierta exageración respecto de la acuarela, seguida de la justificación de la innegable feminidad de esta técnica: discreta, inocente, cómplice. La ironía surge tenuemente

[2] Para ampliar este tema, puede consultarse: Barrancos Dora. "Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras", en Devoto Fernando, Madero Marta (directores). *Historia de la vida privada en la Argentina, tomo 3, La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*. Bs. As., Taurus, noviembre 1999. Feijóo, María del Carmen. "Las luchas feministas"; en *Revista Todo es Historia* nº 128. Buenos Aires, enero 1978. Nari, Marcela. "Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad, y el debate médico, 1890-1940". en Lobato, Mirta (editora). *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en La Argentina*. Bs. As., Editorial Biblos, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996. Feijóo, María del Carmen. "Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo"; en Armus Diego (compilador). *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

por la exageración adjetival y en las comparaciones carentes de pertinencia como la siguiente:

" Yo hago los cielos de una sola pincelada; así/ me informó mientras el ágil pincel se corría sobre la tela con real elegancia. //¡Ah bella acuarelista!/ me permití decirle /en ello os parecéis a Jehová.// Él los hizo de una sola palabra;/ vos lo hacéis de una pincelada... pequeñas diferencias //" (Tao Lao, 25-4-1920: 4)

En "Las manicuras", Tao comienza por señalar las cualidades de las manos para afirmar:

"No me negaréis, que, a ser joh, bellas lectoras! una minúscula célula, quisierais hallaros formando parte de los ojos y de las manos, destinados a las más exquisitas funciones humanas. Recordad, si no, aquella frase del hosco Quiroga, quien apretando deliciosamente la mano de una dama hizo florecer su brusquedad en una sentencia galante: 'El amor, señora, entra por el tacto'. Y eso que ignoro si la bella mano provocadora de galanterías había sufrido el toque mágico de una manicura, oficio grato a la mujer, acaso por afinidad con las perezas del sexo que elige de preferencias tareas que exigen poco desgaste cerebral y fácil ejecución." (Tao Lao, 11-4-1920: 4)

Este párrafo encierra varios aspectos que querría resaltar. En primer lugar: la jerarquización corporal fundada en un criterio amoroso-masculino; ya que se privilegia el gusto del varón sobre el cuerpo femenino. Esta justificación viene acompañada de un guiño que ubica en el centro de la afirmación a Alfonsina Storni. ¿Acaso "el hosco Quiroga" no hace mención a Horacio Quiroga relacionándolo, justamente, con una frase cargada de sensualidad?[3]

Por último, Tao encuentra la razón por la cual la manicuría es el oficio preferido por las mujeres: la pereza mental del bello sexo.[4] Las manicuras quedan embebidas en adjetivos elogiosos, pero permanecen en la corporalidad misma de las manos: débiles, blandas, pequeñas. El argumento es tradicionalmente androcéntrico, sólo una palabra parece inadecuada: la elección que ubica a las mujeres (en este caso manicuras) como sujetos responsables de la profesión realizada, evadiendo el asiento de estos argumentos en la biología. Dice Tao: "[...] oficio grato a la mujer, acaso por afinidad con las perezas del sexo que elige de preferencias tareas que exigen poco desgaste cerebral y fácil ejecución." (Tao Lao, 11-4-1920: 4).

Este supuesto de que son las mujeres las que eligen tareas fáciles o devienen en niñas inútiles estaba presente en la columna de *La Nota*. De hecho, Storni, se opone al sufragio femenino por que son las mujeres las que no están preparadas para ello; posición que coincide con la crítica a la comodidad del noviazgo de Herminia Brumana. Esther Walter también centra el problema en la mujer, al detenerse en la educación que las madres transmiten a las hijas. O sea que, mientras se luchaba por la igualdad de derechos, también se ponía en crisis la subjetividad femenina.

Tao Lao recrea un universo en el que las lectoras son bellas tanto como las manicuras; ya que pertenecen al bello y perezoso sexo, mientras los hombres son hoscos y saben calificar a las mujeres. Esta pequeña afirmación se sostiene a lo largo del texto en el que se organiza el sistema de dicotomía genérico

[3] Josefina Delgado en la biografía sobre Storni, dedica todo un capítulo a la relación amorosa entre ambos. Ana Atorresi escribe un libro dedicado a esta relación. Quiroga y Storni se conocen aproximadamente en 1918 y entablan una relación amistosa/ amorosa que durará hasta la muerte de éste. Ver Delgado, J. *Alfonsina Storni*. Buenos Aires, Planeta, 1990 y Atorresi, A. *Un amor a la deriva*. Uruguay, Solaris, 1997.

[4] El enunciado *bello sexo* hace eco con la denominación hegemónica de la identidad de género transversal a los discursos periodísticos, los científicos, incluyendo la crítica literaria.

en donde lo femenino (las mujeres y las actividades que a ellas corresponden) es débil, blando, discreto, gentil, pequeño, bello, prolijo pero vacío de imaginación.[5] Y lo masculino no merece demasiadas atribuciones ya que, sencillamente, es hosco e imaginativo. Con lo cual el espacio de lo masculino es el de la creación y la valuación de lo femenino.

La adjetivación y las analogías establecen una cierta distancia del enunciador respecto de lo dicho; ya que apela a frases que hacen eco en las publicaciones de la época con una sutil exageración -en tanto efecto de la repetición y del lenguaje cargado- lo que pone nuevamente en escena la ironía. Me pregunto si la excesiva adjetivación y el lenguaje barroco que trae tonalidades irónicas, no proviene del manejo que Storni posee del melodrama. Este es un recurso que ha usado en *La Nota*, y que también aparece en *La Nación* con los modos excesivos y cargados de sentimentalidad.

Sobre el final Tao manifiesta su deseo de transmigrar,[6] en una próxima vida, al cuerpo de una manicura pero con su imaginación masculina para poder "investigar manos como quien investiga mundos". Tao propone un juego para devenir andrógino que es la versión inversa de lo que Alfonsina hace al escribir bajo el disfraz del viejo chino. Los recursos de la ficción le permiten a Storni llevar adelante esta fantasía e inventar narradores y zambullirse en el alma de las impersonales, las irreprochables y demás niñas.

En "La perfecta dactilógrafa" desde el título podemos rescatar una intensificación semántica al agregar un juicio de valor ("perfecta"); que, al correr de las palabras, se transforma en irónico por inversión de sentido. En esta crónica Tao se detiene en el estereotipo que las escuelas construyen de las dactilógrafas; ridiculizando la facilidad con la que se puede hacer de una joven, una dactilógrafa.

En esta crónica hallamos un enunciador asexuado que se coloca en observador de estas mujeres con una distancia tan grande que ya no puede dialogar con ellas. Si bien, no pierde la relación con las lectoras, éstas no son bellas ni queridas sino que quedan involucradas en su argumentación por medio del uso del nosotros inclusivo en frases tales como "Pero lo que a nosotros nos interesa no es una clase de dactilógrafas sino la perfecta dactilógrafa [...]" (Tao Lao, 09-1-1920: 1).

Se evidencia así un cambio en la mirada que ya no estará preocupada por las diferencias de género, sino por la misma subjetividad femenina reducida a la preocupación por la apariencia física ante la mirada masculina.

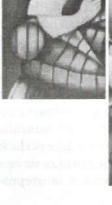
En este caso, apela no tanto a los adjetivos engolados como a las comparaciones irónicas. Compara a la dactilógrafa con un rey, ya que ésta padece de "varios achaques aristocráticos" entre los que se encuentra el de la parálisis de los dedos anular e índice. Destaca en ellas su maquillaje, sus "chispeantes miradas y repiqueteadores tacos", las "manchas de polvo en las blusas". En las primeras frases aparecen adjetivos calificativos que la aniñan ("traviesa") y se relatan atributos puramente corporales o, más específicamente, que dejan huella del trabajo de acicalamiento realizado ("manchas de polvo, pomo de carmín"). La única mención a un aspecto menos físico es la mirada que aparece junto con los tacos, como un adorno más. Con cierta ironía, cierra el párrafo afirmando

[5] Tao Lao en "Las manicuras": "Porque una manicura, cierto es, no necesita de gran imaginación para cumplir con sus elegantes tareas." (Tao Lao, 11-4-1920: 4)

[6] Tao Lao en "Las manicuras": "Por lo que a mi respecta, si en una futura vida me cupiera en suerte trasmigrar el tibio cuerpo de una gentil mujer, elegiría también este oficio blando, discreto, que realiza su tarea en el pequeño saloncito o en el perfumado "boudoir", cuando las femeninas cabelleras caen lánguidamente sobre las espaldas, y los ojos están húmedos de esperanza y un ligero temblor en los dedos descubre a los ojos extraños la inquietud deliciosa del íntimo sueño. Porqué, feliz ser, dotado de la imaginación de mi anterior vida masculina, me daría a investigar manos como quien investiga mundos." (Tao Lao, 11-4-1920: 4)

que el objetivo de este aparente descuido por parte de las dactilógrafas es darle alegría a los porteños.

Tao parodia el tono normativo que aparecía en las revistas respecto de qué debe hacer una mujer (pensemos en los consejos de Mlle. Alice Delycia en *Caras y Caretas* que abusa del imperativo para construir una dama) para ponernos al tanto de las características de una dactilógrafa perfecta. Imitando los manuales, compara a estas damas



con los reyes y finaliza con una serie de instrucciones para quien desee fabricar este tipo de jóvenes:

"Píntesele discretamente los ojos.
Oxigénesele el cabello.
Púlasele las uñas.
Córtesele un trajecito a la moda, bien corto.
Comprímasele el estómago.
Endurézcasele considerablemente los dedos anular y meñique.
Salpíquesela copiosamente de mala ortografía.
Póngasele un pájaro dentro de la cabeza (si es azul, mejor).
Envíesele durante dos o tres meses a una academia comercial. (Hasta de cinco pesos por mes).
Téngasela pendiente de avisos comerciales durante uno, dos o tres años.
Empléesela por poca cosa." (Tao Lao, 09-1-1920: 1).

Un renglón debajo de otro insinúa un relato entre el instructivo y el poema. Una cierta musicalidad en la acentuación de las esdrújulas imita el teclear cortado y rabioso de la máquina y una aceleración del ritmo que va desde el arreglo físico hasta las academias, producen una dactilógrafa. Sutilmente Storni describe la precaria situación laboral de las mujeres (a las dactilógrafas se las emplea por poca cosa, a las acuarelistas se les paga dos pesos por día[7] y las normalistas deben hacer largas colas para conseguir empleo). Así las trabajadoras devienen en máquinas funcionales al mundo laboral que no sólo les exige demasiadas horas de trabajo, sino que también les impone el deber de ser la alegría de los porteños. Roberto Arlt también detecta esta construcción de mujeres en serie que la modernización impone en el mundo laboral, en este caso en los quioscos con "[v]estidos reglamentados, melenas de corte reglamentado, tacos de altura reglamentada. Feas y lindas.". Y, como Storni, concluye que "el cráneo les queda en disponibilidad." (Arlt, 1994:7). Esta imagen de la maquinalización de las mujeres retorna en la poesía de Storni casi veinte años después, con más nihilismo que ironía, en los obreros de las fábricas mohosas del sur de Buenos Aires donde el ritmo monótono del machacar de las máquinas se ha fusionado a un tango lúgubre.[8]

[7] Tao Lao en "Las acuarelistas": "En Buenos Aires, una buena porción de jovencitas, contribuyen a sostener sus hogares ganando con sus fáciles tareas de pintura a la acuarela alrededor de dos pesos por día." (Tao Lao, 25-4-1920: 4)

[8] "Danzón porteño": Una tarde, borracha de tus uvas/ Amarillas de muerte, Buenos Aires,
Que alzas en el sol de otoño en las laderas/ Enfriadas del oeste, en los tramontos, //Ni plegarse tu negro Puente Alsina / Como un gran bandoneón y a sus compases /Danzar tu tango entre haraposas luces/ A las barcazas rotas del riachuelo: //Sus venenosas aguas viboreando / Hilos de sangre; y la hacinada cueva; /Y los bloques de fábricas mohosas, //Echando alientos, por las chimeneas, / De phetos devorados, machacaban / Contorsionados su obsedido llanto. /(Storni,1938:225)

Niñas de Buenos Aires: impersonales, irreprochables y crepusculares

En *La Nación*, las dactilógrafas alegran a los porteños con sus tacos y las profesoras se distinguen por sus trajes. Las costureritas imitan los peinados de las estrellas de cine y caen seducidas por una corbata. Así es como, en Storni, el acicalamiento físico forma parte constitutiva de la subjetividad femenina. En la siguiente serie de crónicas ("La irreprochable", "Las crepusculares", "La impersonal"y"La joven bonaerense") se profundiza la posición crítica de Storni sobre una subjetividad femenina sin otra forma identitaria que la del culto a la apariencia ante la panóptica mirada masculina.

En "La irreprochable", Tao comienza manifestando su adhesión hacia aquella mujer que usaba su tiempo en función de lograr el adjetivo de irreprochable callejera ante los ojos de los otros. Al ir adentrándose en ella, ciertos mecanismos discursivos tales como la ironía en el uso de las comparaciones, nos hace dudar en cuanto a esta adhesión inicial.

Sin necesidad de circunscribirla respecto de su actividad laboral o clase social, y colocándola en un espacio que supera incluso el de la perfección de la dactilógrafa, Tao Lao se dedica a la muchacha irreprochable; aquella niña a la que no se le puede encontrar defecto alguno respecto de su vestir, sus gestos y comportamientos urbanos. En esta crónica se reitera la fusión entre los comportamientos corporales y la vestimenta que se porta; recurso útil para señalar cómo lo corporal, en tanto conjunto de movimientos mecanizados, ocupa (invade) la mente de tal modo que se logra lo que Tao denomina "ausencia de personalidad" o "alma reseca".

La ironía surge por falta de pertinencia al señalar a estas jóvenes como benefactoras de la humanidad.[9] A su vez, este efecto de género incapaz de provocar reproche alguno, supone un trabajo semejante al que aconsejaba Mlle. Alice Delicya para llegar a ser una dama con vida social. Leamos la descripción de Tao:

"Para llegar a este resultado los aceites de nuez. [...] Han inundado durante la noche el pie de cada pestaña. [...] Otras tareas ¿(todas conocidas también)? en uñas, pies, cabello, mejillas, prendas interiores y exteriores, absorben largo tiempo a la irreprochable para salir [...]".(Tao Lao, 5-9-1920: 6)

La ironía se intensifica al producirse este movimiento que va desde lo público a lo privado: la mujer de los movimientos perfectos en las calles, en su hogar invertía una cantidad considerable de su tiempo en reforzar y lograr este efecto. El aparentar ser como la niña de la clase social superior (como indican las revistas o como las estrellas de cine) era un trabajo que ocupaba el tiempo de las mujeres en el espacio privado.

Bajo la mirada masculina, la irreprochable es un blando descanso y en la intimidad de su hogar Tao devela el enorme esfuerzo de la niña por ser lo que el ojo masculino desea ver. Ante esto, el texto continúa con una extensa descripción (y contabilización) de los movimientos que esta mujer[10] realizaba en la calle. Lo que nos hace deducir que (si después de dos años de esta táctica para mantener la irrepro-

9 Tao Lao en "La irreprochable": "Benefactoras de la humanidad son, sin duda, aquellas hábiles mujercitas que se pasan media hora delante del espejo, nada más que para rizarse las pestañas y arquearlas en sentido contrario al globo del ojo.[...] Además, como en Buenos Aires no hay bosques [...] aquellas benefactoras han pensado, son duda, en lo caritativo que resulta proporcionar a la mirada del que pasa el espectáculo feliz de una selva tupida de grandes pestañas, en cuyo centro dos lagunas azules, o verdes, o grises, completan la ilusión de la prodiga naturaleza." (Tao Lao, 5-9-1920: 6)

10 Tao Lao en "Las crepusculares": "Transportan estos zapatos a sus dueñas, dos o tres veces a lo largo de la calle Florida y las depositan frente a las grandes tiendas de vistosos escaparates." (Tao Lao, 30-5-1920: 3)

chabilidad callejera) este fervor estético alcanzara el premio de un esposo, este esposo representaría (en el supuesto que la irreprochable hubiera salido a la calle nada más que dos veces por semana) cerca de 45.000 movimientos "ad-hoc", lo que significa un desgaste muscular, con su correspondiente acumulación de toxinas capaz de despertar el celo literario de cualquier moralizador higienista.

Miradas pendientes de sí misma, imperceptibles movimientos de las manos y los pies, control de los accesorios... Movimientos mecanizados y contabilizados que culminan con la corbata anhelada. Esta lógica desafía a los científicos, se ríe de los higienistas y recuerda la monotonía previsible de algunos trabajos. La irreprochable ha incorporado la mirada masculina y se autocontrola, como si fuera una máquina. La crítica arremete no sólo contra las mujeres que se adecuaban a este modelo, sino también contra los artículos femeninos; que imponían la idea de que la salida al espacio público debía estar medida y tenía por fin el casamiento y la vuelta al ámbito privado.

En "Las crepusculares", las irreprochables pasean por calle Florida, al igual que las niñas de Fanny Pouchan o las frívolas muchachas de Arlt. Un Tao sin marcas de género, describe de qué manera entre las 17 y las 18 horas, ellas corrían hacia las tiendas de ropa en las que alguna mujer vestía el último modelo del momento. Ahora las mujeres mecanizadas devienen zapatos por medio de una singular metonimia.[11]

Como en "Las manicuras", hallamos una superabundancia de adjetivos elogiosos para las mujeres: refinadas, elegantes, espléndidos vestidos. Los zapatos trasladan a las crepusculares hechizadas y el ascensor inteligente completa el recorrido por la tienda.[12]

Florida, como lugar de paseo y de compras de la ciudad, es el lugar predilecto de las niñas irreprochables que deben actualizarse. Según Sylvia Saítta (Saítta, 1994), la calle Florida es el escenario que hace visibles las desigualdades sociales. De maneras bien diferentes y en distintos momentos históricos, Roberto Arlt y Alfonsina Storni dan cuenta de este fenómeno. Para Arlt es una calle despersonalizada: "Yo creo que es la calle más despersonalizada que tiene Buenos Aires. Esa es la verdad, la más conocida e insignificante." (Arlt, 1998: 222); para Storni las despersonalizadas son las mujeres que andan en ella: "La impersonal circula a cada paso por las calles de Buenos Aires, hueca como las cañas, como ellas flexibles al halago, como ellas alargada de inútil orgullo de obscura vanidad" (Tao Lao, 27-6-1920: 4).

Arlt comenta que siempre son las mismas mujeres las que van diariamente a la calle Florida y se pregunta: "¿Qué diablos vienen a buscar todos los días estas mocitas a la calle? Porque se explica un día, dos ¿pero todos los días: invierno, verano, otoño? Se necesita paciencia y plata, sobre todo plata, para atender al desgaste de material rodante quiero decir, zapatos y medias." (Arlt, 1998: 223). Alfonsina Storni no se pregunta qué vienen a buscar estas mujeres, sino qué se interna en las tiendas para describir la fascinación que sienten por el consumo; al punto que se materializan en zapatos y vestidos. Arlt

[11] "El ascensor, que es inteligente, saber que de 17 a 18 deberá detenerse muchas veces en un piso especial" para que ellas puedan ver con sensualidad y fascinación a la mujer que modela.

Finalizada la función, ellas se van "saturadas de ideas para el nuevo vestido de la temporada [...] y se vuelven a sus hogares convencidas, acaso, de que el paraíso es un lugar con ascensores y muñecas lujosas que caminan ondulando[...]" (Tao Lao, 30-5-1920: 5)

[12] Desde el punto de vista lingüístico, la ironía arltiana funciona de la misma manera que la de Storni, incluso el referente es el mismo: los tipos femeninos. La diferencia está en que la ironía arltiana destruye su referente al punto que llega a esencializarlos, en cambio en Storni, la ironía no es destructiva sino que apunta a poner en crisis el referente e impedir la identificación de la lectora con él.

tiene al menos dos crónicas en las que se dedica a la calle Florida: "La calle Florida" y "Encantos de las calles del centro". En esta última, desde el título apela a la ironía[13] para comentar el padecimiento que significa caminar por esas calles a causa de las molestas multitudes de mujeres que miran las vidrieras.[14] Este encanto singular posee reminiscencias del impacto que la imagen de la masa humana generó en algunos escritores, como Edgar Allan Poe o Baudelaire; aunque Arlt le suma su cualidad de ser una multitud femenina que interrumpe el paso de las personas. Si bien Arlt intenta hacer una crítica a la clase burguesa que circula por el centro, ésta se encarniza con las mujeres que, según él, terminan con el dinero de sus maridos. Así aparece otro personaje: el tendero que las seduce. La queja arltiana pasa por la pérdida del poder del marido frente al tendero, lo que hace que a las mujeres quedar como quienes se dejan llevar por las luces de los vestidos.[15] En "Las crepusculares" de Storni, los varones quedan fuera de la escena y ellas son seducidas por las luces de las telas sugestivas en el cuerpo de otra mujer, la modelo. En la crónica de la autora, la multitud femenina la conforman las cientos de irreprochables automatizadas bajo los sensuales movimientos de la modelo, como una ola humana que se mueve sin voluntad.[16]

Arlt y Storni señalan con asombro el movimiento de los zapatos y la despersonalización que se va imponiendo en Buenos Aires. La

13 "[...]en Carlos Pellegrini, además de los tranvías estacionados, usted encuentra tales brigadas de mujeres abriendo la boca frente a las vidrieras, que si se resuelve a caminar, tiene que hacerlo a base de 'gambetas' como si estuviera boxeando con su sombra. [...]Como si tales peligros fueran poco, transitan como tanques de asalto señoras gordas y 'robrecas' que atraillan un par de criaturas mal educadas, tres bultos grandes como casas y un globo tipo 'zeppelin' cuya punta se la meten en los ojos a cuanto desdichado tiene la desgracia de rozarles inadvertidamente. "[...] "qué cantidad inverosímil de mujeres se detienen frente a los escaparates. Las señoras ocupan por su cuenta todas las veredas. "Arlt, R. "Encantos de las calles del centro". (Arlt, 1994: 63-64)

14 "En Buenos Aires los 'dorimas' son esclavos de sus esposas, las esposas esclavas de los tenderos, y los tenderos hombres omnipotentes, melifluos y terribilísimos, que se tragan las señoras, los maridos y las ganancias de los maridos." Arlt, R. "Encantos de las calles del centro". (Arlt, 1994: 63-64)

15 Tao Lao en "Las crepusculares": "Y la ola, como un cuerpo que no tiene voluntad, se mueve con ella, la sigue contemplándola. Se atropellan los zapatos unos contra otros. Todos quieren ocupar la primera línea. Quieren observar de cerca el peinado, las medias, la tela, el bordado, el laza: todo lo que la modelo lleva encima, y continúa siguiéndola a lo largo del salón." [...] "Y las damitas, no menos dóciles a sus órdenes que los planetas a las del sol, describen la misma órbita que la muñeca de carne y hueso que lleva un vestido a la última moda y después de lucirlo un momento se pierde en el cuartito de donde salió dejando atrás suyo una fuga de zapatos distinguidos hacia el ascensor." (Tao Lao, 30-5-1920: 3)

16 En las aguafuertes en las que se dedica a las mujeres, Arlt se haya sometido a una misoginia que no le permite verlas en profundidad. Incluso David Viñas observa cómo las mujeres porteñas de Arlt son novias, esposas o suegras y será recién en la etapa de las *Aguafuertes Gallegas* cuando logrará ver a las trabajadoras, por ejemplo. (Viñas, 1998)

diferencia es que Arlt[17] ubica la crítica en la ambición femenina y la pérdida de poder de los maridos; en cambio, Storni no incluye a los hombres, más bien ironiza con sarcasmo sobre la condición subjetiva de las mujeres.

Años más adelante, en "Mascarilla y trébol" de 1938, Alfonsina escribe un extraño poema que tiene por protagonista a una de las crepusculares caminando por Florida. Pero la calle de los años treinta ya no es tan resplandeciente y sus versos apuntan a una aguda crítica social de la modernización. "Alguna mujer"[18] y otros poemas completan la visión storniana del mundo que no se reduce a la crítica a las identidades de género, sino que supone una visión escéptica de la época que le tocó vivir.

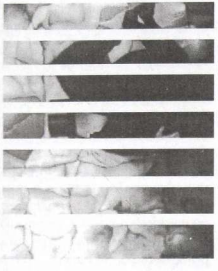
Una misma mujer es irreprochable en sus gestos, se pierde en la masa femenina de las tiendas y es absolutamente indiferente a la miseria que la rodea. Pero ¿qué piensa esta mujer? En "La impersonal" y "La joven bonaerense" Tao se introduce en sus mentes a fin de responder esta pregunta. Con un guiño cómplice que atenúa el sarcasmo, Tao establece cierta relación con la lectora, dando por sentado que ambos conocen a esta muchacha.[19]

La imitación se recorta como una de las condiciones necesarias para llegar a ser una mujer en la vida pública. Ya en la encuesta que realiza *Nosotros* respecto de si la mujer es más o menos culta que el hombre, aparecía el supuesto de que la exposición de las mujeres en el espacio público suponía una amenaza a la moral y a la virtud. A lo que le podemos sumar los numerosos discursos -artículos femeninos, manuales, folletines- que oficiaban de controladores de la subjetividad y corporalidad femenina. En este contexto debemos leer la adjetivación de imitativa que Storni deposita en las mujeres; ya que este copiar deviene en un efecto que observa Tao frente a la invasión de discursos que, con diferentes grados de autoridad y jerarquía, son normativos respecto del comportamiento de las mujeres. Tao se dedica a la eterna imitadora de las conductas que la sociedad les exige a las mujeres, para llegar a ser la mujer que se espera en pos de una cierta homogeneización. En este horizonte se recorta "La joven bonaerense" en el cual un enunciador

17 "Alguna mujer" ¿Quién es esa que del Azogue baja,/ alto monte, torcido en la cabeza/ un sol y sobre el ostro hilos de noche // tramados y filtrando verdes de áspid? / Terrible y como ejércitos en marcha / es ella desplegando sus banderas/ zoológicas, en antes y leopardos, / con sus caudas benéficas de flores. // Murallones de llanto a sus costados / levantan hasta el cielo sus almenas / negras, pidiendo el trigo de oro y alba. // Esa que viene alinea sus cabritos / en rojo labio y lo compone todo / su sonrisa que arrolla sombra y llanto.// (Storni, 1999: 414)

18 Tao Lao en "La impersonal": "¿Quién es la impersonal? Todos la conocemos: es la eterna imitadora, abundante en toda gran ciudad y superabundante en la pequeña ciudad que de gran ciudad oficia." (Tao Lao, 27-6-1920: 4)

19 Tao Lao en "La joven bonaerense": "Si un extranjero llegara a esta ciudad y quisiera definir, después de una regular estada en ella, a la joven bonaerense, trazaría acaso su silueta de ésta o muy parecida manera: la joven bonaerense es una joven de estatura mediana, sin tipo determinado, agraciada y hasta bonita sin ser bella ni deslumbradora. Ha tomado exteriormente de la francesa y de la norteamericana detalles de vestir, más acaso de la norteamericana que de la francesa. Su característica, a primer golpe de vista, es la de aparentar, por la elección del vestuario, menos edad de la que tiene. [...] La tendencia imitativa es característica, las modas son epidémicas. La joven bonaerense imita sin reservas a la clase social inmediatamente superior. Las obreras imitan a las empleadas, las empleadas a las burguesas, las burguesas a las aristocráticas, las aristocráticas se plagian entre ellas." (Tao Lao, 10-10-1920: 4)



no sexuado le cede la voz a un extranjero, que también señala el paso de la apariencia a la imitación[20] y de la versión extranjera; Tao concluye con comparación irónica cargada de violencia que animaliza a las mujeres:

"La chica de catorce o quince años, cuya indumentaria hace recordar al ornitorrinco, el curioso animal que es mamífero; pero posee pico y pone huevos." (Tao Lao, 10-10-1920: 4).

En la crónica se produce un corte a partir de la cita textual del ministro francés Georges Clemenceau sobre las mujeres[21]. Él ha observado lo mismo que Tao venía describiendo de distintas formas; pero la irrupción de voz autorizada del político francés, hace que el enunciador se vea obligado a apelar a una mirada conocedora de la interioridad femenina, aclarando que los extranjeros "[t]oman por inferioridad lo que es pereza, y por incapacidad lo que es timidez." (Tao Lao, 10-10-1920: 4). Así, la pereza de las manicuras y la timidez de las profesoras señalan la distancia definitiva de la identidad de género, ya que no se trata de una condición biológica sino de una construcción cultural. En "La impersonal"[22] surge, por única vez, una voz femenina que abandonando la ironía, se vuelve propositiva respecto de las mujeres. Este cierre nos da una pauta del lugar de enunciación desde el que se habla, que tiene que ver con desenmascarar este modelo único de mujer que se impone socialmente y reivindicar la emergencia de una voz diferente que, sabemos, encarna la propia Storni. Tao ironiza sobre la idea de que toda mujer que se atreva a exponerse en el espacio público se halla bajo una mirada masculina (a la que se debía tanto en el espacio público como en el privado) y devela este proceso monstruoso en el que tras la máscara de la impersonal no hay rostro posible.

[20] Georges Clemenceau: (1841-1929) Era un político francés. Fue alcalde de Montmartre en 1870, posteriormente diputado por la extrema izquierda (1876-93). Senador desde 1902, se enfrento abiertamente con Jaurés y Combes por las huelgas del Norte. Presidente del Consejo (1906-09), intento aplicar su política de justicia social, en un periodo de graves agitaciones económicas y sociales. Reelegido primer ministro en 1917, dirigió con energía la guerra y participo en la conferencia de paz de Versalles. En tanto jefe del Partido Radical Francés, visitó la Argentina con motivo del centenario y viajó bastante por el país.

[21] "La impersonal tiende a desaparecer, porque la civilización es un trabajo de clasificación; así, a mayor número de impersonales corresponde menos civilización, y a menor número de impersonales mayor civilización." Para finalizar: "Así, conquistar la personalidad que diferencia y separa, es adueñarse de la propia alma y escucharla atendiendo a las voces más sanas, hondas y fuertes de la vida." Y termina: "Es por eso que, lo que más gracia le causa (a la impersonal) es el espectáculo de un alma que asoma sin miedo al rostro, a la palabra o al gesto." (Tao Lao, 27-9-1920: 4)

Conclusión

Un narrador camaleónico se disfrazó de viejo chino para conocer a las manicuras y a las acuarelistas, transmigró a una mujer para entrar en la intimidad de las irreprochables y las crepusculares, fue mosquito, fue asexuado... deconstruyó las dicotomías genéricas e ironizó exaltando la rigidez de las mujeres hechas en serie bajo las exigencias del mercado laboral. Con cierto aire baudeleriano, Tao miraba los fenómenos de la modernización entre el escepticismo y la fascinación. Al mismo tiempo, una voz crítica aludía a situaciones laborales precarias en sintonía con Arlt, a fantasías evanescentes rompiendo la lógica del melodrama e inclusive se contagiaba de una utopía mesiánica de cambio y evolución en la subjetividad femenina.

Storni leyó en los cuerpos la implantación de los discursos que circulaban en la época sobre la subjetividad y el cuerpo femenino. La cronista reiteró la manía imitadora de las mujeres con una insistencia casi fabril, como si quisiera que la repetición constante retumbara en los oídos de las lectoras al modo de las máquinas de coser o del repiqueteo de los tacos...

Siguiendo la interpretación -y extensión crítica- que realiza Judith Butler (Butler, 1990) sobre la frase "mujer no se nace, se hace" de Simone de Beavoir, podemos afirmar que el cuerpo es una realidad material que ha sido localizada y definida dentro de un contexto social. Entonces, tener un cuerpo implica la asunción e interpretación de ese conjunto de disquisiciones históricas que han formado el estilo corpóreo. Con un poco más de intensidad en el fenómeno de opresión, Susan Gubar afirma que -en las mujeres- los valores culturales están inscriptos en sus cuerpos, los que vienen a ser como una página en blanco (Gubar, 1999).

En los tipos femeninos, el cuerpo era el medio que sostenía la ideología de género basada en el control de la sexualidad y su organización social por medio del casamiento y la institución familiar. Cuerpos activos en la adaptación a la identidad de género al modo de la mujer doméstica; ya que, a pesar de que Tao describía mujeres trabajadoras, éstas se empeñaban en llegar a ser la señora de ... en lugar de ser dueñas de sí mismas. Esta actitud indignó a Storni y llevó a Tao a desnudarlas en su pura artificialidad, sin personalidad, sin voluntad para habitar sus propios cuerpos de otro modo. Si bien el término voluntad con relación a la asunción de una identidad es polémico, me parece pertinente; ya que Storni, lejos de la idea de la mujer víctima de la opresión, estaba convencida -como Herminia Brumana- de que eran las mujeres las que no querían asumir una identidad distinta a la que se reflejaba en la pupila del ojo masculino. El cuerpo, diría Butler, se convertía en un nexo peculiar de cultura y elección; y existir el propio cuerpo era una forma personal de asumir e interpretar las normas de género recibidas. Estos cuerpos eran páginas en blanco dispuestas a obedecer las directivas, con el fin de conseguir la apariencia necesaria para su exposición pública ante la contemplación masculina. Así, devenir en el otro corpóreo del yo masculino constituía un fascinante universo de desborde y control. La mirada masculina y omnipresente que impregnaba al cuerpo femenino, a veces se encarnaba en un hombre, inaugurando un juego de seducción entre el que miraba y la que andaba por las calles con sus gestos calculados. Ellos las veían como otro cuerpo y ellas, deshumanizándolos absolutamente, los veían como futuros bienes materiales. Las mujeres parecían niñas gustosamente presas de la seducción y sus ojos buscaban en un espejo cóncavo, la apariencia con sabor a ascenso social. En síntesis, la ciudad era sólo el paisaje en el que se recortaban los tipos femeninos. Los cuerpos masculinos estaban metonimizados en sus posesiones -autos, corbatas, títulos, ...- y los cuerpos femeninos aparecían trozados en infinitos pedazos: manos delicadas, pies ansiosos, tapados marrones, labios rosados... Los ojos femeninos traslucían ausencia de pensamientos y constituían un adorno. Los movimientos -perfectamente calculados- se amoldaron a los deseos de él, bajo la lupa sarcástica, exótica y siempre mutante de Tao.

Bibliografía

Fuentes primarias:

Arlt, R. "Pasaje Guemes" en Arlt, R. (1994) *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires: Losada.

----------. "La calle Florida" en Arlt, R. (1998) *Aguafuertes*, Buenos Aires: Losada.

Storni, A. (1999) *Obras completas. Poesía, ensayo, periodismo, teatro*. Tomo I, Bs. As.: Losada.

----------. (1990) *Poesías Completas*, Bs. As.: Sela/Galerna.

----------. "La madre" *La Nación*, 2º sección, pág.2, 11-7-1920.

----------. "Una tragedia de reyes" *La Nación*, 2º sección,9-01-1921.

----------. "Una naranja" *La Nación*, 2º sección, 17-7-1921.

Tao Lao. "Las casaderas" *La Nación*, 2º sección, pág. 4, 8-8-1920.

----------. "Las manicuras" *La Nación*, 2º sección, pág. 4, 11-4-1920.

----------. "Acuarelistas de pincel menor" *La Nación*, 2º sección, pág. 4, 25-4-1920.

----------. "La perfecta dactilógrafa"" *La Nación*, 2º sección, pág. 1, 9-5-1920.

----------. "Las crepusculares" *La Nación*, 2º sección, pág. 3, 30-5-1920.

----------. "La impersonal" *La Nación*, 2º sección, pág. 4, 27-6-1920.

----------. "La irreprochable" *La Nación*, 2º sección, pág. 6, 5-9-1920.

----------. "La joven bonaerense" *La Nación*, 2º sección, pág. 4, 10-10-1920.

Fuentes secundarias:

Atorresi, A. *Un amor a la deriva*. Uruguay, Solaris, 1997.

Auza, N. *Periodismo y feminismo en la Argentina 1830- 1930*, ¿Lugar y editorial? 1997.

Barrancos, Dora. "Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras", en Devoto Fernando, Madero Marta (directores). *Historia de la vida privada en la Argentina, tomo 3, La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*. Bs. As., Taurus, 1999.

Butler, J. "Variaciones sobre sexo y género. Beavoir, Wittig y Foucault" en Benhabib, S. y Cornella, D. *Teoría feminista y teoría crítica*. España, Edicions Alfons El Magnánim, 1990.

Delgado, J. *Alfonsina Storni*. Buenos Aires, Planeta, 1990.

De Lauretis, T. "Las tecnologías del género" en *Revista Mora*, nº 2. Bs. As., IIEGE-UBA, 1996.

Galán, A.- Gliemmo, G. *La otra Alfonsina*. Buenos Aires, Aguilar, 2002.

Gubar, S. "La página en blanco" en Fe, M. *Otramente: lectura y escritura feministas*. México, FCE, 1999.

Fernández, J. L. - López Barros, C. - Petris, J. L. "La ciudad y la prensa: los medios gráficos frente a las transformaciones de Buenos Aires" en Gutman, M. - Reese, T. (editores) *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*. Bs. As., Eudeba, 2002.

Mizraje, M. "Alfonsina Storni: escándalos y soledades" en *Argentinas de Rosas A Perón*. Bs. As., Biblos, 1999.

Montagne, E. "Prólogo" en Lao-Tse. *El libro del sendero y de la línea recta (Tao-te king)*. Bs. As., Kier, 1985.

Queirolo, G. "El trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940): una revisión historiográfica", en *Revista Temas de Mujeres* nº 1, CEHIM, Facultad de Filosofía y Letras, Univ. Nac. de Tucumán, 2004.

Http://www.filo.unt.edu.ar/rev_digitales.htm.

Saítta, S. "Prólogo" en Arlt, R. (1994) *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires: Losada.

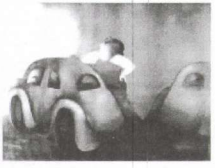
Steimberg, O. -Traversa, O. (1997) "Para una pequeña historia del lenguaje gráfico argentino" en *Estilo de época y comunicación mediática*, Buenos Aires: Atuel- Colección del círculo.

Viñas, D. "Las 'Aguafuertes' como autobiografismo y colección" en Arlt, R. (1998) *Aguafuertes*, Buenos Aires: Losada.

----------. (1971) *Literatura Argentina y realidad política: De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires: Siglo veinte.

Zuviría, M. (2003) *Las doctrinas sapienciales de la antigüedad clásica en el lejano oriente*. Confucio-Laudse- Buda.

Du côté de Gomorrhe: androcentrismo y transposición en los signos amorosos lésbicos de *Sodoma y Gomorra* de Marcel Proust



Claudia Pérez*

Resumen

Este trabajo pretende abordar una lectura sobre *Sodoma y Gomorra* de Marcel Proust, donde se formula una teoría de la homosexualidad. Se atenderá a la particular y enigmática configuración de los signos amorosos lésbicos desde una perspectiva que visualice su teoría de la construcción del género, la dialéctica entre pasaje y fijeza y la noción de tabique en la composición binaria. .

El tema a tratar será la especificidad de presentación del signo amoroso de acuerdo a la lectura deleuziana, el fenómeno de la transposición, el entorno epocal de construcción del lesbianismo y el tratamiento híbrido presentado en la novela.

Palabras clave: Proust - signos - género - Gomorra - transposición.

Abstract

This work intends an approach to *Sodoma and Gomorra* by Marcel Proust, where the theory of homosexuality is formulated, considering the particular and enigmatic configuration of lesbian love signs, from a perspective that visualizes the gender construction theory, the dialectics between passage and fixity and the notion of partition in the binary composition. The theme will be the particularity of presentation of the love sign according to Deleuze's reading, the phenomenon of transposition, the epoch environment of lesbianism construction and the hybrid treatment presented in the novel.

Key words: Proust - signs - gender - Gomorra - transposition.

* Escuela Municipal de Arte Dramático "Margarita Xirgú". Montevideo. Uruguay.

La *voluptas* y los signos amorosos

"Y tal que ella no dejaba de posar sobre Albertine los rayos alternados y giratorios de sus miradas. Se diría que le hacía señales, como un faro."[1]

En la compleja creación de mundo que constituye *A la búsqueda del tiempo perdido*, y las múltiples líneas de lectura que ofrece, la configuración de los signos de amor, en una mirada a la *voluptas*, permite un abordaje iluminado por una forma de concebir la construcción de género.

La publicación de *Sodoma y Gomorra* en mayo de 1921 y abril de 1922, después de la muerte de la madre de Proust (septiembre de 1905) y de Agostinelli (mayo de 1914) y, asimismo, la relación con la Guerra, remite a un quiebre de valores establecidos que quizás habilitaron una osada presentación de la "inversión", tal como se la definía. La guerra trajo una flexibilización en las costumbres, una recepción diferente de aquello que había escandalizado en 1913 en *Por el camino de Swann*: la escena de Montjouvain entre Madmoiselle Vinteuil y su amante femenina. El mundo que se revela en *Sodoma*, ya anticipado sin duda en los volúmenes anteriores, permanece entretejido en el argumento de *A la búsqueda del tiempo perdido*, y constituye otro nivel de descubrimiento para su protagonista. Desde la perspectiva de la cultura gay resulta un eslabón sin duda inmerso en un contexto epocal. Proust articula teorías científicas del momento, visiones personales transfiguradas en la narración y en el eje diacrónico, esta continuidad de tradición se produce en el diálogo con escritores anteriores: Vigny, Baudelaire, el propio texto bíblico, más quizás que la Antigüedad grecolatina. Pero los signos de Gomorra aún resultan más sumergidos, por femeninos y ocultos, opacos frente al esplendor y la ruidosa ostentación de Sodoma. (Kristeva, 1994:109). Desde el punto de vista de la auto-ficción de *A la búsqueda del tiempo perdido* la transposición de género puede resultar perturbadoramente visible en dos planos: el estudiado material autobiográfico, que hace de un Alfred Agostinelli una Albertine, hasta los signos en la factura lingüística que develan, ocultos como un palimpsesto, un mundo masculino tras el mundo femenino (Compagnon, 2000:543).

La publicación de *Sodoma* generó controversias. Gide escribirá *Corydon* en 1924 contestando la visión de *Sodoma; Alexis o el tratado del inútil combate* de Yourcenar, se publica en 1929, y en el prólogo, escrito en 1963, la autora admite a su predecesor *Corydon* y sentencia: "Las costumbres, aunque se diga lo contrario, han cambiado demasiado poco [...] el problema de Alexis sigue siendo hoy igual de angustioso y secreto que antaño [...] mientras el mundo de las realidades sensuales siga cuajado de prohibiciones." (Yourcenar, 1991:15 y 21).

Debe destacarse además, la presentación binaria del tema con dos términos que se intentan conciliar y no siempre con éxito, aunque exista la voluntad de mitigar su violencia. Y, aunque la exposición de lo femenino como zona oculta e interior, como mundo velado a descubrir o como transposición, flexibiliza el concepto dualista androcentrista proustiano, no obstante, lo masculino y lo femenino están separados. *Por el camino de Swann* (*Du côté de chez Swann*), donde *côté* significa lado, costado, y puede así leerse como el lado de Guermantes, el lado de Sodoma y el lado de Gomorra, y también los lados o costados de cada personaje, el costado frágil y el perverso de Albertine. La metáfora espacial indica lugares separados, compartimentados. El texto de Vigny usado como epígrafe: "Los dos sexos morirán cada uno por su lado" y el desarrollo de la *Race des tantes* (la raza de los maricas, de las locas) acentúan y exacerban la teoría del "tabique".

El mundo del amor constituye uno de los mundos de *A la búsqueda del tiempo perdido* junto al mundo de lo sensible, de la mundanidad y el arte. Deleuze (1972) define y categoriza neoplatónicamente estos mundos. Aprender es descifrar los signos de cada uno de

[1] Mi traducción. Sigue en idioma original: "...je vis qu'elle ne cessait de poser sur Albertine les feux alternés et tournants de ses regards. On eût dit qu'elle lui faisait des signes comme à l'aide d'un phare." (*Sodoma*, 2000:245).

ellos, la memoria es un instrumento de aprendizaje, no significa recordar esencias suprahumanas. El objeto de aprendizaje son los signos, descubrir a lo que remiten. El neoplatonismo constituye un tema a discutir y las sombras y luces de la ventana de Vinteuil no cesan de recordar la alegoría platónica del conocimiento, adivinando y errando, pegado a la carnalidad y sus manifestaciones: "La ventana estaba entreabierta, la lámpara estaba encendida, veía todos sus movimientos", toda la escena es una representación para aplacar la conciencia de trasgresión satisfaciendo el deseo hasta las últimas consecuencias, apariencia más que realidad, sabiendo que la existencia la da el ojo que ve desde afuera: "...ojos que nos miran", "esas palabras que recitaba por bondad, como un texto que sabía era agradable a Madmoiselle Vinteuil"[2].

El aprendizaje del significado de los signos del amor discrimina e individualiza, y la presentación en particular de los signos de Gomorra sigue este modelo: Marcel destaca a Albertine del grupo, la individualiza, luego vuelve a integrarla a él, y su deseo va de lo individual a lo genérico. Gide, que reprochará a Proust la presentación estigmatizante del llamado *"uranismo"* por mostrar exclusivamente lo abyecto, fue tranquilizado por el autor con la teoría de la transposición: "las muchachas", los muchachos transpuestos que tendrían la gracia y el encanto del muchacho homosexual. Este juego, que será comentado más adelante, advierte sobre la constante sensación de estar presenciando mundos y códigos masculinos tras el ropaje femenino, donde lo femenino surge como escape y deseo de identificación desde lo masculino.

La homosexualidad, cuyos amores se presentan como más profundos que los intersexuales, emergen hacia la superficie bajo el barniz convencional de la heterosexualidad, como sucede con Odette: "...le había recordado enseguida esa historia que le había contado Odette hacía tiempo [...] donde ella (Madame Verdurin) le había dicho: 'Ten cuidado, sabré bien derretirte, no eres de mármol.'" y luego la confesión displicente de Odette ante la actitud insistente de Swann: "...puede ser, hace mucho tiempo, sin darme cuenta de lo que hacía, una o dos veces puede ser"[3] y toda la serie de personajes que son objeto de desciframiento para el protagonista. El secreto del hombre es Sodoma, y el de la mujer es Gomorra. El hermafroditismo original es la inagotable fuente desde donde manan divergentemente. Y Marcel espía, sorprende, a Madmoiselle Vinteuil: "Ella podría haber creído que me había escondido para espiarla"[4], y a Charlus: "...había espiado su regreso"[5].

En el caso del amor, entre el amado y el amante se interpone la fantasía compensatoria y personal que hace este último. La seducción construye y encanta con signos materiales, sonidos, imágenes, desprendimientos de la memoria involuntaria asociativa, contigüidades estéticas. Y lo interesante y no platónico del mundo de los signos planteado por Deleuze, es el concepto de retorno desde la esencia a la contingencia particular, el movimiento circular. Detrás de los signos amorosos hay esencia, no pura e inaccesible sino una abstracción que permanece en el objeto: "No es el sujeto quien explica la esencia, es más bien la esencia

2 "La fenêtre était entrouverte, la lampe était allumée, je voyais tout ses mouvements...", "...que des yeux nous voient", "ces mots qu'elle récita par bonté, comme un texte qu'elle savait être agréable à Mlle. Vinteuil" (Proust, *Swann*, 2001:159).

3 "...l'avait aussitôt fait souvenir de cette histoire qu'Odette lui avait racontée autrefois [...] où celle-ci (Mme. Verdurin) lui avait dit: 'Prends garde, je saurai bien te dégeler, tu n'es pas de marbre.'"; "peut-être il y a très longtemps, sans me rendre compte de ce que je faisais, peut-être deux ou trois fois."(*Swann*, 2001:354-357).

4 "...et elle aurait pu croire que je m'étais caché pour l'épier" (*Swann*, 2001:157).

5 "...j'avais épié leur retour" (*Sodoma*, 2000:3).

quien se implica, se envuelve, se enrolla en el sujeto." (Deleuze, 1972:55).

La esencia en los signos amorosos se encarna bajo las leyes de la mentira. La verdad del amor es dualista y son sus series Sodoma y Gomorra. En la teoría del hermafroditismo original del tabique separador, el "tabique" que impide la comunicación y del ser intermediario que fecunda moral o físicamente, los dos sexos siguen estando separados en cada individuo. Una naturaleza intrínsecamente diferente que no depende tanto del sexo físico como de la inserción del principio masculino o femenino en el ser. Esta esencia, o estas esencias, se encarnan en los secretos de la homosexualidad, presentada como la verdad del amor. Los signos que emiten los hombres y mujeres son los signos de las ciudades bíblicas, signos de comunicación en la diáspora:

"A menudo, cuando en la sala del casino dos muchachas se deseaban, se producía como un fenómeno luminoso, una especie de estela fosforescente que iba de una a la otra. Digamos de paso que es con la ayuda de esas materializaciones [...] por medio de esos signos astrales que inflaman una parte de la atmósfera que Gomorra, dispersa, tiende [...] a reunir sus miembros separados."[6]

La imaginación completa morbosamente lo desconocido, fantasma que sobrevuela obsesivamente *La prisionera* y *Albertina desaparecida*, la inútil intención de reconstruir la vida de Albertine extra-muros donde variados intereses de otros personajes contribuyen a oscurecer aún más lo que se creía perfilado.

En los signos amorosos entonces, encarnadas en materias más opacas, las esencias manifiestan el poder de la diferencia y la repetición. Repetición en la multiplicidad para volver a la generalidad. Cada nuevo amor aporta la diferencia y repite el tema. En este sentido, el aprendizaje separa el amor del objeto amado, avanzando en el tiempo con el reconocimiento del tema en cada nuevo objeto de amor.

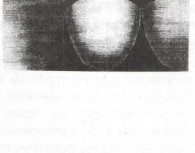
Se plantean, siguiendo la concepción de la *Sodoma* proustiana, tres niveles de amores: los intersexuales, los homosexuales y los transexuales. El primer nivel está formado por los amores heterosexuales. El segundo por las dos direcciones homosexuales: Sodoma y Gomorra. Y para comprender el tercer grupo conviene aclarar la distinción manifestada en *La raza de las locas* entre homosexualidad global y específica -el segundo grupo- y homosexualidad local. A la homosexualidad global

6 "Souvent, quand dans la salle du casino deux jeunes filles se désiraient, il se produisait comme un phénomène lumineux, une sorte de traînée phosphorescente allant de l'une à l'autre. Disons en passant que c'est à l'aide de telles matérialisations [...] par ces signes astraux enflammant toute une partie de l'atmosphère, que Gomorra, dispersée, tend [...] à rejoindre ses membres séparés." (*Sodoma*, 2000:244-246).

pertenece aquel individuo que busca a alguien de su mismo sexo: "Para unos [...] no se preocupan para nada de la especie material de placer que reciben, mientras pueden asociarlo a un rostro masculino."[7] La local, no-específica, tiene que ver con ese hermafroditismo inicial que hace que un hombre global busque tanto hombres como mujeres desde su parte femenina, lo que hay de hombre en una mujer y, en el caso de la mujer, lo que hay de mujer en un hombre, performáticamente. Aunque contiguos, ambos sexos continúan separados: "el transexualismo, es decir, la homosexualidad local y no específica, basada en la tabicación contigua de los sexos-órganos o de los objetos parciales, que descubrimos bajo la homosexualidad global y específica, basada en la independencia de los sexos-personas o de las series de conjunto." (Deleuze, 1972:144) pues en la propia homosexualidad global está la posibilidad interna binaria:

"Mientras que otros, con sentidos sin duda más violentos, dan a su placer material imperiosas localizaciones [...] porque para ellos las mujeres no están totalmente excluidas...[...] Porque en las relaciones que tienen con ellas juegan el rol de otra mujer para las mujeres que aman a las mujeres, y la mujer les ofrece al mismo tiempo más o menos lo que encuentran en el hombre."[8]

Se trata del complicado entrecruzamiento de sexualidades locales. El transexualismo fluye debajo de la homosexualidad y de la heterosexualidad. En función de estos conceptos del signo amoroso surgen las obsesivas actitudes de la tríada siempre anclada en la sospecha de un intercambio posible: secuestrar, observar, profanar. Con el secuestro se quiere impedir el "intercambio maldito", el obsesivo cuidado de Albertine frente a cualquiera, el reconocimiento de la amenazante intersexualidad: "me parecía que de nuevo tomaba más completamente posesión de ella"[9]. Observar implica no comprometerse, no incluirse, mantener el tabique cerrado y dividiendo, mirar y reconocer la contigüidad en el "otro", sospechar vigilante y persistentemente pues con la mirada se descubre por ejemplo, la escena de Charlus y Jupien: "Iba a molestarme de nuevo para que no pudiera descubrirme [...] ¡Qué vi!"[10] La profanación se estructura en torno a la figura de la madre (o padre), agrediendo la dependencia del objeto de amor, Madmoiselle Vinteuil y su amante al lado del retrato del padre: "Ese retrato sin duda les servía habitualmente para profanaciones rituales"[11], concibiendo la tabicación de los progenitores, violentando la norma en la propia tabicación, la conciencia de la madre - otra y su proyección en una parte de ella.



7 "Pour les uns [...] ils ne se préoccupent guère de la sorte matérielle de plaisir qu'ils reçoivent, pourvu qu'ils puissent le rapporter à un visage masculin." (*Sodoma*, 2000:23).

8 "Tandis que d'autres, ayant des sens plus violents sans doute, donnent à leur plaisir matériel d'impérieuses localisations. [...] car pour eux les femmes ne sont pas entièrement exclues... [...] Car dans les rapports qu'ils ont avec elles, ils jouent pour la femme qui aime les femmes le rôle d'une autre femme, et la femme leur offre en même temps à peu près ce qu'ils trouvent chez l'homme (*Sodoma*, 2000:23-24).

9 "il me semblait que je prenais à nouveau plus complètement possession d'elle" (*La prisonnière*, 2000:66).

10 "J'allais me déranger de nouveau pour qu 'il ne pût m'apercevoir [...] Que vis-je!" (*Sodoma*, 2000:6).

11 "Ce portrait leur servait sans doute habituellement pour des profanations rituelles" (*Swann*, 2001:160).

La construcción histórica del mundo de Gomorra

"La intacta, enorme y eterna Sodoma contempla desde lo alto de su endeblez, la subdesarrollada imitación." (Benstock, 1992:88).

Además de los diálogos intertextuales de Proust con el pensamiento pagano y judeo-cristiano se presenta otro diálogo en el eje diacrónico: el contexto de la *Belle Époque* y el ambiente homosexual parisino que recepcionó *Sodoma y Gomorra*.

En primer lugar, desde el punto de vista de la intertextualidad, el epígrafe de Vigny se relaciona con el concepto de condena pero trae implícitamente la figura de la mujer como un ser maldito y engañoso. Vigny escribió La cólera de Sansón (1839) por celos de la amistad de Madame Dorval con otras mujeres. Este elemento contextual ayuda a comprender la abyecta figura de Dalila. El virulento rechazo a la figura femenina, la imagen de la mujer que atraviesa el siglo XIX y que viene desde la Edad Media como ser peligrosamente lascivo, misteriosamente inabarcable, que necesita ser dominado, está presente en Sansón y también en Syméthа (1815): "Oh virgen de Lesbos/ que tu isla aborrecida/ se abisme en la ola para siempre ignorada"[12]. En "Sansón", los términos absolutos de la lucha de los sexos comprometen a Dios "entre la bondad de Hombre y la astucia de Mujer,/ porque la mujer es un ser impuro de cuerpo y alma"[13], son elementos de la construcción cristiana de la mujer perversa: "La mujer siempre es Dalila"[14].

La historia de *Las Flores del mal* comienza en junio de 1855 cuando Poulet-Malassis, el editor amigo de Baudelaire, compra la obra, que es puesta a la venta en junio de 1857. Un artículo aparecido en *Le Figaro* obliga a suprimir seis piezas que desde entonces conservaron el título de *Poemas Condenados*: "Las joyas", "El Leteo", "A la que es demasiado alegre", "Lesbos", "Mujeres condenadas", "Las metamorfosis del vampiro". La condena fue oficialmente anulada recién en 1949. Si por un lado Baudelaire cuestiona la norma: "qué quieren de nosotros las leyes de lo justo y lo injusto", "Cuál de los dioses osará, Lesbos, ser tu juez" y se autoproclama: "Porque Lesbos me ha escogido entre todos en la tierra/ para cantar los secretos de sus vírgenes en flor"[15], su visión coloca estos "vicios" en la marginalidad de la sociedad y dibuja el perfil de las mujeres pálidas, sufrientes, ocultas, estereotipadas: "De la viril Safo, la amante y la poeta,/ más bella que Venus por su sombría palidez!", "La áspera esterilidad de vuestro goce/ altera vuestra sed y tensa vuestra piel", "Las muchachas de ojos hundidos, enamoradas de sus cuerpos"[16]. Y si bien en el poema "Delfina e Hipólita" describe la iniciación a la luz de las lámparas, plantea la imposibilidad de mezclar el amor con la honestidad, por otra parte la pasión, como encanto del mal, está en la sombra y en el umbral del mundo: "Que nuestras cortinas cerradas nos separen del mundo" "Sombras locas, corred al término de vuestros deseos"[17]. Condenadas a vivir como víctimas en el abismo: "Lejos de los

12 "O vierge de Lesbos! que ton île abhorrée/ s'engloutisse dans l 'onde à jamais ignorée".

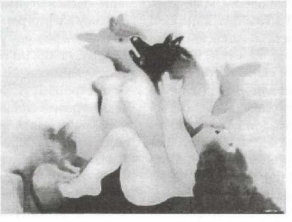
13 "entre la bonté d'Homme et la ruse de Femme,/ car la femme est un être impur de corps et d'âme."

14 "La femme est toujours Dalila."

15 "que nous veulent les lois du juste et de l'injuste", "Qui des Dieux osera, Lesbos, être ton juge!", "Car Lesbos entre tous m'a choisi sur la terre/ pour chanter les secrets de ses vierges en fleurs".

16 "De la mâle Sapho, l' amante et le poète,/ plus belle que Venus par ses mornes pâleurs!", "L' âpre stérilité de votre jouissance/ altère votre soif et roidit votre peau", "Les filles aux yeux creux, de leurs corps amoureuses".

17 "Que nos rideaux fermes nous séparent du monde", "Ombres folles, courez au but de vos désirs".



pueblos vivos, errantes condenadas,/ a través de los desiertos, corred como lobos"[18]. En este mundo, para Kristeva (1994), no hay abrigo paradisíaco, "la sombra del mal lo acompaña". De esta fuente Proust recoge la tradición de belleza íntimamente unida a los espacios del mal, la relación del arte y de la figura del artista con esos abismos insondables por los que transita, que hacen corresponder a los signos de mundos decadentes para la sociedad burguesa.

Para entender el humus sociológico de los años anteriores a la publicación de *Sodoma*, la investigación de Shari Benstock (1992) se ocupa de las modernistas escritoras, libreras, periodistas, *salonnières*, editorialistas que realizaron una importante tarea desafiando el rol femenino impuesto en la construcción de la modernidad. Trata especialmente de las expatriadas, mujeres nacidas entre 1862 y 1903, fundamentalmente norteamericanas, que acudían a un París más liberal desde una Norteamérica puritana, mujeres de cierta clase social y poderío económico que escapaban a un condicionamiento matrimonial y de rol rígidamente establecido para ir a una sociedad en la que, siendo extranjeras, no les era solicitado acomodarse a otros roles, también controlados: "lo importante no fue lo que Francia nos dio sino lo que no nos arrebató".

Para esta relectura de la modernidad desde el punto de vista de las mujeres Benstock recurre a dos marcos teóricos. Por un lado, la crítica feminista postmoderna que reconsidera y redefine el modernismo desde un punto de vista más ecléctico y variado. De 1976 a nuestros días, han empezado a aparecer muchos estudios literarios sobre las escritoras que provenían de esa cultura cuyas definiciones sobre el valor literario eran patriarcales. Y por otra parte la teoría deconstructiva también proporcionó instrumentos para la develación de la mujer, del "Otro" subalterno de la norma masculina, el Otro devaluado. Flexibilizar las categorías opuestas permite plantearse que cada una habita en la otra como diferencia dentro del género. Remover los fundamentos de los valores basados en los opuestos binarios y en la jerarquía, deconstruyendo los conceptos de categoría biológica hombre-mujer y cultural masculino-femenino, ha sido obra de la postmodernidad.

El lugar de las escritoras en la sociedad occidental debe esclarecerse a sabiendas de la imposición de símbolos que la cultura hace bajo el patriarcado: "o bien la mujer imita las formas patriarcales [...] o vive en reacción contra las formas de represión patriarcales." (Benstock, 1992:32).

Es importante considerar los efectos de la Guerra en cuanto lectura alternativa y, sin duda minoritaria, pero marca de diversidad de los grandes modelos activistas. "Para todas estas mujeres, una de las consecuencias [...] fue el reforzamiento del feminismo, al tomarse conciencia de las vías por las que ellas -entre otros estratos marginales de la sociedad- eran vulnerables a la violencia patriarcal. Y para algunas, esta naciente conciencia de marginalidad conduciría al hundimiento psicológico (en los casos de VirginiaWoolf y de Cunard)." (Benstock, 1992:59).

La homosexualidad masculina era bastante aceptada, de otra forma y más permisivamente que la femenina: los hombres podían ir travestidos con peluca a las veladas, podían no casarse. El travestismo de las mujeres estaba prohibido por una ordenanza de 1800 que se cumplía con frecuencia. El Código

[18] "Loin des peuples vivants, errantes condamnées,/ à travers les déserts, courez comme des loups".

Napoleónico no castigaba la homosexualidad, había cierta tolerancia social mientras no fuera demasiado evidente. Era una práctica frecuente en las mujeres casadas, como un signo de refinamiento, de exotismo, parte de la "locura" de la *Belle Époque*. Pero el plano de lo público era otra cosa. Un episodio vivido por Colette y la marquesa de Belbeuf (a quien estaba vinculada amorosamente luego de su separación de Willy) en el Moulin Rouge resuena al leer en *Sodoma* el episodio de la hermana de Bloch y la actriz:

"La hermana de Bloch tenía relaciones secretas con una antigua actriz, desde tiempo atrás [...] Ser vistas les parecía agregar perversidad al placer, querían desplegar sus peligrosos retozos a los ojos de todos. Esto comenzó con caricias, que podían atribuirse en suma a una intimidad amistosa, en el salón de juego, alrededor de la mesa de bacará. Luego se enardecieron. Y al fin, una noche, en un rincón no del todo oscuro de la gran sala de baile, sobre un canapé, no se molestaron más que si hubieran estado en su cama."[19]

Parece importante destacar, más allá de la relación con el suceso del Moulin Rouge que detallaremos inmediatamente, la concepción proustiana de filiación epocal que considera la exhibición como provocación, es decir, internalización del concepto de ocultamiento necesario para la supervivencia y aceptación tácita del rol subalterno y "anormal" que la sociedad impone con su violencia simbólica. Exhibición también, como para Madmoiselle Vinteuil en Montjouvain, que implica la asociación de trasgresión con mal, con sadismo, exhibición obligada con el fin de obtener mayor excitación. Por otro lado, asombra el carácter innominado de las amantes. Ni la "amiga" de Madmoiselle Vinteuil, ni la "amiga" de Madmoiselle Bloch son mencionadas por su nombre. Y junto a la expresión "amigo/a", de uso eufemístico corriente hasta nuestros días, emerge una difusa y hostil referencia dada por la función, por la trasgresión que cometen, por la mirada social hacia ellas.

El incidente de Colette sucedió el 3 de enero de 1907 y es relevado en el texto de Benstock y por Lottman (1992). Colette y la Marquesa de Belbeuf (Missy) representaron una pantomima en el Moulin Rouge, *Sueño de Egipto*, con entradas agotadas el día del estreno. Ya habían incursionado con éxito en esas exhibiciones. Habían representado *La gitana y Pan*, donde Missy hacía el papel masculino, en el teatro Marigny y en el Moulin Rouge en 1906. Un reseñista de la época citaba con desdén la recepción del público: "Colette [...] tantea algunas poses ceremoniales durante las cuales la falda se le sube más aún, y la elite de Mitilene estalla en el delirio." (Lottman, 1992:81). Pero se produjo un altercado en el teatro: "cuando Colette se alzó del sarcófago para una escena de amor con su compañera, madame de Belbeuf [...] los abucheos se oyeron más fuerte [...] las mujeres de primera fila arrojaban almohadillas y otros proyectiles" (Lottman, 1992:84) y se llamó a la Policía. El Prefecto Lépine prohibió las representaciones. Otro estruendo sucedió entre el público que esperaba la siguiente representación. Willy, el ex -marido de Colette, perdió su empleo en *L'Echo de Paris* y ambas debieron dejar de vivir abiertamente. Finalmente, las dos perdieron los favores de la aristocracia y de la burguesía respectivamente. "Este incidente fue significativo. Ilustraba los riesgos de toda exhibición pública [...] volvían al revés las premisas del voyeurismo masculino que animaba los shows burlescos parisinos: en lugar de excitar al público masculino con su comportamiento

19 "La sœur de Bloch avait depuis quelque temps, avec une ancienne actrice, des relations secrètes [...] Êtres vues leur semblait ajouter de la perversité à leur plaisir, elles voulaient faire baigner leurs dangereux ébats dans les regards de tous. Cela commença par des caresses, qu'on pouvait en somme attribuer à une intimité amicale, dans le salon de jeu, autour de la table de baccara. Puis elles s'enhardirent. Et en fin un soir, dans un coin pas même obscur de la grande salle de danse, sur un canapé, elles ne se gênèrent pas plus que si elles avaient été dans leur lit." (*Sodoma*, 2000:236).

amoroso, se declaraban el mutuo despertar de su propia sexualidad." (Benstock, 1992:78). Algunas publicaciones de la época testimonian este mundo, como la de la cortesana Liane de Pougy en su novela *Idilio Sáfico* (1901), Colette en varias de sus novelas y fundamentalmente en su ensayo *Lo puro y lo impuro*, y la poesía de Renée Vivien como uno de los modelos.

Los mitos lésbicos de la Belle Époque tienen dos vertientes: por un lado, la alimentada por los hombres para su consumo, explotada en los burdeles exóticos, utilizando arquetipos lésbicos, destinada al *voyeur*:

"Sujeto a un castrador código moral, el burgués del siglo XIX busca placer en la evocación de amores lésbicos. Su virilidad se exalta e incluso se regocija como si pudiese palpar una fantasmagórica posesión: calibra, gracias a estos juegos prohibidos, la superioridad del sexo fuerte. Voyeur que alimenta equívocos deseos, proyecta en enervadas escenas su incontrolable flujo de homosexualidad reprimida y se libera de ella sin mover un dedo, a través del espectáculo, real o imaginario, de lo femenino puesto a su servicio." (Benstock, 1992:80).

Por otra parte, están las experiencias testimoniadas a través de la escritura de las lesbianas Natalie Barney, Renée Vivien, Colette, como ejemplos más representativos. Natalie Barney (1876-1972) fue uno de los modelos de la época. Llamada *la Amazona*, mantuvo un salón llamado "Templo de la Amistad", en 20 rue Jacob de París. Luego del rechazo del barrio Saint-Germain, creó su propio salón y recibió a altos exponentes de la intelectualidad: Claudel, Rodin, Gide, Proust, Valéry. Fue una gran seductora, entre sus conquistas figuran Liane de Pougy, Renée Vivien, Romaine Brooks. De buena posición económica, con formación, status, ambición intelectual, preferencias sexuales comunes a la colectividad de las expatriadas, heredera de varias fortunas, viajera, se estableció definitivamente en París en 1902: "fue la lesbiana más activa y desinhibida de la época". Lo que resulta interesante es el modelo al que se adscribían, la construcción que hicieron de su vida. El modelo de la Barney era ultra-femenino, poeta y protector de las artes: "fue pionera en el intento de rescribir la experiencia y la historia lésbicas, así como en negar que la culpabilidad, la autorrecriminación, el abuso de drogas, el suicidio, la infelicidad y el tormento psicológico fuesen parte y marco del compromiso lésbico como alternativa de vida." Barney criticaba el travestismo, criticaba la teoría del alma atrapada en un cuerpo opuesto. Es importante destacar que en la década de 1890 se descubren fragmentos de poemas de Safo. Muchas escritoras de la época como Barney intentaron escribir imitándola, estudiaron el griego para leerla directamente, incluso quisieron reconstruir los *thiasoi* lésbicos hasta adquirir una casa en Mitilene junto a Renée Vivien, poeta con la que mantuvo una importante relación.

Renée Vivien, cuyo nombre verdadero era Pauline Tarn (1877-1909), era percibida como "una joven inglesa, delgada y frágil, cabellos castaño claro; conservaba un rubio infantil casi desvanecido, ojos sombríos, una boquita pálida, una voz ligeramente musical..."[20]. Escribió en lengua francesa, influida por Baudelaire y Verlaine. Gide desdeñó la obra de Renée Vivien, afirmando en el prefacio de su Antología de la poesía francesa no haber encontrado en ella "nada particularmente digno de ser citado"[21]. Renée Vivien encarna el modelo de la visión cargada de sufrimiento, oculta, baudelairiana. Muere a causa de las drogas y el alcohol, encarnando socialmente un final legítimo para la desviación.

Para Shari Benstock, que dedica un capítulo de su libro a la visión de Sodoma en Proust, el lesbianismo sólo era visto por la cultura patriarcal como escape de los hombres en una cultura que no recono-

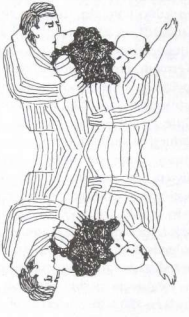
[20] "une jeune fille anglaise, longue et fragile, les cheveux châtain clair; gardant presque évanouie la blondeur enfantine, des yeux sombres, une petite bouche pâle, une voix légèrement musicale..."

[21] "Gide a dédaigné l'œuvre de Renée Vivien, affirmant dans la préface de son Anthologie de la poésie française n'avoir trouvé en elle 'rien que lui parût particulièrement valoir d'être cité'".

cía el deseo de las mujeres. Se acepta un poco más la homosexualidad pero el lesbianismo es exótico, hace más interesante a Albertine, más deseable, más misteriosa. Por Proust y Colette sabemos del lesbianismo de las actrices, aristócratas y burguesas aunque reflejaron ese mundo de distinto modo.

En *Lo puro y lo impuro* (editado en 1932 como *Esos placeres* y en 1941 bajo el título definitivo) la preocupación no es la depravación sino el ocultamiento, marca que caracterizará también el mundo de Gomorra en Proust: "la necesidad de representar un papel dentro de la comunidad lésbica y otro fuera". El vínculo en Colette se ajusta: "al modelo de relación madre-hija: mujeres mayores que apoyaban y mantenían a otras más jóvenes y menos seguras". Recordamos en esta línea en el texto proustiano: la "mujer mayor" con *Albertine* en Balbec, la "amiga mayor" de Madmoiselle Vinteuil.

Tanto Colette (Sidonie-Gabrielle Colette, 1873-1954) como la Barney compartían el modelo femenino y se desconcertaban frente al travestismo: "la obsesión básica de Colette son las mujeres que imitan a los hombres... y que, por lo tanto, violan el mundo exclusivamente de mujeres que parece ser el fantasma de la narradora [...] la mujer que imita al hombre, en el amor o en la literatura, no es un modelo aceptable para la mujer



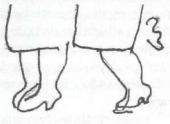
que estime a las mujeres" (Benstock, 1992:89). Colette como modelo ambivalente, dotada de "hermafroditismo mental" (Lottman, 1992:223) según su propia expresión, define qué le atraía de la homosexualidad femenina: la fidelidad, la sensualidad y la identidad: "con la certeza de acariciar un cuerpo cuyos secretos conoce y cuyas preferencias son sugeridas por el suyo propio." Para ilustrar un modelo estereotipado del travestismo femenino podemos tomar el retrato que la pintora Romaine Brooks hiciera de Lady Troubridge. Generalmente esta práctica del travestismo era llevada a cabo por las aristócratas y a veces de manera cotidiana, como lo hacían Radclyffe Hall y la propia Belbeuf y que implicaba un tácito alejamiento de los roles tradicionales femeninos, una superioridad asimilada a la masculina y permitida también por la clase social.

Si nos referimos a la recepción de *Sodoma*, elegiremos dos testimonios: Natalie Barney y Colette. Natalie Barney había enviado a Proust su obra *Pensamientos de una Amazona* y mantenían correspondencia. Al leer *Sodoma*, la Barney escribe: "Cuando apareció el primer volumen de Sodoma y Gomorra le manifesté mis temores sobre Gomorra. Me respondió que sus Sodomitas eran en efecto horrorosos pero sus Gomorreanas serían totalmente encantadoras. Yo las encuentro sobre todo no creíbles"[22].

Finalmente, consideremos la opinión de Colette en *Lo puro y lo impuro*:

"Como Proust arrojó bastante luz sobre Gomorra respetamos lo que escribió acerca de ella. No quisiéramos tener que perturbar más a esas acosadas criaturas pero ¿estaba Proust desorientado o mal informado? Al verle evocar una Gomorra de inescrutables y disolutas jóvenes y

[22] "Le premier volume de Sodoma y Gomorra ayant paru, je lui exprimais mes craintes sur Gomorra. Il me répondit qu'en effet ses Sodomistes étaient affreux mais que ses Gomorrhéennes seraient toutes charmantes. Je les trouve surtout invraisemblables." (Compagnon, 2000:XXXIII).



denunciar el frenesí de unos ángeles malos, no le damos importancia y hasta nos divierte, privadas del consuelo de la aplastante verdad que nos guió a través de Sodoma. Porque, con el debido respeto a la imaginación de Marcel Proust, Gomorra no existe. La pubertad, el internado, la soledad, la cárcel, la aberración y el esnobismo forman un débil caldo de cultivo, insuficiente para nutrir y sedimentar un vicio tan consumado y tan arraigado, y su necesaria solidaridad. La intacta, enorme y eterna Sodoma contempla desde lo alto de su endeblez, la subdesarrollada imitación. (Benstock, 1992:88)."

Concluye entonces Shari Benstock: "Su retrato de las lesbianas era particularmente injurioso, y las descripciones que hace de Gomorra son una fantasía del mundo lésbico propia del homosexual, alimentada por el odio y la fascinación que sentía Proust hacia la mujer que había en sí mismo, el espíritu que explicaba su propia sexualidad" (86).

Gomorra: "la complexité sournoise"[23]

"Pero aquí el rival no se parecía a mí [...] no podía luchar en el mismo terreno, dar a Albertine los mismos placeres, ni siquiera concebirlos exactamente"[24]

La actitud hacia el lesbianismo en la Belle Époque estaba determinada por el modo de concebirla: mezcla de perversión y pureza, de ingenuidad e incapacidad para el contacto heterosexual por un lado y, por otro, una afectación y refinamiento matrimonial.

El primer aspecto es señalado por Eribon: "Siempre relacionada con la normalidad [...] la homosexualidad, por tanto, sólo puede entenderse como una sexualidad o, como una afectividad que carece de algo: es una perversión, algo detenido en un estadio infantil en el desarrollo normal del individuo y sus deseos, una incapacidad de reconocer al otro" (Eribon, 2001:126).

La visión psicoanalítica que critica Eribon sirve para comprender la tolerancia voyeurista hacia los juegos lésbicos en la época que nos ocupa y es clave en la concepción de Kristeva acerca de la homosexualidad femenina: "Sin embargo, en razón de su proximidad con el placer infantil y maternal, el vicio gomorreano parece más inocente que los amores locos de Charlus con Jupien y Morel" y más adelante: "Pulsión arcaica, infantil a la vez que animal, preexistente a la diferenciación sexual"[25].

No obstante está presente el desenfreno erótico en el mundo de *Gomorra*: "Sodoma es loca, y Gomorra puede serlo también, pero sólo cuando la imita"[26]. Gomorra, al imitar a Sodoma, cede a la construcción del universo masculino occidental. Considera los condicionamientos socialmente masculinos de conquista, seducción, promiscuidad e intercepta y se posiciona en un rol que resignifica su poder queriendo adquirir de ese modo, independencia y derecho a la velocidad, como por ejemplo Madmoiselle Vinteuil. Este rasgo de la velocidad precede a la información de su *vice*, marcando la caracte-

[23] "la complejidad solapada".

[24] "Mais ici le rival n'était pas semblable à moi [...] je ne pouvais pas lutter sur le même terrain, donner à Albertine les mêmes plaisirs, ni même les concevoir exactement" (*Sodoma*, 2000:504).

[25] "Toutefois, en raison de sa proximité avec le plaisir infantile et maternel, le vice gomorrhéen semble plus innocent que les amours folles de Charlus avec Jupien et Morel." (Kristeva, 1994:102). "Pulsion archaïque, à la fois infantile et animale, préexistante à la différenciation sexuelle".

[26] "Sodoma est fou, et Gomorra peut l'être aussi, mais seulement quand il l'imite."

rística de extrañeza, de diferencia con el canon femenino: "conduciendo un buggy a toda velocidad."[27]

Es necesario considerar que la imagen de las dos ciudades bíblicas no está exenta de la construcción del rol masculino y femenino heterosexual canónico. Los dones del intelecto y muchas veces, de la sensibilidad, son atributos masculinos. De ahí que buena parte de los personajes de Gomorra estén desprovistos de otros ropajes que el de su sensualidad y su misterio. El encanto estético de muchas mujeres de *A la búsqueda del tiempo* perdido, desde los amores de la imaginación, como Stermaria o la duquesa de Guermantes, están en la mente del que ama o contempla, no en el objeto en sí, y ese encanto ¿no es deseo de identificación en lo estricta y convencionalmente femenino?. Aceptada esta premisa, es claro que Gomorra está desprovista de los encantos del intelecto y del conocimiento y admitimos con Colette que no tiene luz propia, sino la que refleja de Sodoma u otros mundos. El genio brillante de Charlus opaca las sombrías figuras de su vecina ciudad.

A partir de la teoría de las transposiciones, la presencia de elementos masculinos en Albertine se explicaría por ese proceso: autoficción más transposición o bien, por la teoría del hermafroditismo inicial, siendo ésta la teoría intratextual. Son dos posturas teóricas que pueden complementarse pues ¿es Albertine la parte gomorreana de Marcel y/o es la transposición de una figura masculina?: "El detective más escrupuloso se vería obligado a reconocer la dominante macho en las claves de Albertine, sin desatender la intimidad proustiana con la sensibilidad de las mujeres."[28]

¿Cuáles son las diferencias entre Sodoma y Gomorra, además de la extensión y detalle que abunda en la primera? En primer lugar, la mujer no tiene identidad pues primero es no-individualizada, pertenece al grupo: "cuando, casi en el extremo del dique donde ellas se movían como una mancha singular, vi avanzar cinco o seis muchachitas, tan diferentes por el aspecto y las maneras de todas las personas a las que estaba acostumbrado en Balbec, [...] una bandada de gaviotas que ejecuta con paso moderado sobre la playa -las que quedaban atrás atrapando a las otras revoloteando-"[29].

La no-identidad femenina parece significar ese abismo inaccesible que lo masculino no logra alcanzar, y no logra alcanzarlo dentro de sí mismo por la existencia del tabique. Kristeva se pregunta: "¿Qué es una mujer para el narrador? ¿En qué rol se esconde cuando elige presentarse como el amante de Albertine?"[30] La teoría de la inocencia de Gomorra, iniciática, coexiste desde su primera presentación con un mundo blasfematorio y vulgar como Sodoma. Pero en los casos que siguen la vulgaridad es puesta por quien comenta o quien burla, en este caso Aimé: "Como me dijo esa persona, usted piensa que si ellas no hicieran más que enhebrar perlas me habrían dado diez francos de propina."[31] Este comentario se relaciona, por el tono vulgar de

27 "conduisant un buggy à toute allure."

28 "Le détective le plus scrupuleux serait ainsi forcé de reconnaître la dominante mâle dans les 'clés' d'Albertine, sans négliger l'intimité proustienne avec la sensibilité des femmes." (Kristeva, 1994:95).

29 "quand, presque encore à l'extrémité de la digue où elles faisaient mouvoir une tache singulière, je vis s'avancer cinq ou six fillettes, aussi différentes, par l'aspect et par les façons, de toutes les personnes auxquelles on était accoutumé à Balbec, [...] une bande de mouettes qui exécute à pas comptés sur la plage -les retardataires attrapant les autres en voletant-" (*A l'ombre*, 2000:354).

30 "qu'est-ce qu'une femme pour le narrateur? Sous quel rôle se cache-t-il lorsqu'il choisit de se présenter comme l'amant d'Albertine?"

31 "Comme m'a dit cette personne, vous pensez bien que si elles n'avaient fait qu'enfiler des perles elles ne m'auraient pas donné dix francs de pourboire." (*Albertine disparue*, 2001:97).

la metáfora sexual coloquial, con el comentario del Docteur Percepied en *Swann*: "¡Y bueno! Parece que toca música con su amiga, Mlle. Vinteuil."[52] Pero la vulgaridad lingüística también aparece en la discusión de Marcel y Albertine:

"¡Muchas gracias! gastar una moneda en esos viejos, quisiera que me dejara libre por una vez para ir a hacerme romper…' De pronto su rostro se enrojeció, quedó entristecida, puso la mano delante de la boca como si pudiera volver atrás las palabras […] 'Pero ¿qué está diciendo, Albertine?' […] 'En fin, por lo menos tenga el valor de terminar la frase, se quedó en romper…-¡Ah!, no, ¡déjeme!- Pero ¿por qué? -Porque es terriblemente vulgar, […] Pero mi memoria quedó obsesionada por esa palabra 'romper'."[53]

La expresión indica ambigüedad y/o transposición sexual por la elección y recuerda el malintencionado comentario de Ski en el viaje a la Raspelière de *Sodoma*, al ver la mirada de Charlus al joven empleado: "si el barón se pone a hacerle ojitos al inspector […] el tren va a ir a reculones […] ya no estamos más en un trencito, esto es un funicular"[54]. Eribon comenta este pasaje desde el punto de vista de Bourdieu, en la oposición entre lo delantero y noble (masculino) y lo trasero e ignominioso (femenino, homosexual) (Eribon, 2001:131). Angel a las puertas de Sodoma, Albertine comunica a las dos ciudades, junto a Morel, aquí desde una figuración que representa la analidad.

También Gomorra es cruel y sádica desde que transgredió la norma. Veamos la descripción de la doble vida de Albertine en la carta de Aimé, luego de sus investigaciones:

"(Mlle. A.) venía muy a menudo a ducharse con una mujer grande, mayor que ella, siempre vestida de gris, y que la señora de las duchas conocía, sin saber su nombre, por haberla visto buscar muchachas. Pero no hacía caso de ninguna desde que conoció (Mlle. A.) […] se encerraban siempre en la cabina, se quedaban mucho tiempo, y la dama de gris le daba por lo menos diez francos de propina."[55]

No obstante, sin caer en estereotipos y generalizaciones arriesgadas, quizás la transposición vuelve a aparecer en estas acciones de Albertine. No deja de recordar los episodios de los baños londinenses en la vida de Oscar Wilde, y esa cultura de baño público, de intercambio fortuito, es netamente identificada con el mundo homosexual masculino. La consideración historicista sobre la autenticidad de este relato exigiría un estudio profundo de las condiciones de la promiscuidad homosexual femenina en esa época en las clases bajas y la prostitución con las clases

52 "Hé bien! il paraît qu'elle fait de la musique avec son amie, Mlle. Vinteuil." (*Swann*, 2001:145).

53 "'Grand merci! dépenser un sou pour ces vieux là, j'aime bien que vous me laissiez une fois libre pour que j'aille me faire casser…' Aussitôt dit, sa figures' empourpra, elle eut l'air navré, elle mit sa main devant sa bouche comme si elle avait pu faire rentrer les mots […] 'Qu' est-ce que vous dites, Albertine?' […] 'En fin, au moins ayez le courage de finir votre phrase, vous en êtes restée à *casser*… -Oh!, non, laissez-moi!- Mais pourquoi? -Parce que c' est affreusement vulgaire, […] Mais ma mémoire restait obsédée par cet mot 'casser'." (*La prisonnière*, 2000:324-325).

54 "si le baron se met à faire de l'œil au contrôleur […] le train va aller à reculons. […] ce n'est plus un petit chemin de fer où nous sommes, c'est un funiculeur." (*Sodoma*, 2000:429).

55 "(Mlle. A) venait très souvent prendre sa douche avec une grande femme plus âgée qu'elle, toujours habillée en gris, et que la doucheuse sans savoir son nom connaissait pour l'avoir vue souvent rechercher des jeunes filles. Mais elle ne faisait plus attention aux autres depuis qu'elle connaissait (Mlle. A.) […] s'enfermaient toujours dans la cabine, restaient très longtemps, et la dame en gris donnait au moins dix francs de pourboire" (*Albertine disparue*, 2001:97).

altas, cuyo estudio entraña sus dificultades en cuanto a las fuentes. Si la clave es la transposición, el cuadro es absolutamente identificable. El episodio de la lavandera adquiere otras significaciones, en sus baños de mar con Albertine:

"Y al ver a Mlle. Albertine que se frotaba siempre contra ella en su bata, se la había hecho sacar y le hacía caricias con la lengua a lo largo del cuello y los brazos, hasta en la planta de los pies que Mlle. Albertine le tendía. [...] me llevé a la lavanderita a acostarse conmigo. Me preguntó si quería que me hiciera lo que le hacía a Albertine cuando ella se sacaba el traje de baño. Me dijo 'si hubiera visto cómo se estremecía esa señorita, me decía: 'Ah, me pones por las nubes' y estaba tan excitada que no podía dejar de morderme'. Todavía tenía la lavanderita la marca en el brazo."[56]

La *lavandera*, ironía del oficio, pertenece a una clase social más baja que Albertine, y la posición de ésta es receptiva aquí. El agua es también el marco, ahora del mar, del retorno al origen. La modalidad establecida es la oral. Mediante el relato de Andrée se profundiza el abismo de Albertine en la búsqueda pura del placer:

"Había encontrado en lo de Mme. Verdurin a un lindo muchacho, llamado Morel [...]El se encargaba - con el permiso de tomar también para sí su placer, ya que le gustaban las pequeñas novicias, [...] se encargaba de seducir a las pescadoritas de una playa lejana, lavanderitas [...] Una vez que la pequeña estaba bajo su dominio la hacía ir a un lugar totalmente seguro y la libraba a Albertine [...] Era su pasión, como también la de Albertine."[57]

El final de Andrée es concluso y establece la pasión fuera de todo límite moral. La frase implica el reconocimiento de una sensualidad cuya fuerza no puede detenerse. Marcel reconoce y forma parte de su aprendizaje: "venir a hacer el amor en una cabina de duchas, lo que implicaba una experiencia de la corrupción, la organización bien disimulada de toda una doble vida."[58] El "costado" femenino es difuso, poderoso e inabarcable. En la interpretación de Kristeva, el relato de la experiencia alude al hermafroditismo inicial: "no alcanza con decir que Albertine enmascara a Alberto que sería Agostinelli. Hace mucho más [...] revela la parte gomorreana de la homosexualidad del narrador [...] el narrador se brinda por medio de Albertine el placer sutil de representarse

[56] "et que voyant Mlle. Albertine qui se frottait toujours contre elle dans son peignoir, elle le lui avait fait enlever et lui faisait des caresses avec sa langue le long du cou et des bras, même sur la plante des pieds que Mlle. Albertine lui tendait. [...] j'ai emmené coucher avec moi la petite blanchisseuse. 'Elle m'a demandé si je voulais qu'elle me fît ce qu'elle faisait à Mlle. Albertine quand celle-ci ôtait son costume de bain. Et elle m'a dit: (Si vous aviez vu comme elle frétillait, cette demoiselle, elle me disait: Ah! tu me mets aux anges) et elle était si énervée qu'elle ne pouvait s'empêcher de me mordre.) J'ai vu encore la trace sur le bras de la petite blanchisseuse.'" (*Albertine disparue*, 2001:107).

[57] "Elle avait rencontré chez Mme. Verdurin un joli garçon, appelé Morel. [...] Il se chargeait -ayant la permission d'y prendre aussi son plaisir, car il aimait les petites novices, [...] il se chargeait de plaire à de petites pêcheuses d'une plage éloignée, de petites blanchisseuses [...] Aussitôt que la petite était bien sous sa domination, il la faisait venir dans un endroit tout à fait sûr, où il la livrait à Albertine [...] C'était sa passion, comme c'était aussi celle d'Albertine." (Albertine disparue, 2001:180).

[58] "venir faire l'amour dans un cabinet de douches, qui impliquait une expérience de la corruption, l'organisation bien dissimulée de toute une double existente" (*Albertine disparue*, 2001:100).

como mujer."[39] Conoce a través de Albertine el placer de representarse como mujer, ese placer y atracción se transforman en repulsión: "había proclamado ingenuamente mi horror por eso".[40]

Este concepto, explicado desde el punto de vista de Benstock, tiene aquí nueva luz. El temor a la parte femenina y asimismo, el deseo de conocer a través de esa parte y el temor que implica esa presencia desconocida.

El deseo de Gomorra también comporta la traición a la madre. El sentimiento de culpa está ligado íntimamente al erotismo: "el placer íntimo está ligado al sentimiento profundo de haber profanado y destruido el cuerpo materno".[41] Si para Bataille (1957), el episodio de Montjouvain es una transposición de las madres profanadas donde Marcel transmuta ficcionalmente en Madmoiselle Vinteuil, y el constante paralelismo con la madre de Marcel es evocado por la traición de Madmoiselle Vinteuil a su padre, también en el episodio de la "danza" hemos de ver, algo similar: "El seno materno exime de la falta o, por el contrario, al participar, ¿no la agrava? [...] Una libido fusional y continua sería inmanente a toda mujer".[42]

"Hice notar a Cottard cuan bien bailaban. Pero él [...] 'olvidé mi monóculo y no veo bien, pero están ciertamente en el colmo del goce. No se sabe lo suficiente que las mujeres disfrutan sobre todo a través de los senos. Y vea, los suyos se tocan completamente'".[43]

Bataille señala que la existencia del bien es percibida por su contraste con el mal, la norma por la trasgresión, siempre en relación dual. El episodio de la "danza" está marcado por los contrarios y por la afinada percepción. Cottard ve lo que no ve Marcel, le enseña a ver. Lo que es "colmo del placer" para ellas, es "cruel" para Marcel y otra vez se extiende ante él la *terra incognita*, y esta vez sí es una percepción estrictamente femenina despojada de transposición posible y que remite a una sensualidad no-genital que entra en el modelo de Kristeva.

La advertencia la hace un médico refiriéndose al placer y es enunciada sin valoración, como un conocimiento asertivo y que no está dado por la observación precisa ya que aclara que no ve bien, sino por la facilidad para completar la imagen y por la captación de otros signos. La censura funciona inmediatamente en ellas, vuelve "la presentación de sí" y se separan. También es un discurso masculino de indispensable falocentrismo. Cottard advierte la imprudencia de los padres al permitir la exploración de esa sensualidad, "semejantes costumbres", lo cual indica la aceptación desde la existencia natural y la represión desde el canon social. Porque remite a una prefiguración convencional del placer y a un estereotipo que Eribon colocara en las categorías de activo/pasivo, violento/delicado. Lo vemos en Baudelaire: "Mis besos son livianos como esos efímeros/ que acarician de noche los grandes lagos transparentes,/ y los de tu amante cavarán

[39] "il ne suffit pas de dire que Albertine masque Albert qui serait Agostinelli. Elle fait beaucoup plus [...] elle trahit la part gomorrhéenne de l'homosexualité du narrateur [...] le narrateur s'offre par l'intermédiaire d'Albertine le plaisir subtil de se dépeindre en femme."(Kristeva, 1994:105).

[40] "j'avais naïvement proclamé mon horreur de cela" (*Albertine disparue*, 2001:91).

[41] Erman, Michel. "La cruauté dans Sodome et Gomorrhe". http://www.unice.fr/AGREGATION/Cruaute.html.

[42] "Le sein maternelle sauve-t-il la faute ou, au contraire, en y participant, ne l'aggrave-t-il pas? [...] Une libido fusionnelle et continue serait immanente à toute femme." (Kristeva, 1994:103).

[43] "Je fis remarquer à Cottard comme elles dansaient bien. Mais lui [...] j'ai oublié mon lorgnon et je ne vois pas bien, mais elles sont certainement au comble de la jouissance. On ne sait pas assez que c'est surtout par les seins que les femmes l'éprouvent. Et voyez, les leurs se touchent complètement." (*Sodoma*, 2000:191).

sus surcos como carretas o arados desgarradores".[44]

Lo femenino en sus variedades, también es un mundo cerrado. La regla general es el ocultamiento y esa actitud se expande desde el mundo de la norma y la convención. El mundo de la "danza" es el mundo de gineceo que por un instante se deja ver y es envilecido por la mirada externa. Renée Vivien evocaba el mundo perdido: "Lesbos de dorados flancos, devuélvenos nuestra alma antigua,/ resucita para nosotras las liras y las voces, [...] Evoca los peplos flotando en la noche,/ los reflejos rubios y rojizos de las cabelleras/ la copa de oro y los collares y los espejos,/ la flor de jacinto y los débiles murmullos [...]".[45]

El aire triste, melancólico, angustiado, torturado de Gomorra "aire cansado, desmañado, ocupado, honesto y triste"[46] y, podemos decir, coincidente con el modelo Renée Vivien, parece estar presente en algunas descripciones. Sobre Madmoiselle Vinteuil se dice en su primera presentación: "que tenía el aspecto de un muchacho, parecía tan robusta"[47] y esa faceta del lado masculino convive en el lado femenino con el retrato que hace la abuela: "qué expresión dulce, delicada, casi tímida"[48]. Esta descripción concluye en la escena de Montjouvain: "en el fondo de ella misma una virgen tímida y suplicante imploraba y hacía retroceder a un soldadote rudo y vencedor"[49].

La culpa es expiada en Gomorra por la oscilación sexual y en Sodoma por el auto-castigo. Es el último grado de la escisión santidad-perversión, culpa-pecado, la fusionalidad en términos de Kristeva, continuidad para Bataille, el escape a la tabicación: "la primera crueldad puesta en práctica en la novela se encuentra en la naturaleza que aísla los sexos y los consagra a la reclusión en lugar de acercarlos [...] En Proust, como en Sade, la naturaleza se opone a la ley, social y genital"[50].

Hemos tratado, en suma, algunos aspectos de las relaciones entre la presentación de los particulares signos amorosos lésbicos en su pasaje transexual con la propia conformación de los personajes. Desde una perspectiva que estudie concretamente la figuración de género, el pensamiento proustiano parece continuar a grandes rasgos la tradición de "continente negro" como mirada sobre lo femenino en donde suma también la invisibilidad tradicional de que es objeto el lesbianismo como esplendor abyecto.

Como define Philippe Sollers: Gomorra presenta la "complejidad solapada", frente a la "superficie" de Sodoma, "a la agitación charlatana de Sodoma, corresponde el silencio y el ocultamiento de Gomorra" "Gomorra es infinitamente más perturbadora, oscura, escondida que Sodoma".[51]

44 "Mes baisers sont légers comme ces éphémères/ qui caressent le soir les grand lacs transparents,/ et ceux de ton amant creuseront leurs ornières/ comme des chariots ou des socs déchirants".

45 "Lesbos aux flancs dorés, rends nous nôtre âme antique,/ ressuscite pour nous les lyres et les voix,"; "Évoque les péplos ondoyant dans le soir,/ les lueurs blondes et rousses des chevelures/ la coupe d'or et les colliers et les miroirs,/ et la fleur d'hyacinthe et les faibles murmures [...]".

46 "air las, gauche, affairé, honnête et triste".

47 "qui avait l'.air d' un garçon paraissait si robuste".

48 "quelle expression douce, délicate, presque timide" (*Swann*, 2001:112).

49 "au fond de elle-même une vierge timide et suppliante implorait et faisait reculer un soudard fruste et vainqueur" (*Swann*, 2001:159).

50 "la première cruauté à l'œuvre dans le roman se trouve dans la nature qui isole les sexes et les voue à la clôture au lieu de les rapprocher [...] 'Chez Proust comme chez Sade la Nature s'oppose a la loi, sociale et génitale"(Erman).

51 "à l' agitation bavarde de Sodoma, correspond le silence et la dérobade de Gomorra"; "Gomorra est infiniment plus troublante, noir, détournée que Sodoma" (Kristeva, 1994:109).

Bibliografía

Bataille, Georges. *La littérature et le mal*, Paris, Gallimard, 1957.

----------. *El erotismo*, Barcelona, TusQuets, 1997, (1ª. ed., Les éditions de Minuit, 1957).

Benstock, Shari. *Mujeres de la Rive Gauche*, Barcelona, Lumen, 1992 (1ª. ed. University of Texas Press, 1986. Trad. Victor Pozanco).

Baudelaire, Charles. *Les fleurs du mal*, Paris, éd. du Panteón, 1947.

Anónimo. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, 1975 (Desclée de Brouwer).

Compagnon, Antoine. Préface, documents et notes à l'édition de *Sodoma y Gomorra*, París, 1989 (Folio).

Deleuze, Gilles. *Proust y los signos*, Barcelona. Anagrama, 1972 (1ª. Ed. París, Presses Universitaires de France, 1964. Trad. Francisco Monge).

Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona, Anagrama, 2001. (1ª. Ed. París, Fayard, 1999).

Erman, Michel. *La cruauté dans Sodoma y Gomorra*, http://www.unice.fr/AGREGATION/Cruaute.html.

Kristeva, Julia. *Proust et l'expérience littéraire*, París, Gallimard, 1994.

----------. *Colette ou la chair du monde*, http://www.fabula.org/colloques/barthes/colette.php

Lottman, Herbert. *Colette, una vida*, Barcelona, Circe, 1992 (1ª. ed. julio 1997. Trad. del inglés de Claudio López de Lamadrid).

Mauriac Dyer, Natalie. *Editions et lectures de Sodoma y Gomorra*, http://www.fabula.org/compagnon/proust/mauriac.php

Miguet-Ollagnier, Marie. *Sodoma y Gomorra: une autofiction?*, http://www.fabula.org/compagnon/proust/miguet.php

Painter, George. *Marcel Proust, biografía*, Madrid, Alianza, 1972 (1ª ed. 1959. Trad Andrés Bosch).

Proust, Marcel. *Albertine disparue*, Paris, Folio, 2001 (éd. Présentée, établie et annotée par Anne Chevalier).

----------. *Du côté de Guermantes*, Paris, Folio, 2001 (éd. présentée par Thierry Laget, établie et annotée par T. Laget et Brian G. Rogers).

----------. *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, Paris, Folio, 2000 (éd, présentée, établie et annotée par Pierre-Louis Rey).

----------. *La prisonnière*, Paris, Folio, 2000 (ed. Présentée, établie et annotée par Pierre- Edmond Robert).

----------. *Sodome et Gomorrhe*, Paris, Folio, 2000 (ed. Présentée, établie et annotée par Antoine Compagnon).

----------. *Le temps retrouvé*, Paris, Folio, 1999 (éd. présentée par Pierre-Louis Rey, établie par Pierre-Edmond Robert et annotée par Jacques Robichez avec la collaboration de Brian G. Rogers).

----------. *À la recherche du temps perdu*, Paris, Folio, 1989. Texte intégral.

----------. *Lettres à Jacques Rivière*, Paris, Plon, 1955.

----------. *Lettres à André Gide*, Paris, Ides et calendes, 1949.

----------. "La confession d'une jeune file" en *Les plastim et les jours*, Paris, Gallimard, 1924.

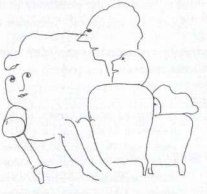
----------. "La Race des tantes en *Contre Sainte-Beaure*", Paris, s/d.

Vigny, Alfred de. *La colére de Samsón*, http://abu.cnan.fr/cgi-bin/donner.htmvgmypoesiel, Symétha. Élégie.

Vivien, Renée. *Poèmes*, http://pers.wanadoo.fr/suphisme/XXe/Vivien.hyml.

----------. http://poesie.webnet.fr/auteurs/vivien.html

Yourcenar, Marguerite. *Alexis a el tratado del inútil combate*, Madrid, Alfaguara, 1991 (1a. ed. 1929. Traducción de Emma Calatayud).



Género, sexualidad y política del reconocimiento. Notas críticas a la teoría de la justicia de Nancy Fraser[1]

Aranzazu Hernández Piñero*

Resumen

En este artículo mi propósito es doble: por un lado, analizar la distinción entre género y sexualidad establecida por Fraser en torno a la que construye su modelo de redistribución y reconocimiento, así como sus consecuencias con respecto a la conceptualización de la dominación masculina. Por otro, abordar críticamente la definición que Fraser ofrece de la política de la identidad, ligada a su caracterización del tipo ideal de injusticia cultural. Con respecto a la primera cuestión, argumentaré a favor de la mayor capacidad explicativa que proporcionaría investigar la articulación sistemática de género y sexualidad como fuente de opresión económica y cultural. En relación con la segunda, trataré de mostrar la posibilidad de pensar una versión compleja de la política de la identidad entendida en términos de una lucha por la interpretación de las identidades.

Palabras clave: género - sexualidad - identidad - heterosexualidad obligatoria - lesbianismo

Abstract

In this article, my purpose is double: on the one hand, I will analyze the distinction between gender and sexuality because that is the basis for Fraser's redistribution and recognition model, and its consequences about the concept of male dominance. On the other hand, I will criticize Fraser's identity politics definition linked to her picture of ideal type of cultural injustice. About the first question, I will argue supporting the idea of investigating the systematic articulation between gender and sexuality as source of economic and cultural oppression. About the second question, I will try to show the possibility to think in a complex version of identity politics as a struggle for identities interpretation.

Key words: gender - sexuality - identity - compulsory heterosexuality - lesbianism

* Este trabajo es una versión revisada y ampliada de otro titulado "Menosprecio y resistencia: la lógica de los conflictos identitarios", conferencia pronunciada en el marco del IX Curso de Primavera del Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad de La Laguna, "Valores, símbolos y representaciones de género: la acción restringida", celebrado en la Universidad de La Laguna del 9 al 13 de mayo de 2005. Ambos textos se inscriben en el trabajo del grupo de investigación que desarrolla el Proyecto I+D "Multiculturalismo, neorracismo y feminismo: problemas de antropología normativa".

** Investigadora Universidad de La Laguna, Facultad de Filosofía.

"...nosotras no solamente estamos oprimidas como mujeres: estamos oprimidas por tener que ser mujeres". (Rubin, 1999: 85)

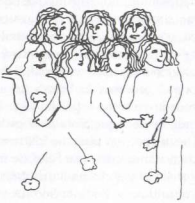
"...las lesbianas son también oprimidas en su calidad de homosexuales y pervertidas, debido a la estratificación sexual, no de géneros". (Rubin, 1989: 185)

"...cuando es pensada por la mentalidad heterosexual, la homosexualidad no es otra cosa que otra heterosexualidad". (Wittig, 1980: 2)

"...la sexualidad es el "lugar común" de toda subjetividad". (Lauretis, 2000: 169)

En 1984, la poeta y ensayista feminista Adrienne Rich inició una de sus conferencias diciendo: "necesito entender la manera en que un lugar en el mapa es también un lugar en la historia dentro del cual como mujer, como judía, como lesbiana, como feminista, he sido creada e intento crear" (Rich, 2001: 207). Mi intención es plantear en este artículo la necesidad de pensar la sexualidad de las mujeres como ese lugar, como "la geografía más cercana" (ibíd), como "lo que es más propio y al mismo tiempo más expropiado" (Mackinnon, 1981: 1).

En la década y media que separa a las palabras de Rich de la propuesta de articular redistribución y reconocimiento de Nancy Fraser, median años de discusión feminista sobre las relaciones conceptuales entre género y sexualidad. En este contexto, mi propósito es doble: por un lado, analizar la tajante distinción entre género y sexualidad establecida por Fraser, en torno a la que construye su modelo de redistribución, y reconocimiento, así como sus consecuencias con respecto a la conceptualización de la dominación masculina. Y, por otro, abordar críticamente la definición que Fraser ofrece de la política de la identidad ligada a su caracterización del tipo ideal de injusticia cultural. Con respecto a la primera cuestión, argumentaré a favor de la mayor capacidad explicativa que supondría indagar la articulación sistemática de género y sexualidad como fuente de opresión económica y cultural. En relación con la segunda, mostraré la posibilidad de pensar una versión compleja de la política de la identidad entendida en términos de una lucha por la interpretación de las identidades.



1. Injusticias

En su obra *Justice Interruptus* publicada en 1997, y en los artículos preparatorios publicados entre 1995 y 1996 de los que destaca "¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era 'postsocialista'", Nancy Fraser elabora una teoría de la justicia entendida en términos de redistribución y de reconocimiento. La relevancia de la propuesta de Fraser radica en el gran esfuerzo teórico y político que supone su intento de articular un marco integrador y comprehensivo para analizar las relaciones recíprocas y contradictorias entre dos tipos de luchas emancipatorias: las luchas por la redistribución y las luchas por el reconocimiento. La autora sostiene que con frecuencia, estas luchas no sólo corren paralelas, sino que están enfrentadas entre sí. Su objetivo consiste en conjugar reconocimiento e igualdad social, por lo tanto, se puede afirmar que la teoría de la justicia de Fraser constituye nada menos que una tentativa de redefinir el paradigma de emancipación en un tiempo histórico que ella misma denomina "la era postsocialista".

Para ello, la autora distingue analíticamente entre dos tipos de injusticia -la injusticia económica y la injusticia cultural- y configura dos modelos o tipos ideales de comunidades que ilustran cada tipo de

injusticia[1]: toma la clase como representación de la injusticia económica y, lo que la autora denomina las "sexualidades despreciadas" para ejemplificar la injusticia cultural. Siguiendo a Fraser, la clase y las sexualidades despreciadas constituyen los dos extremos de un espectro conceptual de diferentes comunidades sociales, pero también es posible distinguir comunidades intermedias en las que operan simultáneamente la injusticia económica y la injusticia cultural y a éstas las denomina "comunidades bivalentes" y están ejemplificadas por el género y la "raza". Así se constituye el nudo gordiano de la problemática que la autora aborda. De hecho, a Fraser le interesan particularmente estos "ejes de injusticia que son simultáneamente culturales y socioeconómicos" (Fraser, 2000, a: 128) porque en ellos se manifiesta el "dilema redistribución-reconocimiento" que formula así:

"La política de reconocimiento y la política de la distribución aparentan tener objetivos mutuamente contradictorios. Mientras que la primera tiende a promover la diferenciación de grupo, la segunda tiende a socavarla. Por consiguiente, las dos clases de exigencias están en conflicto entre sí; pueden interferir, o incluso ir una en contra de la otra. Nos encontramos, entonces, ante un difícil dilema. [...] La gente que sufre tanto la injusticia cultural como la injusticia económica precisa tanto de reconocimiento como de redistribución. Necesitan reivindicar y negar su especificidad al mismo tiempo. ¿Cómo es esto posible, si es que es posible en absoluto?" (Fraser, 2000, a: 133).

2. Género y sexualidad

En esta instancia, me gustaría problematizar la conveniencia teórica de la distinción analítica que Fraser establece entre sexualidad entendida como "un modo de diferenciación social cuyo origen no está en la economía política" sino "en la estructura de valoración cultural" (Fraser, 2000, a: 136), y el género entendido como eje de injusticia que es simultáneamente cultural y socioeconómico (Fraser, 2000, a: 123). En las líneas que siguen, argumentaré que sexualidad y género se encuentran sistemáticamente articulados y que si el género es pensado como una comunidad bivalente, la sexualidad también debería ser pensada en los mismos términos puesto que la sexualidad es la categoría fundante de lo que de Lauretis ha denominado "tecnologías de género" (de Lauretis, 1987).

Mi argumentación converge en buena medida, con la expuesta por Judith Butler en su artículo "El marxismo y lo meramente cultural" donde sostiene que la sexualidad ha de ser entendida como una comunidad bivalente. La convergencia, no obstante, es puntual porque la línea de razonamiento que trataré de desarrollar diverge de la postura butleriana. Fraser sostiene que las injusticias que sufren gays y lesbianas son producto del heterosexismo y de su manifestación, la homofobia. La autora define el heterosexismo como "la construcción legitimada de normas que privilegian la heterosexualidad" y la homofobia como "la desvalorización de la homosexualidad" (Fraser, 2000, a: 136). Con respecto a la construcción del tipo ideal de las "sexualidades despreciadas", la normatividad de la heterosexualidad aparece como un accidente; con respecto a la elaboración del género como comunidad bivalente paradigmática, la heterosexualidad obligatoria opera como un presupuesto, un *a priori*. Como ha observado Judith Butler, Fraser no acierta a abordar "de un modo suficientemente radical las consecuencias que acarrea su propia conceptualización" (Butler, 2000: 118). Si bien Fraser sostiene que el género "es un principio básico de la estructuración de la economía política" a partir del argumento en que estructura el trabajo reproductivo no pagado de las mujeres (Fraser, 2000, a: 138) "no se pregunta cómo el ámbito de la reproducción, que garantiza la posición que ocupa el

[1] Si bien Fraser caracteriza la redistribución y el reconocimiento como "dos paradigmas analíticos diferentes de justicia", la autora insiste en que, en la práctica, injusticia económica y cultural se entrecruzan de tal modo que se refuerzan dialécticamente: cf. Fraser, 2000, a: 131.

'género' en el marco de la economía política, está circunscrito por la regulación sexual". Como consecuencia, Fraser es incapaz de teorizar adecuadamente la relación entre la reproducción de la heterosexualidad y la economía política y, por tanto, su conceptualización de las sexualidades despreciadas en términos de falta de reconocimiento resulta insuficiente. Y Butler lo ha evidenciado, "no se trata sencillamente de que ciertas personas sufran una falta de reconocimiento cultural por parte de otras, sino, por el contrario, de la existencia de un modo específico de producción e intercambio sexual que funciona con el fin de mantener la estabilidad del sistema de género, la heterosexualidad del deseo y la naturalización de la familia" (Butler, 2000: 118).

En "Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo", Fraser responde a las críticas de Butler. No detallaré aquí sus contraargumentaciones pero sí indicaré tres aspectos generales de su respuesta. En primer lugar, la autora defiende su definición de las sexualidades despreciadas como tipo ideal de injusticia cultural debida a la falta de reconocimiento y lo hace subrayando el carácter institucional de las injusticias de reconocimiento[2]. En segundo lugar, argumenta acerca de la capacidad teórica de la distinción normativa entre redistribución y reconocimiento. Por último, relaciona esta distinción normativa con otra de orden sociteórico, la distinción entre lo económico y lo cultural, sobre la base de que "la distinción económico/cultural contribuye mejor a la teoría crítica de la sociedad capitalista contemporánea" (Fraser, 2000, b: 132). Según Fraser, la distinción económico/cultural tal y como aparece relacionada con el heterosexismo y la caracterización de la sociedad capitalista, es "el auténtico punto de fricción" con Butler (Fraser, 2000, b: 132). Esta es una cuestión demasiado larga y compleja para poder abordarla en estas líneas pues tiene que ver con dos asuntos estrechamente relacionados: por un lado, con los presupuestos metodológicos de la teoría crítica habermasiana que Fraser, en parte, cuestiona y en parte asume (Benhabib y Cornell, 1990), y por otro, con la interpretación que la autora hace del legado del marxismo y de los debates del feminismo socialista durante la década de los setenta y los ochenta[3] (Fraser, 2000, b). En lo que sigue, desarrollaré de un modo indirecto una argumentación crítica con el planteamiento de Fraser.

2 Cf. Fraser, 2000, b, págs. 124-125. En este sentido Fraser afirma: "de acuerdo con mi concepción, la falta de reconocimiento es una relación social institucionalizada y no un estado psicológico" (pág. 125). La falta de reconocimiento como subordinación de *status* que la autora perfila en escritos posteriores subraya el carácter institucional de la injusticias culturales: cf., por ejemplo, Fraser, Nancy, "Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento", *new left review*, núm. 4, págs. 61-64, septiembre-octubre 2000.

3 He abordado parcialmente algunos aspectos de los debates entre el marxismo y el feminismo marxista desde la década de los setenta hasta la de los noventa: cf. Hernández Piñero, Aránzazu, "Género y clase, otra vez: ¿qué hay del feminismo materialista en la era postsocialista?" en Puleo, Alicia (coord.), *Igualdad y género. Reflexiones desde la ética y la filosofía política*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, en prensa.

Coincido con la tesis de Butler que expone que la regulación heterosexual de la sexualidad (la heterosexualidad obligatoria o institucionalizada) es central para el funcionamiento de la economía política, pero sostengo es que la distinción fraseriana de sexualidad y género es resultado de lo que de Lauretis ha denominado la "paradoja de la (in)diferencia sexual" (de Lauretis, 2000: 80).

3. La paradoja de la (in) diferencia sexual

De Lauretis recurre a la filósofa Luce Irigaray para formular la paradoja de la (in)diferencia sexual. En *Este sexo que no es uno* Irigaray había señalado que "lo femenino... carece de lugar si no es dentro de modelos y leyes emanados de los sujetos masculinos. Lo que implica que no existen realmente dos sexos sino uno solo. Una única práctica y representación de lo sexual" (Irigaray, 1978: 71). La diferencia sexual entendida como diferencia entre el hombre y la mujer se basa en la indiferencia sexual frente al "otro" sexo, el de la mujer. La estructura teórica de la indiferencia sexual convierte el deseo femenino por otro sujeto mujer en lo irrepresentado y lo irrepresentable. Esto explica por qué, con frecuencia, los estudios acerca de la elección del sujeto de deseo de las mujeres lesbianas acaban siendo, en realidad, estudios sobre la homosexualidad masculina. Como Irigaray analizó con acierto en su primera obra, *Speculum*, "no existirá, por tanto, homosexualidad femenina, sino una única *hommosexualidad* por medio de la cual se implicará a la mujer en el proceso de especularización del falo, se solicitará de ella que enarbole para el hombre el deseo de lo mismo, a la vez que asegura, de manera complementaria y contradictoria, la perpetuación del polo "materia" en la pareja" (Irigaray, 1975: 97-98).

La distinción irigariana entre homosexualidad y *hommosexualidad* resulta muy fructífera para establecer y analizar la relación que he adelantado entre sexualidad y género. La distinción permite mostrar, y así lo sugiere de Lauretis, la distancia que separa el primer término, entendido en referencia a la sexualidad lesbiana y a lo que yo prefiero referirme exclusivamente mediante el término lesbianismo, del segundo, donde la duplicación de la "m" es "el signo de la indiferencia sexual", es decir, "de la heterosexualidad institucionalizada" (de Lauretis, 2000: 81). Deshacer la paradoja exige tener en cuenta la ambigüedad de los términos así como sus desplazamientos. De esto depende la posibilidad de representación y autorrepresentación lesbiana, la posibilidad de conceptualizar el deseo lesbiano desde una perspectiva que oponga resistencia tanto al discurso *hommosexual* como al discurso feminista que ha pensado el lesbianismo únicamente como identificación entre mujeres. Abordaré uno de los desplazamientos que me parece más significativo.

Desplazamientos

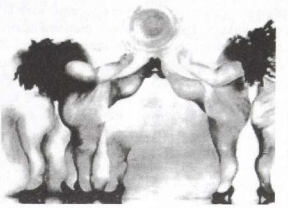
La discusión en el seno del movimiento feminista estadounidense sobre la pornografía, que a finales de la década de los setenta y principios de la década de los ochenta llegó a dividir al movimiento en dos corrientes abiertamente enfrentadas, tuvo el efecto de situar la distinción entre sexualidad y género en el centro de la discusión teórica y política. Para mostrar cuál es la cuestión que se juega en esta discusión tomaré como figura paradigmática a Gayle Rubin porque dos de sus trabajos constituyeron la fuente de inspiración teórica, tanto de la postura que defiende la articulación sistemática de sexualidad y género como de la que sostiene la necesidad de distinguir entre sexualidad y género.

Gayle Rubin defendió la tesis de la articulación sistemática entre sexualidad y género en su influyente artículo de 1975 "Tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo" que puede resumirse en la siguiente afirmación general: "la organización social del sexo se basa en el género, la heterosexualidad obligatoria y la constricción de la sexualidad femenina" (Lamas, 1996: 58). Casi una década después, publica en 1984 su no menos influyente artículo "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad" en el que revisa críticamente su trabajo anterior y defiende la necesidad de analizar separadamente sexualidad y género a partir del argumento de que "constituyen la base de dos áreas distintas de la práctica social" (Vance, 1989: 184). El artículo, con respecto al del año 1975, marca un punto de inflexión en lo que a la relación con el feminismo se refiere: la autora sostiene que el feminismo carece de las herramientas conceptuales necesarias para elaborar

"una teoría radical de la opresión sexual" y considera preciso desarrollar "una teoría y política autónomas específicas de la sexualidad" (Vance: 1989, 186). Resulta de interés señalar el sentido en que Rubin revisa su trabajo feminista de 1975 y tiene interés por dos razones: porque muestra el sentido del cambio de tesis y porque cabe establecer una convergencia argumental entre las razones ofrecidas por Rubin para criticar la articulación sistemática entre género y sexualidad y la defensa de Fraser de la necesidad teórica de la distinción. Rubin revisa su primer trabajo en los siguientes términos:

"The Traffic in Women', se inspiró en la literatura sobre sistemas de organización social basados en el parentesco. En aquel tiempo me parecía que el género y el deseo sexual estaban sistemáticamente entrelazados en tales formaciones sociales. Esta puede ser o no una valoración precisa de la relación entre sexo y género en las organizaciones tribales, pero no es ciertamente una formulación adecuada para la sexualidad de las sociedades industriales occidentales (Vance, 1989: 183)".

El mismo argumento es exactamente el que Fraser emplea para responder a la crítica de Butler basada en la tesis de que la regulación heteronormativa de la sexualidad es económica. Fraser sostiene que el tipo de formaciones sociales en que sistema de parentesco y estructura económica coinciden u operan de forma indiferenciada responden a sociedades precapitalistas y pre-estatales mas no a sociedades capitalistas (Fraser, 2000, b: 128-131). A pesar de esto, debemos señalar que, a diferencia de Fraser, Rubin sí había sostenido en su primer artículo la validez de la tesis de la articulación sistemática de sexualidad y género en las sociedades industriales occidentales.



El cambio de tesis y perspectiva que supone "Reflexionando sobre el sexo" con respecto a "Tráfico de mujeres" implica un desplazamiento de importantes consecuencias teóricas y políticas: mientras que en "Tráfico de mujeres" el centro de interés de la autora eran las mujeres, en "Reflexionando sobre el sexo" el centro de interés gravita en torno a una idea de sexualidad vaga y no sexuada (como un conjunto "de las sensaciones del cuerpo, la calidad de los placeres y la naturaleza de las impresiones" (Vance, 1989: 184)). La consecuencia de este desplazamiento se traduce, como muy bien ha señalado de Lauretis, en la neutralización de la sexualidad femenina y lesbiana. "La especificidad del erotismo tanto femenino como lesbiano -observa- no es ya un problema a plantearse al "pensar el sexo", cuando el término "homosexual" se usa indistintamente para los hombres y para las mujeres, deslizándose así inexorablemente hacia su perturbador doble, el término *hommosexual* (de Lauretis, 2000: 90). De manera que Rubin no logra eludir la paradoja de la (in)diferencia sexual.

Considero que este análisis es aplicable a la argumentación de Fraser en torno a la separación de sexualidad y género. Fraser, como Rubin, no consigue eludir la paradoja de la (in)diferencia sexual porque se pierde en la ambigüedad (semántica) de la noción de heterosexualidad y, en consecuencia, no alcanza a teorizar adecuadamente el sentido de la heterosexualidad obligatoria como institución social (política y económica, siguiendo a Rich (2001)). La ambigüedad de la noción de heterosexualidad radica en la indistinción de su doble sentido, por un lado, el uso común del término "heterosexualidad" como práctica privada, como acto o relación sexual entre un hombre y una mujer, y, por otro, el sentido abstracto de la institución. Al borrar el sentido institucional de la heterosexualidad, la homosexualidad y el lesbianismo son pensados análogamente mediante el uso común de práctica privada, sexual entre dos individuos, en este caso del mismo sexo (de Lauretis, 2000: 126-128). Perder el sentido de la heterosexualidad como insti-

tución contribuye a mantener la ilusión de su naturalidad y obstaculiza el análisis de su carácter socialmente construido y su dependencia con respecto a la construcción de género.

Alguien podría contra-argumentar que Fraser proporciona una definición institucional del heterosexismo en la medida en que insiste en definir la falta de reconocimiento "como una consecuencia de patrones de interpretación y evaluación institucionalizados" (Fraser, 2000, b: 125). Esto sin duda, es cierto. Pero considero que lo que convendría cuestionar es tanto la elección teórica del concepto de heterosexismo como su definición[4]. Podemos señalar que Fraser no usa en ningún momento, ni en su caracterización del género ni de la sexualidad, el concepto de heterosexualidad obligatoria o institucionalizada, únicamente hace referencia a él en el contexto crítico de su respuesta a Butler. Fraser prefiere utilizar el concepto de heterosexismo que, recordemos, define como la "construcción legitimada de normas que privilegian la heterosexualidad" (Fraser, 2000, a: 136). De aquí deriva la idea de que reparar la injusticia depende del "reconocimiento de la homosexualidad como una manera legítima de ser sexual" (Fraser, 2000, a: 137). En su respuesta a Butler, afirma que "teniendo en cuenta las segmentaciones que se dan entre el orden económico y el de parentesco y entre familia y la vida personal, la sociedad capitalista permite hoy a numerosos individuos vivir de un salario, al margen de familias heterosexuales" y, además, que "podría permitírselo a muchos más, a condición de que se produjera una transformación de las relaciones de reconocimiento" (Fraser, 2000, b: 131).

Fraser parece no advertir la diferencia entre la posibilidad de que numerosos individuos puedan vivir al margen de las familias heterosexuales y la posibilidad de vivir al margen de la institución de la heterosexualidad. La autora queda, pues, entrampada en la paradoja de la (in)diferencia sexual: su concepción del heterosexismo se desliza, casi inadvertidamente, de su sentido institucional al sentido usual del término como comportamiento privado o práctica sexual entre individuos. Por último, al insistir en tratar por separado sexualidad y género, la autora elabora una definición de heterosexismo absolutamente desvinculada de la idea de dominación masculina. La consecuencia es, en suma, la incapacidad de su teoría de la justicia para dar cuenta de la relación entre heterosexualidad obligatoria y la construcción del género como dispositivo de poder.

4. Sexualidad y subjetividad

Las críticas de racismo, heterosexismo y clasismo que las feministas negras y lesbianas comenzaron a elaborar como crítica feminista al feminismo desde la década de los setenta, han sido aceptadas en general por el conjunto del pensamiento feminista. A tal punto que, con la filósofa Rosi Braidotti, podríamos afirmar que compartir una concepción de la subjetividad como posición constituye la característica definitoria de la teoría feminista de la década de los noventa. Desde esta perspectiva, el sujeto se caracteriza por la posición en la que una se encuentre, y la subjetividad se constituye en y a partir de la intersección e interacción de distintos ejes de diferenciación tales como el género,

[4] Por ejemplo, la definición de "heterosexismo"elaborada por la teórica lesbiana Sarah Lucia Hoagland tiene más que ver con la de "heterosexualidad obligatoria" de Rich que con la de "heterosexismo" de Fraser. Hoagland lo define en los siguientes términos: "Heterosexismo es una relación económica, política y emocional concreta entre hombres y mujeres: los hombres deben dominar a las mujeres y las mujeres deben subordinarse a los hombres en cualquiera de una serie de formas. Como resultado, los hombres dan por supuesto el acceso a las mujeres mientras las mujeres quedan ancladas en los hombres y son incapaces de sustentar una comunidad de mujeres" (Hoagland, *Lesbian Ethics. Toward New Value*, Palo Alto, Institute of Lesbian Studies, 1988, pág. 29).

la clase, raza, etnia, sexualidad, edad [Braidotti: 2000]. La teoría de la justicia de Fraser que venimos analizando se inscribe en este marco. Ahora bien, conviene preguntarnos con de Lauretis hasta qué punto estas críticas tal vez "hayan sido aceptadas demasiado deprisa o demasiado fácilmente" (de Lauretis, 2000: 132). Para exponer su incisivo interrogante me permitiré citarla extensamente:

"La reivindicación de otros intereses y la presencia de otros discriminantes sociales como la raza o el color, la pertenencia étnica, la sexualidad, etc. -otros ejes según los que se organizan o jerarquizan las "diferencias"y, consecuentemente, la opresión, la identidad y la subjetividad- han sido aceptados en el discurso feminista y puestos en un mismo plano. Estos ejes son así considerados paralelos o de valor similar, aunque con "prioridad" diversa según cada mujer. Para algunas, el eje racial puede tener prioridad sobre el eje sexual a la hora de definir la identidad y la base material de la subjetividad; para otras mujeres puede tener prioridad el eje sexual; para otras puede ser el eje étnico-cultural el que tenga prioridad en un momento dado. De ahí la expresión que actualmente se oye a menudo en los ambientes filofeministas: "género, raza y clase", con la variante local "género, raza, clase y preferencia sexual.

La expresión, que delinea una serie de formas de opresión articulada en ejes paralelos de "diferencia", no llega a expresar, sin embargo, el carácter específico y complejo de la opresión social, esto es, la implicación recíproca de estos ejes y cómo cada uno de ellos ejerce un efecto sobre los otros (de Lauretis, 2000: 132-133)."

Esto último, exige profundizar en una teoría de la simultaneidad de las opresiones como la elaborada por Barbara Smith junto con otras feministas afroamericanas. Parece necesario, entonces, distinguir entre teorías de la simultaneidad de las opresiones y teorías de ejes paralelos, utilizando esta expresión para evitar deslizamientos. En mi opinión, la teoría de la justicia de Fraser quiere ser una teoría de la si-multaneidad de las opresiones que deviene en teoría de los ejes paralelos.

La teoría de la simultaneidad de las opresiones significa que los ejes de "diferencia" y los modos de opresión que derivan de ellos no son paralelos, sino que se solapan, se entrecruzan y se determinan recíprocamente. Es, desde el marco general de una teoría de la simultaneidad de las opresiones, que resulta fructífero abordar la relación entre sexualidad y subjetividad al tiempo que tomar la crítica a la heterosexualidad obligatoria como categoría clave de un proyecto político común.

Si, siguiendo a de Lauretis, consideramos la sexualidad como el "nudo central" de la subjetividad, "el lugar donde lo corpóreo, lo psíquico y lo social se entrecruzan para constituir la subjetividad" (de Lauretis, 2000: 168), en suma, como "el lugar en donde la subjetividad se produce en relación con la significación social y con la realidad material" (de Lauretis, 2000: 173), comprenderemos entonces por qué "la institución de la heterosexualidad no es simplemente uno entre los diversos "mecanismos de dominación masculina", sino que está íntimamente implicada en cada una de ellos", es "una estructura sostenedora del pacto social y fundamento de las normas culturales" (de Lauretis, 2000: 129). De manera que todo sujeto es *generado*, es decir, el sujeto no sólo tiene género, sino que está producido por el género como dispositivo social que (re)produce, regula e impone una diferenciación específica de poder entre dos tipos de categorías, "hombre" y "mujer", esto es, la institución social de la heterosexualidad, no es posible, entonces, pensar el sujeto sin dar cuenta al mismo tiempo de cómo el género actúa en la conformación y sometimiento de los sujetos-cuerpos femeninos y masculinos. Todo sujeto en suma, es *generado* por el contrato social heterosexual.

De la posibilidad de elaborar un punto de vista excéntrico respecto del monopolio masculino heterosexual del poder/saber depende la posibilidad de elaborar una subjetividad política feminista no reasimilable por la institución social de la heterosexualidad. Esto requiere situarse en una posición excéntrica con respecto a la construcción de género. De Lauretis lo ha denominado "sujeto excéntrico", es decir, "no inmune o externo al género pero autocrítico, distanciado, irónico, excedente-excéntrico" (de Lauretis, 2000: 154). Para esta autora como para Monique Wittig o Marilyn Frye entre otras, la lesbiana representa a este sujeto excéntrico. No es, sin embargo, la única. La nueva mestiza de Gloria Anzaldúa o María Lugones o las otras inapropiadas de Minh-ha son diferentes figuras de esta posición excéntrica.

5. Subjetividad y "prácticas cognoscitivas"

La posición excéntrica de la lesbiana hace posible la apertura de una epistemología igualmente excéntrica con respecto a la institución de la heterosexualidad en tanto sistema de producción de conocimiento. Siguiendo a teóricas de la heterosexualidad obligatoria tan diferentes como Monique Wittig, Adrienne Rich o Teresa de Lauretis, la lesbiana se constituye en un proceso que supone una auténtica ruptura epistemológica de interpretación de sí misma y del mundo en relación conflictiva y contradictoria con los significados dados en lo que Wittig ha llamado una "práctica cognoscitiva subjetiva" (Wittig, 1981: 52). La posición excéntrica de la lesbiana se pone de manifiesto en la no coincidencia entre experiencia y lenguaje. La dificultad de significar la experiencia lesbiana, las formas y códigos que permiten su designación y representación, iluminan los límites de las condiciones de visibilidad social de las mujeres lesbianas. La noción de experiencia que pongo en juego no es la de la experiencia como fundamento ontológico o epistemológico de la identidad y la política, sino el concepto procesal y semiótico que Lauretis ha redefinido [de Lauretis: 1992]. En un importante texto escrito a principios de la década de los ochenta, "Semiótica y experiencia", la autora elabora una noción post-estructuralista de experiencia que propone como clave explicativa del proceso mediante el que el sujeto femenino es *generado*, "lo que significa decir cómo se establece y se reproduce (al infinito, por lo que parece) la relación de las mujeres con la mujer" (de Lauretis, 1992: 253).

El planteamiento de Lauretis es relevante a fin de dar cuenta de la no coincidencia entre experiencia y lenguaje en el proceso de constitución de la subjetividad lesbiana. Cabe explorar la relación de "las lesbianas" con "la lesbiana" de un modo análogo a como Lauretis ha analizado la relación de "las mujeres" y "la mujer"[5]. Parafraseándola, la relación entre las lesbianas en cuanto sujetos históricos y el concepto de lesbiana tal y como resulta de los discursos hegemónicos, no es ni una relación de identidad directa, una correspondencia biunívoca, ni una relación de simple implicación; la relación es arbitraria y simbólica, es decir, culturalmente establecida. En función de esto, habría que estudiar cuáles son las formas y los efectos del establecimiento de esa relación así como las estrategias que permiten ponerla en cuestión (de Lauretis, 1992: 16). Lo mismo podríamos afirmar de las relaciones entre los conceptos de "mujer" y "lesbiana" tal y como son definidos por los discursos hegemónicos por un lado, y de las relaciones entre "mujeres" y "lesbianas" como sujetos de carne y hueso, por otro.

Las discusiones en torno a este conjunto complejo de relaciones entre "lesbiana", "lesbianas", "mujer" y "mujeres" han sido una constante en las teorías feminista y lesbiana desde la década de los setenta. Es imposible dar cuenta aquí de los ricos debates al respecto entre las distintas corrientes de

[5] En buena medida es esto lo que la autora hace en "Diferencia e indiferencia sexual" (de Lauretis, 2000: 79-110), donde analiza las formas de autorrepresentación lésbica y las condiciones de posibilidad de una representación que diluya la paradoja de la hom(m)osexualidad, es decir, no reasimilable conceptualmente por la institución de la heterosexualidad.

estas teorías[6] pero lo que me interesa en este momento es ofrecer razones que me permitan argumentar contra las críticas fraserianas al carácter esencialista y homogeneizador de las políticas de la identidad. En el siguiente apartado trataré de ilustrar que es posible pensar la subjetividad, la experiencia y la identidad, en un continuo no esencialista en términos de una lucha por la interpretación de las identidades.

6. Reconocimiento e identidad

Volveré nuevamente sobre la teoría de la justicia de Fraser con el objetivo de analizar la tipología de soluciones que elabora con respecto a las sexualidades despreciadas en tanto tipo ideal de injusticia cultural. Fraser distingue entre soluciones afirmativas, ejemplificadas por la política de la identidad, y soluciones transformadoras como las políticas *queer*. Me gustaría problematizar ahora la definición de política de la identidad que Fraser reconstruye de una manera ideal del siguiente modo: una política que "propone contrarrestar la falta de respeto revalorizando las identidades de los grupos injustamente desvalorados al tiempo que deja intactos tanto los contenidos de dichas identidades como las diferenciaciones que subyacen a las mismas" (Fraser, 2000, a: 143). Y precisa: "la política de la identidad gay considera la homosexualidad como un hecho positivo sustantivo, cultural e identificador, al igual que ocurre con la etnicidad. Se asume que este hecho positivo subsiste en y por sí mismo y sólo necesita un reconocimiento adicional" (Fraser, 2000, a: 143-144). Por el contrario, la autora estima que la política queer, al deconstruir la dicotomía homo-hetero, desestabiliza las identidades y las diferencias de los grupos existentes y "cambian el sentido que cada cual tiene de la pertenencia, de la filiación y de sí mismo" (Fraser, 2000, a: 143) y, como consecuencia, transforma la estructura de valoración cultural subyacente. La caracterización que hace de la política de la identidad resulta, en gran medida, inadecuada con respecto a los procesos de constitución identitaria como proyecto político: en el proceso de emergencia de la subjetividad política "revalorizar las identidades" implica un proceso de crear identidades que no suele "dejar intactos" ni "los contenidos de dichas identidades" ni las "diferenciaciones que subyacen a las mismas". Tal vez su modelo resultase más adecuado si Fraser hubiese elaborado su definición de política de la identidad atendiendo a las formulaciones del feminismo negro y lesbiano y no tanto a las del multiculturalismo. Así hubiese evitado la tendencia a una extrapolación que ella misma critica como es la de definir la sexualidad a partir de modelos explicativos sobre la etnicidad[7]. Es del todo significativo que debamos la primera formulación de la política de la identidad a un colectivo de feministas afroamericanas, "Colectivo Combahee Rivers", el mismo al que debemos las primeras elaboraciones de la teoría de la simultaneidad de las opresiones [Moraga y Anzaldúa: 1983].

[6] He abordado parcialmente los debates referidos a las relaciones entre la categoría mujer y la categoría lesbiana en: Hernández Piñero, Aránzazu y Medina Salem, Susana, "El desafío lesbiano y el problema del sujeto en la teoría feminista (El proyecto separatista de C. Calhoun a debate)" en Birulés, Fina y Peña Aguado, María Isabel (ed.): *La passió per la llibertat. Acció, passió i política. Controvèrsies feministes*, Barcelona, Universitat de Barcelona, págs. 471-474, 2004.

[7] Cf. Fraser, 2000, a: 143, nota 29. Y también la crítica de la definición de género elaborada por Iris Young a partir de modelos de etnicidad: cf. Fraser, 1997.

Es posible pensar, en términos de María Lugones, en una "versión compleja de la política de la identidad y una concepción compleja de los grupos" (Carbonell y Torras, 1999: 259). Indagar la no coincidencia entre experiencia y lenguaje, mencionada en el párrafo anterior, puede arrojar luz sobre la versión compleja de la política de la identidad a la que me refiero. En el esquema conceptual de la heterosexualidad obligatoria, las definiciones del término "lesbiana" oscilan entre los vacíos cognitivos y los espacios semánticos negativos. Como ha observado Marilyn Frye, al intentar darse una definición de lesbiana a partir de las referencias a varios diccionarios de uso común, que la posibilidad de autonombrarse y auto-explicarse que su lengua materna le brinda sea un término cuya acepción es "habitante de Lesbos", muestra la dificultad con respecto a los procedimientos estándares del análisis semántico. En consecuencia, el esfuerzo de la autora gira en torno a la posibilidad de construir un marco conceptual distinto del falocéntrico que permita elaborar una (auto)definición de lesbiana que no sea ni una evasión ni un "eufemismo laminado" ni una "hazaña del silencio" (Tuana y Tong, 1995: 166). La (auto)definición es condición de posibilidad de la existencia social, pues como advierte de Lauretis, la estructura teórica de la (in)diferencia sexual se halla en íntima conexión con la (in)diferencia social (de Lauretis, 2000: 84). En el orden de significación heteropatriarcal, observa Frye, las lesbianas no existen, no son reales. La autora muestra de un modo audaz y lúcido la urdimbre entre el orden de la designación y el orden de la realidad. Así las cosas, la pregunta sobre la autoidentidad (quién soy) y sobre la identidad colectiva (quiénes somos) la conduce a la pregunta por la realidad formulada en una doble vertiente, epistemológica y política y de aquí la acertada expresión de la autora que da título al artículo, "política de la realidad".

La vía que explora Frye para crear un espacio de autodefinición es la del feminismo lesbiano radical: la redefinición del término lesbiana como mujer identificada con mujer y como "mujeres videntes" pues, en virtud de su posición excéntrica con respecto al sistema heteropatriarcal resultado de la exclusión, "las lesbianas están en una posición en la que ven cosas que no se pueden ver desde el sistema" (Tuana y Tong, 1995: 173). A los efectos de mi argumentación, no me interesa tanto analizar la propuesta de la autora, si no más bien, dar cuenta de las condiciones de posibilidad de su discurso. El artículo de Frye es un texto reactivo y creativo al mismo tiempo: responde al proceso al que Michelle Cliff se ha referido como "la reivindicación de una identidad que me han enseñado a despreciar" (Cliff, 1985: 22). Ahora bien, esta reivindicación no puede darse en los mismos términos en que se ha constituido la identidad despreciada como despreciable, la reivindicación implica una interpretación, una apropiación hermenéutica que exige un desplazamiento, una des-identificación con respecto a la definición dada de la identidad despreciada/despreciable. Frye puede escribir "Ser y ser vistas" porque se sitúa, sitúa su lugar de enunciación, en el nuevo espacio de significación abierto por el desplazamiento, por la des-identificación. Podríamos afirmar que el texto de Frye se articula en torno a la experiencia lesbiana en tanto experiencia de exclusión, entendida ésta como una interpretación que requiere ser interpretada (Carbonell y Torras, 1999: 112). Lo mismo ocurre con respecto a la identidad que pone en juego esta noción de experiencia.

El trabajo de Frye ilustra el modo en que los procesos de heterodesignación patriarcal y autodesignación constituyen discursivamente subjetividades e identidades. Ilustra igualmente, la manera en que los procesos de hetero y auto designación pueden ser entendidos como luchas por la interpretación de las identidades, parafraseando a Fraser [Fraser: 1989]. De manera que el proceso de auto-

designación lesbiana y de heterodesignación patriarcal es una práctica de resistencia a la hetero-designación patriarcal (la lesbiana como insulto, como desviada) que lleva aparejada una práctica de resignificación, de autodesignación (la lesbiana como la amante, por ejemplo). La política de la identidad opera entonces, como una política de la designación. Lo que se juega en estos procesos es una relación de poder entre las instancias de heterodesignación y autodesignación. Como observó Wittig, "constituir una diferencia y controlarla es un acto de poder, dado que es esencialmente un acto normativo. Cada uno trata de presentar al otro como diferente. Pero no todo el mundo lo consigue. Hay que ocupar una posición social de poder para lograrlo" (Wittig, 2001: 72). La identidad constituye un ámbito de lucha política de tal forma, que el deseo de reconocimiento se busca en un proceso que ha sido descrito como una "lucha por el reconocimiento" [Honneth: 1996]. Ahora bien, la lucha por la interpretación de las identidades que implica la lucha por el reconocimiento exige, contrariamente a lo que mantiene Fraser, transformar tanto los contenidos de dichas identidades como las diferenciaciones que subyacen a las mismas, supone cambiar el sentido que cada cual tiene de la pertenencia, de la filiación y de sí misma. Sin embargo, Fraser no desconoce en absoluto las dinámicas de poder a las que me estoy refiriendo y, de hecho, las ha abordado mediante la elaboración del concepto de las "contra-esferas públicas" (Fraser (1989)). Lo que realmente inquieta a Fraser es la tendencia a la "reificación de la identidad" (Fraser, 2000, c: 60) y esto explica los modelos que elabora de política de la identidad y política queer y su preferencia por la última: porque mientras que la política de la identidad promueve la diferenciación de grupo, la política *queer* promueve la des-diferenciación. De aquí que los esfuerzos teóricos de la autora se hayan concentrado en el intento de elaborar un modelo de política de reconocimiento desvinculado de la política de la identidad.

Aunque podemos convenir con Fraser que la reificación de la identidad no es de ningún modo un problema menor, estimo que la autora desatiende las posibilidades de conceptualizar la identidad como identidad múltiple y subestima las potencialidades emancipatorias de lo que, con Lugones, he denominado una versión compleja de la política de la identidad. Una política de la identidad de este tipo permite comprender mejor las características estructurales y grupales de la opresión así como articular estrategias en este sentido. El tipo de política compleja de la identidad que he tratado de defender constituye un tipo de política que haría posible articular una comunidad sin comunitarismo y repensar la pluralidad sin pluralismos.

7. Conclusiones

La propuesta de Fraser para articular en un marco integrador y comprehensivo las luchas por la redistribución y el reconocimiento, representa un gran esfuerzo teórico y constituye nada menos que una de las tentativas contemporáneas más sólidas de redefinir el paradigma emancipatorio en la "era postsocialista". No obstante, los tipos ideales a partir de los que elabora su respuesta al dilema redistribución-reconocimiento resultan problemáticos. He argumentado que la distinción entre género y sexualidad, mediante la cual la autora tipifica los distintos órdenes de injusticia, no permite explicar adecuadamente las relaciones económicas y culturales que articulan la urdimbre de las relaciones entre género y sexualidad que equivale a decir que tal distinción invisibiliza aspectos estructurales de la dominación masculina.

Las cuestiones críticas abordadas así como las propuestas que he sugerido pueden resumirse en tres puntos:

1. La elección metodológica y heurística de Fraser que consiste en establecer una distinción analítica en la conceptualización del género y de la sexualidad, le impide ver hasta qué punto la regulación heterosexual de la sexualidad (la heterosexualidad obligatoria o institucionalizada) es central para el funcionamiento de la economía política también en las sociedades capitalistas contemporáneas. Si el género es definido como una comunidad bivalente, la sexualidad debería ser redefinida en los mismos términos puesto que la sexualidad es la categoría fundante de lo que de Lauretis ha denominado la "tecnología de género".

2. La debilidad de la conceptualización fraseriana del heterosexismo es una consecuencia de su distinción entre género y sexualidad pues la distinción opaca el peso de la heterosexualidad obligatoria como fuente de opresión económica y cultural. He nombrado

este conjunto de dificultades mediante la denominación que tomo de Teresa de Lauretis de "paradoja de la (in)diferencia sexual". En buena medida, la (in)diferencia opera sobre una indistinción: por un lado, entre heterosexualidad obligatoria (como institución) y homosexualidad y lesbianismo como prácticas privadas y, por otro, la indistinción entre homosexualidad y lesbianismo. Esto tiene un doble efecto: la consecuencia de la primera indistinción es pensar la homosexualidad como "otra heterosexualidad", en el decir de Wittig (Wittig, 1980: 2); la segunda indistinción genera la invisibilidad social de las lesbianas pues, como bien observó Rich, "igualar la existencia lesbiana a la homosexualidad masculina porque las dos están estigmatizadas, es borrar la realidad femenina una vez más" (Rich, 2001: 67). De manera que perder el sentido de la heterosexualidad como institución, como ocurre en la debil noción de heterosexismo de Fraser contribuye inintencionadamente, a mantener la ilusión de la naturalidad de la heterosexualidad obligatoria y obstaculiza el análisis de su carácter socialmente construido y de su interrelación con la construcción de género.

3. Por último, Fraser hace unos apuntes muy lúcidos acerca del carácter transformador de la estrategia de politizar la sexualidad, en contraposición a la estrategia de privatizar las sexualidades existentes defendida por lo que denomina "el humanismo de los derechos gays" (Fraser, 2000, a: 143). Ahora bien, la tipología de soluciones que elabora así como la manera en que caracteriza la política de la identidad tal vez no resulten del todo adecuadas si tomamos en cuenta los procesos de constitución identitaria desde el punto de vista histórico y teórico del movimiento feminista, del feminismo afroamericano y del feminismo lesbiano especialmente. La justificada preocupación de Fraser por el problema de la reificación de la identidad no le permite, sin embargo, valorar las posibilidades de conceptualizar la identidad como identidad múltiple y parece conducirla a subestimar las potencialidades emancipatorias de una versión compleja de la política de la identidad.

En conclusión, si bien este artículo se inscribe en el ámbito abierto por la formulación programática de Fraser según la cual "sólo si dirigimos nuestra atención a concepciones alternativas de redistribución y reconocimiento podremos satisfacer las exigencias de justicia" (Fraser, 2000: 155), lo que he argumentado en él es que convendría que la elaboración teórica de las concepciones alternativas pivotase en torno a la articulación sistemática de género y sexualidad como fuentes de injusticia económica y cultural y a la constitución múltiple de las identidades.

Bibliografía

Braidotti, Rosi, *Sujetos nómades*. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Butler, Judith, "El marxismo y lo meramente cultural", *New Left Review*, núm. 2, págs. 109-121, mayo-junio 2000.

Cliff, Michelle, "Passing" en *The Land of Look Behing*, Ithaca, Firebrands Books, 1985.

Combahee River Collective, "A Black Feminist Statement" en Anzaldúa, Gloria y Moraga, Cherrie (ed.), *This Bridge Called My Back: Writings By Women of Color*, New York, Kitchen Table, págs. 210-218, 1983.

Fraser, Nancy, "Struggle on Needs" y "Rethinking the Public Sphere" en *Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.

----------, "¿Qué tiene de crítica la teoría crítica? Habermas y la cuestión del género" en Benhabib, Seyla y Cornell, Drucilla (ed.) *Teoría crítica y teoría feminista. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío*, Valencia, Alfons el Magnànim, págs. 49-88, 1990.

----------, *Justice Interruptus. Critical Reflections on the Postsocialist Condition*, New York, Routledge, 1997.

----------, "¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era 'postsocialista'", *new left review*, núm. 0, págs. 126-155, enero 2000.

----------, "Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo", *new left review*, núm. 2, págs. 123-134, mayo-junio 2000.

----------, "Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento", *new left review*, núm. 4, págs. 55-68, septiembre-octubre 2000.

Frye, Marilyn, "To Be and Be Seen: The Politics of Reality" en Tuana, Nancy y Tong, Rosemarie (ed.), *Feminism and Philosophy. Essential Readings in Theory, Reinterpretation and Application*, Colorado, Westview Press, págs. 162-174, 1995.

Hernández Piñero, Aránzazu y Medina Salem, Susana, "El desafío lesbiano y el problema del sujeto en la teoría feminista (El proyecto separatista de C. Calhoun a debate)" en Birulés, Fina y Peña Aguado, María Isabel (ed.) *La pasió per la llibertat. Acció, passió i política. Controvèrsies feministes*, Barcelona, Universitat de Barcelona, págs. 471-474, 2004.

Hernández Piñero, Aranzazu, "Género y clase, otra vez: ¿qué hay del feminismo materialista en la era postsocialista?" en Puleo, Alicia (coord.), *Igualdad y género. Reflexiones desde la ética y la filosofía política*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, en prensa.

Honneth, Axel, *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Crítica, 1996.

Irigaray, Luce, *Speculum: l'altra donna*, Milán, Feltrinelli, 1975.

----------, *Questo sesso che non è un sesso*, Milán, Feltrinelli, 1978.

Lauretis, Teresa de, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*, Bloomington, Indiana University Press, 1987.

----------, *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*, Madrid, Cátedra, 1992.

----------, *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Madrid, Horasyhoras, 2000.

Lugones, María, "Pureza, impureza y separación" en Carbonell, Neus y Torras, Meri (comp.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, págs. 235-264, 1999.

MacKinnon, "Feminism, Marxism, Method, and the State: An Agenda for Theory", en Michelle Z. Rosaldo (et. al.), *Feminist Theory: A Critique of Ideology*, Chicago, Chicago University Press, 1981.

Rich, Adrienne, "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana" y "Apuntes para una política de la posición" en *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida 1979-1985*, Barcelona, Icaria, págs. 41-86 y págs. 205-222, 2001.

Rubin, Gayle, "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo" Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/Angel Porrúa, págs. 35-95, 1996.

----------, "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad" en Vance, Carole. *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Talasa, págs. 113-190, 1989.

Scott, Joan, "La experiencia como prueba" en Carbonell, Neus y Torras, Meri (comp.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, págs. 77-112, 1999.

Wittig, Monique, "The Straight Mind", *Feminist Issues*, vol. 1/1, págs. 103-111, Alejandra Sardá (trad.), publicado en Internet www.zapatosrojos.com.ar, 1980.

----------, "One Is Not Born a Woman", *Feminist Issues*, vol. 1/2, 1981.

----------, "La Pensée straigth" en *La Pensée straight*, Paris, Balland, págs. 65-76, 2001 (revisado por la autora para esta edición).

Un aporte acerca de un caso de intersexualidad. En los bordes de la bioética y el biopoder*

Marcelo Turdo**

Resumen

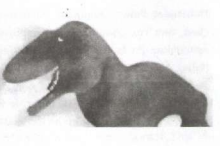
Se presentará un análisis crítico sobre un fallo judicial en donde la materia corresponde a una acción de amparo y a los derechos personalísimos, constituyéndose como eje el derecho a la identidad sexual de una persona con síndrome de Reifenstein ("pseudohermafroditismo" o *intersexualidad*). Asimismo, se realizará una lectura de los discursos que intervienen como *pruebas* del dictamen y de las normas, para delimitar tanto el género *legal* y *cromosómico* como la identidad sexual, de acuerdo con lo *jurídico* y lo *biológico* y fundamentalmente con la *bioética*.
Los textos cuyos discursos se analizarán, ofrecen herramientas que permiten descifrar algunas cuestiones sobre la sexualidad y el genero, incluso desde un punto de vista psicoanalítico.

Palabras clave: Intersexualidad - fallo judicial - identidad sexual - bioética - psicoanálisis

Abstract

This paper proposes a critical analysis of a judicial verdict where the subject of the case is about a protection action and personal rights, being the issue, the right to sexual identity of a person with Reifenstein syndrome ("pseudo-hermaphroditism" or *intersexuality*). Also, the intervening discourses will be read from their intervention as proof for the veredict and the norms in order to establish the *legal* and the *chromosomic* gender as well as the sexual identity accordingly to the *juridical* and the *biological* and basically *bioethics*.
The texts that will be analyzed, suggest tools that allows deciphering some questions about sexuality and gender even from a psychoanalytic point of view.

Key words: Intersexuality - judicial verdict - sexual identity - bioethics - psychoanalysis



* Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Psiquiatría, APSA, Mar del Plata, 2001 (corregido para esta versión).

** Psicoanalista y escritor. Director distrital del Centro Provincial de Atención de las Adicciones de Esteban Echeverría, dependiente del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires.

Este trabajo abordará algunas cuestiones de bioética y algunos aspectos jurídicos de un fallo pronunciado por un Juzgado en lo Criminal y Correccional de Mar del Plata en 1997, donde la materia de la sentencia corresponde a una acción de amparo y a los derechos personalísimos. Específicamente, sobre el derecho a la identidad sexual de una persona con síndrome de Reifenstein (pseudohermafroditismo)[1], también denominado *intersexualidad*.

El comentario del fallo es del jurista Carlos Fernández Sessarego y el capítulo forma parte del libro del juez Pedro Hooft, *Bioética y derechos humanos. Temas y casos*[2]. Dice el autor que esta situación, acompañada por angustia y dolor, "es todavía incomprendida para quienes no bucean en el hontanar de la problemática existencial del ser humano."[3] La cosa juzgada, luego comentada y ahora analizada, se encuentra en los bordes de una compleja intersección de los discursos jurídico, médico, biológico, psiquiátrico, psicológico, filosófico y bioético. Para evaluar y dictar el fallo, el juez se valió de un estudio interdisciplinario. Para ello, solicitó informes genéticos, pericias a la Policía Bonaerense, informes psiquiátricos y psicológicos, como así también, los de un Comité de Bioética.

Materia de la demanda

La parte demandante peticiona al juzgado una acción de amparo basándose en la Constitución Nacional y "que se le conceda todo aquello que sea razonable y jurídicamente aceptable para superar el estado de ambigüedad en que está" debido al síndrome de Reifenstein. También, que se le otorgue la autorización para la práctica de las intervenciones quirúrgicas necesarias tendientes a compatibilizar sus ambiguos órganos genitales con los del sexo femenino y la consecuente rectificación de los datos consignados en su partida de nacimiento y documento de identidad, *declarándose su pertenencia al sexo femenino*, a los fines de "remediar las severas limitaciones que padece para gozar de los derechos constitucionales, todo ello a raíz de la falta de concordancia entre su identidad sexual y la que surge de la partida de nacimiento, y por ende del documento de identidad"[4].

Las pruebas de la verdad

Refiere el comentarista del fallo, que al nacimiento del amparista "pese a que la *ambigüedad* de los genitales alertaba sobre la probabilidad de encontrarse frente a un caso de hermafroditismo o pseudohermafroditismo, y *debiéndose forzosamente optar*, a los fines de la inscripción en el Registro de las Personas, entre uno de los dos géneros, fue elegido el masculino"[5]. Agrega más adelante que, de acuerdo a las pruebas genéticas "si bien el cariotipo cromosómico es de 46XY y el sexo gonadal masculino, este último, no pudo trasladarse al sexo fenotípico debido a una *falla* genética en los receptores celulares especializados en recibir las hormonas masculinas que resultan parcialmente resistentes a las mismas"[6]. Y aquí, el comentarista menciona al menos dos razones

1 El pseudohermafroditismo, para aportar un dato estadístico, es más común de lo que habitualmente se cree. Una de cada 800 personas tiene otros cromosomas que XX = mujer y XY = varón. El síndrome de Turner, que son casos monocromosómicos, mujeres X, se da 4 en 1000 o el síndrome de Klinefelter, que son varones XXY, se da en un porcentaje de 2,1 en 1000.

2 HOOFT, Pedro Federico, *Bioética y derechos humanos. Temas y casos*, Bs. As., Ed. Depalma, 1999.

3 ob. cit., pág. 261.

4 ob. cit., pág. 261.

5 ob. cit., págs. 261-276. Este y todos los resaltados y subrayados siguientes son míos.

6 ob. cit., pág. 277.

para que lo jurídico se reúna con lo médico, para que dos verdades sancionen los lugares de la ambigüedad que son la inscripción civil y la sexual. Mientras la inscripción civil se conserva en el tiempo indiferente a la ambigüedad, la sexual en cambio, es la feroz agonía de combate aunque no puede llegar a la meta debido a una *falla* genética pero es la que mantiene variaciones.

La interdisciplina creada por la ciencia jurídica y la médica llegaron a la misma conclusión que los informes psiquiátricos y psicológicos. Buscaron las mismas pruebas y las encontraron. El común denominador es que el amparista está "atrapado por la *indefinición* de su identidad sexual" y ello sucede, según estas pericias, porque existe una *discordancia* entre el sexo fenotípico aparente y toda su documentación que es masculina. Podríamos entonces agregar que también la inscripción civil tiene un carácter aparente. Ahora bien, estos informes intervienen sobre la propia adjudicación de valor ético y atributivo acerca de lo que es para ellos la identidad sexual, es decir, una tensión discordante entre lo médico-legal.

Informan también que existe consentimiento informado por parte de la persona amparista y que la demanda surge de una *"libre convicción* [...y no] ha sido inducido a adoptarla."[7] Por otro lado, el Comité de Bioética de la Asociación de Genética Humana de Mar del Plata, integrado por psicólogos, biólogos, juristas y filósofos, todos especialistas en bioética, se pronunció en el caso diciendo que existe una "*indefinición en cuanto a su plena identidad*". A lo dicho, agregó un comentario que atañe al acto médico de informar tanto a la familia al momento del nacimiento como luego a la persona amparista: "el diagnóstico de *malformación* genética no fue preciso ni explicitado con claridad y sencillez a los padres ni tampoco llegó a conocimiento *del niño* (sic) en el momento apropiado". Informa también sobre algunos datos significativos como por ejemplo que a la edad de dos años se le practicó, a pesar de una "cumplida identificación psico-social con el carácter femenino, una intervención quirúrgica de carácter *correctivo*, contrariando la identidad puesta de *manifiesto*. Y que luego de ésta, a los 6 años, su cuerpo fue sometido a una segunda intervención, cuando ya tenía conductas femeninas"[8]. Y que en la insistencia[9] de corregir la *indefinición* también fue sometido a un experimento endocrinológico sin su consentimiento, aplicándosele bombas de testosterona con resultados negativos y desarrollando en cambio, un hirsutismo del que carecía así como mayores trastornos hormonales.

El fallo

El juez de la causa considera que "el amparo constituye la vía idónea para la protección de la salud, concebida como derecho humano fundamental, [...y] una garantía tendiente a asegurar el rápido y efectivo acceso a la jurisdicción, y la tutela de derechos esenciales de la persona humana"[10] asimismo, entiende que "el problema medular en un estado de intersexualidad es el de carecer de una *plena identidad*, lo que crea una situación de incertidumbre, desasosiego y angustia"[11] y que, a pesar de "haber sido inscrito como varón y tener toda su documentación referida a este género, *él* se siente y vive como una *mujer*." dice, por lo tanto, que "su sexo psicológico es femenino. *Sus rasgos fenotípicos así lo acreditan.*"[12]

Entonces, de acuerdo al punto once del fallo, el juez resuelve: "si los documentos personales del amparista resultan una infiel representación de su persona y de su verdad existencial -en lo referente al género y al nombre-, ello genera para el afectado una situación de

7 ob. cit., pág. 266.
8 ob. cit., pág. 270.
9 ¿Compulsiva?, cabe conjeturar.
10 ob. cit., pág. 262.
11 ob. cit., pág. 270.
12 ob. cit., pág. 262.

ilegítima discriminación, motivo por el cual, por vía judicial debe disponerse la cesación del hecho lesivo [...]"[13]. Además, el artículo 19, inciso 4, de la ley 17.132 admite, en principio, la posibilidad del denominado *cambio de sexo* previa autorización judicial aunque sin estatuir criterios o pautas a las que debe ajustarse, razón por la cual, cada caso deberá sustanciarse y resolverse conforme a principios, valores y normas constitucionales entonces "en esta existencial y dramática tensión por el logro de una *coincidencia* en lo que atañe a la identidad sexual", resuelve:

"a) se autoriza a la intervención quirúrgica [...] a los fines de corregir el disconformismo genital congénito y compatibilizar sus ambiguos órganos genitales con los del sexo femenino [...][14], logrando así "el restablecimiento de un *defecto*, de un *equilibrio alterado*"[15];
b) la anulación parcial y absoluta de la partida de nacimiento del recurrente por contener un *error* esencial en cuanto a la identidad sexual de la persona siendo también erróneo el nombre [...];
c) la nueva inscripción del nacimiento con nuevos prenombres y constancia de pertenecer al sexo femenino (...)"

La cultura no es capital

En la liturgia del discurso jurídico, sistema que busca establecer los límites entre lo legal y el delito, siempre se precisan pruebas, testigos y peritajes antes del dictado de un fallo. Para ello, como en este caso donde la materia de la demanda lo amerita, recurre a una disciplina afín, como lo es la ciencia médica. Y como a un testigo que cita a declarar, le pide que diga la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Es decir, todo lo que sabe. Y la ciencia médica, con los mayores conocimientos que hoy existen debido a la eficacia que facilita el progreso biotecnológico sabe más por tanto, sobre genética y desarrollo biosexual.

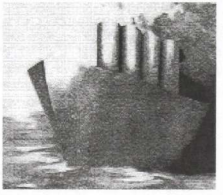
En la genealogía de la *teratología*[16], especialidad abocada a los casos de monstruosidad[17], encontramos que la ciencia médica además de un saber, tiene en su haber un saber qué hacer con respecto al síndrome de Reifenstein (o pseudohermafroditismo, cuyo prefijo significa *falso* según la Real Academia Española) y a la corrección de los cuerpos. La ciencia médica también legitima y regula los cuerpos y los sexos, lo verdadero y lo *falso*, mediante ideas naturalizantes como son lo normal y lo patológico o la salud y la enfermedad.

Así, esta institución conformada es un simulacro de verdad, es un campo ficcional pero "está asediada por la verdad", como si tuviera la "obligación de matar el error."[18] Existe un orden dogmático en cada uno de los informes acerca de lo que le preguntan, y es curioso el tono cuando identifican el error y las fallas tanto genéticas, cuanto jurídicas como de identidad de género. Todos los informes sugieren que lo conflictivo si no reposa, se corrige. Y se corrige de acuerdo a los paradigmas del momento histórico social.

Este fallo, favorable a la persona amparista, tiene el sesgo de mediación del discurso de la bioética que es uno de los nuevos paradigmas de la bio-tecnociencia, y aporta el concepto propio de *autonomía del paciente*. Según la

[13] ob. cit., pág. 274.
[14] ob. cit., págs. 273-274.
[15] ob. cit., pág. 267.
[16] (del gr. monstruo y logía) f. Estudio de las anomalías y monstruosidades del organismo animal o vegetal. *Diccionario de la Real Academia Española*.
[17] Cf. Ben, Pablo, "Muéstrame tus genitales y te diré quién eres. El 'hermafroditismo' en la Argentina finisecular y de principios de siglo XX", en acha, Omar y Halperin, Paula (comp.), *Cuerpos, géneros, identidades. Estudios de Historia de género en Argentina*. Bs. As., Ediciones del Signo, 2000.
[18] Legendre, Pierre, *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático*, Barcelona, Anagrama, 1979. pág. 99.

Encyclopedia of Bioethics, esta disciplina es un estudio sistemático de la conducta humana en el campo de las ciencias de la vida y la atención de la salud, en tanto que dicha conducta es examinada a la luz de los principios y valores morales. Es notable también que esta nueva disciplina, la *bioética*, es nombrada mediante un neologismo. El término fue acuñado en los años setenta, como efecto de las reiteradas discordancias entre las cuestiones referidas a la vida, la enfermedad y su terapéutica, los crecientes costos de los tratamientos debido a la tecnología cada vez más necesaria, la judicialización del acto médico, la responsabilidad, los juicios por mala praxis, las indemnizaciones, la muerte, etc. Sumado a esto y, como la materia de estudio suele recaer sobre cuestiones referidas a la vida, al cuerpo, la salud, la enfermedad y la muerte de las personas, es casi obligada la participación y la intervención de la bio-tecnomedicina en todas sus especialidades, pero también la de la ciencia jurídica necesaria además, por dirimirse el conflicto muchas veces en un juzgado o en un tribunal. Pero, por otra parte, también intervienen aquellas otras disciplinas que operan sobre las conductas humanas y sus mentes y, además, suele estar incluido en estos debates el discurso de la religión y, como dicha discordancia suele trascender fronteras y naciones, economías y derechos humanos, la bioética se postula como un discurso global, cuyo valor ético es



el de la autonomía del paciente e interviene a pedido en aquellas situaciones referidas al nacimiento y al final de la vida, cambios de sexo, etc. La bioética es la reunión interdisciplinaria donde, si bien la diversidad es un principio que inaugura esta nueva disciplina, su concepción de ética es la de una ética única con lo cual, la bioética, es una política del biopoder.

También se observa que, de acuerdo a los informes de los peritajes y al fallo con respecto a las "fallas" que traen aparejados sufrimiento y ambigüedad en la identidad de género de la persona demandante, ésta siempre está ubicada en una posición de víctima. Entre las causas queda de manifiesto la construcción de un sujeto, por un lado el de la ley jurídica y por el otro, el de la genética. Considerándolo así, sólo como efecto de la materialidad biológica, es ésta más consistente que la de cualquiera de todos los elementos simbólicos que operan en la cultura. Ninguna de las pruebas aportadas al caso habla de otra cosa que de la *bioidentidad*.

El dispositivo del derecho que finge la verdad en el plano de un sistema preconstituido e instala el mito para todos, define un régimen universal de la censura[19], mientras construye a su vez, la idea del mal a corregir.

Otras notas

Debemos comenzar aclarando que la persona amparista no carece de una identidad sexual como observan, descubren y peritan los distintos intervinientes. Indican "carece", pero esto es el efecto de una creencia, si no la creencia misma, en un pacto pre-existente entre los autores de los informes y el tema, menos de análisis que de estudio, como es la identidad, el sexo y la ambigüedad química y legal. Dicen "indefinición" dada la emergencia de un conflicto desde el momento en que convive un sexo legal u oficial junto a otro sexo ilegal. Esa es la "discordancia" donde opera la ley, donde opera la medicina y donde opinan las personas absolutamente en todos los informes que presuponen a la identidad de género como la plena coincidencia entre la incierta inscripción civil y la apariencia dada por el sexo fenotípico engañoso.

Tal como indica el fallo, el drama existencial del actor se inicia en la escuela y se prolonga y acentúa en la universidad, donde se pone en jaque la sexualidad. Pero es en la uni-versión de la sexualidad y la identidad de género de los

[19] Legendre, Pierre, ob. cit. págs. 80-81.

informantes, del fallo y de todas y cada una de las pruebas aportadas para otorgar un valor de verdad al asunto, donde existe una ambigüedad. Esta ambigüedad también se expresa en el modo de nombrar la identidad de la persona amparista, siendo que ésta, ya cuando tenía dos años y bajo la captura del discurso, tenía ya una identidad, la femenina. El juez resuelve esa discordancia o, mejor dicho, intenta suturarla, nombrándola así: "*él* es *mujer*". Ahora bien, este enunciado abre algunos interrogantes pues ¿quién es *él*? ¿es el sujeto cromosómico o el sujeto legal? y ella, ¿es el sujeto fenotípico o el aparente?

Por lo tanto, y de acuerdo a las respuestas que se intenten trazar, podría pensarse también si el fallo del juez puede resolverse sin la puesta en escena de la liturgia jurídica de la verdad expresada en los discursos que convoca para escribir de alguna manera su *teoría sexual infantil*. Es entonces, en lo que se refiere a la sexualidad y a la identidad de género, donde el psicoanálisis podría aportar al menos algunos interrogantes al debate abierto en este caso por la bioética. Pero antes, poniendo en suspenso ciertas verdades atávicas, vale decir que la identidad de género anda por otros sentidos que aquel que se estudia en biología, es decir, el cromosoma y su combinación XX, XY, XXY[20]. Pensar en una lógica abierta por algunos planteos de Freud, es pensar que los cuerpos no son el conjunto de órganos más sus conectores, sino que son superficies atravesadas por la cultura, impresa ésta con las herramientas del lenguaje, mediante una operación de lectura subjetiva. Este es un caso donde existe un algo que queda por fuera de la lógica atributiva de los géneros, propia de lo simbólico, entonces, tenemos un caso de sexualidad real, con órganos genitales de varón y de mujer donde la situación o estado de intersexualidad crea en el campo de lo real, un agujero no abordable por el lenguaje. Sobre ese agujero, los discursos intervinientes en el fallo del juez asentaron sus sentidos asociados a la verdad para leer la identidad de género de acuerdo a una inscripción legal o cromosómica. Sin embargo, la persona amparista capturada por el discurso, situó una identidad de género hacia la identidad de mujer como parte de su experiencia parlante en donde encontró un *él* y un *la*, escogiendo finalmente una de las dos opciones del lenguaje.

Podría pensarse una intersección de dos conjuntos: $A \cap B$. A es el sentido proveniente del campo simbólico del Otro, y B, el del sujeto pero entre ambos, en su intersección, existe un sub-conjunto de sinsentido, en tanto el lenguaje no lo designa, escapando a la lógica del significante, atributiva de géneros. El campo binario de lo simbólico, otorga lugares a la posición de "el" (hombre) y de "la" (mujer). Es por ello que la demandante de este caso (que ya es hora de nombrarla con el género femenino del suspenso practicado por mi escritura y de varios años para ella) cuando ingresa a la experiencia parlante, elige uno de esos dos únicos lugares posibles del lenguaje. Situada la experiencia del sujeto en un discurso, se nombrará él o ella. Y es aquí donde reside la forzosa opción entre uno de los dos campos posibles pues no existe otra posibilidad simbólica que nombre un estado de transición.

Dice Lacan con respecto al tema: "que haya hermafrodita, será una ocasión de jugar con ingenio a hacer pasar en la misma frase el *él* y el *ella*. No se denominará eso en ningún caso, salvo para manifestar así algún horror de tipo sagrado; no se lo pondrá en neutro"[21]. Denominar con el género neutro impondría como necesario el uso del pronombre demostrativo eso. Pero existe otra razón además, que hace inapropiado el recurso del neutro y es aquélla que no hace sino una sustracción de género, siendo neutro aquello que no es ni masculino ni femenino. Tal vez se requiera entonces, del género epiceno que, con una misma terminación y artículo, designa a ambos sexos.

Para concluir, y desde la perspectiva del psicoanálisis, de la misma manera que éste recurre al texto jurídico, médico, bioético, etc., aborda también el decir de un sujeto como un texto. Para leerlo.

[20] Lacan, Jacques, *seminario 18: De un discurso que no fuese del semblante*, clase 2, del 20/01/1971. Inédito.

[21] Lacan, Jacques, *seminario 19: Ou pire*, clase 3, del 12/01/1972. Inédito.

Reseñas

BATTICUORE, Graciela. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870.* Edhasa, Buenos Aires, 2005, 366 págs.

En el epílogo a *La mujer romántica*, Graciela Batticuore señala que "este libro nació del deseo de explorar cómo, cuándo y por qué las figuras de la mujer lectora y de la autora lograron imponerse en el cambiante escenario cultural argentino del siglo XIX". Esta génesis autoexplicitada es (de algún modo) el recorrido que se pone en evidencia, el proceso al que asistimos a lo largo de las páginas de esta rigurosa investigación.

Al partir de los comienzos (principalmente de los primeros románticos) Batticuore aborda los textos, las declaraciones, las prerrogativas culturales y los condicionamientos que articulan la imagen del lector, de la mujer y del público en este período. Evidentemente interesada en reponer un circuito cultural y social, la autora nos ofrece un análisis pormenorizado de los textos pero también de los periódicos, de las cartas, del tipo de correspondencia que se efectúa en ese momento; al reconstruir de este modo y a partir de la amplitud de escritos que aborda, las discusiones sobre cuál debería ser el rol de la mujer en medio de contiendas políticas, que también son indefectiblemente literarias y culturales. En este sentido, el primer capítulo resulta fundamental porque analiza el tipo de público concebido por Echeverría, Sarmiento y Alberdi y el lugar que cada uno de ellos le adjudica a la función del lector y a la mujer, en particular. Las diferencias resaltadas entre la concepción sarmientina y alberdiana arrojan luz sobre un conflicto comúnmente desdibujado en los abordajes más tradicionales. La lectura, por ejemplo, que ofrece Batticuore sobre el tipo de figura femenina ligada a la letra y a la cultura por la que aboga cada uno de ellos no es sólo iluminadora, sino también esencial. Sólo a partir de allí (a partir de la reposición de cuestiones educacionales, culturales y políticas) puede entenderse, abordarse, el tipo de autorías que se analizarán en los capítulos siguientes.

En la cita transcripta al comienzo, la autora señala que la cuestión se dirime en relación con la mujer lectora y la autora. Esa y que articula no es un simple nexo; el libro trabaja en forma constante la interrelación entre ambas figuras, ya sea dentro de la ficción o fuera de ella. De este modo, analiza el lugar de la lectora romántica a partir del personaje de Amalia de la novela homónima de Mármol, así como el rol de la mujer interlocutora en el ámbito cultural y político que allí se inscribe. *La mujer romántica* trabaja también sobre las cartas de Mercedes Marín de Solar, de Mariquita Sánchez de Thompson, sobre la obra de Juana Manso, de Eduarda Mansilla y de Juana Manuela Gorriti. El trabajo sobre estas dos figuras clave se observa en todos y cada uno de los capítulos pero no se reduce al análisis puramente representacional. Batticuore ofrece siempre una lectura minuciosa de las novelas, de sus respectivos entramados, del tipo de representaciones femeninas ofrecidas, así como de los reveses de cada una de ellas; pero asimismo hace dialogar ese tipo de abordaje con condicionamientos que afectan la escritura, la lectura y, por consiguiente, la representación. Este tipo de lectura a contrapelo -o de reposición- posibilita componer y recomponer un clima de época que resulta imprescindible para asir el tipo de problemática que se aborda en este libro.

En esas interrelaciones y reposiciones (por cierto hasta ahora no efectuadas completamente, o por lo menos de este modo, por la crítica literaria y/o cultural) se van dirimiendo las tipologías que la propia autora elabora: autoría intervenida, autoría exhibida, autoría escondida. Los adjetivos que distinguen una categoría de otra se desprenden directamente del tipo de concepción escrituraria o bien de los condicionamientos y de los riesgos que supone asumir la autoría femenina en el siglo XIX.

Prudencia, moral, honor, quizás los tres riesgos centrales a la hora de tomar la pluma o de exhibir su producto; son tres vocablos clave que se repiten a lo largo del libro y se refieren también a las concepciones de estas mujeres que, de una u otra forma, pretenden ser leídas. Pero el tema de la lectura supone o conlleva al problemático tema de la publicación y del público y, por consi-

guiente, a la cuestión del rol autoexhibido (podríamos decir) a la hora de poner en circulación sus producciones. Por eso, la pregunta de Mariquita Sánchez en una de sus cartas a Juan María Gutiérrez es elocuente: "¿Quién me leerá?". Esta pregunta "consuelo" para Mariquita es en verdad una pregunta "trampa" al decir de Batticuore, en tanto "espanta o paraliza las ambiciones literarias de cualquier mujer letrada de la época". Esta pregunta trampa, explícita o subyacente, es quizás la pregunta articuladora de gran parte de los condicionamientos y riesgos anteriormente aludidos.

Son innumerables los fantasmas que se ciernen sobre la escritura femenina, desde el fantasma de la autora sin público aludido por Mariquita, hasta el fantasma de la asunción de un desafío que la erradique de un círculo al que aspira entrar o pertenecer, o bien que la deslegitime frente a sus pares. El estigma de la mujer politizada, tan bien trabajado por Batticuore, es quizás uno de los más estables en este repertorio casi gótico que se imprime sobre la escritura.

En este libro se explicita y aclara que son precisamente "las limitaciones legales concretas que afectan su condición de escritoras (y que les recuerdan que la pretensión de ser reconocidas como tales es casi un desafío) lo que las impulsa a encontrar tácticas y modalidades diferenciadas, recursos propios que les permiten insertarse en el circuito cultural y literario de la época". Uno de los desafíos de Batticuore consiste precisamente en intentar develar tales tácticas, modalidades y recursos; tarea en que se embarga desde el comienzo hasta el final, pero que el lector degusta en su minuciosidad en los capítulos dedicados a Manso, Mansilla y Gorriti.

En el análisis de la reescritura constante (persistente en *Los misterios del Plata* de Juana Manso) que Batticuore lee como "una manera peculiar de concebir y experimentar la escritura literaria", la autora de la novela se enfrenta con el dilema del objeto a representar y con el modo elegido para dar cuenta de él. "¿Cómo narrar la historia nacional? ¿con el rigor del archivo y de una voz lo más neutra y objetiva posible o con los recursos de la literatura?". Esta pregunta observable en Manso (que se vuelve extensiva a gran parte de los escritores y escritoras del siglo XIX) constituye una de las tensiones patentes en las reescrituras, pero también una de las preguntas constitutivas que dibujan los desafíos múltiples a los que estas mujeres se avecinan.

Si a esta cuestión se suma (como se puntualiza en el análisis) la decisión de narrar la historia con un lenguaje realista, es porque la problemática del lenguaje es central. Ese cómo de la pregunta es extensivo porque se expande indefectiblemente; en Mansilla deriva en cómo decir en otra lengua lo que no tiene traducción, cómo decir la historia que es irremediablemente otra, cómo granjear las dificultades múltiples de la otredad. En el análisis de *Pablo ou la vie dans les pampas*, Batticuore desarma los engranajes a los que apela Mansilla para sortear estos dilemas, poniendo así al descubierto aquellas tácticas necesarias antes aludidas que, aquí se resumen o resuelven explicando y traduciendo América a través de la cultura, el arte y la historia europea.

En cuanto a los condicionamientos que rigen las prácticas de la autoría femenina en el siglo XIX, el caso de Gorriti en *Lo íntimo* quizás sea el más paradigmático. La máxima "El honor de una mujer es doble: el honor de su conducta y el honor de su pluma", pone en evidencia -según la autora- que "la elección de temas y estéticas por parte de las escritoras no siempre debe entenderse en el marco de las opciones poéticas sino también - y quizás particularmente- como una respuesta táctica o aún como una estrategia calculada para que la escritura pueda ser tolerada en un momento en que no está del todo consolidada la figura de la autora". Respuesta táctica o estrategia calculada, *La mujer romántica* de Graciela Batticuore ofrece las preguntas, recrea los desafíos literarios y extraliterarios y desanda las estrategias y las tácticas, desnuda la escritura, logra quitar los tan trabajados velos con los que intentó "cubrírsela".

Loreley El Jaber

COHEN IMACH, Victoria. *Redes de Papel. Epístolas conventuales*. San Miguel de Tucumán, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán, 2004, 157 págs.

En este libro se trabajan y reúnen las cartas escritas por cuatro monjas hacia tres varones laicos, familiares de las autoras y relacionados entre sí por parentesco, amistad y cortesía. Las autoras de dichas cartas son monjas de clausura pertenecientes a las ciudades de Córdoba, Potosí y Buenos Aires cuya correspondencia abarca, aproximadamente, el período que se extiende entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

En el estudio preliminar de las cartas se ubica el aporte y sentido de esta producción dentro del campo de los estudios literarios coloniales y la aparición dentro de los mismos de un área dedicada a la escritura conventual femenina. Es importante destacar que la escritura femenina anterior al siglo XIX, casi toda, proviene de los conventos. Las especialistas en este tema destacan que las monjas son un grupo de mujeres que escriben unificadas a partir de una coherencia interna y que cuentan, en muchos casos, con poder económico y prestigio social.

Estos motivos son, precisamente, los que las ubican en el lugar de la excepción. Si bien muchas de ellas gozaron de autoridad incluso más allá de sus ciudades, se trata de un grupo minoritario. Por otra parte, cabe destacar que para muchos investigadores esta escritura sería casi el único registro de la conciencia femenina de la modernidad y dentro de ese espectro el grueso del material fue realizado en la clausura.

En el estudio preliminar la autora, Victoria Cohen Imach, describe esta práctica como una paradójica tensión: "Fundada sobre la ausencia del interlocutor la epístola se caracteriza, [...] por su colocación en el ambiguo punto límite que separa la interacción, el intercambio dialógico con el otro, de la soledad autosuficiente de la escritura. Implica una dialéctica de proximidad y distancia de presencia y ausencia, que evoca la presencia del otro y al mismo tiempo lo coloca en un lugar que es, por definición, inalcanzable: si escribo es porque el otro no está aquí o, si lo está, es precisamente para alejarlo." (20).

La expresión escrita de estas mujeres encerradas en muros blancos, con hábitos y sábanas blancos y palabras expresadas en blanco sobre blanco son similar a la marcación de un tiempo bordado en papeles donde se constituye una obra con un movimiento continuo. Las metáforas que describe este libro relacionan a la escritura epistolar con aves que quieren remontar vuelo, ¿qué mecanismos facilitan el mismo y cuáles lo impiden? Por otra parte, las cartas también pueden ser comparadas con hilos que se extienden desde los muros tejiendo redes y burlando la exclusión conventual.

En momentos candentes de la historia latinoamericana, como puede ser el período que va desde las reformas borbónicas hasta el proceso independentista, estas mujeres aconsejaban a los hombres de negocios sobre la incertidumbre, las mudanzas, los desafíos y temas menos terrenales como la presencia de Dios y su consuelo en un mundo trastornado.

En este ensayo la autora reconstruye a través de las epístolas la vida de las mujeres consagradas, protagonistas, y la de los varones laicos, destinatarios de las mismas, lo que nos permite adentrarnos en un momento muy particular de la historia latinoamericana llamada la segunda "conquista". Efectivamente, las reformas borbónicas no sólo modificaron la administración política y espacial de las colonias americanas, sino que también fueron la avanzada de un poder centralista español que no quería ceder más libertades a

estos territorios. Producto de esta nueva organización los actuales territorios de Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia, más una parte de Chile constituyeron en 1776 el Virreynato del Río de la Plata, que fue el último intento de España por reafirmar su poder sobre América como potencia metropolitana. Estas reformas generaron tensiones toda vez que reforzaron el yugo colonial. Y para los habitantes de las regiones comprometidas en esta narración se produjo un desplazamiento económico de norte a sur que destruyó y generó fortunas, convirtió sus vidas en erráticas y, a nuestro juicio, en muchos casos "aventureras".

También habría que señalar otros datos que el ensayo preliminar no tiene en cuenta, y que es necesario destacar, como fue la lucha revolucionaria que sumergió en guerras a todo el territorio y determinó el surgimiento de nuevas organizaciones administrativas sobre el espacio geo-

gráfico, que de una manera u otra, alteraron la vida de todas las personas comprometidas en esos procesos. Desde este punto de vista, llama la atención la ausencia de comentarios sobre todos los avatares sufridos por la misma vida conventual. Por ejemplo, en Buenos Aires la política en los primeros años de 1820 provocó la retirada y el cierre de numerosos conventos. En lo referido al hipertexto de la secuencia epistolar trabajada en este ensayo, cuesta comprender ese silencio. Incluso paradójicamente quedaría autorizada la idea de "clausura" como muro contenedor e infranqueable de las vidas femeninas que, en un espacio espiritual alejado del mundo, eran escribientes de una realidad de procesos más propios y personales que sociales.

Desde esta tensión entre lo literario como construcción de subjetividades y la historia como destructora de las mismas, este cuerpo epistolar tiene silencios de palabras apenas dichas, de placeres y preocupaciones, caricias y heridas. Son registros bordados durante ¿las noches? sobre sábanas con frases que nunca fueron dichas y otras que tampoco fueron escuchadas, pero que sí pudieron ser leídas, incluso por nosotros.

Fernanda Gil Lozano

DARRÉ, Silvana.
Políticas de género y discurso pedagógico. La educación sexual en el Uruguay del siglo XX.
Ediciones Trilce,
Montevideo, 2005,
184 págs.

¿Qué significa la educación sexual en el Uruguay actual? ¿Por qué han zozobrado sistemáticamente las iniciativas históricas que han procurado instalarla en los diferentes niveles de la educación? ¿De qué se trata este campo que se muestra tan necesario como peligroso? ¿Por qué ha sido tan difícil en una sociedad de tradición laica incorporar la educación sexual en la enseñanza pública? Estos son los interrogantes que, a modo de disparadores, se formula Silvana Darré con el objeto de estudiar las iniciativas de educación sexual que se implementaron en la enseñanza pública uruguaya en tres momentos: la década del veinte, entre 1930 y 1970 y entre 1990 y 2000.

Como lo analiza, en la primer etapa la educación sexual quedó asociada a la higiene, la prevención de enfermedades venéreas, el dominio del cuerpo, la formación de hábitos, el fortalecimiento de la voluntad, la defensa de la familia, los valores morales y a otra infinidad de cuestiones como el reforzamiento de la castidad y la abstinencia. La enseñanza sexual o biológica eugenésica de Paulina Luisi y los abortados proyectos de ley presentados al Parlamento por Mateo Legnani y Alejandro Gallinal debieron lidiar con posturas como las del doctor Juan B. Morelli. El catedrático de la Facultad de Medicina y militante católico, ante el temor de que esa educación sexual condujera al tratamiento de cuestiones "escabrosas" como los desvíos, perversiones, incesto, pasiones (en fin, "apetitos ligados a brutales deleites") propuso una "propedéutica sexual" a la que definió como una gimnasia preventiva de la voluntad.

Ese proyecto que apostó por institucionalizar la educación sexual dentro de la enseñanza pública (cuidadosamente recortado para 1925 a los varones jóvenes, soldados y prostitutas) según lo entiende la autora fue un "tropiezo para el proyecto moderno". Detrás de esos duelos verbales estaba presente el conflicto entre dos instituciones de saber y poder: la medicina y la Iglesia. La primera, en un proceso de autonomización y profesionalización del campo, hizo su pasaje de una práctica privada hacia una práctica de carácter público. La Iglesia, ante su progresiva pérdida de influencia por la secularización, acompañó la transformación de un

Estado laico con matices anticlericales en un Estado moderno. Como se explica en el texto, durante las décadas de 1940 y 1950 de sexo no se habló. Fue "una supresión convenida" -tal como lo entiende Darré- que llevó a silenciar el tema en las instituciones educativas, en la familia, hasta en el encuentro entre amigas. Esa ausencia pondría en duda aquellas afirmaciones, que estiman que la presencia de enfermedades venéreas justificó la educación sexual en la enseñanza. Más allá de que la sífilis siguió existiendo hasta los años cercanos a 1950, el proceso modernizador de los años treinta modificó los mandatos sociales y convirtió al cuerpo en centro de la identidad personal.

El control de los impulsos y los instintos, la moderación de las pasiones y emociones, sumado a un panorama internacional marcado por grandes inestabilidades e incertidumbres, canalizaron las

preocupaciones sociales a otras direcciones. En ese tránsito de los años treinta a los setenta, la preocupación por la vida privada y personal (la lucha contra las enfermedades) ocuparon el terreno de las políticas públicas. La salud pública y la familia concentran esta responsabilidad en el cuidado de los niños y esta atribución de responsabilidad por fuera de la educación habría operado algún efecto en el desplazamiento que se observa en la temática. El Plan de Clemente Estable (que no llegó a ser una política de Estado dirigida al conjunto de la población escolar) se sustentó en un enfoque científico naturalista de la sexualidad que la redujo a la reproducción de la especie. Por su parte, los Programas de Escuelas Rurales y Urbanas de 1949 y 1957 pusieron el acento en el control de la patología o la anormalidad como objeto específico de intervención. El retroceso fue más que evidente con respecto a la década del veinte.

En los años noventa, las mutaciones en el ámbito privado modificaron los tipos de vínculos afectivos y las formas de vivir la intimidad. De allí la pregunta de Darré: "¿puede la heterosexualidad ser un hecho diferente?". Esos aires "liberalizadores" que plantearon nuevos "desórdenes" y desafíos para la familia nuclear no fueron abordados en el aula. Los dos programas de educación sexual puestos en práctica revelaron su alcance pero también sus límites. El Programa de Educación Sexual, basado en una pedagogía participativa, fue una propuesta de autogestión puesta en práctica desde 1990 a 1995. Un interesante paso adelante que partió de considerar la enseñanza de la sexualidad como parte de una formación integral, en tanto elemento que contribuye a la construcción de la identidad y promoción de la salud. La amplia participación de profesionales y de diversos sectores de la comunidad civil, así como el reconocimiento de la inexistencia de una verdad sobre el sexo, plantearon la singularidad de la experiencia. Sin embargo, fue interrumpido abruptamente para promover otra orientación a la educación sexual. La publicación del manual *¡Escucha, Aprende, Vive!* (coordinado con el Programa Nacional de SIDA y destinado para el tratamiento de Biología en el 3er. año) buscó movilizar la atención de sus lectores adolescentes en un amplio espectro de temáticas. Para los especialistas no fue más que un manual de educación sanitaria, de hecho su publicación generó una gran polémica que recuperó los debates de antaño. Como se explica en el libro, esa iniciativa se presentó aislada de un programa soporte y cuestionó las mismas hegemonías que lo convocaron. Para ciertos sector "sensibles" de la opinión pública, la heterosexualidad no podía ser un hecho indiferente.

De modo que las lectoras y los lectores de este trabajo encontrarán agudeza en el tratamiento de una temática escasamente abordada sustentada en un vasto soporte conceptual, el que promueve el debate. En las últimas páginas, la autora pone en juego las actuales implicancias de "ciertos desafíos políticos no saldados en el terreno de las luchas discursivas, en la construcción de sentidos y en la defensa de derechos que parecían ya adquiridos en tiempos pretéritos". El reposicionamiento de la Iglesia Católica (frente a la conmemoración de los 150 años de la muerte de José Artigas) constituye una novedad para la tradición política uruguaya y una advertencia en materia de educación sexual. Nuevamente puede haber interesados en transmitir una verdad sobre el sexo de allí que resulte muy oportuna la recuperación de los dichos de Judith Butler cuando afirmó que prácticas regulatorias crean a los sujetos sobre la base de un binarismo que intenta suprimir cualquier trastorno de las hegemonías, sea la referida a la heterosexual, la reproductiva o la médico-jurídica. En ese sentido, el trabajo invita a la reflexión y al compromiso. Es imperativo que también en nuestro caso se avance en la formulación de un programa de educación sexual participativo y superador de cualquier imperativo normalizador tomando como experiencia (aún para mejorar) el proyecto que llevaron acabo el Estado Nacional y diversos actores de la sociedad uruguaya en los años noventa.

Lucía Lionetti

CORBATTA, Jorgelina. *Feminismo y escritura femenina en Latinoamérica* Buenos Aires, Corregidor, 2002, 206 páginas.

En la misma dirección que su libro anterior publicado por la misma editorial, Jorgelina Corbatta desarrolla aquí aspectos vinculados al feminismo en Latinoamérica.

El primer capítulo da cuenta de tres aspectos en relación con el tema a tratar: en primer lugar, existe una variada e importante producción teórico-crítica feminista/femenina latinoamericana; en segundo lugar, la reflexión abarca todos los fenómenos culturales y ocurre alternativamente dentro y fuera de América latina; por último, se dedica con mucho oficio tanto a la producción académica de estadounidenses (como Jean Franco y Mary Louise Pratt) como a las publicaciones hechas por estudiosas de América Latina, incluso algunas residentes en los Estados Unidos.

Este panorama de la situación le permite diferenciar el feminismo latinoamericano fuera de América Latina del "Feminismo(s) del Tercer Mundo". En el primero de los supuestos, revisa diacrónicamente desde los años ochenta algunos clásicos como *La sartén por el mango* editado en 1985 por Elena González y Eliana Ortega, entre otros libros y artículos señeros que instalan conceptos como "tretas", "marinismo", "malinchismo", propios del discurso crítico específico. Respecto de la otra vertiente pone el acento en el carácter más netamente político. Resulta muy productiva la antinomia Norte-Sur esquematizada en las reflexiones de Francine Masiello y Nelly Richard y posicionada la primera en el rol de "mediadora cultural" en el proceso de "fantasear al otro" (se trate de mujeres de hogar, prostitutas, negras, lesbianas), siempre en el terreno de lo marginal.

El análisis de la relación vanguardia/revolución en los años sesenta a través de los intelectuales argentinos de izquierda, se realiza considerando la obra de Beatriz Sarlo. De este modo, la lectura de Corbatta ofrece un panorama bastante amplio de su producción intelectual y cuyo vehículo más conocido es la revista *Punto de Vista*. En indudable adhesión a Raymond Williams y a Walter Benjamín, Sarlo se pregunta lúcidamente acerca del ser y del hacer de un "nosotros" durante la dictadura militar. El examen de ese "nosotros" (los intelectuales) se transforma en una autobiografía en donde se marca la diferencia entre "los que se quedaron y los que se fueron". Pese a que se trata de una protagonista clave en

un período de mucho efecto residual en la historia y en la literatura de Latinoamérica, este capítulo no revela una total afinidad con el anterior. Se justifica en cuanto el propósito abarca escritura femenina y Sarlo es una representante central de la escritura crítica, pero su lugar de enunciación pone el acento en la condición de intelectual, no en el rol de género.

Otros focos de interés del libro de Corbatta sobre la cultura argentina son las narradoras Ana María Shúa, Luisa Valenzuela, Tununa Mercado, Alina Diaconú y Vlady Kociancich, quienes, aunque nunca despojadas de su realidad rioplatense, están vistas en el contexto latinoamericano. La estudiosa encuentra puentes entre Shúa y Kafka a propósito del trasfondo represivo que emerge en ambas escrituras. En *Soy paciente* (1980) de Shúa se respira ese clima hasta los umbrales de lo absurdo. En *Novela negra con argentinos* (1990) de Luisa Valenzuela el tópico es el exilio, y la reflexión está centrada en las secuelas de la violencia como condicionantes de la libertad de expresión. Los contactos intertextuales de Valenzuela con Puig, en tanto cultores del género negro, están mencionados con menos detalles que los que ocurren entre Valenzuela y la uruguaya Cristina Peri Rossi. Ambas experimentaron el exilio político y, por lo tanto, "el viaje" metaforiza el desplazamiento del presente hacia el pasado. El tópico del exilio es retomado también en la producción de Tununa Mercado de quien se refieren aspectos biográficos que informan sobre largos períodos fuera del país como ocurriera con las escritoras antes mencionadas.

Si en los casos de Shúa y Mercado se lee veladamente el entramado político por las marcas escriturarias que dejara el exilio vivido, el tratamiento de lo fantástico en Diaconú y Kociancich será un modo de reconectar política y voces femeninas. Según Alina Diaconú, la censura del gobierno militar fue la que

la indujo a escabullirse en la ambigüedad de los "universos semioníricos" de lo fantástico. Su libro, *Los ojos azules* (1986), oficia de sostén de las reflexiones de Corbatta sobre la saga que supone el traslado de la estructura de cuentos fantásticos tan famosos como "El Sur" de Borges y "La noche boca arriba" de Cortázar a la novela de Diaconú.

Por su parte, *El templo de las mujeres* (1996) de Vlady Kociancich, también textualiza una isla y varios viajes, pero el detalle de los ojos funciona como clave de extrañeza. Viaje, espejo, destino, son motivos que se repiten dentro de la novela de Diaconú y la interpretación de Corbatta entrelaza los conceptos que siguen: "La irrealidad, como en el caso de Diaconú, es la marca de lo personal en referencia con el cuerpo propio, la sexualidad, los sentimientos" (151).

El capítulo dedicado a las escritoras colombianas suscita un interés especial pues traducen una mayor conciencia militante. A esta altura del libro, Corbatta retrotrae el hilo conceptual del primer capítulo, por lo menos en cierto desarrollo del *modelo mariano* analizado por Helena Araújo en *La Scherezada criolla* (1989). La factura de las novelas de Alba Lucía Angel responde al propósito contestatario de subvertir el modelo mariano en tanto esquematiza la pasividad de las mujeres, como rasgo proveniente de la identificación virgen inmaculada/madre abnegada. En *Misia señora*, el mundo de Mariana la protagonista, presenta el estereotipo femenino culposo producto de la educación religiosa en determinadas zonas de Colombia. En el otro texto de Angel, también se reconoce el imaginario adherido a las prácticas educativas. *Estaba la pájara pinta sentada en un verde limón*, es el título de la novela que gira en torno a Ana y que testimonia, entre otras cosas, la violencia. Este es el costado de arrastre colectivo que dialoga con la memoria individual parcialmente autobiográfica, si se toman en cuenta las citas de entrevistas en las que la autora se hace cargo de ello.

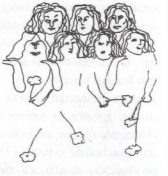
La segunda parte del capítulo se ocupa de Fanny Buitrago y de Ana María Jaramillo. Buitrago, en su condición de costeña, se diferencia de Angel pero, sin embargo, reincide en algunos tópicos ya transitados. Una vez más, Jorgelina Corbatta evoca a Manuel Puig frente a este caso de bricolaje que entrama letras de boleros, teleteatros, novela rosa, etc., como discursos funcionales con su afán paródico y a la crítica social que conlleva.

La "euforia de la revolución" y el erotismo en "argot psicoanalítico" son ejemplificados con las escrituras de Ana María Jaramillo y Carmen Cecilia Suárez. Las asociaciones intertextuales, el sentido atribuido a los macro-títulos y a las subtitulaciones, permiten reconocer ese imaginario colectivo como el supuesto del que parte la crítica en el recorrido hecho por las mujeres de Colombia.

A propósito de títulos, partir de la elocuencia del de la brasileña Clarice Lispector (1920-1977), *Una manzana en la oscuridad*, dará lugar al resumen del tramo final del libro. Este título, -con su consecuente desarrollo discursivo-simbólico- engarza con *Vivir la naranja* de la argelina Hélène Cixous. El análisis de estas escrituras en diálogo abre lo literario al plano de la teoría feminista.

El inicio como así también el final del libro, evidencian el solvente manejo que la estudiosa tiene de las teorías feministas de origen norteamericano y europeo. A pesar de las diferencias epocales y continentales o, tal vez precisamente por las diferencias, Corbatta concluye que "una mujer es una mujer, es una mujer, es una mujer", subtítulo con el que cierra el libro y que retrotrae a la dedicatoria donde aparece el compromiso familiar con el género. Leerla será siempre una lección provechosa pues en ella encontramos el germen de la discusión enriquecedora.

Amelia Royo



OSTROV, Andrea.
El género al bies. Cuerpo, género y escritura en cinco narradoras latinoamericanas. Córdoba, Alción Editora, 2004, 233 págs.

El relato de una biografía universitaria, articulada inicialmente por el enredo de sensaciones que promovieran en una ingresante a la carrera de Letras el interrogante por la existencia de una literatura femenina y, muy pronto, la pregunta general por la feminidad de la escritura, da comienzo a las sugestivas reflexiones que se leen en *El género al bies*.

¿Cuáles serían los patrones diferenciadores de los textos con marcas de feminidad: la anatomía del productor, los usos del lenguaje, la psique, las posiciones culturales? Interrogaciones sobre el problema teórico de la escritura femenina y sus inscripciones en el cuerpo; indagaciones acerca de la construcción cultural de la diferencia sexual y la identidad, que si bien insinúan una primera apariencia de sencillez resultan (como se subraya en el ensayo) extremadamente complejas en su respuesta.

En el prólogo, Andrea Ostrov nos confiesa con emoción que esos interrogantes que la habían llevado a cuestionar su modo de estar y de haber estado en el mundo oscilaron durante el arduo proceso de elaboración del ensayo entre sentimientos de indiferencia, casi de desdén -acaso por estimarlos perimidos- y una experiencia de desconcierto y de profundo interés, al advertir su plena vigencia y singularidad.

La apuesta teórica inicial de descubrir en los textos literarios marcas distintivas del sexo/del cuerpo del productor (solidaria con ciertas motivaciones teórico-críticas todavía en curso en los '80 que radicaban en reconocer y determinar en la escritura femenina sus trazos privativos) sufre numerosas reformulaciones y exasperados atascos en la investigación.

Muy rápidamente, Ostrov asume que sus lecturas de formación retardaron su camino y dieron lugar a una nueva temporada en el impasse. Así es que se inclina por una concepción de género en tanto herramienta teórica que aspira a hacer evidente la construcción cultural y, ante todo, discursiva de las diferencias físicas; y rechaza el "modelo expresivo" de género, desde el cual el sistema masculino/ femenino ha sido considerado como el correlato psíquico natural del sexo anatómico. De igual modo, el modelo "interpretativo" (que define al género como una construcción cultural que tan sólo interpreta al sexo) es desestimado por no cuestionar esa naturaleza prelinguística y biológica que se le ha conferido desde siempre a la diferencia sexual.

Asimismo, revisa su hipótesis a partir del concepto de *género* de Judith Butler (basado en la idea de actuación de determinados rasgos y conductas) que le permite a Ostrov recuperar una dimensión de repetición y "citacionalidad" para pensarlo como el nexo en la relación entre cuerpo y escritura.

La redacción de este ensayo sobre cuerpo y escritura no podía sino redundar en el propio cuerpo y en la escritura misma de su autora. Tanto es así que mientras el primero padeció de una serie de afecciones de apariencia no orgánicas pero perseverantes, la segunda cambió su rumbo, iluminando el camino a seguir.

El ensayo se suspende y (a pesar del enfado que el retiro transitorio de la investigación le ocasiona) Ostrov se entrega a la escritura compulsiva de una novela inconclusa -inédita aún- en la que se narra el proceso de constitución de un cuerpo al tiempo que avanza la escritura, y que resulta epifánica por revelar precisamente "eso que no terminaba de articularse en el ensayo". Si esa novela -como afirma su autora- es una reescritura clarificadora del ensayo en la medida en que "destapa" la sobreimpresión entre cuerpo y escritura, a través de la operación de la "remarca" se pondría en evidencia la dimensión textual, y ya no natural o pre-cultural, del cuerpo. Y aquellas marcas anatómicas de feminidad ("elipsis, aperturas, pluralidades, errancias") que otrora se buscaran en la escritura surgirían como un efecto textual, como un producto discursivo, como trazos de escritura que la cultura imprime sobre los cuerpos de las mujeres a los que diseña y construye. Entonces, una escritura que extrañamente al tiempo que "se oculta a sí misma" no cede en su afán de escribirse y de inscribirse en el campo cultural.

En definitiva, Ostrov invierte -con sagacidad- el razonamiento que planteaba su propuesta primaria; así se rectifica la búsqueda de las marcas del cuerpo femenino en la escritura a favor de una exploración de los rastros de la escritura en el cuerpo. Una maniobra al *bies*: de la sexualización del texto a la textualización del cuerpo sexuado.

Luego del biográfico prólogo y del exhaustivo estado de la cuestión en el que se compendian con eficacia los problemas teóricos y metodológicos; Ostrov a propósito de sus concepciones sobre cuer-

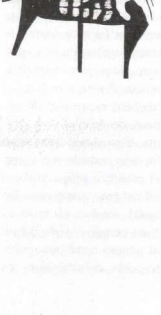
po, género y escritura despliega en cinco capítulos un recorrido analítico sobre un corpus de textos de narradoras latinoamericanas cuyas nacionalidades, clases sociales y épocas no siempre son coincidentes.

Alejada de la idea de cuerpo como fatalidad y animada por la fórmula de "el cuerpo como corpus" (según la cual el cuerpo, por ser fundamentalmente materia escribible, es una categoría escrituraria) Ostrov aborda: *La furia y otros cuentos* (1959) de Silvina Ocampo, la novela *La última niebla* (1934) de la chilena María Luisa Bombal, *Pasión de historia* (1987) de la portorriqueña Ana Lydia Vega, los relatos de *Cánon de alcoba* (1988) de Tununa Mercado y, finalmente, la novela *El padre mío* (1989) de la narradora chilena Diamela Eltit, con el propósito de indagar allí los procesos de configuración del cuerpo femenino; es decir, la dimensión textual del cuerpo sexuado.

En *El género al bies*, los relatos de Silvina Ocampo son de gran utilidad en primer lugar, para corroborar que además de la escritura, toda una serie de inscripciones sobre el cuerpo (la costura, el maquillaje, la cosmética, los postizos; es decir, variantes de la escritura) cumple un papel determinante en los procesos de materialización corporal que obedecen a patrones genéricos legitimados. A su vez, y paradójicamente, la obra de Ocampo le resulta provechosa para demostrar que la operación de reescritura asume un valor correctivo y subversivo al revertir esas mismas categorizaciones genéricas fijadas antes por la escritura.

En el apartado "*La última niebla*: la locura de una mujer razonable", Ostrov, luego de discutir los análisis previos de la novela, realiza una lectura en función de una mutua implicación entre cuerpo y corpus. Es justamente en los resquicios de un corpus epistolar, destinado a un amante ¿imaginario?, donde la protagonista encuentra un modo de "darse cuerpo" y, sin demora, de dar a conocerlo y a leerlo. En principio, esa constitución corporal parecería acatar los códigos de regulación del deseo heterosexual. Sin embargo -aclara Ostrov- la novela no ratifica esa representación corporal sino que la desenmascara y denuncia al advertirla estructurada en función de la dicotomía sujeto -objeto de la mirada; por ende, de la lectura "donde cada uno de los polos de esta oposición es ocupado por uno de los dos géneros."

En el capítulo siguiente, destinado a la novela de Ana Lydia Vega, se analizan las diferencias en el diseño de los cuerpos (más toda la serie de connotaciones en cuanto a jerarquías y valores) establecidas por concepciones de género culturalmente legitimadas. El análisis de esta novela le permite a Ostrov poner en evidencia una reveladora correspondencia entre objeto de la mirada, objeto del deseo y objeto de la violencia. Las marcas -la escritura- de violencia ejercidas contra los cuerpos de las protagonistas no serían sino "lugares de inscripción (o de pasión) de una narración (historia) de género intrínsecamente violenta". En definitiva, Ostrov concluye que en el texto de Vega el acto de violencia resulta una sobreimpresión o una reescritura de ese discurso que precisamente habilita al cuerpo femenino como objeto de violencia: un cuerpo "ya marcado"con idéntica violencia por una construcción cultural de la diferencia genérica.



En su análisis de los relatos que conforman *Canon de alcoba* (en muchos de los cuales se identifican los pares *deseo y palabra, cuerpo y texto, mirar y leer*) Ostrov advierte una vinculación entre la praxis erótica de los cuerpos y las operaciones de escritura: el Eros se exhibe como una inscripción sobre el cuerpo y éste, asimismo, en tanto objeto de la mirada, se presenta leído como un corpus textual. En la lectura de

Ostrov, los relatos de Tununa Mercado recalcan la condición prescriptiva e instruccional de la escritura en relación con la conformación de los cuerpos y, ante todo, con los modos de ejercicio de la sexualidad.

Por último, en "Ante la ley del género", Ostrov vira su punto de vista para analizar la novela de Diamela Eltit. Si en los textos de las otras narradoras se propuso una vinculación cuerpo/escritura en virtud de los procesos de materialización del cuerpo, en este capítulo esa misma vinculación será apreciada a partir de los procesos de construcción del corpus. Si bien es cierto que "cuerpo y corpus se equiparan en la medida en que ambos exhiben el *resto*-textil, textual- como principio constructivo" y de esta manera, Ostrov encuentra en *El padre mío* una relación entre los *retazos textuales* -que constituyen el texto literario- y entre los *harapos textiles* -que cubren el cuerpo de los vagabundos- y que se describen en el prólogo de la novela; ella apuesta por una lectura que le permita demostrar que la novela de Eltit escenifica los procesos de su propia construcción como corpus textual, como literatura.

La expresión "escribir *sobre* el cuerpo", entonces, alcanza en el análisis de este corpus una doble significación que involucra no sólo la operación de tomar el cuerpo como motivo de indagación teórica sino también como un soporte o una superficie de la escritura. La postulación de un cuerpo escrito y escribible (conformado *en* y *por* la escritura) despeja -según Ostrov- "una dimensión fuertemente deconstructiva" en los textos de las narradoras, en los que la "reescritura" del cuerpo femenino evidencia la construcción textual del cuerpo sexuado en tanto diseño topográfico y del género en tanto relato preceptivo.

El género al bies, primer libro de Andrea Ostrov consigue por medio de una construcción teórica innovadora y un detallado y exhaustivo análisis literario (decorados ambos con una exquisita redacción) una apertura reveladora ante el problema de la escritura femenina.

Lucía De Leone

MATTALÍA, Sonia. *Máscaras suele vestir. Pasión y revuelta. Escrituras de mujeres en América Latina*. Madrid, Iberoamericana, 2003, 328 págs.

La autora indaga con rigor y riqueza las *construcciones de las subjetividades de las mujeres, qué lugares ocupan en la cultura cuando ya han articulado lo que quieren, y analiza los lugares de enunciación y representaciones de nuevas figuras de la subjetividad* (p.14) en textos literarios producidos por mujeres en distintos momentos del proceso histórico latinoamericano. Con este objetivo divide su obra en dos partes.

La primera parte toma el concepto de "experiencia de mujeres". De ahí que se pregunte ¿por qué escriben las mujeres?, ¿hay un *más mujer* en el ejercicio de determinadas escrituras?, ¿cómo juega lo que Mattalía denomina "laberinto de pasiones" en estas escrituras? La autora reflexiona acerca *de la problemática relación entre la institución literaria y las recusaciones ejercitadas por escritoras. Esta distinción postula la constitución de una tradición sorteada o negada: la existencia de letras producidas por mujeres* (p.24), a cuyos espacios sociales de producción apunta la autora. Por eso le interesa investigar *las máscaras que suele vestir* la tarea de las mujeres o, lo que Mattalía denomina, *los bordes del vacío* (p.69). Su propuesta es configurar un punto de vista que cruce las teorías de las textualidades con los diseños freudianos de una metapsicología y sus relecturas lacanianas.

Basada en la teoría psicoanalítica muestra la configuración de las pasiones tanto del ser humano como de los sujetos femeninos, trascendiendo (en la línea de Kristeva) la noción de texto. Esto implica reintroducir la experiencia para volver a significar las textualidades heredadas y actualizarlas en las condiciones presentes, con el fin de reactivar *la cultura de la revuelta* (p.19).

Mattalía examina los diversos sentidos de "revuelta", desde *revolver* (idea de movimiento circular), [re]*tornar* (las hojas de un volumen), o *revolvere* (asociado a la idea de contar, de lectura o interpretación), hasta el más tardío de *revuelta* (como disturbio o alboroto) asociado a la idea de *revolución*. De modo que las mujeres al fragmentar, desarticular, disociar la escritura (Cixous) producen una *revuelta literaria*, una revolución en la literatura. Esto es deseable para que su experiencia se manifieste en la desarticulación de los textos nacidos de la experiencia masculina. Así, la autora se detiene en el

concepto de "experiencia" tal como lo utilizan J. Scott, M. de Certeau y N. Richard, destacando la necesidad de situar la experiencia en la subjetividad y *en* sus contextos históricos.

En la segunda parte, Mattalía apela a la denominación "la querella de las mujeres" en alusión a las disputas respecto de su ciudadanía de los años previos a la Revolución Francesa. Destaca la tarea de numerosas escritoras al poner en escena nuevas imágenes de mujeres, recusando tópicos sociales y exponiendo formas de revuelta que representa en la querella de las mujeres. Se trata de un malestar que convoca a las mujeres de diversos estratos sociales y culturas no sólo debido a las injusticias que les atañen directamente, sino también a un orden social agresivo y desmemoriado.

Como señala la autora, reconstruir la memoria de las mujeres -(y reinsertarla en la vida cotidiana) para producir una literatura, considerada menor, es una tarea de la que se están haciendo cargo para reivindicar su pasión de vivir. No se trata de historias que se adosan a la historia oficial como si algo le faltara sino, por el contrario, se trata de construir nuevas líneas de sentido para interpretar la cultura. La literatura (continúa nuestra autora) se ha convertido en un terreno apto para la confrontación, que se expresa ya no en formas explícitas sino que adopta diversos modos de transgresión: el cruce discursivo, la parodia, el humor.

Mattalía destaca la doble mirada que ha mantenido la escritura de mujeres en América Latina: una mirada que es a la vez crítica, oblicua e irónica. Denuncia del silenciamiento de sus voces y, al mismo tiempo, muestra que es constructiva de otra mirada.

En lo que se refiere al *corpus* a analizar, el texto se detiene en la escritura fundacional de Sor Juana por su activa intervención en el espacio cultural, su reflexión constante sobre las necesidades y los derechos de las mujeres en el espacio social, y por la brillantez con la que reelabora los tópicos desplazados del barroco peninsular. En el extenso capítulo que le dedica (págs.101-133), examina los trabajos críticos que en los últimos años han reivindicado el proyecto literario de Sor Juana; para concluir que insisten en el núcleo interpretativo tradicional de la *derrota*, que ve su proceso creativo como un fracaso en el que la opresión social triunfa sobre su potencia creativa conduciéndola al silencio, imagen extrema del sometimiento.

En cambio, su interpretación retoma la lectura irigariana del valor del silencio, y propone pensarlo como un ejercicio de lucidez. Esta torsión (ejercida sobre el par dilemático del barroco amor/conocimiento) lleva a Mattalía a ver en Sor Juana la elaboración incipiente de una teoría de las pasiones, favorecedora de la emergencia de una subjetividad moderna en América Latina. Así, hila a través de la "*Respuesta a Sor Filotea*" y de su poesía de amorosa el "enigma" de su silencio final. Conjetura que:

Sor Juana va al encuentro de otra pasión -denegada por el pensamiento normativo-: la pasión humana de la ignorancia. Quizá su retiro final sea un reconocimiento de esa pasión, la afirmación de una "ignorancia docta" que ratifica el valor de la muda existencia: un saber que una mujer pudo hacer surgir contra viento y marea, autorizándose a sí misma (pág. 138).

El capítulo siguiente se centra en Teresa de la Parra y María Luisa Bombal, bajo el rótulo cuerpo histérico/cuerpo muerto (pp. 139-118). Allí, Mattalía subraya los procesos modernizadores de los años '20-'30 y sus efectos en la relación de la mujer con su propio cuerpo y sus pasiones. La escritura de mujeres, como expresión del conflicto cuerpo-pasión, cuerpo trastornado, desviación de lo natural femenino que deriva a la ironía y el distanciamiento crítico de ese imaginario, produce nuevos imaginarios sociales, ahora sustentados por las diferencias entre las mismas mujeres.

La autora esquematiza a estos nuevos imaginarios sociales, por un lado, en términos de las *señoritas díscolas* (Teresa de la Parra, Victoria Ocampo, María Luisa Bombal) que cuestionan con ironía el lugar que su propia clase les ha reservado y, por otro, el de *las trabajadoras esforzadas* (Alfonsina Storni y Gabriela Mistral) provenientes de la clase obrera que se van desplazando hacia la radicalización feminista.

Conferencias tales como: "La importancia de la mujer americana durante la Conquista, la Colonia y la Independencia" (Teresa de la Parra), y su contradictoria articulación reflexiva, ponen en evidencia la necesidad de redefinir el papel de la mujer. Esta tesis se encuentra en consonancia con la de Alejandra Torres (Dominguez-Perilli, 1998) quien, en las Conferencias, analiza la construcción de una genealogía como legitimación del lugar de enunciación.

Así, la intención de Teresa de la Parra sería rescatar a la mujer como sujeto constructor de la historia, lo que le permitiría al

mismo tiempo recuperar el momento histórico de la colonia y afirmar su propia clase social. En ese sentido, su identificación con Sor Juana funcionaría como un espejo en donde mirarse y anclar un lugar en la genealogía.

Mattalía, por su parte, descubre como objetivo de la Parra, *feminizar la transculturación: hacerse una historia;* una historia que plantee los apuntes generadores de una tradición, de un linaje intelectual atravesado por la demarcación genérica. A estos discursos de posicionamiento público, la autorales opone la escritura literaria, como *la otra cara (el revés de la trama pública);* es decir, la escritura de la experiencia íntima. Con Torres condice al señalar la distancia que media entre su vida y su escritura; escritura literaria en la que se escenifica la construcción de una subjetividad y que necesita del espacio íntimo y silencioso del encierro.

En la novela *Ifigenia, diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (cuya edición crítica hizo Mattalía en 1992), ve la construcción de mascaradas de la feminidad, que de la Parra denunciaría para develarlas. Puntúa el *efecto de autobiografía* del texto ficcional en *Ifigenia*, a través de las modalidades biográficas que presenta. Analiza en la novela las peculiares

hibridaciones y variaciones formales de la voz narrativa ya que en ellas, señala la autora, se figura el proceso de construcción de una mujer (reflexiones surgidas de la lectura de Silvia Molloy *Acto de presencia, la escritura autobiográfica en Hispanoamérica* [1996]). Esto lleva a nuestra autora a afirmar que:

si la autobiografía es ese intento paradójico de dotar de una máscara textual a lo ausente -la propia vida, el pasado, lo muerto- y suturar así el borramiento del sujeto y de lo vivido, [le] *interesa seguir el movimiento de construcción y develamiento de las máscaras del yo, en el cual Ifigenia elabora una teoría del sujeto deseante y del posicionamiento femenino* (p.166).

Deseo siempre desplazado y derivado, como en Ifigenia que acepta el sacrificio para ser devorada por la tradición. En el final de la novela, la escritura deja de ser espacio de identidad, *han caído las sucesivas máscaras del yo autobiográfico; la dispersión del deseo se desliza hacia el discurso místico, a un más allá de la escritura: lo que queda son restos, metonimias del cuerpo con las que se escribe el fin del alma (p. 175)*

En un sentido afín analiza las novelas de María Luisa Bombal, que encasillan la imagen de la mujer maldita. En *La última niebla y La amortajada*, Bombal muestra (según el análisis de Mattalía) la histerización del cuerpo femenino y su fragmentación que representan la resistencia, el desafío, el desacato al orden masculino, con una eficacia que llega hasta nuestros días a costa de la imagen de "raras". Esta imagen afecta a las escritoras estudiadas en detrimento del reconocimiento de sus obras, diluyendo y restringiendo su potencia crítica como mujeres y escritoras.

Finalmente, la autora suma a este recorrido el análisis de la obra de un conjunto de escritoras contemporáneas. Entre ellas, Cristina Peri Rosi, Reina Roffé, Marta Traba, Luisa Valenzuela, Clorinda Matto, Elena Poniatowska, Carmen Bullosa e incluye también a dos cantantes populares, Paquita la del barrio y La Lupe. Reunidas bajo el título de *Escrituras de la revuelta*, investiga tanto los temas vinculados a la configuración de una *voz propia* y una voz *del otro* como la formulación literaria de una nueva ética de la enunciación.

A partir de la difuminación de los límites entre lo culto y lo popular (frecuente en los últimos trabajos literarios latinoamericanos-) señala el uso

que (las escrituras de mujeres posteriores a los años ochenta) hacen de la incorporación de temas y motivos de la música popular, para mostrar el surgimiento de nuevas subjetividades. En el caso de Paquita y La Lupe, nuestra autora parte de la idea de un *masoquismo* que intenta compensar la desilusión del semblante fálico a través de la *máscara de la figura doliente y del sacrificio*: la que no tiene, la que lo pierde todo, la abandonada.

Mattalía indaga en las letras populares el modo en que se escenifican las demandas del amor, para luego denunciar su pérdida como una incapacidad del amado que culmina en la denigración de su figura. Así, en *cantos y llantos* de mujeres, la voz se encarna en el cuerpo. Pura diatriba, puro sentimentalismo; ejercicio de denuncia de las mascaradas de la feminidad, de la asumida posición doliente, del cinismo descreído e incluso del exceso, desestabilizan y conmueven los aparatos ideológicos poniendo al desnudo sus envaradas construcciones.

Letras que parecen sin destino encuentran en la literatura latinoamericana un espacio de captura y significatividad a partir de nuevas técnicas de escritura. Producen la revuelta del discurso místico contra el autobiográfico-histórico para mostrarse en las *variaciones revoltosas* que producen sus pasiones. Algo sobre lo cual la obra de Mattalía da acabada cuenta.

Elsa M. M. Blanco

MASSON, Laura.
La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires.
Buenos Aires Editorial Antropofagia, 2004,
139 págs.

En *La política en femenino*, Laura Masson problematiza la cuestión de la identidad de las mujeres que participan en la política argentina desde una triple perspectiva que comprende: los discursos de los medios masivos de comunicación, la creación de leyes y organismos estatales y la gestión de las políticas "de asistencia social" en la provincia de Buenos Aires durante la segunda mitad de la década de 1990. En este recorrido, el libro ilumina aspectos de una discusión abierta en el campo de la teoría política feminista, invitándonos a reflexionar sobre lo que sucede cuando una figura femenina ingresa en la escena político-institucional.

Precisamente, el primer capítulo está abocado a examinar los discursos mediáticos que se hilvanaron alrededor de las candidaturas de Hilda "Chiche" González de Duhalde y de Graciela Fernández Meijide durante la campaña electoral de 1997; cuando, por primera vez, las listas de aspirantes a diputados nacionales de los principales partidos políticos (PJ y Alianza UCR-Frepaso) en el distrito electoral más importante del país fueron encabezadas por mujeres.

Ambas candidaturas -consideradas un "asunto nacional"- tuvieron una amplia cobertura en la prensa escrita y la relevancia que adquirieron se debió en parte, argumenta Masson, a que se trataba de candidatas y no de candidatos; dado que precisamente la construcción de gran parte de las noticias giraría alrededor del género.

Hilda González y Graciela Fernández Meijide compartían, como rasgo en común, el hecho de que su experiencia de participación política no estaba fundada en las estructuras partidarias. Al mismo tiempo, ambas explicaban su ingreso a la política desde roles femeninos ampliamente legitimados: una como esposa, la otra como madre. No obstante, cada una de ellas personificó un paradigma diferente que evocaría dos momentos singulares de la historia argentina y en particular de las mujeres: el peronismo y la figura de Eva Duarte; la última dictadura militar y el surgimiento de organizaciones de familiares de personas secuestradas y desaparecidas. De acuerdo con Masson, la estrategia de presentación de la candidata Hilda González se sustentó en la combinación de elementos emblemáticos del Partido Justicialista y en la reivindi-

cación de los papeles femeninos "tradicionales"; modelo que mostraba a una mujer preocupada por el cuidado de otros (hijos, familia, esposo, sectores populares), portadora de valores morales y desprovista de intereses "políticos" (reducidos a la búsqueda de un "rédito personal"). La creación y el refuerzo de una identidad femenina legítima (que la autora presenta como "muy similar al 'eterno femenino' descrito por Muel-Dreyfus aunque menos cargado de violencia simbólica") se aglutinó en torno de valores ligados con la religión, la tradición, la familia y el arraigo. Dicha presentación que se fundaba, a su vez, en una propuesta de moralización que el gobernador Eduardo Duhalde y su esposa venían impulsando desde la conducción del gobierno provincial, apoyada en un esencialismo de valores donde la identidad femenina sería vinculada con una forma de hacer política social pretendidamente "apolítica y solidaria".

El caso de Graciela Fernández Meijide ilustraba, en cambio, otra forma de "hacer política" originada en su papel de madre, pero cuya estrategia de presentación se centraba en la reivindicación de una identidad femenina diferente y en otro modelo de familia. En los relatos de la prensa escrita se vislumbró, además, lo que Masson denomina una "forma peronista de construir biografías políticas femeninas", que apareció con mayor fuerza en el caso de González, pero que curiosamente se hizo extensiva a la candidata de la Alianza.

La irrupción de dos figuras femeninas en un espacio eminentemente masculino generó, por parte de los principales diarios nacionales (*Clarín, La Nación* y *Página 12*), una fuerte apelación a la historia -tanto política como personal- para dar cuenta de un "fenómeno nuevo"; que demuestra, como sugiere Masson, que "hablar de mujeres es hablar de otras cosas". Como se mencionó, ambas candidatas partían de una experiencia que no cuestionaba los roles femeninos tradicionales. No obstante, si en el caso de González ese rol fue reforzado como una forma de legitimar su poder y "despolitizar" su lugar, en el caso de Fernández Meijide se invocaba una identidad de madre que la movilizaba, para luego transformar esa experiencia íntima y socializarla, tornándola pública y política. Su apelación a la inteligencia por sobre la "emoción", a la necesidad de "racionalizar y hacer solidaria la búsqueda", revertiría la imagen tradicional de mujer emotiva para fundar la acción en una exigencia de justicia.

Además, el protagonismo de estas dos figuras femeninas supuso, desde ellas mismas y desde la prensa, la capacidad de introducir valores morales positivos en un ámbito político simbólicamente devaluado: la ética en el caso de Fernández Meijide; la solidaridad en el caso de González.

En los siguientes capítulos del libro, Masson investiga la "construcción" de las identidades de género desde el prisma de la gestión de la política asistencial bonaerense a cargo del Consejo Provincial de la Familia y el Desarrollo Humano (CPFDH) presidido por Hilda González de Duhalde.

Como nos recuerda la autora, el CPFDH "sucedió" al Consejo Provincial de la Mujer creado en 1987 durante la administración de Antonio Cafiero, cuya misión explícita era la de revertir las discriminaciones de género aún vigentes en los planos político, económico y jurídico. En ese marco, se apeló a una identidad femenina individualizada e independiente de los roles tradicionales que dio lugar a la definición de políticas destinadas a las mujeres como ciudadanas; sin invocar sus relaciones en el ámbito doméstico, sin adjudicarles problemas considerados inherentes a su condición biológica y, en suma, rechazando una imagen estereotipada vinculada con la beneficencia pública.

En cambio, a partir de la institucionalización del CPFDH, al discurso fundado en la afirmación de derechos ciudadanos se contrapuso la invocación de un *eterno femenino* que identificaba a "la mujer" con una identidad. De este modo, durante la gestión de Eduardo Duhalde "mujer, familia y acción social fueron términos que aparecían naturalmente ligados y por un acto de nominación oficial la relación entre ellos quedaba legitimada" (pág. 71).

Desde la perspectiva que nos ofrece Masson, la experiencia analizada pone de relieve que no existe una única forma de hacer política para las mujeres y, más importante aún, ni siquiera para las mujeres

peronistas; a quienes con frecuencia se ha tendido a englobar en una dimensión homogénea que oculta diferencias significativas. Las lógicas de "construcción" de identidades femeninas durante los gobiernos provinciales de Antonio Cafiero y Eduardo Duhalde ilustran (o más bien delimitan) dos modalidades alternativas de incorporación de las mujeres en la vida política argentina.

Desde el propio título del libro, Masson apuesta a discutir la supuesta existencia de una "política de mujeres" para mostrar cómo lo femenino y "la mujer" son construcciones que están lejos de poder ser explicadas a partir de categorías biológicas. Ahora bien, "si el sexo es una categoría a partir de la cual no es posible explicar por qué las mujeres hacen política de una determinada manera, tampoco es posible decir que la historia por sí sola determina esas diferencias" (pág. 132).

A propósito, al examinar las "formas de hacer política" instrumentadas por las responsables de la política social bonaerense lideradas por Hilda González, Masson concluirá que "lo que podría considerarse como una forma femenina de hacer política también está sujeta a los condicionamientos de una lógica política más amplia y que las posibilidades de 'participación' de las mujeres en la política están distribuidas en forma desigual de acuerdo a sus posiciones en la red [de relaciones políticas]" (pág. 135).

En cuanto a la cobertura periodística de la campaña electoral de 1997, es sencillo advertir que el modo en que los principales diarios nacionales construyeron la imagen de Hilda González y de Graciela Fernández Meijide se correspondió con dos visiones del mundo consagradas en el sentido común; ya que "buscaron" a las candidatas en lugares socialmente definidos como femeninos aunque esto no aportara información trascendente desde el punto de vista político (lo doméstico, al lado de un hombre, en la infancia). Como enfatiza Masson, lo biológico, en tanto "natural", y el pasado -en particular las narrativas sobre el pasado- parecerían haber sido los recursos disponibles para legitimar la presencia femenina en la contienda por ocupar espacios en las esferas de poder institucional de la República Argentina.

Seguramente, la cobertura de próximas elecciones ofrecerán otras oportunidades para observar hasta qué punto aquellas singulares percepciones han cambiado.

Mariana Caminotti

CARDACI, Dora.
Salud, género y programas de estudios de la mujer en México
Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Organización Panamericana de la Salud, México, 2004, 454 págs.

En este libro Dora Cardaci realiza una revisión crítica del "llamado enfoque de género en salud", en los programas de estudio de la mujer en México durante el período 1983-1998. Su estudio, financiado por la OPS /OMS, indagó en diversas investigaciones que incorporaron esa categoría en dicho campo. Tal como Eduardo Menéndez adelanta en el prólogo, la autora se ocupa de exponer "una serie de aparentes incongruencias: se apela a lo relacional como propio de la perspectiva de género pero se desarrollan investigaciones y acciones a-relacionales; se centran los objetivos en la salud de la mujer y, especialmente, en las condiciones de género, pero un número importante de los estudios y acciones se reducen a unos pocos asuntos, dejando de lado la mayoría de los principales problemas de salud propios de cada género; se habla de empoderamiento y de objetivos similares mientras se reducen cada

vez más las actividades a formas asistencialistas que no modifican las condiciones estructurales". Cardaci buscó entonces "analizar con distancia crítica, el trabajo que sobre el campo de la salud realizan determinados grupos académicos pertenecientes a programas de estudios de la mujer y de género que han venido funcionando en instituciones mexicanas de educación superior". Su estrategia argumentativa intenta articular aspectos de la capacidad explicativa de este enfoque en salud, al mismo tiempo que bucea en los temas y problemas abordados por las investigaciones producidas específicamente en cuatro programas de Estudios de la Mujer: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México; Área Mujer; Identidad y Poder de la UAM-X, el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM y el Programa Interdisciplinario de Estudios de Género de la UdeG, Piege. De este modo, la autora vincula el contexto histórico, con sus correspondientes cambios socioeconómicos y demográficos en el período que abarcó su estudio, caracterizado especialmente por políticas compensatorias neoliberales. Revisa los factores centrales que contribuyeron a crear un interés creciente por este enfoque abarcando así diversos problemas. También examina las principales conferencias internacionales que recomendaron la aplicación de esta línea de análisis, vinculándolas con el devenir de las organizaciones feministas mexicanas. Indaga en la evolución de los programas de estudios de mujer y de género en los polos de producción teórica: Estados Unidos y Europa al mismo tiempo que brinda un extenso panorama de los programas en América Latina y el Caribe.

La autora aporta una información no del todo problematizada en las revisiones de la historia de los programas de investigación en salud en los que predominan temas vinculados a salud sexual y reproductiva, la violencia hacia las mujeres, la construcción de la feminidad y masculinidad, las representaciones sobre la maternidad, el comportamiento reproductivo en mujeres y la búsqueda de discusiones sobre los significados de las preferencias sexuales y afectivas distintas de la heterosexualidad. Cardaci llama la atención que, para el período en que realizó su investigación, se comenzaba a experimentar un proceso de envejecimiento de la población mexicana (como resultado del descenso de la fecundidad y del alargamiento de la supervivencia iniciada en décadas anteriores). Esto abona su tesis de que las agendas de investigación en salud desde el enfoque de género, no responden cabalmente a las realidades epidemiológicas de la región. Los datos para 1997 demuestran que las primeras causas de muerte fueron las mismas que en 1990: enfermedades de corazón, tumores malignos y que la diabetes ocupó el tercer lugar, desplazando así los accidentes a un cuarto lugar; en 1997, éstos fueron la primera causas de muerte en hombres y mujeres entre 1 y 29 años. Sin embargo, estas evidencias de los datos estadísticos en salud de México no se vieron reflejados en la producción científica de los programas que estudió la autora. Al mismo tiempo muchas ONGs feministas surgidas en los 80, fortalecieron su línea de trabajo a través de ejes y temas ligados a la lucha del movimiento feminista: la despenalización del aborto, la libre decisión sobre el número y espaciamiento de los hijos e hijas, la denuncia de situaciones en la administración de los métodos anticonceptivos definitivos con la ausencia del consentimiento informado de las mujeres, así como el apoyo a las víctimas de violación. De esta forma lo que se pone de relieve es que se continuaban los temas y problemas que se habían abordado ya a fines de los 60 y 70 (violencia doméstica, maternidad y reproducción, construcción de las identidades, sexualidad femenina, control de la fecundidad) en tanto que no alcanzaron una consideración mayor, temas vinculados a la salud mental, la calidad de la atención y los efectos del trabajo de las mujeres en su salud. Simultáneamente, su análisis evidencia que, sumado a los temas y a los problemas abordados en los diferentes centros de investigación de México, se incorporaron tópicos que inicialmente no eran considerados académicos: violencia hacia las mujeres, despenalización del aborto, derechos reproductivos. Así las ONGs y las investigaciones académicas coincidieron en el tratamiento de determinados problemas. Los temas se centra-

ron sobre todo en las mujeres-madres y específicamente en edad reproductiva, al mismo tiempo que, como señala la autora, las fundaciones internacionales favorecían financieramente los estudios centrados en la salud reproductiva de las mujeres en detrimento de otros problemas de salud y de los grupos poblacionales relevantes para el panorama epidemiológico mexicano.

Dora Cardaci concluye que no existe una relación causa-efecto entre las políticas de Estado hacia la educación superior y el comportamiento de los grupos académicos y que los estímulos de financiamiento a las investigaciones contribuían "a generar un modelo de institucionalización del enfoque de género que desestimulaba el trabajo colectivo y/o conducía a que el desarrollo de los proyectos dependiese demasiado de la continuidad de tales subsidios". Tal como repara la autora, esta situación no se circunscribe exclusivamente a los estudios de la mujer y de género sino que la tendencia debería llevarnos a reflexionar acerca de la forma en que se fueron construyendo los espacios de producción académica en las universidades. En este sentido, el libro de Cardaci brinda elementos significativos para analizar críticamente las relaciones que se establecen entre los estados, los organismos de financiamiento internacional y las ONG'S. Al mismo tiempo reclama especial atención acerca del rol que pueden cumplir las instancias universitarias y particularmente los estudios de género en esta trama de relaciones.

Ana Domínguez Mon

NARI, Marcela.
Políticas de maternidad y maternalismo político: Buenos Aires (1890-1940). Buenos Aires, Biblos, 2004, 319 págs.

En múltiples discursos, la maternidad sigue siendo presentada como la función primordial y esencial de las mujeres. Cuestionar este mandato que fija en la reproducción y en el amor maternal una de las características ineludibles de la condición femenina no resulta una tarea sencilla. Es el conocimiento histórico el que puede permitirnos situar estas disposiciones y comportamientos en un determinado contexto y así, dotar de sentido intencional prácticas que suelen ser presentadas como naturales. Marcela Nari ha sido una de las investigadoras que más contribuyó con esta tarea, conjugando la rigurosidad de la academia con el compromiso de la militancia y la necesidad de develar las bases de su propia condición de género. La publicación de su tesis doctoral permite ver articulados muchos de sus escritos, al posibilitar una lectura más integral de sus investigaciones y de sus aportes al campo de los estudios de género en el país.

Este libro aborda el complejo mundo de ideas y prácticas acerca de la maternidad en la ciudad de Buenos Aires entre 1890 y 1940, es decir, desde los comienzos de la temprana transición demográfica hasta el momento en que la baja cantidad de nacimientos provoca la mayor desazón, alarma y desconcierto en las elites políticas e intelectuales del país y en la corporación médica. En estos años de profundas transformaciones, Nari analiza la maternidad como fenómeno cultural y para ello se vale de una vasta cantidad de fuentes documentales, que develan los modos en que pretendió regularse el rol de madre y presentarlo como un destino natural para las mujeres. La extensión de las prácticas anticonceptivas, los abortos provocados, los infanticidios y el abandono de niños habían demostrado que el "instinto maternal" era más una expresión de deseo que una realidad. La maternidad debía aprenderse como cualquier otra profesión, buscando alcanzar un modelo ideal que la corporación médica, sostenida por sus nuevas especialidades -la ginecología, la obstetricia y la puericultura- y a través de su discurso, prácticas e instituciones, ayudó a construir.

En este proceso de maternalización de las mujeres hubo voces que cuestionaron la presencia femenina en el mercado de trabajo, al advertir sobre las posibles consecuencias negativas en su salud y en

la de su prole. Nari construye una serie de categorías de análisis para presentar las distintas visiones sobre el trabajo femenino: amenaza y competencia al genuino rol productivo de los varones y, en otros casos, símbolo de adelanto social y hasta posible vía de emancipación. Todas estas valoraciones estaban atravesadas por el discurso de la eugenesia y el temor estatal ante el doble peligro de la despoblación y la "degeneración de la raza". Así se fue pasando del terreno discursivo a la política; la cuestión de la mujer se circunscribió a su relación con el mercado laboral, protegida más por sus capacidades reproductivas que como trabajadora.

Esta obra también nos ofrece la posibilidad de rastrear las bases del feminismo local y sus formas y argumentos iniciales de lucha. Las primeras militantes fueron capaces de revertir la situación de sujeción y control a la que daba lugar la maternalización de las mujeres. El Estado había vuelto la maternidad una cuestión política y el feminismo emergente fue capaz de aprovechar para sí esa politización, reclamando los derechos civiles y políticos que la maternidad (en tanto contribución de las mujeres a la Nación) debía traer consigo. Estos argumentos que valoran la presencia femenina en el mundo público (por suponerlas capaces de llevar adelante una regeneración moral gracias a su natural propensión a cuidar de los demás) siguen presentes, por lo que resulta ineludible analizar las raíces y las posibilidades y limitaciones de sus alcances.

En algunas sucursales de grandes cadenas de librerías de la Ciudad de Buenos Aires, podemos ubicar esta obra en el sector dedicado a la maternidad e infancia, ese clásico binomio que precisamente esta tesis doctoral desnuda y revela. Esperamos que además de ser una lectura recomendada por el mercado para una futura madre, este libro sea incorporado en los programas de estudio, al permitir que un nuevo tema para estas latitudes (como la construcción cultural y social de la maternidad) sea objeto de análisis y que otros más transitados (como la inmigración, la cuestión demográfica, el papel del estado y de la corporación médica) puedan ser reconsiderados desde la amplitud que impone el enfoque de género. Seguramente, ese habría sido el deseo de Marcela, llegar a despertar el deseo de saber y cuestionar aquellas prácticas que han servido para subordinar a las mujeres y también -paradójicamente- para darles la posibilidad de revertir su situación.

Karina Felitti

LOBATO, Mirta Zaida (editora). *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Biblos, 2005.

En los últimos años, la perspectiva de género enriqueció el terreno académico y político invitando a reflexionar sobre nuevos temas y perspectivas. Uno de los ejes de los debates se focaliza en cómo concebir el cuerpo. ¿Categoría natural y estable o constructo sociocultural y, por ende, lábil? En este sentido se plantea si los mecanismos de sujeción social (con notable impronta en el disciplinamiento corporal) anulan la capacidad de resistencia. Finalmente, se genera una controversia entre quienes postulan que el sujeto cognoscente está condicionado por las marcas del cuerpo y quienes sostienen que es posible abstraer lo corporal para alcanzar un conocimiento universal. Ahora bien, estos discursos proponen también un vasto campo de reflexión a la historia como ciencia. En efecto, comenzamos a preguntarnos sobre los criterios sobre los que se construyó nuestra disciplina, cómo hacer historia, qué y cómo interpretar. Estos interrogantes apenas indician un complejo universo que espera respuestas.

La obra editada por Mirta Lobato intenta avanzar sobre algunas de estas aristas y convertirse en una apuesta audaz para la historiografía local, poco afecta a problematizar sobre posturas teórico-metodológicas. El libro se centra en la articulación entre belleza, virtud y poder al colocar al cuerpo femenino como configuración central de los procesos de subjetivación en escenarios temporales, sociales, políticos y regionales diferentes. Los distintos estudios abordan: la ceremonia de los Premios a la Virtud otorgados por la Sociedad de Beneficencia porteña en la década del '30 (Lorenzo, Rey y Tossounian); la crónica de la Fiesta de la Vendimia de Mendoza desde su creación en 1936 hasta 1955 (Belej, Martín y Silveira); la elección de las Reinas del Trabajo en las tres administraciones peronistas (Lobato, Torney y Damilakou); la elección de las Reinas del Trigo en La Pampa en 1946, 1948 y 1949 (Billorou y Rodríguez); y la elección de las Reinas del Petróleo en el primer peronismo (Crespo).

Los capítulos pincelan una nueva panorámica del siglo XX argentino (en especial en las primeras administraciones peronistas) que potencia una comprensión sobre cómo se concertó la participación de las

mujeres en la arena pública. Si los cuerpos femeninos habían sido utilizados para confinar a las mujeres fuera de lo político (y la exclusión de los comicios fue su signo más evidente), el peronismo se autoproclamaba factor de cambio. La sanción de la ley de derechos políticos femeninos en 1947 se exhibió como ejemplo vívido de ello. Pero ese discurso no fue lineal. En *La Razón de mi vida*, Evita expresó que se abstuvo del camino "feminista" porque "ni era soltera entrada en años, ni era tan fea por otra parte como para ocupar un puesto así[...]". Entonces, ella, casada y bonita, transita otro camino en el que, según ella, evade "el paso de lo sublime" (luchar por el sufragio) "a lo ridículo" (intentar igualarse al varón) que habían dado aquéllas (Perón: 1953: 265-267). Estado civil y belleza definen una confrontación y las expresiones sobre la corporeidad femenina desbordan las usuales consideraciones del status legal de ciudadanía. El libro reseñado capta esas torsiones a través del estudio de las festividades.

Los espectáculos de premiación pueden pensarse a la luz del concepto de *performance*. Por un lado, como puesta en escena de un rol identitario (en sentido goffmanino) y, por otro, como sanción de una jerarquía o status social (según Austin). Detrás de las interpretaciones ofrecidas en *Cuando las mujeres reinaban* se perciben estos sentidos. En esa línea, la obra entronca con una trayectoria clásica de la investigación histórica concentrada en recuperar los mecanismos normativos que aseguraran el control social. Esta fortaleza de la obra, no obstante, no satisface a las autoras y las lleva a buscar líneas de fuga a las implicancias performativas las coloca frente a una dificultad teórico metodológica: cómo acceder a esas prácticas rupturales.

El libro es original al apelar a fuentes visuales y orales -cuando es posible- y amplía, sin desdeñarlo, el tradicional corpus de la disciplina histórica propensa al "fetichismo" de lo escrito, especialmente institucional. En el estudio de las Reinas del Trabajo una lograda triangulación documental (icónicas, escritas y orales) permitirá abarcar no sólo la normatividad si no también la construcción de sentido que las efímeras majestades otorgaron a su reinado. También apuesta a esa combinación documental el capítulo dedicado a las Reinas del Petróleo, aunque algunos pasajes se tornan anecdóticos en demasía y oscurecen la relación entre política, virtud y belleza. Asimismo, el estudio sobre los Premios a la virtud apela a fuentes literarias -un sainete de 1920- y el estudio sobre la festividad vitícola indagará un evento actual -la Fiesta de la Vendimia Gay- para explicar la ineficacia del mecanismo de disciplinamiento binario, implícito en la celebración desde su origen, así como la reapropiación marginal del evento. Si esas fuentes se alejan temporalmente de los casos analizados y resienten la periodización, nos incitan a reflexionar sobre cómo construir indicadores y operar con datos cualitativos.

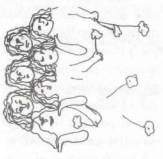
En el plano de la operacionalización (es decir, la selección y definición de dimensiones representativas de una noción) podríamos preguntar en qué medida se logra la institucionalización de estos eventos y qué elementos la evidencian. Se demuestra que las elecciones de Reinas del Trabajo (que en el primer peronismo aunaron belleza, monumentalidad y política) en su reedición en 1974 y 1975 develó la inercia institucional, logrando sólo un pobre espectáculo. La Fiesta de la Vendimia se mantuvo en gobiernos conservadores y peronistas a través de una agregación de simbolismos justicialistas a los que habían construido los anteriores mandatarios, aunque cabría preguntar cómo ello afectó en una provincia ganada electoralmente con poco margen. Las diferencias en la organización de los festejos del Trigo y su escaso número durante el período están reñidos con la idea de institucionalización en busca de la provincialización del Territorio Nacional de La Pampa.

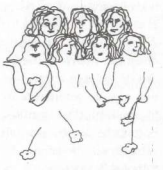
En esta línea cabe explayarse acerca de cómo anclar los significados flotantes, en particular pero no sólo, en atención a la polisemia de la imagen. La idea benjaminiana del inconsciente óptico adelanta una respuesta sobre la iconografía; se apoya en la descripción de cómo los aspectos técnicos contribuyen a generar la idea de isomorfismo entre realidad y fotografía. La apreciación de las reproducciones que ilustran el capítulo de los Premios a la Virtud hace evidente que las autoras obviaron la presencia de varones en las fotografías (la cual es mencionada pero no distinguida), pues el interés no está en cómo las relaciones intergenéricas colaboraron o no en la notoriedad de la ceremonia sino sólo en las relaciones intragenéricas e interclasistas entre Damas de la Sociedad de Beneficencia y premiadas. Rostros, cabelleras y miradas reflejarían una sensualidad femenina recatada; evidente en las técnicas de algunas fotografías con las que se retrató a las Reinas del Trabajo.

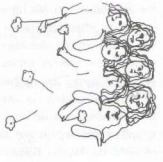
Pero qué están mostrando los planos generales largos que empequeñecen la figura y exponen trazos faciales difusos en la Fiesta de la Vendimia o de qué ideal de belleza hablarían tres Reinas del Trigo cuyas diferencias físicas no parecen obedecer a un modelo universal. En este plano, la elaboración de cadenas de significados sobre los conceptos de virtud y belleza permite conocer las definiciones contingentes; aunque en algunos pasajes, ambas nociones aparecen poco explicitadas o solapadas en sus sentidos, lo que dificulta su diferenciación. Finalmente, mencionaré que en Argentina se da poco valor y un correlativo descuido a la conservación documental, lo que obliga a quien investiga a una dura pesquisa de fuentes y fondos para recuperarlas. Esta obra, unida a la creación de un reservorio de imágenes y palabras de mujeres, augura una tentativa democratizadora en el acceso a las fuentes.

En síntesis, el libro ofrece una lectura estimulante que abre la trama con la que se urde la investigación histórica y nos reclama imaginación para -sin perder rigurosidad- ofrecer refutaciones o confirmaciones que nos coloquen a la altura del desafío de esta iniciativa.

Adriana María Valobra







RAMACCIOTTI, Karina y Valobra, Adriana (comp). *Generando el peronismo. Estudios de cultura, política y género (1946-1955)*. Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2004, 195 págs.

El peronismo ha devenido un fenómeno susceptible de inagotables y de renovados análisis practicados por el conjunto de las ciencias sociales. Los ensayos compilados por Karina Ramacciotti y Adriana Valobra en *Generando el peronismo* se inscriben en esta línea y dialogan con las abundantes hipótesis que el campo historiográfico ha desarrollado en las últimas décadas.

Sin negar las continuidades con procesos anteriores ni posteriores, las compiladoras subrayan la especificidad del período peronista clásico o inaugural y la consiguiente pertinencia de estudiarlo como una unidad de sentido. De esta manera, los ensayos compilados recortan cinco objetos de estudio: la campaña sanitaria emprendida por la Secretaría de Salud Pública, las Unidades Básicas del Partido Peronista Femenino, las primeras legisladoras peronistas, el imaginario futbolístico del cine y la situación jurídica de los hijos ilegítimos.

El vector que une a estos cinco objetos de estudio es el análisis cualitativo aplicado sobre un innovador corpus documental que combina elementos novedosos (afiches publicitarios, entrevistas en profundidad, material fílmico) con elementos más transitados (proyectos de leyes, diarios de sesiones legislativas, estatutos, revistas, diarios). Lo que destaca el carácter innovador de este heterogéneo corpus con el que se reconstruye históricamente el período es la lectura que de él se hace, la cual combina diferentes enfoques disciplinarios -por momentos fundamentados en exceso- provistos por la historia cultural, la sociología de la cultura, la historia oral y el psicoanálisis. La construcción sociocultural de la diferencia sexual ocupa un lugar destacado en cuatro de los análisis, subrayando un aspecto no abordado con frecuencia. Si bien tal aspecto no es abordado explícitamente al analizar la filiación ilegítima, el mismo objeto de estudio -la familia- introduce al lector en la problematización de las performances femeninas y masculinas. Por todo lo anterior, los cinco ensayos que integran la compilación llevan el subtítulo de *Estudios de cultura, política y género*.

Karina Ramacciotti y Adriana Valobra reconstruyen las representaciones de varones y mujeres que fue-

ron creadas por los afiches de la campaña sanitaria llevada a cabo por la Secretaría de Salud Pública. En tales representaciones los varones son estereotipados en la figura del productor sano (un trabajador vigoroso), responsable de la grandeza de la nación, imagen que se reivindica como una meta a llegar; mientras que las mujeres indirectamente son estigmatizadas como negligentes amas de casa, imagen donde la Secretaría legitima su acción educativa. Estas construcciones fuertemente modelizadoras difieren llamativamente de otras representaciones, como las difundidas por los principios organizativos del Partido Peronista Femenino y la Fundación Eva Perón, en las cuales la identidad femenina era naturalizada en la maternidad y la consiguiente domesticidad. Sería interesante que la investigación avanzara en la problematización de tales diferencias.

Carolina Barry indaga en la organización de las Unidades Básicas del Partido Peronista Femenino, difusoras de la maternalización de las mujeres. Si bien destaca el objetivo de control social y de movilización a favor del régimen que persiguió dicha organización partidaria, enfatiza las posibilidades de un ámbito de acción legítimo y alternativo (al hogar y, en menor medida, al trabajo asalariado) que conocieron muchas mujeres a través de las actividades de capacitación y asistencia social que se practicaron en las Unidades Básicas Femeninas (y de las que fueron no sólo beneficiarias sino además exclusivas organizadoras). Dentro de la organización partidaria se destacaron las censistas; quienes se convirtieron en las primeras legisladoras y experimentaron ampliamente como todas las mujeres que se acercaron a las estructuras políticas, las contradicciones entre el ideal maternal y la práctica partidaria cotidiana.

Tales experiencias contradictorias son estudiadas por Sol Peláez y Adriana Valobra; quienes reconstruyen el camino biográfico de las primeras legisladoras peronistas, el cual se inició con su elección como delegadas censistas y culminó con su obrar en el Congreso (donde parapetadas tras la figura de Evita), respondieron por su identidad partidaria por sobre su identidad de género y de esta manera acataron verticalmente las resoluciones de sus colegas masculinos. Esta situación es resumida en la anécdota que le da título al ensayo: "¡Sea legisladora!", ordenó imperativamente Perón a una representante, en demanda de acatamiento a los proyectos del líder.

El imaginario de la justicia social presente indirectamente en los tres ensayos ya mencionados constituye una premisa explícita de los análisis de Omar Acha e Isabella Cosse. Mientras el primero se detiene en el imaginario futbolístico que reproduce el cine, la segunda lo hace en la situación jurídica de los hijos ilegítimos. Para Acha, el fanatismo expresado hacia el fútbol (deporte devenido masivo a mediados de los años treinta) era una caja de resonancia de la sociabilidad política peronista, puesto que las estructuras de sentir del fútbol y del peronismo estaban atravesadas tanto por el deseo homosexual como por el anhelo heterosexual. Ahora bien, son las representaciones cinematográficas lo que le permite llegar a tales conclusiones. Dentro de ellas se hace presente el ascenso social traducido en el lenguaje peronista como justicia social.

El principio de la justicia social fue lo que motivó el proyecto de ley de 1954 que pretendía equiparar los derechos de los hijos ilegítimos con los hijos legítimos, ideas ya presentes en los inicios del régimen. Éstos fueron representados como los desheredados del orden doméstico, merecedores de reparaciones. Sin embargo, el modelo de familia basado en el matrimonio civil impidió una equiparación total entre ambos tipos de hijos. En definitiva, el debate en torno a la filiación ilegítima mostró las tensiones en el interior del bloque peronista integrado por grupos no tan alejados de los sectores católicos y por grupos con propuestas más "jacobinas".

A la hora de concluir, es menester destacar dos elementos comunes a todos los escritos. Por un lado, en ellos se indaga más en las contradicciones internas de una época, que en las generalidades con que ha sido reconstruida. Por otro lado, se tiene en cuenta la racionalidad de las y los protagonistas, con el propósito de tomar distancia de las interpretaciones que destacan su manipulación en un contexto de movilización social promovida por las estructuras estatales. Por lo tanto, es de esperar que las propuestas temáticas, metodológicas y teóricas desarrolladas en los ensayos reseñados sean interpeladas por futuros escritos, así como también que la propuesta que motivó la compilación (la necesidad de un espacio conjunto que supere la tendencia individualista en la investigación) se reproduzca en próximos análisis que permitan continuar generando un conocimiento del pasado.

Graciela Queirolo

Libros recibidos en la biblioteca del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Agradecemos a autoras, autores, Editoriales y Proyectos de Investigación las donaciones.

Sosa de Newton, Lily, *Diccionario Biográfico de Mujeres argentinas*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1986. Edición corregida y aumentada.

Chaney, Elsa M. y Caso, Mariluz, *Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Kristeva, Julia. *El genio femenino : 3.Colette* Buenos Aires, Editorial Paidós, 2003.

Bock, Gisela; Thane, Pat. *Maternidad y políticas de género : La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950* FEMINISMOS, 1996.

Mancini, Adriana. *Silvina Ocampo. Escalas de pasión*. Buenos Aires, Grupo editorial Norma, 2003.

Iglesia, Cristina *La violencia del azar : Ensayos sobre literatura argentina* Buenos Aires: F.C.E, 2003.

Juliano, Dolores *La prostitución: el espejo oscuro* España, Icaria. Institut Catalá d'Antropologia.

Correa Ramón, *Amelina Plumas femeninas en la literatura de Granada (siglos VIII-XX)* Diccionario-Antología FEMINAE, España, Editorial Universidad de Granada, 2002.

Birriel Salcedo, Margarita y Rodríguez Martínez, Pilar, (Compiladoras). *Mujeres y fortaleza Europa* FEMINAE, España, Editorial Universidad de Granada, 2001.

Ballarín Domingo, Pilar, (Directora de tomo). *Las mujeres en Europa: convergencias y diversidades*, FEMINAE, España, Editorial Universidad de Granada, 2000.

Falk, Candace, Editor *Emma Goldman: A documentary history of the american years*. Estados Unidos, University of California, Volume one. Made for America, 1890-1901.

Montesino, Sonia *Sueño con menguante: Biografía de una Machi*. Chile, Editorial Sudamericana, 1999.

Veneros Ruiz-Tagle, Diana, Editora. *Perfiles revelados. Historia de las mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*. Chile, Editorial de la Universidad de Santiago de Chile,1997.

Passerini, Luisa; Dawn, Lyon; Borghi, Liana (Compiladoras). *Gender Studies in Europe. Studi di genere in Europa: Conference Proceedings*, 2002.

Freedman, Estelle B. *No Turing Back: The history of feminism and the future of women*, Estados Unidos, Ballantine Books, 2002.

Trochon, Yvette *Las mercenarias del amor: Prostitución y Modernidad en el Uruguay (1880-1932)* Uruguay, Taurus. Ediciones Santillana, 2003.

Cesilini, Sandra; Gherardi, Natalia, Editoras *Los límites de la ley : La salud reproductiva en la Argentina*. Buenos Aires, Banco Mundial, 2002.

Braidotti, Rosi, Mazzanti Roberta, Sapegno Serena, Tagliavini, Annamaria *Baby Boomers: Vite parallele dagli anni Cinquanta ai cinquant'anni* Firenze, Giunti Gruppo Editoriale, 2003.

Notas a los colaboradores

Mora es una revista abierta al debate y la producción de trabajos e ideas en el campo de los estudios de las mujeres, de género y del feminismo. El objetivo es ofrecer un espacio para la incorporación de metodologías y conceptos elaborados desde diferentes perspectivas disciplinarias.

Se publicarán los siguientes tipos de contribuciones:
1. Artículos o ensayos (sujetos a evaluación externa). Hasta veinte páginas.
2. Entrevistas. Hasta diez páginas.
3. Comentarios críticos de libros. Hasta cinco páginas.
4. Reseñas de libros (con acuerdo del comité editorial). Hasta tres páginas.

El Comité Editorial se reserva los siguientes derechos:
- pedir artículos o reseñas a especialistas cuando lo considere oportuno (estos casos también serán sometidos a evaluación externa);
- rechazar colaboraciones no pertinentes al perfil temático de la revista o que no se ajusten a las normas de estilo;
- establecer el orden en que se publicarán los trabajos aceptados.

Los manuscritos serán evaluados por árbitros anónimos manteniendo en reserva también la identidad del autor durante el proceso de evaluación. Los autores serán notificados de la decisión de aceptar o rechazar el manuscrito. Asimismo, se les podrá devolver para introducir las modificaciones aconsejadas por los evaluadores dentro de los plazos convenidos por el Comité Editorial.

Los autores deben reconocer su autoría sobre los contenidos de las evaluaciones, la precisión de las citas efectuadas y el derecho a publicar el material. También serán responsables por la presentación del manuscrito según las normas, ya que la revista no se encargará de tareas de retipeado o edición, pero sí puede realizar correcciones de estilo en la redacción respetando el contenido original.

Los manuscritos serán enviados al Comité Editorial en su versión definitiva, escritos en español, con nombre, domicilio, teléfono y dirección de correo electrónico del o de los-as autores. Se presentarán tres copias impresas y un diskette de 3 ½, rotulado con nombre y apellido del o de los autores en programa Word para Windows hasta su versión 97 o compatible.

El Comité Editorial constituye su sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Puán 480, 4to. Piso, oficina 417, (1406), Buenos Aires, Argentina.

Las colaboraciones seguirán las siguientes normas:

Presentación

Los trabajos se presentarán:
- en papel A4
- letra Times New Roman, 12
- justificación sólo en el margen izquierdo
- sin tabulaciones
- márgenes superior e inferior de 2,5
- márgenes derecho e izquierdo de 3 cm

Artículos y ensayos

1. primera página

1.1. título del artículo

1.2. nombre y apellido del o de los autores y pertenencia institucional. Por ejemplo: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto interdisciplinario de Estudios de Género.

1.3. Resumen de hasta 200 palabras en español y en inglés con el fin de favorecer la difusión internacional de los trabajos.

1.4. Palabras claves en español y su equivalente en inglés, hasta cinco.

2. Texto

2.1. espacio interlíneado 1,5,

2.2. cada párrafo comenzará con una sangría sin tabulaciones,

2.3. títulos: las diferentes secciones del texto pueden estar separadas para mayor claridad por subtutilados en tamaño de letra 12, como el resto del texto,

2.4. las citas en el interior del texto se escribirán en redonda y entre comillas,

2.5. en el interior del texto para las referencias a obras, capítulos, artículos y revistas seguir las mismas especificaciones que para las referencias bibliográficas (véase 4),

2.6. abreviaturas: se usarán sólo cuando fueran necesarias. Pueden utilizarse las abreviaturas, siglas o acrónimos de nombres extensos de las instituciones (en mayúsculas, sin espacios y sin puntos), que se escribirán por entero la primera vez que aparezcan aclarándolos entre paréntesis. Por ejemplo: Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE),

2.7. palabras en idioma extranjero se resaltarán en el texto empleando itálica,

2.8. citas: se realizarán en el texto con el sistema autor, fecha. Las referencias a los autores van en mayúscula, minúscula. Por ejemplo: Scott, Jean). Entre paréntesis se indicará el apellido del autor, año de la publicación y páginas citadas si corresponden. Por ejemplo: (Scott, 1985: 93) (González y Rubio, 1990: 110-111). Para más de tres autores se usará el primer autor seguido por et al (Johnson et al., 1970:25-26). Para más de una obra del mismo autor y año (Alonso, 1988, a) (Alonso, 1988,b).
Cuando se cita un volumen específico de una obra o de varias, se inserta el número después del año (Alonso, 1990.2:3-7). Si en la bibliografía sólo se incluye la referencia a un volumen de una obra no se incluirá el número en la cita. En cambio, cuando se trata de una cita ideológica en vez de textual, se coloca solo el año entre paréntesis: Smith (1950).

3. Notas: aparecerán al final del texto. Se numerarán consecutivamente. La primera corresponderá a los agradecimientos en caso de que existieran o a cualquier otra aclaración sobre la naturaleza del trabajo. Se aconseja no utilizar notas innecesarias.

4. Bibliografía: se ajustará a las siguientes normas:
La bibliografía será citada bajo la forma autor, fecha. Todas las citas en el texto deben tener su correspondencia en la bibliografía. De ser posible debe usarse el primer nombre completo del autor o editor. Las referencias de la bibliografía se ordenarán alfabéticamente por apellido del o de los autores. El título de la obra en itálica, volumen, lugar de edición, editorial, año de publicación. Cuando se citen varios trabajos de un mismo autor, se ordenarán cronológicamente por año de publicación y si hubiere varias referencias del mismo año se ordenarán alfabéticamente por título del trabajo, agregándoles una letra minúscula como por ejemplo:
Briones, Carla. (1987).....
Briones, Carla. (1988a).....
Briones, Carla. (1988b).....
Briones, Carla. (1990).....

Quesada, Emilio. (1982).....

5. En caso de citarse artículos se utilizará el mismo orden indicando el título del artículo en redonda y entre comillas. El nombre de la revista en itálica. Se indicará número de volumen, número de ejemplar, año de publicación y páginas en las que aparece el artículo mencionado. En caso de reiterarse la referencia se indicará "ob. cit." "ibíd", según corresponda.

6. Se utilizarán las siguientes abreviaturas: n., nº ó núm. (número), vol. (volumen), pág. (página)

mora

Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Precio del ejemplar:	$ 20,00
Envíos al interior:	$ 30,00
Países limítrofes, Mercosur:	U$S 22,00
Resto de América:	U$S 25,00
Europa y resto del mundo:	U$S 27,00

Enviar cheque a nombre de FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Adjuntar datos del destinatario y remitir por correo postal a: Subsecretaría de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras. Puán 480. Planta Baja. C1406CQJ. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. República Argentina.

Para cualquier información dirigirse a editor@filo.uba.ar

cortar aquí

Solicitud de suscripción

Suscripción por el año.....

Nombre y apellido.....

Domicilio.....

Código y ciudad.....

País..... Teléfono.....

Adjunto cheque* del Banco.....

N°..... Por valor de.....

La presente publicación se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de la
Facultad de Filosofía y Letras
en el mes de mayo de 2007

Silvina Benguria

Nació en Buenos Aires y desde 1965 participa en numerosas exposiciones individuales y colectivas en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Estados Unidos, Finlandia, Holanda, Italia, Japón y Uruguay.

En 1978 ganó la Beca Francesco Romero otorgada por el Fondo Nacional de las Artes y la Embajada de Italia en Argentina, trasladándose a Roma donde residió durante varios años.

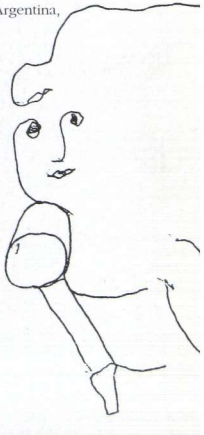
En 1997 fue distinguida con la beca Pollock-Krasner Foundation.

Desde su primera mención en el Premio Braque de 1966, se hizo acreedora de varios premios, entre los que merecen mencionarse el Primer Premio de la Bienal de Valparaíso, el Primer Premio del Salón Nacional de Artes Plásticas y el Primer Premio de Boca 100 años.

Donó obras suyas a los museos Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile y al Museo Internacional de la Gráfica de Chillán, Chile.

Numerosos críticos se han ocupado de su obra tales como Carlos Espartaco, Rosa María Ravera, Guillermo Whitelow, Waldemar Sommersa, Jorge Glusberg, Fermín Févre, Ernesto Schoo, Alvino Dieguez Videla, María D'Adamo, entre otros.

Sus obras forman parte de las colecciones permanentes de importantes museos de Argentina, Centro América, Estados Unidos de América, Canada, Italia y Japón.



índice

dossier

Escenarios de violencia / *Ana Amado*
4

Migración y discriminación de género en el nuevo orden económico global / *Francesca Gargallo*
8

¿Qué es un feminicidio? Notas para un debate emergente / *Rita Laura Segato*
21

Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma / *Adriana Piscitelli*
33

El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro / *Ana Amado*
57

traducciones

Identidades textuales femeninas: estrategias de autofiguración / *Sylvia Molloy*
68

Elfriede Jelinek. Presentación
87

"El *Joker*, Peter Lorre"
Elfriede Jelinek
88

"Lost highway"
Elfriede Jelinek
92

entrevistas

Feminismo, filosofía y práctica política. Entrevista a Geneviève Fraisse / *María Luisa Femenías y María María Herrera*
95

artículos

Peligrosas libertarias o nobles ciudadanas. Representaciones de la militancia femenina en la gran huelga ferroviaria de 1917 / *Silvana A. Palermo*
102

Identidad, cuerpo y mutación. Las columnas periodísticas de Alfonsina Storni en *La Nación* / *Tania Diz*
122

Du côté de Gomorrhe: androcentrismo y transposición en los signos amorosos lésbicos de *Sodoma y Gomorra* de Marcel Proust / *Claudia Pérez*
137

Género, sexualidad y política del reconocimiento. Notas críticas a la teoría de la justicia de Nancy Fraser / *Aranzazu Hernández Pinero*
154

Un aporte acerca de un caso de intersexualidad. En los bordes de la bioética y el biopoder / *Marcelo Turdo*
168

reseñas

174